

*La morfología*  
*El análisis de la palabra compleja*

# PROYECTO EDITORIAL CLAVES DE LA LINGÜÍSTICA

Director:  
Juan Carlos Moreno Cabrera



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

*La morfología*  
*El análisis de la palabra compleja*

*Antonio Fábregas*



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**  
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Antonio Fábregas

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono 91 593 20 98  
<http://www.sintesis.com>

ISBN: 978-84-995898-9-3  
Depósito Legal: M. 14.863-2013

Impreso en España - Printed in Spain

# Índice

<i>Abreviaturas</i> .....	9
<i>Prefacio</i> .....	11

## PARTE I

### LAS BASES DEL ANÁLISIS MORFOLÓGICO

1. <i>¿Qué es la morfología?</i> .....	17
1.1. La morfología y la lingüística. Morfología y léxico .....	19
1.2. Clases de morfemas. Flexión, derivación y composición .....	21
1.2.1. La flexión frente a la derivación .....	24
1.3. ¿Es autónoma la morfología? .....	27
1.3.1. El lexicalismo .....	28
1.3.2. El construccionismo .....	31
Ejercicios y problemas .....	34
Lecturas recomendadas .....	34
2. <i>Las unidades del análisis morfológico</i> .....	35
2.1. Recuento: clases de morfemas. Los temas grecolatinos .....	39
2.2. Otras nociones básicas sobre los morfemas: clases de afijos y alomorfía ..	42
2.2.1. Clases de afijos por su posición .....	42
2.2.2. La alomorfía .....	47
2.3. Cuestiones problemáticas sobre las unidades morfológicas .....	51
2.3.1. ¿Existen las palabras? .....	51

2.3.2. ¿Existen los morfemas? .....	54
2.3.3. ¿Cuánta información contienen las unidades morfológicas? .....	64
Ejercicios y problemas .....	69
Lecturas recomendadas .....	71
<b>3. Estructuras morfológicas .....</b>	<b>73</b>
3.1. Propiedades de las estructuras morfológicas: su relación con la sintaxis .....	73
3.1.1. Relaciones y diferencias entre estructuras morfológicas y sintácticas .....	79
3.2. Estructuras morfológicas y significado .....	86
3.2.1. Composicionalidad .....	86
3.2.2. Problemas de la composicionalidad .....	89
3.2.3. Significado estructural y significado conceptual .....	93
3.3. Cuestiones problemáticas sobre las estructuras morfológicas .....	96
3.3.1. El concepto de núcleo y la exocentricidad .....	96
3.3.2. Doble base .....	101
3.3.3. Parasíntesis y ramificación múltiple .....	103
Ejercicios y problemas .....	105
Lecturas recomendadas .....	106

## PARTE II

### ANÁLISIS MORFOLÓGICO: CUESTIONES AVANZADAS

<b>4. Morfofonologías y morfosintaxis .....</b>	<b>109</b>
4.1. La noción de exponente morfológico .....	109
4.1.1. La hipótesis de la separación .....	115
4.1.2. La inserción tardía .....	118
4.2. Operaciones post-sintácticas en morfología distribuida .....	124
4.3. ¿Existen varias clases de exponentes morfofonológicos? .....	134
4.3.1. Los estratos léxicos .....	136
4.3.2. El análisis sintáctico de los estratos léxicos .....	140
4.4. La alomorfía en un sistema con inserción tardía .....	142
Ejercicios y problemas .....	143
Lecturas recomendadas .....	144

5. <i>La semántica léxica</i> .....	145
5.1. ¿Es descomponible el significado de las palabras? .....	145
5.1.1. El atomismo fodoriano .....	148
5.2. Teorías sobre la descomposición semántica de las estructuras .....	150
5.2.1. Estructuras léxico-conceptuales .....	150
5.2.2. La estructura de qualia .....	154
5.2.3. Estructuras sintáctico-léxicas .....	158
5.2.4. La gramática de construcciones .....	164
5.3. ¿Tienen significado los afijos? .....	166
Ejercicios y problemas .....	170
Lecturas recomendadas .....	171

PARTE III

FLEXIÓN, DERIVACIÓN Y COMPOSICIÓN

6. <i>La flexión y su análisis</i> .....	175
6.1. Propiedades de la flexión: su estatuto teórico .....	175
6.2. Los paradigmas .....	186
6.2.1. Los paradigmas en las teorías de Unidad y disposición .....	190
6.3. Sincretismo: descripción y análisis .....	194
6.3.1. El sincretismo en las teorías de paradigmas .....	195
6.3.2. El sincretismo como operaciones sobre rasgos morfosintácticos .....	196
6.3.3. El sincretismo como propiedades de los exponentes .....	198
6.4. El estatuto de los marcadores de categoría gramatical .....	202
Ejercicios y problemas .....	209
Lecturas recomendadas .....	210

7. <i>La derivación y su análisis</i> .....	211
7.1. Los límites entre flexión y derivación .....	211
7.1.1. Flexión y derivación en un sistema construccionista .....	215
7.2. La derivación con cambio categorial: propiedades y análisis .....	218
7.2.1. Las transposiciones y el papel de la base .....	221
7.2.2. Otras propiedades del cambio categorial .....	223

7.3. La derivación con cambio semántico: propiedades y análisis .....	230
7.3.1. La prefijación: propiedades y análisis .....	234
7.4. La conversión: propiedades y análisis .....	239
Ejercicios y problemas .....	244
Lecturas recomendadas .....	245
 <b>8. <i>La composición y su análisis</i> .....</b>	<b>247</b>
8.1. Propiedades de la composición .....	247
8.1.1. Composición y categorías léxicas .....	251
8.2. El orden de los elementos en un compuesto .....	257
8.3. Clases de compuestos por la relación semántica entre sus miembros .....	265
8.3.1. Compuestos coordinativos .....	266
8.3.2. Compuestos subordinativos .....	267
8.3.3. Compuestos atributivos .....	268
8.4. Relaciones entre compuestos y sintagmas .....	269
8.4.1. Compuestos sintagmáticos .....	269
8.4.2. Compuestos y expresiones idiomáticas .....	271
8.4.3. Problemas del análisis construccionista .....	274
Ejercicios y problemas .....	276
Lecturas recomendadas .....	277
 <b>9. <i>Restricciones de la morfología</i> .....</b>	<b>279</b>
9.1. Restricciones fonológicas y semánticas a los procesos morfológicos .....	279
9.1.1. Restricciones fonológicas .....	280
9.1.2. Restricciones conceptuales .....	288
9.2. La productividad .....	292
9.3. Bloqueo y competición morfológica .....	294
9.3.1. Otros tipos de bloqueo: bloqueo de Poser. Críticas al bloqueo ...	297
9.3.2. Rivalidad entre exponentes .....	301
9.4. Universales morfológicos y parámetros morfológicos .....	304
9.5. ¿Existe la formación de palabras sin restricciones gramaticales? .....	309
Ejercicios y problemas .....	311
Lecturas recomendadas .....	311
 <b><i>Bibliografía</i> .....</b>	<b>313</b>



# *Abreviaturas*

-	Linde de morfema (aren-oso)	Estat	Estativo
.	Linde de sílaba (a.re.no.so)	gen.	Genitivo
√	Raíz	grad	Grado
1	Primera persona	imp	Imperfecto
2	Segunda persona	int	Interrogativo
3	Tercera persona	N	Sustantivo
A	Adjetivo	nom	Nominativo
ac	Acusativo	Num	Número
Adv	Adverbio	ob	Objeto
Af	Afijo	pas	Pasado
Asp	Aspecto	pasv	Pasivo
C	Complementante	pl.	Plural
Clas	Clasificador	pres	Presente
conc	Concordancia	prog	Progresivo
Conj	Conjugación	sg.	Singular
D	Determinante	suj	Sujeto
dat	Dativo	T	Tiempo
des	Desinencia	V	Verbo
EE	Elemento de enlace	VT	Vocal temática



# *Prefacio*

Simplificando mucho, hacer morfología es estudiar la estructura de las palabras, y qué cosas les suceden cuando se emplean para expresar distintas nociones. Sin simplificar tanto, trabajar en morfología se parece bastante a lo que Ulises tuvo que hacer para volver a Ítaca. Al principio, el viaje parece sencillo y directo, y creemos saber lo que tenemos delante. Pero pronto empiezan las tormentas, los misterios y los cabos sueltos, y no nos queda otro remedio que dar rodeos por tierras remotas donde encontramos objetos exóticos, descubrimos peligros inmediatos en palabras que nos parecían inofensivas y nos vemos obligados a ver el mundo desde una perspectiva distinta hasta que, de pronto, se empieza a disipar la niebla y llegamos a casa. Probablemente, esto sea así en toda ciencia.

La ventaja que tenemos sobre Ulises es que nosotros tenemos guías, escritas por quienes ya han recorrido una parte de esas tierras, que nos dan pistas sobre el camino que podemos seguir, nos advierten sobre algunos riesgos y nos proporcionan clasificaciones de los monstruos que podemos encontrar. La ventaja no es enorme, sin embargo, porque no todas las guías son iguales, y cada uno de los autores percibe cosas distintas, las interpreta, a menudo, de distintos modos, y, como resultado, da consejos distintos. Estos son tiempos de cambio para la lingüística. En los últimos veinte años han surgido numerosas teorías, muchas de las cuales cuestionan ideas que se consideraban definitivas hace muy poco tiempo, a la vez que se han ido desarrollando otras propuestas ya existentes. La teoría de la optinidad, la morfología distribuida, el minimalismo, la gramática de construcciones o la nanosintaxis son solo algunos de esos nuevos enfoques, y todos ellos tienen algo que decir sobre la morfología. Gracias a estas nuevas formas de mirar las cosas, el campo se ha ido enriqueciendo con nuevos procedimientos técnicos — como la estructura de qualia o la sintaxis léxica—, nuevas concepciones —como la

noción de que las raíces carecen de información gramatical— y la observación detallada y profunda de un elenco de datos cada vez más amplio. Este manual se esfuerza en introducir al lector en este universo teórico, de manera que quien lo lea pueda aterrizar sin grandes percances en el nuevo paisaje que pintan estas teorías, incluso empezando desde cero. El lector será juez de si lo hemos logrado o no.

No sé si existe alguna disciplina lingüística que pueda ser estudiada ignorando los avances que se producen en las demás; si existiera, sin duda no sería la morfología. Para analizar las palabras es necesario tener en cuenta el estudio de las combinaciones de elementos de la sintaxis, el análisis del significado y las restricciones que se producen a las estructuras que forman los sonidos; también hay que considerar la historia de la lengua, el estudio de los enunciados en su contexto que hace la pragmática, la relación de la lengua con la sociedad, que se analiza en sociolingüística, y más allá de todo esto, la psicolingüística, la adquisición, la lexicografía y las teorías filosóficas sobre el lenguaje. Por eso, en este libro el lector encontrará secciones dedicadas a la fonología de las palabras, su semántica o su relación con las estructuras sintácticas. Suponemos que el lector tiene conocimientos básicos en estas áreas, y, aunque se ha hecho un esfuerzo especial por definir y aclarar todos los términos empleados, hemos dado por hecho que quien lee este libro sabe interpretar, al menos, árboles sintácticos simples y posee los rudimentos necesarios para entender transcripciones fonológicas. El lector, en cambio, no encontrará en este libro apartados sobre la historia del español —aunque ocasionalmente hagamos referencia a ella—, la adquisición de la morfología en primera y segunda lengua, el valor sociolingüístico de los morfemas, o los estudios psicolingüísticos que se han enfrentado a problemas morfológicos, entre otras cuestiones complejas e importantes. La razón es, sencillamente, las restricciones que derivan de los límites de espacio, y el lector no debe interpretar estas ausencias como una invitación tácita a ignorar las contribuciones de estos campos a la morfología. Sencillamente, nos hemos visto obligados a seleccionar contenidos y hemos reflejado aquellos que son necesarios para interpretar los análisis actuales, incluso aquellos que se hacen en estas otras disciplinas.

El lector no encontrará en este manual las soluciones a los ejercicios que se proponen, y esto es así por dos motivos. Primero, porque la inmensa mayoría de ellos son proyectos en los que el lector debe buscar sus propios datos y determinar cuál de los análisis discutidos se acomoda mejor a ellos. En segundo lugar, porque hemos querido forzar al lector a que asimile los problemas y busque por sí mismo soluciones, antes que darle respuestas prefijadas que siempre serán parciales e incompletas. En consonancia con esto, cuando se presentan análisis,

## *Prefacio*

el manual hace un esfuerzo especial para dirigir la atención del lector hacia cuestiones metodológicas, y no solamente hacia la acumulación de conocimientos que existen en el campo. De hecho, esto es lo más importante que hemos querido transmitir en este manual: afortunadamente, en lingüística queda aún mucho por describir, analizar y entender, y quien trabaja en este campo no puede conformarse con ser un lector pasivo de lo que han propuesto otros. La única opción que tiene el lector de estas páginas es embarcar, levar el ancla y salir a alta mar.



PARTE I

*Las bases  
del análisis morfológico*





# 1

## *¿Qué es la morfología?*

Algunas ciencias se definen por su metodología y otras por su objeto de estudio. La morfología pertenece a esta segunda clase, ya que es la parte de la lingüística que estudia las propiedades de las palabras, y especialmente, dos de sus aspectos: (i) la información gramatical que contienen y (ii) la forma en que unas se relacionan con otras por su forma y su significado. De los pronombres de (1), lo que le interesa a un morfólogo es que las tres formas de (1a) aportan informaciones distintas de persona –primera, segunda y tercera, respectivamente– y que las dos primeras expresan necesariamente número singular –ya que contrastan con *nos* y *os* (1b)–, mientras que la tercera puede ser tanto singular como plural.

- (1)    a. *me* ~ *te* ~ *se*  
      b. *nos* ~ *os* ~ *se*

Cada palabra de (1) es MORFOLÓGICAMENTE SIMPLE, es decir, no puede dividirse en unidades menores con significado. No podemos identificar en ellas dos partes, una que denote la persona y otra que indique número. Si comparamos solo *me* y *te*, tal vez querríamos relacionar el segmento *m-* con la noción de primera persona, y *t-* con la segunda, pero cuando observamos el resto de las formas, vemos que estos segmentos no se repiten en las formas plurales *nos* y *os*, por lo que no podemos asociarlos con este significado.

Sin embargo, otras palabras son MORFOLÓGICAMENTE COMPLEJAS, como la de (2).

- (2)    trabajador

Esta palabra puede dividirse al menos en dos unidades con significado: *trabaja-*, que se relaciona con el verbo *trabajar*, y *-dor*, que aporta el significado de ‘persona que hace algo’, lo cual explica que, al combinarse, den el significado de ‘persona que trabaja’, es decir, el agente de la acción de trabajar. Estas unidades mínimas con significado se llaman MORFEMAS. Ante palabras como (2), el morfológico no se interesa solamente por entender qué información contiene la palabra, sino que además le interesa estudiar qué aportación hace cada uno de sus morfemas, cómo se combinan entre sí y qué relación exacta establece (2) con el verbo *trabajar* y con las demás palabras que contienen *-dor*.

Para capturar la intuición de que *trabajador* se obtiene a partir del verbo *trabaja(r)*, un morfológico dirá que en esta palabra *-dor* toma como BASE un verbo para dar lugar a un sustantivo que expresa el agente correspondiente a ese verbo. Se define así una relación básica en morfología: la que se da entre una base y un proceso. Una base es la forma más simple sobre la que formamos otra palabra; una palabra compleja es el resultado de esa unión.

Aunque esta es la relación fundamental que estudiamos en morfología, no es el único aspecto que nos interesa. También queremos saber por qué algunos verbos, como *correr*, pueden formar palabras con *-dor*, mientras que otros, como *nacer*, no pueden; por qué hay unos pocos sustantivos que, aunque no sean nunca verbos, pueden formar esta clase de palabras *–leñador–*, y por qué con algunos verbos *-dor* puede significar el lugar donde se hace algo *–comedor, intercambiador, vestido–*. También nos interesa la diferencia entre usar *-dor* para formar el nombre de agente y hacerlo con el morfema *-nte*, para dar cuenta de la diferencia entre *contaminante* y *contaminador*. Un morfológico estudia estas y otras muchas cuestiones que, en definitiva, implican analizar la forma en que los hablantes construyen e interpretan las palabras de su lengua.

#### A) Diferencias entre morfología, fonología, semántica y sintaxis

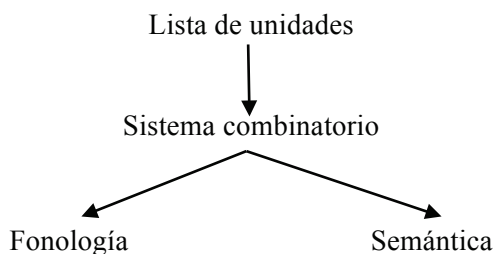
La diferencia entre la fonología y la morfología está clara: la fonología se interesa por el estudio de la representación mental de los sonidos y cómo se combinan entre sí, sea en el interior de palabras o de unidades mayores. El contraste con la semántica también está claro: esta ciencia estudia el significado de las unidades y de sus combinaciones, sean palabras o no. Dada esta definición, esperamos que la morfología se solape con la fonología y la semántica cuando estas se ocupan de cómo actúan sus procesos en el interior de las palabras. Esto es cierto: la MORFOFONOLOGÍA y la SEMÁNTICA LÉXICA son disciplinas de contacto donde se aplican la fonología y la semántica al estudio de la palabra.

La diferencia entre sintaxis y morfología, en teoría, también debería estar clara: si la morfología se ocupa de la combinación de elementos que da lugar a palabras, la sintaxis se ocupa del estudio de las combinaciones de elementos que resultan en unidades mayores, como los sintagmas (*el perro de Jacinto*) o las oraciones (*Mi hermana se ha divorciado*). Sin embargo, como veremos en este libro repetidamente, esta división es polémica, y en la base de esta polémica se halla la cuestión de cómo procede definir una palabra. Como veremos en el capítulo siguiente, la noción de palabra nos puede parecer intuitiva, pero no está claro cómo se puede definir con el nivel de precisión necesario en una ciencia. Algunos morfólogos han llegado, incluso, a negar que las palabras existan como objetos reales en la mente de los hablantes. Esto ha llevado a muchos estudiosos a considerar que la morfología y la sintaxis son esencialmente la misma disciplina, y que el estudio de las combinaciones de morfemas debe integrarse junto al estudio de los sintagmas y oraciones.

Tendremos tiempo más adelante para profundizar en esta y en otras complicaciones que se esconden detrás de estos primeros párrafos introductorios. Por el momento, tratemos de entender qué es la morfología.

### 1.1. La morfología y la lingüística. Morfología y léxico

Responder a qué es la morfología solo tiene sentido cuando consideramos cómo funciona la capacidad de los seres humanos para producir secuencias lingüísticas. La lengua es un sistema que nos permite combinar unidades simples para formar elementos complejos que se materializan mediante sonidos —o en el lenguaje de signos, gestos— y contienen un significado determinado. Esto ha llevado a muchos autores a esquematizar el lenguaje, como se observa a continuación:



**Figura 1.1.** La organización del componente gramatical

Tenemos una lista de unidades, de la que, cada vez que vamos a decir algo, seleccionamos algunos elementos. Tenemos un sistema combinatorio, que es el que nos dice cómo podemos juntar esas piezas y si hemos seleccionado más o menos unidades de las necesarias. Cuando ya está formado lo que queríamos construir, ese objeto será pronunciado de alguna forma en fonología y tendrá un significado en semántica. La persona con la que hablamos, si comparte nuestra lista de unidades y las reglas con las que se combinan, podrá identificar el significado de lo que queríamos decir a partir de su pronunciación. La morfología estudia este proceso que lleva desde una lista de unidades hasta su pronunciación e interpretación, pero restringido a aquellos casos en que lo que construimos con ellas es una palabra.

Podemos tomar las unidades *-o*, *árbol-* e *-it-* de la lista. Nuestro sistema nos dirá que las podemos combinar como *arbol-it-o*, pero no como *\*it-arbol-o*. El objeto que se forma se pronunciará de una manera, con el acento en una posición distinta a la de la palabra *árbol*, y significará una cosa también distinta.

Aunque a veces la terminología empleada por los morfólogos no ayuda, es imprescindible que antes de continuar distingamos la morfología y la lista de unidades. La lista de unidades que cada lengua tiene para combinar es su LÉXICO. El léxico es una lista arbitraria que asocia con una secuencia de sonidos conjuntos de información gramatical y semántica. Esta lista especifica que el pronombre de primera persona singular usado como sujeto en español se pronuncia /'yo/. El léxico varía arbitrariamente de una lengua a otra; en alemán, el mismo pronombre se pronuncia /'iç/, en francés, /'je/, en árabe, /'ana:/, etc. El léxico de una lengua es, esencialmente, lo que se recoge en los diccionarios.

Hay numerosas diferencias entre el léxico y la morfología. Entre hablantes de la misma lengua, no es inesperado que su léxico sea distinto –por ejemplo, algunos hablantes pueden conocer y utilizar el adjetivo *caquético*, que será desconocido para otros–. No esperamos, en cambio, que la morfología de estos hablantes sea diferente si es que hablan la misma lengua (o la misma variedad). Sería inesperado que un hablante del español fuera capaz de formar palabras como *\*hermosodor*, que combinan *-dor* y un adjetivo.

Otra diferencia es que el léxico de una lengua puede cambiar en plazos de tiempo relativamente cortos, mientras que la morfología permanece fundamentalmente estable. En una lengua entran constantemente numerosos NEOLOGISMOS –nuevas formas antes desconocidas– y PRÉSTAMOS –voces tomadas de otros idiomas–, como *Internet*, *chill out* o *i-Pad*, y desde la Edad Media hasta ahora han sido numerosos los morfemas que han dejado de utilizarse o han sido sustituidos por otros –como *-ísimo*, que se empieza a extender desde el Renacimiento–, pero

la morfología del español –la información gramatical que expresan los pronombres, los verbos o los adjetivos y las reglas que dictan cómo se pueden combinar estas informaciones dentro de la palabra– se ha mantenido esencialmente igual desde la época de Alfonso X hasta hoy. Todas las lenguas que conocemos, y hasta donde las entendemos, se comportan de esta forma: el léxico cambia rápidamente, las reglas de combinatoria, no.

Otra diferencia tiene que ver sobre el estatuto de cada uno de estos componentes en una teoría gramatical. Toda teoría lingüística debe tener un léxico. Sin él, no hay piezas que combinar. Sin embargo, no es inconcebible una teoría donde no haya morfología –es decir, una teoría que no distinga entre las operaciones que combinan morfemas en palabras y las que combinan palabras en sintagmas–. De hecho, como veremos pronto (§1.3.2), las teorías construccionistas dicen precisamente esto: la sintaxis también se ocupa de formar palabras.

Ilustremos la diferencia entre léxico y morfología con un ejemplo. Tanto el par de palabras de (3) como el de (4) marcan una diferencia de género. Sin embargo, el par de (3) lo hace por procedimientos morfológicos –es decir, mediante la combinación de morfemas–, mientras que el par de (4) lo expresa mediante procedimientos léxicos –utilizando voces distintas–. Podría haber sido al revés, y podríamos imaginar una variedad del español en la que el femenino de *toro* fuera *tora*, mientras que el femenino de *profesor* fuera una voz distinta. Para eso solo haría falta que su repertorio léxico, la lista de unidades que tiene, fuera diferente.

- (3) a. profesor  
b. profesor-a
- (4) a. toro  
b. vaca

## 1.2. Clases de morfemas. Flexión, derivación y composición

Como hemos dicho, la morfología estudia cómo se combinan piezas léxicas para formar palabras y qué información trae consigo cada una de esas piezas. Si volvemos al ejemplo con el que comenzamos el capítulo, *trabaja-dor*, vemos que los dos morfemas que hemos diferenciado en la palabra tienen propiedades distintas. El morfema *trabaja-* puede aparecer solo en un enunciado, como ¡*Trabaja!* En cambio, el morfema *-dor*, no. El significado del morfema *trabaja* parece estable: expresa una acción determinada; por el contrario, el significado

de *-dor* es más abstracto, se define por relación a otro morfema (‘persona que X’) y está sometido a variación, ya que expresa lugar en *recibidor* (‘lugar donde se recibe’), instrumento en *abrillantador* y agente en *trabajador*. Los morfemas que tienen las propiedades de *trabaja* se conocen como LEXEMAS, mientras que los que se comportan como *-dor* se conocen como AFIJOS. Algunos autores utilizan el término RAÍZ para hablar de los lexemas, pero en este manual los diferenciaremos (cf. § 2.1).

Naturalmente, si el significado de un elemento es específico o no, y si puede aparecer solo, es una cuestión opinable, por lo que esta diferencia intuitiva no será demasiado útil cuando analicemos casos más complejos. Afortunadamente, los lexemas se diferencian de los afijos por dos propiedades formales. La primera tiene que ver con su libertad posicional. Los lexemas pueden aparecer, dentro de la palabra, a izquierda o derecha. En (5) ilustramos esta propiedad para el lexema *organiza-*. Los afijos, en cambio, ocupan siempre la misma posición dentro de la palabra, o a la izquierda o a la derecha del lexema (6), lo cual hace que se subclasifiquen por su posición relativa (§ 2.2.1), *-dor*, por ejemplo, va siempre a la derecha del lexema, nunca al revés, y *co-*, siempre a la izquierda.

- (5) a. organiza-dor  
b. co-organiza
- (6) a. corre-dor ~ \*dor-corre  
b. co-habita ~ \*habita-co

En segundo lugar, dos lexemas pueden formar una palabra sin necesidad de otros elementos (7); dos afijos, en cambio, no pueden (8). Es decir: un lexema puede ser la base con la que se combina otro lexema para formar una palabra nueva, pero un afijo no puede ser la base con la que se combina otro afijo.

- (7) para-sol
- (8) \*co-dor

A partir de esta diferencia básica entre lexemas y afijos, se distinguen en morfología tres clases distintas de procesos.

*Cuadro 1.1. Clases de proceso morfológico por la naturaleza de sus morfemas*

<i>Unidades combinadas</i>	<i>Propiedades</i>	<i>Nombre del proceso</i>
Combinación de un lexema y un afijo	El afijo no añade información categorial o cambio de significado	Flexión ( <i>papel ~ papel-es</i> )
	El afijo añade información categorial o semántica	Derivación ( <i>papel ~ empapel-ar</i> )
Combinación de dos lexemas		Composición ( <i>papel ~ papel-moneda</i> )

Pasamos a revisarlos a continuación.

*A) Combinaciones de un lexema con un afijo*

Cuando combinamos un lexema con un afijo, distinguimos dos casos. En el primero, el afijo no cambia la categoría léxica del lexema. Si este era verbo, continúa siendo verbo, y si era nombre, sigue siendo nombre. Estos son casos de FLEXIÓN (9). Es flexión la expresión del número en el sustantivo (9a), el grado en el adjetivo (9b) o el tiempo y aspecto en el verbo (9c), por ejemplo.

- (9)    a. casa ~ casa-s  
      b. guapo ~ guap-ísimo  
      c. canta ~ canta-ba

En cambio, cuando se produce cambio en la categoría léxica, suponemos que el afijo introduce información categorial, y entonces hablamos de DERIVACIÓN (10). Son casos de derivación los procesos que forman un sustantivo a partir de un verbo (10a), un adjetivo a partir de un sustantivo (10b) o un verbo a partir de un adjetivo (10c), entre otros.

- (10)    a. aisla ~ aisla-miento  
      b. fama ~ fam-oso  
      c. claro ~ clar-ifica

También se consideran casos de derivación aquellos en que el afijo añade un significado que cambia sustancialmente las propiedades de la base. Si el significado altera mucho o poco la semántica de la base es una cuestión a menudo difícil de evaluar. La forma de (11a) se considera derivativa porque expresa un objeto distinto de la base, pero la de (11b) se considera flexiva porque designa el mismo objeto que la base, solo que en contextos en que se alude a más de uno de sus miembros. Una rosaeda no es lo mismo que varios rosales. Naturalmente, esta diferencia es relativamente vaga, y distintos hablantes la perciben de maneras distintas; tendremos ocasión de ver qué problemas produce.

- (11) a. rosal ~ rosal-eda
- b. rosal ~ rosal-es

### B) Combinaciones de dos lexemas

Por último, se habla de composición cuando lo que se combina son dos lexemas, como cuando se unen en una misma palabra dos adjetivos (12a), un verbo y un sustantivo (12b) o un sustantivo y un adjetivo (12c).

- (12) a. sordo-mudo
- b. guarda-polvo
- c. drog(a)-adicto

El análisis de estos tres tipos de procesos, así como de los límites que establecen entre sí, es sumamente problemático y está lleno de casos sobre los que los investigadores siguen discutiendo. Por esta razón, en este libro, frente a lo que es habitual, no los trataremos específicamente hasta el final, una vez que se hayan revisado numerosas herramientas analíticas.

#### 1.2.1. La flexión frente a la derivación

Las diferencias entre flexión y derivación se observan en cuatro propiedades básicas.

1. La flexión no forma palabras nuevas, sino formas de una palabra existente; la derivación forma palabras nuevas. Es decir: *perros* no es una palabra distinta de *perro* —y de hecho, ningún diccionario tendrá entradas distintas para las dos—, sino su forma en un contexto plural. En cambio, *trabajador*



es una palabra distinta de *trabajar*. Esto quiere decir que quien conozca la palabra *perro* podrá deducir su forma y significado cuando se usa en un contexto plural, pero quien conozca la palabra *trabajar* no podrá deducir con seguridad cómo se usa cuando queremos formar un sustantivo: ¿la usamos, por ejemplo, para expresar la persona que hace algo, como en *es-calador*, o para expresar un lugar, como en *comedor*?

2. La flexión es máximamente PRODUCTIVA, es decir, se aplica sin excepciones a todas las formas que pertenecen a una misma categoría gramatical, pero la derivación tiene excepciones arbitrarias. Un verbo siempre tiene forma de imperfecto de indicativo –que es flexiva–, y si le damos al lector un verbo inventado, podrá construir su forma de imperfecto sin problemas –pruebe con *platorar*, *intrimpir* y *acolomer*– pero no todos los verbos tienen, por ejemplo, un sustantivo correspondiente para expresar el agente y los que lo tienen parecen elegir de manera caprichosa el afijo que usan para expresarlo. *Agobiar* hace *agobiante*, mientras que *correr* hace *corredor*, pero ¿cómo hacemos el de *cansar*? Si prueba a dar el nombre de agente de los tres verbos inventados que le proponíamos antes, verá que no puede decidir con seguridad si tendremos formas como *platorador*, *platorante* u otra cosa.
3. La flexión es sensible al contexto gramatical, pero no la derivación. Es frecuente que en una lengua se produzca concordancia entre dos elementos –por ejemplo, un adjetivo y un sustantivo– en las propiedades expresadas por la flexión. Un adjetivo como *blanco* concuerda en género y número con un sustantivo, por ejemplo *gatas blancas*. No sucede, sin embargo, que la concordancia afecte también a las nociones derivativas. Para concordar un adjetivo con un sustantivo como *gatas* usamos la misma terminación que cuando lo concordamos con un sustantivo derivado como *construcciones*: *blancas*. No sucede que por el hecho de que el segundo sustantivo esté derivado con *-ción* usemos un morfema distinto, o copiemos el afijo derivativo, para dar algo como *\*construc-cion-es blanc-cion-as*.
4. Por lo general, los afijos flexivos aparecen en una palabra en sus extremos externos, mientras que los derivativos lo hacen en una capa más interna. En la palabra *trabajadores*, el morfema de plural *-es* sigue al morfema de agente *-dor*; es decir, sigue al morfema derivativo. El orden inverso no suele darse (*\*trabaj-es-dor*).

Estas propiedades son prototípicas y nos servirán para poder avanzar, por el momento. Sin embargo, veremos poco a poco que, en la práctica, la flexión y la

derivación son más difíciles de diferenciar de lo que parece, hasta el punto de que algunos morfólogos han negado que sean procesos diferentes (§ 6.1).

A) *¿Qué quiere decir 'formar una palabra nueva'?*

De todas las propiedades que acabamos de revisar, tal vez la que cause más problemas sea la primera. ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que ciertos procesos forman palabras nuevas? Convencionalmente, se acepta que una palabra es distinta de otra si difieren en una de estas cuatro nociones: su categoría léxica (nombre, verbo, adjetivo, etc.), su estructura argumental, su estructura aspectual o sus rasgos característicos.

Acerca de la categoría léxica, se reconoce que ciertos morfemas pueden formar palabras de una clase distinta a la que posee su base. Al menos, se admiten tres tipos de morfemas: NOMINALIZADORES, que forman sustantivos —como *-ción* en *construc-ción*—, ADJETIVIZADORES, que forman adjetivos —*oso* en *fam-oso*— y VERBALIZADORES —como *-ifica-* en *clas-ifica-r*—. Algunos morfólogos admiten también morfemas ADVERBIALIZADORES, que forman adverbios —como *-mente* en *clara-mente*—.

Las palabras derivadas pueden ser clasificadas, a su vez, por la categoría que tiene su base. Tenemos así, por ejemplo, palabras DEVERBALES —que proceden de verbos, como *explica-ble*—, palabras DENOMINALES —que vienen de sustantivos, como *barb-udo*— y palabras DEADJETIVALES —formadas sobre adjetivos, como *blanc-ura*—. Siempre que usemos uno de los términos de estas dos series, estaremos hablando de procesos derivativos.

Por su parte, la ESTRUCTURA ARGUMENTAL de una palabra es el conjunto de complementos obligatorios que necesita para tener un significado completo. Solo las palabras que llamamos PREDICADOS pueden tener una estructura argumental. Así, *correr* tiene una estructura argumental formada por un solo elemento: la persona o la cosa que corre. No necesitamos más para entender la acción de correr, y por eso es gramatical *Juan está corriendo*, en el que no necesitamos suponer una persona con la que corra, por ejemplo. En cambio, *re-correr* necesita dos entidades para tener un significado completo: la persona que recorre algo, y el lugar que se recorre. Entendemos que *Juan está recorriendo* es una oración anómala, y salvo que podamos inferir por el contexto de algún modo una entidad recorrida, la consideraremos imposible en nuestra lengua. Aceptaremos, en cambio, *Juan está recorriendo las habitaciones del palacio*, donde son expresos dos argumentos obligatorios. El morfema *re-* es, pues, derivativo, ya que puede alterar la estructura argumental de su base.

Entendemos por ESTRUCTURA ASPECTUAL las distintas fases temporales en las que se descompone cierta acción o situación. El verbo *conocer* expresa una situación que tiene una sola fase, que es además estática –no implica cambios dinámicos–, como en *conocer algo*. Si decimos que *Juan conoce la respuesta*, describimos la situación en la que Juan posee cierto conocimiento, pero no hablamos de una fase previa en la que adquiere el conocimiento. En cambio, *reconocer* algo expresa una acción dinámica que implica un cambio instantáneo, en el que se obtiene un conocimiento que antes no se tenía, como en *Juan reconoció a Pedro en la foto*, que usamos para indicar que Juan se percató por primera vez de que la persona de la foto es Pedro.

Los RASGOS CARACTERÍSTICOS de una palabra son los componentes de significado que debemos entender obligatoriamente, si empleamos bien la palabra, y que usamos para diferenciar el concepto que esa palabra expresa dentro de un dominio mayor. Para entender qué significa la palabra *ballena* debemos saber que es cierto ser vivo, un animal; en cambio, para entender la palabra *ballen-ato*, debemos entender, además, que es la cría de cierto animal. El morfema *-ato* ha añadido la noción ‘cría de’, que no estaba necesariamente presente en la base *ballena*. El morfema ha modificado los rasgos característicos de la base, y por ello lo consideraremos también un morfema derivativo.

Una modificación en cualquiera de estos cuatro aspectos implica que, tradicionalmente, un morfema se clasifique como derivativo. Adelantaremos ya una complicación que discutiremos en los capítulos 6 y 7: ¿qué sucede cuando solo una de estas nociones es modificada, o cuando no estamos seguros de hasta qué punto la modificación que causa un morfema afecta a los rasgos característicos de una palabra? En esos casos tendremos dificultades para determinar si un proceso es derivativo o flexivo. Demos un ejemplo: si comparamos dos palabras, cada una de ellas con un género distinto (como *alcalde* y *alcald-esa*), ¿diremos que el proceso es flexivo o derivativo? ¿El cambio de género –varón en un caso y mujer en el otro– es suficiente para considerar que hemos modificado los rasgos característicos de la base? ¿Hay otros cambios? No hay una respuesta sencilla a estas preguntas.

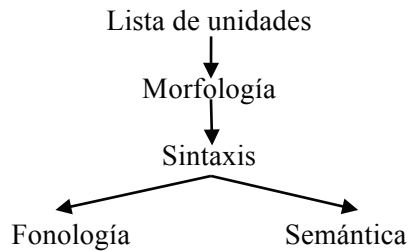
### **1.3. ¿Es autónoma la morfología?**

De entre las cuatro disciplinas mayores que estudian la estructura del lenguaje –fonología, morfología, semántica y sintaxis–, por su propia naturaleza, la morfología tiene una posición inestable. Comparte con la sintaxis el análisis de los procesos de combinación de unidades; con la fonología, el estudio de la estructura de los sonidos en las palabras, y con la semántica, el análisis del significado interno a

las palabras. No es sorprendente, pues, que algunos estudiosos hayan defendido que la morfología no existe como un componente autónomo, y que su objeto de estudio en realidad debe ser repartido entre las otras tres disciplinas. En esta sección revisaremos brevemente dos familias de teorías que tienen visiones opuestas sobre este problema.

### 1.3.1. *El lexicalismo*

Se entiende por LEXICALISMO la teoría que defiende que la morfología es autónoma y que existe un componente morfológico que impone estructuras, restricciones y reglas que después deben ser tenidas en cuenta por la sintaxis. Esto implica dividir el sistema combinatorio en dos niveles ordenados entre sí: el que se ocupa de construir palabras y el que construye sintagmas. Esto se representa en la figura 1.2; morfología y sintaxis son los nombres que se le dan a las dos partes en que se divide el sistema combinatorio:



**Figura 1.2.** La arquitectura de la gramática en el lexicalismo

Es decir: la morfología accede directamente a la lista de unidades, y produce palabras. Estas palabras luego son combinadas en la sintaxis, y después interpretadas por la fonología y la semántica para decidir su pronunciación y significado.

#### *A) Propiedades del lexicalismo*

El lexicalismo tiene tres propiedades fundamentales que permiten diferenciarlo de otras aproximaciones.

La primera es que la morfología tiene sus propias reglas de combinación, sus propias unidades y sus propios principios interpretativos, a menudo diferentes de los de la sintaxis. Con esto se trata de dar cuenta de las irregularidades e idiosincrasias que se observan a menudo en el análisis de las palabras. Consideremos un ejemplo: la sintaxis del español no permite fácilmente que un nombre contable en singular aparezca como complemento de un verbo de acción si no está introducido por un determinante (\**Vio sol*). En cambio, la morfología parece admitir esta combinación: *para-sol*, donde se combinan el verbo *parar* y el sustantivo *sol*. Esto indicaría que la morfología del español tiene reglas combinatorias diferentes de la sintaxis de esa misma lengua. Los morfólogos lexicalistas, a lo largo de los años, han propuesto, para explicar las propiedades de las palabras complejas, otras reglas excepcionales para la sintaxis, y también unidades que parecen exclusivas de este componente, como los paradigmas, que iremos estudiando en los capítulos próximos.

En segundo lugar, un sistema lexicalista propone que la sintaxis está determinada por las propiedades de los objetos morfológicos. Siguiendo con el ejemplo de *parasol*, la idea es que una vez que la morfología define esta palabra como un sustantivo, la sintaxis debe tratarlo como un sintagma nominal (*el parasol*) necesariamente y no puede hacer nada para cambiarlo y usarlo, por ejemplo, como un verbo (\**Juan parasol*). En cambio, si la sintaxis recibe del componente morfológico, por separado, el verbo *para* y el sustantivo *sol*, debe tratar su combinación como un sintagma verbal (*Este toldo para el sol*). Este ordenamiento jerárquico entre morfología y sintaxis, tal que la morfología determina la información que recibe la sintaxis, es conocido como PERSPECTIVA ENDOESQUELÉTICA: las unidades que combina la sintaxis llegan a ella con todas sus propiedades definidas (con un esqueleto interno completo), y la sintaxis, como un paraguas, se limita a desplegar esas propiedades en estructuras sintagmáticas.

### *B) La hipótesis de la integridad léxica*

La tercera propiedad que identifica un sistema lexicalista es un corolario a las otras dos: las estructuras creadas por la morfología no pueden ser modificadas por la sintaxis. Por más que *parasol* o *abrecartas* parezcan contener verbos con su complemento directo, la sintaxis no puede operar sobre ese aparente complemento para modificarlo (13a), desplazarlo (13b), interrogarlo (13c), recuperarlo mediante un pronombre (13d) o usarlo para permitir la elisión de otro sintagma nominal (13e). Todas estas operaciones, como se ve en los ejemplos, se admiten cuando la estructura es un sintagma verbal. La razón de la asimetría sería que en

este caso *-cartas* no es una palabra o un sintagma, que son las unidades con las que la sintaxis operaría, sino una secuencia de morfemas –que son unidades morfológicas, invisibles para la sintaxis–.

- (13) a. \*un abre-[cartas de papel].  
(cf. Este objeto solo abre cartas de papel).  
b. \*-CARTAS es un abre-\_\_\_\_ este objeto, no -paquetes.  
(cf. CARTAS abre \_\_\_\_ este objeto, no paquetes).  
c. \*¿-qué es un abre-\_\_\_\_ este objeto?  
(cf. ¿Qué abre \_\_\_\_ este objeto?).  
d. ??Este abre[cartas]<sub>i</sub> no las<sub>i</sub> abre bien.  
(cf. Este objeto abre cartas<sub>i</sub>, pero no las<sub>i</sub> abre bien).  
e. ??Este abre[cartas]<sub>i</sub> solo abre las *e<sub>i</sub>* de papel.  
(cf. Este objeto abre cartas<sub>i</sub>, pero solo las *e<sub>i</sub>* de papel).

Este conjunto de diferencias empíricas entre las operaciones que la sintaxis puede aplicar a los sintagmas, pero no a los morfemas, es la justificación empírica fundamental en la que se apoyan muchos morfólogos para defender el lexicalismo. La existencia de estos contrastes ha permitido apoyar la HIPÓTESIS DE LA INTEGRIDAD LÉXICA: la sintaxis no puede manipular los objetos construidos por la morfología porque las unidades, reglas y principios de la morfología son distintos de los de la sintaxis. Hemos visto cómo esto se refleja en cinco aspectos, que resumimos a continuación para comodidad del lector:

1. IMPOSIBILIDAD DE MODIFICACIÓN: no podemos combinar los morfemas con otras palabras para formar sintagmas (13a).
2. IMPOSIBILIDAD DE DESPLAZAMIENTO: no podemos pronunciar los morfemas en ninguna posición distinta de la que ocupan en el interior de la palabra (13b).
3. IMPOSIBILIDAD DE INTERROGACIÓN: no podemos sustituir un morfema por un interrogativo u otra unidad que requiera un tipo especial de construcción sintáctica –eg., una interrogativa– para estar bien formada (13c).
4. IMPOSIBILIDAD DE PRONOMINALIZACIÓN Y CORREFERENCIA CON OTROS ELEMENTOS: no podemos referirnos a los elementos internos de una palabra mediante un pronombre (13d).
5. IMPOSIBILIDAD DE ELIPSIS: un elemento interno a una palabra no sirve para elidir un sintagma aparentemente igual, ni tampoco al revés (13e).

### *1.3.2. El construccionismo*

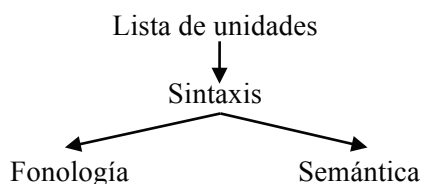
En contraste con el lexicalismo, el CONSTRUCCIONISMO propone que la morfología es, en realidad, sintaxis. El sistema combinatorio no se divide en dos, por lo que el mismo componente que construye palabras también sirve para construir sintagmas.

Para que esta hipótesis sea cierta, necesariamente deben serlo también tres condiciones. En primer lugar, las unidades que maneja la morfología deben ser idénticas a las que maneja la sintaxis –es decir, los morfemas no pueden ser unidades especiales desde la perspectiva de su combinatoria y de la información que aportan–. Igualmente idénticas deben ser las reglas de combinatoria de la morfología y las de la sintaxis –lo cual implica explicar las irregularidades e idiosincrasias de las palabras de alguna forma independiente–.

En segundo lugar, no pueden existir objetos exclusivamente morfológicos: las unidades morfológicas no pueden existir como tales, y los fenómenos que parecen necesitarlas deben explicarse a partir de reglas o restricciones independientes. Más aún: las palabras no pueden ser distintas de los sintagmas, por lo que tampoco existen como objetos de estudio.

En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, los cinco procesos que han dado lugar a la Hipótesis de la Integridad Léxica deben explicarse mediante propiedades sintácticas, fonológicas o semánticas independientes. Veremos en los capítulos siguientes que, en efecto, se han propuesto estas explicaciones alternativas.

La estructura de la gramática en un sistema construccionista es como se muestra en la siguiente figura.



**Figura 1.3.** La arquitectura de la gramática en el construccionismo

Los sistemas construccionistas se caracterizan, pues, por tres hipótesis: (i) el único sistema combinatorio que existe es la sintaxis; (ii) la sintaxis combina

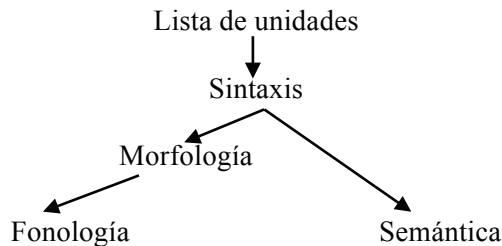
morfemas para construir sintagmas, aunque algunos de estos sintagmas se hayan llamado ‘palabras’ en la tradición; (iii) por lo tanto, las propiedades de los sintagmas se definen en la sintaxis y no antes.

Ahora no cabe decir que las palabras entran en la sintaxis con propiedades que deben desplegarse, sino que la sintaxis define las propiedades de las palabras (y de los demás sintagmas) mediante sus propias reglas. Esta perspectiva es llamada EXOESQUELÉTICA: las palabras adquieren su esqueleto, sus propiedades, desde fuera, dependiendo de cómo sea el árbol sintáctico mediante el que se construyen. Si *parasol* es un sustantivo es porque la sintaxis lo ha construido como tal, pero podría haber elegido construirlo como un verbo, dando lugar a *para (el) sol*.

La consecuencia inmediata de esto es que las idiosincrasias que un sistema lexicalista puede tolerar –porque la morfología puede ser especial con respecto a la sintaxis– deben ser explicadas de alguna forma independiente en un sistema construccionista.

Ilustremos esta diferencia con un ejemplo. La palabra *viveres* en español siempre tiene que aparecer en plural (\**un viver*). Un sistema lexicalista puede decir que esto ha de ser así porque la morfología tiene una regla idiosincrásica, impuesta por el lexema *viver-* que solo permite que se combine con el plural *-es*. La sintaxis, como resultado, se ve obligada siempre a usarla en plural. El construccionismo, en cambio, tiene que buscar una explicación que aclare por qué la sintaxis solo puede formar una estructura con el morfema *viver-* cuando también aparece en el mismo sintagma el número plural. Esto es a menudo más difícil, pero, para muchos investigadores, es también mucho más interesante.

En la actualidad hay dos versiones fundamentales del construccionismo, y en este libro hablaremos de ambas. La primera es la llamada MORFOLOGÍA DISTRIBUIDA. Su propiedad fundamental es que admite la existencia de un componente morfológico, aunque este no sirve para combinar unidades y su función solo es la de reinterpretar y adaptar las estructuras formadas por la sintaxis.



**Figura 1.4.** La arquitectura de la gramática en la morfología distribuida



Hablaremos repetidamente de esta visión de la morfología en este manual, y sobre todo en el capítulo 4, pero aquí adelantaremos un ejemplo de qué quiere decir ‘reinterpretar la estructura sintáctica’.

En español y en ruso, pero no en inglés o en árabe, los sustantivos suelen aparecer con una vocal átona final, usada para clasificar a los nombres en clases, que se llama DESINENCIA: la *-a* de *cas-a*. No está claro que la desinencia se pueda representar en la sintaxis, porque (i) no se ve de forma segura cuál sería su función gramatical o su significado, ya que no se correlaciona con el género –*man-o* es femenina y *problem-a* es masculino– y (ii) no todas las lenguas, y no todas las palabras de una lengua, tienen este elemento –*papel, reloj, papá*–, por lo que el fenómeno no es tan general como esperamos de los fenómenos sintácticos.

La idea en Morfología Distribuida es que la desinencia no es un morfema que la sintaxis combine con otros: es un segmento que el componente morfológico añade a un árbol sintáctico cuando se dan ciertas circunstancias, para introducir un tipo de información que solo es relevante para la morfología. En efecto, la desinencia sí es relevante para determinar cómo se flexiona una palabra. En las lenguas donde los sustantivos distinguen casos –como el ruso o el latín–, muy a menudo, tener una desinencia u otra implica que la palabra tomará distintos morfemas para expresar, por ejemplo, el dativo, el acusativo o el instrumental. Si se observa la figura anterior, se ve que al introducir la desinencia en el nivel que está marcado como ‘morfología’, se explica en cambio por qué ese morfema no contiene interpretación sintáctica –ya que aparece después de la sintaxis– ni semántica –aparece en una rama distinta de aquella que termina con la interpretación del significado.

La segunda teoría construccionista de la que hablaremos en este libro es la NANOSINTAXIS. La nanosintaxis intenta ser un sistema construccionista puro, en el sentido de que no hay ningún nivel especial de naturaleza morfológica para explicar aparentes idiosincrasias, como la existencia de desinencias. Todos estos fenómenos tratan de ser explicados mediante propiedades sintácticas, fonológicas o semánticas. Una de las propiedades fundamentales de la nanosintaxis es la forma especial en que las estructuras sintácticas se relacionan con los segmentos fonológicos que las materializan y hacen posible su pronunciación. Hablaremos extensamente de estas propiedades especiales en el capítulo 4, ya que antes de abordarlas debemos manejar algunos conceptos que se irán presentando en los capítulos anteriores.

Terminamos aquí nuestro primer capítulo, en el que nos hemos centrado sobre todo en algunas distinciones terminológicas, y hemos tratado de dar al lector un mapa general de qué se estudia en morfología y cómo se diferencia de otros componentes.

## Ejercicios y problemas

1. Vamos a suponer que, ya que está leyendo este libro en español, se maneja en esta lengua de manera suficiente para reconocer divisiones en morfemas. Descomponga en morfemas las siguientes palabras: *casas*, *llegábamos*, *telaraña*, *monasterial*, *encarcelamiento*, *caradura*, *disponible*, *prometiendo*, *portaviones*, *famoseo*. Una forma sencilla de hacerlo es que compare la palabra que se le da con otras formas que comparten el mismo lexema, y vea cómo cambia el significado cuando cambian ciertos segmentos. Por ejemplo, si le hubiéramos dado la palabra *presidente*, la debería comparar con *presidir*, *presidencia* y otras formas con el mismo lexema, y entonces podría concluir que la segmentación apropiada es *preside-nte* (o tal vez *presid-e-nte*), y que *-nte* probablemente signifique ‘el que X’, donde X es el lexema.
2. Clasifique las palabras del ejercicio anterior en palabras flexionadas, derivadas y compuestas.
3. Es imprescindible que la diferencia entre léxico y morfología esté clara antes de continuar, ya que es crucial en los sistemas construccionistas. A continuación tiene varios pares de palabras, tales que la segunda voz expresa el colectivo de la primera (‘conjunto estructurado formado por X’). Indique en cada caso si se usan procedimientos léxicos o morfológicos para expresar el colectivo: *álamo* ~ *alameda*, *soldado* ~ *ejército*, *cubierto* ~ *cubertería*, *plato* ~ *vajilla*, *profesor* ~ *profesorado*, *humano* ~ *humanidad*, *cura* ~ *clero*, *chiquillo* ~ *chiquillería*, *pariente* ~ *familia* ~ *parentela*.

## Lecturas recomendadas

El lector interesado en profundizar en las hipótesis fundamentales dentro del lexicalismo puede leer Halle (1973), o los primeros capítulos de Scalise (1984) o Booij (2007). Podrá encontrar resúmenes sobre el construccionismo en comparación con el lexicalismo en Borer (2003), y para la morfología distribuida, específicamente en Halle y Marantz (1993). Si desea leer más sobre nanosintaxis, recomendamos los artículos reunidos en Svenonius, Ramchand, Starke y Taraldsen (2009), sobre todo la introducción de Starke.

# 2

## *Las unidades del análisis morfológico*

Comenzaremos ya a enfrentarnos al análisis morfológico, y lo haremos tratando de identificar los morfemas que hay en las siguientes formas verbales del letón –lengua báltica–. El signo ‘.’ detrás de una vocal indica que es larga.

*Cuadro 2.1. El verbo en letón*

verbo <i>dari:t</i> , ‘hacer’		verbo <i>vare:t</i> , ‘poder’
daru ‘hago’	dari:ju ‘hice’	vare:ju ‘pude’
dari ‘haces’	dari:ji ‘hiciste’	vare:ji ‘pudiste’
dara ‘hace’	dari:ja ‘hizo’	vare:ja ‘pudo’
dara:m ‘hacemos’	dari:ja:m ‘hicimos’	vare:ja:m ‘pudimos’
dara:t ‘hacéis’	dari:ja:t ‘hicisteis’	vare:ja:t ‘pudisteis’
dara ‘hacen’	dari:ja ‘hicieron’	vare:ja ‘pudieron’

Primero analizaremos las formas de *dari:t*, las dos primeras columnas. La metodología para identificar morfemas es la de tratar de emparejar significados iguales con segmentos iguales, lo cual se consigue comparando las formas de dos en dos, con pares que solo se distingan por un rasgo de su significado (p. ej., dos formas de tercera persona plural en distintos tiempos). Recomendamos al lector que

antes de seguir leyendo pruebe a hacerlo con esta metodología para ver hasta dónde llega.

A) *Cómo identificar morfemas: su definición tradicional*

Empecemos. Si comparamos *daru* con *dari:ju*, vemos que las dos formas expresan primera persona singular y terminan en *-u*. Este podría ser el morfema de concordancia de la primera persona singular; para ver si es cierto, comprobamos que ninguna otra persona termine en *-u*. Esto es cierto, de manera que concluimos que hemos aislado un morfema que, en el léxico, tendría la entrada de (1).

(1)     *-u* <---> 1sg.

Al comparar las terminaciones del verbo de dos en dos, con el mismo procedimiento que antes, concluimos que *-i* marca segunda persona singular, *-a:m* su equivalente plural y *-a:t* la segunda persona plural. La terminación para la tercera persona singular y plural es idéntica, *-a*. ¿Cómo representamos esto? La situación que acabamos de encontrar, en la que el mismo morfema se usa para expresar nociones que queremos diferenciar en nuestra sintaxis o nuestra semántica, se conoce como SINCRETISMO, y hablaremos de ella en § 6.3. Antes de entrar en detalles, podemos decir que *-a* expresa tercera persona singular y plural o que solo expresa tercera persona. Veremos que las teorías difieren en su análisis particular de estos casos, pero por ahora podemos ignorar esta complicación y optar por (2).

(2)     *-a* <---> 3 sg. y 3 pl.

Una vez que hemos segmentado las marcas de concordancia del verbo en las dos primeras columnas, nos quedan las secuencias *dar-* y *dari:j-*, en las que aún no sabemos cuántos morfemas hay. Las comparamos, y vemos que la primera secuencia aparece en presente, mientras que la segunda se usa en pasado. Difieren en que la que expresa pasado tiene un segmento más, *-i:j-*. ¿Podemos concluir que este segmento es un morfema que expresa pasado? Esta hipótesis solo se sostiene si ninguna forma de presente lo contiene y todas las de pasado lo hacen. ¿Es esto cierto? Sí. Por lo tanto, tal vez querríamos hacer la equivalencia de (3).

(3)     *-i:j-* <---> Pasado

Pero esta sería una conclusión apresurada, como vemos al comparar con más formas. Integremos ahora la tercera columna en nuestro análisis. Si analizamos el pasado de *vare:t* ‘poder’, vemos que el segmento para expresar el pasado parece ahora ser *-e:j-*. Esto nos debe llamar la atención, porque no es idéntico al de (3), aunque se parece mucho. ¿Significa esto que en letón hay dos morfemas distintos de pasado o hemos hecho la descomposición mal? La primera opción sería extraña, ya que los dos segmentos son demasiado similares: vocal larga seguida de *j*.

Parece que hemos hecho algo mal. De nuevo, comparamos formas para ver qué error hemos cometido. Si miramos el infinitivo, vemos que el verbo *dari:t* y el verbo *vare:t* contrastan precisamente en que el primero tiene, delante de la *-t* (que el lector atento ya habrá identificado como la marca del infinitivo) precisamente, una *-i:-*, mientras que el segundo tiene una *-e:-*. El hecho de que este segmento introduzca una variación en el pasado sugiere que debe segmentarse como otro morfema. Lo haremos. Ahora la forma de pasado tiene la representación de (4), y hemos segmentado un morfema adicional, *-i:-* en un verbo y *-e:-* en el otro. No nos habíamos dado cuenta de esta división al comparar las dos primeras columnas, pero ahora es claro que esa vocal no es propiamente parte del lexema, porque no aparece en el presente.

(4)    *-j- <---> Pasado*

Por tanto, descomponemos *vare:ja:m* en cuatro morfemas: *var-e:-j-a:m*. El primero es un lexema y los tres siguientes son afijos.

Este ejemplo nos enseña tres cosas.

La primera es trivial, pero es importante destacarla: las unidades que hemos segmentado son morfemas, es decir, unidades morfológicas. No esperamos, pues, que puedan funcionar como unidades fonológicas de pleno derecho. Es decir, no esperamos que estos morfemas se identifiquen con fonemas *-a:m*, por ejemplo, consta de dos fonemas, */a/* y */m/*— ni mucho menos que puedan pronunciarse solos —el morfema *-j-* no puede en letón—.

En segundo lugar, hemos segmentado los morfemas en virtud de dos principios: su correlación con una información determinada y el hecho de que aparezcan recurrentemente en formas que contengan esa información. Estas dos propiedades —EMPAREJAMIENTO ENTRE UN SEGMENTO Y UNA INFORMACIÓN y RECURRENCIA— son los criterios que se usan tradicionalmente para identificar los morfemas desde principios del siglo pasado, cuando esta unidad fue definida en el modelo lingüístico llamado Estructuralismo. Cuando el emparejamiento con cierta información o la recurrencia no se cumplen, identificar una unidad

como un morfema es, al menos, problemático, y para muchos autores, imposible. Veamos un ejemplo. Comparemos las palabras de (5).

- (5) padre ~ madre

Estas formas expresan nociones similares, pero contrastan en que la primera es masculina y la segunda es femenina. Ya que también contrastan exclusivamente en que la primera comienza con *p* y la segunda con *m*, podríamos estar tentados a aislar estos segmentos como morfemas y proponer las entradas ‘*p*- <---> masculino’ y ‘*m*- <---> femenino’. No haríamos bien, porque estos supuestos morfemas no cumplen la regla de la recurrencia: no existen otros pares de palabras, una masculina y otra femenina, tales que una empiece con *p* y la otra con *m* pero no contrasten en ningún otro segmento.

### B) La noción de raíz y el tema morfológico

La tercera lección que podemos aprender del ejercicio anterior es que la noción de lexema que usamos en el capítulo anterior debe ser refinada. En el capítulo anterior, segmentamos una forma como *cantábamos* en tres partes, *canta-*, *-ba-* y *-mos*, y decíamos que el lexema es *canta-*. En una forma como *bebe-mos*, en cambio, el lexema debería ser *bebe-* y en *vivi-mos*, *vivi-*. El hecho de que un verbo español termine en una vocal determinada, que aparece recurrentemente en su conjugación, nos recuerda a la diferencia entre *dari:-* y *vare:-* en letón. Allí hemos decidido separar *dar-* e *-i:-* y *var-* y *-e:-*, respectivamente. Esto nos llevaría a proponer una separación similar en español, *cant-* y *-a-*, *beb-* y *-e-*. Ahora que hablamos de una lengua que conocemos, podemos hacernos mejor una pregunta que tal vez se le haya ocurrido al lector: ¿por qué no podemos decir que *canta-* es un solo morfema?

Hay varias razones. La primera de ellas es que la *-e-* o la *-a-* finales de estos verbos no aparecen siempre que se forman palabras a partir de este lexema. En muchos casos, desaparecen:

- (6) cantar ~ cant-or, contener ~ conten-ción, salir ~ sal (imperativo)

Otra razón es que esa vocal tiene influencia en la morfología de la palabra. Los verbos acabados en *-a-* en español toman *-ba-* para hacer el imperfecto de indicativo (*cantar* ~ *canta-ba*), mientras que los que acaban en *-e-* o en *-i-* toman *-a-* (*vivir* ~ *viví-a*). Esto sugiere que deberíamos tratar la vocal como una unidad morfológica, no como un fonema dentro de un morfema.

La conclusión es que nuestra noción de lexema era demasiado vaga: *canta-* no es una unidad, sino que debe segmentarse en *cant-* y *-a-*. La parte que contiene el significado de la palabra con respecto al mundo real –o sea, la que expresa un concepto que podemos encontrar en el mundo que nos rodea– es *cant-*, mientras que *-a* es otro afijo.

Llamaremos a *cant-* y al resto de elementos que expresen conceptos y puedan combinarse con afijos para formar palabras RAÍZ. La raíz normalmente no puede aparecer sola, al contrario de lo que llamamos, de forma vaga, lexema.

Lo que puede aparecer solo, *cant-a*, no es una única unidad morfológica, sino la unión de la raíz con cierto afijo. Esta combinación mínima formada por la raíz y un afijo se llama TEMA MORFOLÓGICO. La forma *cant-a-* es un tema morfológico, y puede aparecer solo en varias formas, pero siempre usado como un verbo: *canta* puede ser imperativo de la segunda persona singular o presente de indicativo de tercera persona singular, pero no sustantivo o adjetivo. En todos los casos, para que podamos decir que algo es un tema morfológico, debe ser posible asociarlo con una categoría léxica. La forma *(un) cant-o* también es un tema morfológico, en este caso, un sustantivo (tema nominal).

Entonces, ¿qué son la *-a* de *cant-a*, la *-e* de *beb-e* y la *-o* del sustantivo *cant-o*? Estos elementos se emplean en algunas lenguas, como el español o el letón, para marcar la categoría léxica de un tema morfológico. Aunque no expresan un concepto del mundo real, sí pueden asociarse con cierta información –cierta categoría gramatical–, por lo que son morfemas. Reciben varios nombres. Los que marcan una raíz como verbo se suelen llamar ELEMENTOS TEMÁTICOS –en lenguas como el español, VOCALES TEMÁTICAS, porque siempre son vocales–, mientras que los que marcan un tema como sustantivo o adjetivo se llaman DESINENCIAS. Estos elementos dan lugar a varios problemas en el análisis morfológico, por lo que los nombraremos repetidamente.

## **2.1. Recuento: clases de morfemas. Los temas grecolatinos**

Resumamos las unidades que hemos identificado hasta ahora, para entender dónde estamos ahora que hemos eliminado de nuestro vocabulario el término ‘lexema’. Tenemos dos. Por una parte, están los afijos, que aportan información de muy distintos tipos, como el género, la clase léxica a la que pertenece una palabra o la concordancia con la primera persona singular. Por otra parte, están las raíces, que expresan conceptos del mundo real. Cuando la raíz se combina con un afijo que marca su categoría léxica, se forma un tema morfológico. Cuando el tema morfológico se combina con otros morfemas, o con otro tema morfológico, tene-

mos palabras, y hablamos de flexión, derivación o composición conforme a los criterios que estudiamos en § 1.2.

*Cuadro 2.2. Las clases de morfemas y su combinación*

Tema morfológico + otros morfemas = <b>Palabra</b>		
Raíz + marcador categorial = <b>Tema morfológico</b>		<b>Otros morfemas</b>
<b>raíz</b>	<b>afijo</b>	afijos derivativos (derivación)
cant-	marcador	afijos flexivos (flexión)
beb-	vocal temática	temas morfológicos o raíces (composición)
viv-	desinencia	...
...		

Ya sabemos que un criterio como ‘expresa un concepto del mundo real’ es vago, por lo que queremos tener un modo formal de distinguir raíces de afijos. ¿En qué se diferencian ahora las raíces y los afijos? Sigue siendo verdad que hay una diferencia en su libertad posicional: los afijos deben aparecer siempre en una posición determinada, pero las raíces no. Por ejemplo, la raíz *pel-* aparece a la izquierda de otra raíz en *pel-i-rroj-o*, pero a la derecha en *crec-e-pel-o*. También podemos observar que las raíces pueden combinarse con un afijo directamente, como *pel-o*, pero los afijos no pueden combinarse con otro afijo si falta una raíz (\**a-mos*).

#### A) Los temas grecolatinos

Algunos autores opinan que distinguir entre raíces y afijos no es suficiente para dar cuenta de todos los tipos de morfemas de una lengua. Hay una tercera clase de unidades que muchos manuales de morfología recogen, los llamados TEMAS GRECOLATINOS o TEMAS NEOCLÁSICOS. Son formas relativamente comunes en español, y reciben su nombre porque suelen proceder etimológicamente del vocabulario latino culto o del griego clásico: *fobo*, *filo*, *logo*, *hidro*, *peda*, etc. Estos elementos tienen propiedades mixtas entre los afijos y las raíces, aunque veremos que se parecen más a las segundas.

En primer lugar, estos morfemas denotan conceptos del mundo: *hidro* es ‘agua’, *peda* es ‘experto o profesor’, *filo* es ‘admirador o simpatizante’, etc. En



segundo lugar, tienen libertad posicional con respecto a las raíces. La forma *filo* aparece a la derecha de la palabra en *music-ó-filo*, pero a la izquierda en *fil-ó-logo*; estas formas se clasifican compuestos.

En tercer lugar, no pueden usarse solas. Es cierto que esta propiedad la comparten raíces y afijos, pero solo las raíces pueden funcionar solas cuando se combinan con un afijo. Los temas neoclásicos funcionan como palabras si se combinan con un afijo derivativo (7).

(7) fób-ic-o

Pero también pueden funcionar como palabras cuando se combinan con elementos de su misma clase, y en esto son diferentes a las raíces. Compárense los ejemplos de (8a) y (8b). En los primeros, dos temas grecolatinos se combinan entre sí; en el segundo, no combinamos directamente dos raíces, porque al menos una de las dos debe llevar una marca de categoría gramatical –llevan vocal temática o desinencias–. Esta es la diferencia más importante con las raíces.

(8) a. logo-peda, peda-gogo  
b. par-a-sol, pel-i-rrój-o, sord-o-mud-o

El lector puede pensar que en un ejemplo como *papel carbón* parece que las raíces se combinan sin marcas de categoría. Es una observación exacta y una crítica justa. En tales casos, los morfólogos tienden a pensar que lo que sucede es que las raíces *papel* y *carbón* toman una desinencia que no se pronuncia, por lo que su representación debería ser –simplificando– *papel-∅ carbón-∅*, es decir, serían dos temas morfológicos unidos en una palabra.

Este misterioso objeto -∅ es un afijo que, aunque aporta información gramatical, no tiene representación en el plano del sonido, por lo que no podemos verlo directamente. Se llama MORFO CERO y volveremos a hablar de él en este capítulo. Elementos como este se proponen a veces para unificar la representación de compuestos como *papel carbón* con la de otros con desinencia explícita, como *perr-o polici-a*. No es una solución elegante, pero muchos morfólogos la aceptan cuando el beneficio que se obtiene –poder dar un tratamiento uniforme a las raíces dentro de los compuestos– se considera superior al precio que se paga –proponer unidades sin representación material–.

Nótese que no sería suficiente, para unificar los temas grecolatinos con las raíces, proponer que su vocal final es, en realidad, una marca de categoría y que *logo* es un tema morfológico que debe descomponerse en la raíz *log-* y la de-

sinencia -o. La razón es que los temas morfológicos pueden aparecer solos (*canto, canta, bebe*), pero los temas grecolatinos, no (*\*un fobo, \*un hidro*).

Esto da lugar a una pregunta interesante y de repercusiones profundas. Si los temas grecolatinos se parecen tanto a las raíces, ¿no sería mejor poder tratarlas como el mismo tipo de unidad? Para poder hacerlo, naturalmente, tenemos que ser capaces de explicar la diferencia entre estos dos tipos de objeto. Tener tres objetos parecidos funciona si nuestra intención es describir la morfología de una lengua, pero deja un regusto de insatisfacción si nuestra intención es la de entender qué son las piezas con que se construyen palabras y por qué hacen falta distintas clases. Aquí tenemos un ejemplo claro de la tensión que se produce entre la descripción del objeto de estudio y la búsqueda de explicaciones científicas. Naturalmente, cuantas más unidades distintas postulemos para describir algo, más exacta podrá ser nuestra descripción y más datos podremos acomodar, pero más lejos estaremos de entender qué tienen en común y por qué tienen cierta naturaleza. Los problemas de este tipo abundan en lingüística, no solo en la morfología, y veremos otros ejemplos en este manual. La investigación lingüística se concentra precisamente en los casos donde hay tensión y no se han obtenido explicaciones satisfactorias para todos; cada modelo propone soluciones distintas para resolver estas incongruencias. Una disciplina avanza en la medida en que va proponiendo ajustes y explicaciones que den cuenta de cada vez más datos de una forma más simple y elegante, en una búsqueda infinita de soluciones, que siempre dan lugar a nuevas preguntas y problemas que se convierten en el tema de estudio de la siguiente generación de investigadores.

## **2.2. Otras nociones básicas sobre los morfemas: clases de afijos y alomorfía**

### *2.2.1. Clases de afijos por su posición*

Los afijos se distinguen de las raíces, entre otras cosas, porque ocupan una posición fija con respecto a ellas. Esta propiedad da lugar a clasificaciones de los afijos basadas en el lugar que ocupan dentro de la palabra.

#### *A) Sufijos y prefijos*

Las dos clases fundamentales que surgen de esta clasificación son los SUFIJOS y los PREFIJOS. Si comparamos las dos palabras de (9) veremos que comparten

una misma raíz, pero contrastan en que la segunda es un numeral partitivo que expresa cierta fracción de una cantidad. Se diferencian en que el partitivo contiene el segmento *-avo*. Este segmento es un sufijo, ya que aparece a la derecha de la raíz.

- (9) quince ~ quince-avo

Si ahora comparamos las dos palabras de (10), veremos que la segunda añade a la primera la noción de ‘opuesto a’, donde la base define aquello a lo que se opone. Se distinguen por el segmento *contra-*, y por eso podemos identificarlo como un afijo, esta vez, un prefijo –ya que aparece a la izquierda de la raíz–.

- (10) argumento ~ contra-argumento

### *B) Infijos e interfijos*

Estas son las dos clases más frecuentes de afijos, sobre todo en las lenguas indoeuropeas, pero hay más. La tradición suele reconocer también la clase de los llamados INFIJOS, que son afijos que se realizan en el interior de la raíz –rompiendo, pues, la adyacencia entre sus segmentos–. Un buen ejemplo en español es el de (11). El morfema *-it-* rompe en dos la raíz. No podemos decir que, en el sustantivo *azúcar*, el segmento *-ar* corresponde a un morfema. Esto es así porque en todos los casos en que formamos palabras con esta raíz, *-ar* aparece: *azucari-llo*, *azucar-a-do*, *azucar-a-r*, etc. Si *-ar* fuera un morfema, esperaríamos algún contexto en que la raíz apareciera sin él.

- (11) azúcar ~ azuqu-ít-ar

Los infijos se suelen distinguir de los INTERFIJOS. Estos segundos no se insertan en la raíz, pero siempre aparecen entre dos morfemas, es decir, nunca pueden aparecer al principio o al final de la palabra. La comparación entre las cuatro palabras de (12) nos permite identificar dos raíces, *anch-* y *gord-*. También identificamos un prefijo, *en-*, al que tal vez sea difícil asignarle un significado directo, pero que parece un morfema por su recurrencia en *en-gordar*, *en-ternecer*, *en-amorar* y *en-sanchar*. Al aplicar esta misma segmentación a la segunda palabra, *ensanchar*, sin embargo, identificamos un segmento adicional, *-s-*. Este morfema no parece aportar ningún significado, pero nos queda como remanente al segmentar los otros componentes de la palabra. No es un prefijo, aunque aparece a la

izquierda de la raíz. Un prefijo como *contra-* puede aparecer en el extremo izquierdo de la palabra, pero no encontramos el morfema *-s-* usado en esta posición: para aparecer, debe estar rodeado de otros morfemas.

- (12) anch-o ~ en-s-anch-ar; gord-o ~ en-gord-ar

### C) Circunfijos

Los CIRCUNFIJOS, por su parte, son afijos discontinuos, que se realizan en dos partes. La primera se comporta como un prefijo, y se pone a la izquierda de la raíz, y la segunda se comporta como un sufijo. El resultado es que los circunfijos envuelven a la raíz. Para ilustrar este afijo tenemos que irnos al alemán. El par de (13) nos permite segmentar tres morfemas en la segunda palabra: *ge-*, *arbeite-* y *-t*. El problema que tenemos es que la segunda palabra solo ha cambiado una propiedad con respecto a la primera: la primera es un infinitivo (marcado con *-n*), mientras que la segunda es un participio. Sin embargo, aparentemente tenemos dos morfemas para expresar esta única diferencia: *ge-* y *-t*. La solución adoptada por muchos morfólogos –no todos– es la de decir que el morfema de participio es un circunfijo que envuelve a la raíz, dando lugar a lo que parecen superficialmente dos afijos cuando segmentamos: [*ge...t*] sería, pues, un único afijo circunfijo.

- (13) arbeiten ~ ge-arbeite-t  
trabajar      trabajado

### D) Transfijos y morfología templática

Los circunfijos no son el único caso en que un morfema no se realiza como una secuencia continua dentro de la palabra. En ciertas lenguas –por ejemplo, las de la familia semítica– es habitual que los morfemas se materialicen intercalándose unos en otros, de manera que tanto el afijo como la raíz forman secuencias discontinuas. El siguiente par de palabras, tomadas del árabe clásico, ilustra esta situación.

- (14)    *kita:b*                                      ~                                      *kutub*  
         lo escrito, libro                                      los escritos, libros

*Kita:b* expresa el resultado de escribir, en singular, y *kutub* expresa el mismo resultado en plural. Sin embargo, si intentamos segmentar estas palabras en una

raíz –‘escribir, escritura’– y un afijo –‘resultado de’, ‘singular’ o ‘plural’– buscando segmentos continuos que expresen cada una de estas nociones, estamos perdidos, entre otras cosas porque la diferencia entre el par no es que se añadan segmentos, sino que superficialmente unas vocales han sido sustituidas por otras. Como ayuda para entender qué ha pasado, miramos otra forma relacionada.

- (15) ka:tib  
el que escribe, escritor

El lector atento ya habrá notado cuál es la única semejanza entre estas tres palabras: todas ellas contienen, en este orden, las consonantes /k/, /t/ y /b/. Estos segmentos son los que corresponden a la raíz que corresponde al concepto ‘escribir’, que representaremos *ktb*. Las vocales corresponden al afijo. La secuencia *i-a*: indica singular; *u-u*, plural, y parece que *a:-i*, por su significado, se parece mucho al morfema de agente *-dor* en español. La peculiaridad de estos afijos es que se combinan –para entendernos– como las dos partes de una cremallera, encajándose unos en otros para formar una palabra (16c):

- (16) a. k \_ t \_ b <---> escribir (raíz)  
b. \_ a: \_ i \_ <---> agente (afijo)  
c. ka:tib ‘el que escribe, escritor’

Estos afijos ‘cremallera’ se llaman más técnicamente TRANSFIJOS.

La forma en que las consonantes y las vocales se intercalan en la palabra no es aleatoria, y tampoco parece que esté determinada por cada transfijo particular: ¿por qué no los combinamos como *\*akti:b* o *\*kta:bi* para decir ‘escritor’? Se piensa que el árabe y las otras lenguas que poseen transfijos tienen en su léxico PLANTILLAS (en inglés, *templates*) que especifican la secuencia de vocales y consonantes que debe formarse al construir palabras con un significado determinado. Por ejemplo, en (16) tendríamos una plantilla que especifica la secuencia CV:CVC, donde C es una consonante y V es una vocal. Al combinar los dos morfemas, se debe respetar esta plantilla, lo cual determina el orden en que los segmentos se intercalan entre sí.

La existencia de estos moldes o plantillas da lugar a los llamados EFECTOS TEMPLÁTICOS. Hablamos de un efecto templático cuando la gramática impone el requisito de que una palabra o un sintagma tengan cierta estructura fonológica para estar bien formados. En las lenguas que muestran mayoritariamente estos efectos, se observa que las palabras que pertenecen a una misma categoría o que han sufrido un mismo proceso morfológico comparten a menudo una misma or-

ganización de sus sonidos, por ejemplo porque deben tener siempre sílabas con una estructura igual, vocales largas o cortas en la misma posición, o llevar el acento siempre en el mismo lugar. Se piensa que el árabe y otras lenguas con efectos templáticos tendrían en su léxico plantillas como las de (17).

- (17) nombre de resultado, singular: CVCV:C (cf. *kita:b*)  
nombre de resultado, plural: CVCVC (cf. *kutub*)  
nombre de agente: CV:CVC (cf. *ka:tib*)

Los transfijos tienen que rellenar esta plantilla con sus vocales y sus consonantes. Los morfemas, pues, eligen los sonidos que se van a emplear, pero la plantilla decide cómo se agrupan esos sonidos.

Esta clase de efectos no suceden normalmente en español; un sustantivo plural puede tener una sílaba (*pies*), dos (*casas*), tres (*relojes*) o más (*imbecilidades*). Aunque no son frecuentes en las lenguas indoeuropeas, veremos en el capítulo 8 que tal vez el español y el checo tengan algún efecto templático.

#### E) Posible correlación entre tipos de afijos y la información que expresan

Antes de pasar al siguiente apartado, consideremos una pregunta interesante. ¿Existe alguna regla que permita predecir qué tipos de información se realizan como prefijos, sufijos o transfijos, por ejemplo? Si tratamos de responder a esta pregunta en general, la respuesta parece ser negativa. La misma información se expresa en unas lenguas por medio de prefijos, mientras que otras usan transfijos, infijos, sufijos o circunfijos.

Ahora bien, si restringimos nuestra respuesta solo a una lengua (o a una familia pequeña de lenguas) a veces se observan tendencias intrigantes. En español y otras lenguas indoeuropeas se ha propuesto que si un afijo trae información sobre la categoría léxica de la palabra, debe realizarse como un sufijo, es decir, a la derecha de la raíz (Williams, 1981). Los ejemplos que implican en español pasar un tema morfológico de una categoría a otra requieren un sufijo *-añora(r) ~ año-ra-nza*, *pobre ~ pobr-eza* o *discuti(r) ~ discuti-ble-*. Los prefijos, pues, no podrían cambiar la categoría léxica de la base, y esto es cierto casi siempre: *ejemplo* es un sustantivo, y también lo es *contra-ejemplo*; *nacional* es adjetivo, igual que *inter-nacional*, y *construir* es un verbo, igual que *re-construir*. Esta tendencia es interesante, y merecería una explicación, pero aún no existe una en la que estén de acuerdo todos los investigadores, entre otras cosas por la existencia de algunos problemas. Uno de ellos es que hay algunos –escasos– ejemplos en que el prefijo

parece cambiar la categoría: *sílaba* ~ *poli-sílaba* (cf. \**una palabra sílaba* y *una palabra poli-sílaba*). La posible correlación entre la posición de los segmentos y la información que traen consigo es un problema en el que aún se pueden hacer muchas investigaciones.

### 2.2.2. La alomorfia

La última cuestión básica que debemos cubrir acerca de las unidades morfológicas es el fenómeno de la ALOMORFÍA. La alomorfia es la situación en que un mismo morfema se materializa de dos formas diferentes en distintos contextos, aunque en los dos casos incorporando el mismo tipo de información. Cada una de estas realizaciones es un ALOMORFO, que son las realizaciones particulares del mismo morfema.

Veamos un ejemplo. El sufijo *-ción*, que en español se usa a menudo para formar sustantivos a partir de verbos, no se materializa igual en las dos palabras que siguen, aunque está involucrado en ambos casos y en los dos produce el mismo cambio.

(18) clarificación ~ división

Para saber qué segmento de la palabra *división* corresponde a *-ción*, comparamos esta palabra con otras que se relacionan con el verbo *dividir*.

(19) divididera ~ divisor ~ dividendo

La que nos interesa es *divisor*. Si la segmentamos comparando con *división* —recomendamos que el lector haga este ejercicio— obtenemos dos partes: *divis-* y *-or*. Esto nos lleva a segmentar *división*, a su vez, como *divis-ión*. Hemos obtenido el resultado de que el morfema *-ción* a veces se realiza como *-ión*. Los segmentos *-ción* y *-ión* son alomorfos del mismo morfema. Al examinar (19) y (18), hemos visto, también, que la misma raíz a veces se materializa como *divid-* y a veces como *divis-*. Estos serían también dos alomorfos.

A) ¿Por qué necesitamos alomorfos?

Varias preguntas habrán cruzado la mente del lector al leer el párrafo anterior. La primera es cómo podemos estar seguros de que *-ción* y *-ión* son el mismo mor-

fema. La razón es un principio de economía. Estas dos formas funcionan gramatical y semánticamente de la misma manera. Son sufijos que se usan para formar sustantivos a partir de verbos. Tienen el mismo significado: *-ción* aporta a *clarificación* el significado de ‘acción o efecto de’, al igual que hace *-ión* en *división*. Además, su forma se parece demasiado. Proponer dos morfemas distintos implicaría proponer dos entradas independientes en el léxico. Podemos ver en (20) que serían prácticamente iguales. Como regla general es prudente no proponer entradas separadas en el léxico, y, por lo tanto, morfemas distintos, si no hay diferencias significativas entre las dos entradas.

- (20)    *-ción* <---> sustantivo, ‘acción o efecto de’  
          *-ión* <---> sustantivo, ‘acción o efecto de’

Lo que se hace en estos casos es decir que las dos formas son variantes alomórficas del mismo morfema. En estos casos es conveniente distinguir lo que hemos llamado, en abstracto, morfema *-ción* (que siempre tiene la misma información) de la materialización *-ción* que aparece solo en algunas palabras. Lo hacemos escribiendo el morfema en mayúsculas, pero se pueden emplear otras convenciones.

- (21)    *-CIÓN* <---> sustantivo, ‘acción o efecto de’  
                          alomorfos: *-ción*, *-ión*

B) ¿Cómo se distribuyen los alomorfos?

La pregunta que surge llegados a este punto es cómo se determina en qué casos aparece cada alomorfo. Esto lo averiguamos examinando otras palabras que acaban en *-ión* sin estar precedido por *-c-*. Consideremos la siguiente lista: *agresión*, *disuasión*, *confesión*, *subversión*. Es obvio que lo que tienen en común es que se combinan con morfemas que acaban en *-s-* (nótese que si al sufijo lo precede otra consonante, no se usa *-ión*: existen palabras como *aten-ción* y *construcción*). Con esta nueva información sobre el contexto en que se usa cada alomorfo, podemos completar la entrada léxica.

- (22)    *-CIÓN* <---> sustantivo, ‘acción o efecto de’  
                          alomorfos: *-ción*, *-ión*  
                          *-ión* / s\_\_\_\_  
                          *-ción* / resto de casos



Obsérvese el formato que usamos: a la derecha de cada alomorfo hemos presentado, en abstracto, un contexto –introducido mediante ‘/’– donde la casilla vacía ‘\_\_\_’ es el lugar que ocupa el morfema para realizarse como ese alomorfo. Ese contexto lo definimos en el primer caso como precedido por ‘s’: es decir, el morfema se realiza como *-ión* en los casos en que sigue al sonido /s/.

Parece que la distribución de la forma *-ción* es más general que la de *-ión*. Ya vemos que se usa tras vocal y tras muchas consonantes. Por eso, en nuestra entrada especificamos primero el contexto para el alomorfo más restringido, lo cual nos permite utilizar la fórmula ‘resto de casos’ para el más general. Esto nos ahorra tener que definir un contexto como ‘detrás de cualquier vocal o de una consonante distinta de -s’, que resulta más complejo. El alomorfo que se usa en el ‘resto de casos’ es el ALOMORFO NO MARCADO, aquel que esperamos ver más frecuentemente, y que no requiere de condiciones especiales para ser usado. Por eso es también el que se usa cuando se nombra al morfema.

El tipo de información que se ha de poner en el contexto para distinguir el uso de los alomorfos puede ser de al menos dos tipos: fonológica y morfológica. En nuestro ejemplo, es fonológica: hemos especificado un sonido determinado. Los alomorfos que tienen este tipo de contexto se llaman ALOMORFOS FONOLÓGICOS.

En otros casos, debemos especificar información morfológica. Ya hemos visto un ejemplo de esto: el imperfecto de indicativo se realiza como *-ba-* cuando sigue a una vocal temática de primera conjugación, como la *-a* de *cant-a*, pero como *-a* si sigue a una vocal de segunda o tercera conjugación: *cant-a* > *cant-a-ba*, *viv-i* > *viv-í-a*. En estos casos, diríamos que la distribución de los alomorfos es morfológica: *-ba* cuando sigue a la marca de primera conjugación, *-a* cuando sigue a la de segunda o tercera.

C) ¿Cómo se determina qué alomorfo tenemos exactamente?

Al lector probablemente le hayan surgido otras preguntas al enfrentarse al caso de división. ¿Por qué hemos segmentado *divis-ión* y no *divi-sión*? La razón de que tomemos esta segmentación son las consecuencias que identificar este alomorfo tiene para identificar los alomorfos que reconocemos a otros morfemas, como *-dor*. Por los pares de (23), sabemos que el morfema derivativo que hace sustantivos de agente tiene al menos dos formas: *-dor* y *-or*.

- (23) a. corre-dor ~ corre-ría  
b. escrit-or ~ escrit-ura

El primer par nos indica que la forma que está en la base de *corredor* es probablemente *corre*, y por tanto segmentamos *-dor*, pero el segundo ejemplo parece indicar que la base de *escritor* es *escrit-*, y por tanto segmentamos *-or*. Si segmentamos *división* como *divi-sión*, tenemos que segmentar también *divi-sor*, por lo que tendríamos un tercer alomorfo para *-DOR*. ¿Hay pruebas de que exista? Si examinamos algunas palabras acabadas en *-sor* con significado de agente (como *confesor*, *profesor* y *dispersor*), vemos que esta forma solo aparece en casos en que podemos suponer que la raíz termina en *-s* (*confes-ar*, *profes-ar*, *dispers-ar*), lo cual nos llevaría a segmentar *confes-or*. No parece, pues, que un alomorfo *-sor* sea necesario en el caso de *-dor*. Esto nos obliga a segmentar *divis-or*, y, por lo tanto, *divis-ión*.

Lo que acabamos de ilustrar es una situación frecuente en el análisis lingüístico: las decisiones que se toman al analizar un caso concreto tienen repercusiones para el análisis de otros muchos casos. Estas repercusiones son uno de los criterios que se consideran para evaluar si una hipótesis es aceptable o no. Un análisis es más fiable cuantas más sean las formas que se hayan considerado para definirlo.

#### D) Los límites de la alomorfía

La tercera pregunta que se le habrá ocurrido al lector es cómo de sólido es el concepto de alomorfo. ¿Encontrará casos donde no pueda estar seguro de que algo es un alomorfo? La respuesta es que sí, en efecto, hay muchos casos dudosos en los que no está claro si se puede proponer que dos formas parecidas son variantes del mismo morfema o es preferible tratarlos como morfemas distintos. La causa es que no existen estándares para determinar cuánto de parecidas deben ser dos formas para que se las considere alomorfos. El caso que hemos visto no era demasiado problemático, pero hay muchos otros que lo son.

- (24) a. hab- (habéis) ~ hub- (hubisteis)
- b. madr- (madre) ~ matern- (materno)
- c. iglesi- (iglesia) ~ eclesia- (eclesiástico)

Quien haya estudiado latín, griego e historia del español –las tres– sabe que estas formas están relacionadas históricamente, y que sus diferencias fonológicas se deben a distintos avatares por los que ha ido pasando nuestra lengua. Esta explicación no sirve, sin embargo, para entender mejor cómo se relacionan estos pares en la mente de un hablante que los usa, pero nunca ha tomado cursos especializados de filología o lingüística. ¿Los representa en su léxico como alomorfos

del mismo morfema o como morfemas distintos? Esta cuestión es muy debatida, y no hay acuerdo en la disciplina sobre cuál es la respuesta. Uno de los criterios que más se emplean es el de la PRODUCTIVIDAD del proceso fonológico necesario para relacionar las dos formas. Se tiende a pensar que dos alomorfos deben relacionarse mediante procesos fonológicos que se observen en otros casos dentro de la misma lengua. Por ejemplo, la secuencia fonológica *-ción* es difícil de pronunciar, por lo que no sorprende que se simplifique eliminando el sonido correspondiente a *-c-*, pronunciando, pues *divis-ión* en vez de *\*divis-ción*. En cambio, no es frecuente en español que una consonante sonora como *-d-* se convierta en la sorda *-t-* cuando aparece entre vocales, por lo que la relación en el par *madre ~ materno* no tiende a verse como un caso de alomorfía.

¿Cuál es la alternativa? Sería proponer que *madr-* ~ *matern-* son dos raíces distintas –por lo tanto, dos entradas léxicas diferentes– que coinciden en expresar el mismo concepto. En estos casos el término que se usa es SUPLETIVISMO (§ 6.2). Se usa en casos relativamente claros, como la relación entre las formas *go* ‘voy’ y *went* ‘fui’ en inglés, y se extiende a estos más dudosos, y a otros que revisaremos en el capítulo 6.

Hemos llegado ahora al punto en que los conceptos básicos sobre las unidades morfológicas deberían estar claros. Ahora ya podemos empezar a complicarlos hablando de tres problemas fundamentales que surgen de su estudio.

## **2.3. Cuestiones problemáticas sobre las unidades morfológicas**

### *2.3.1. ¿Existen las palabras?*

La primera cuestión es qué es una palabra. Este concepto es ciertamente intuitivo para quien ha sido alfabetizado y está acostumbrado a manejar textos escritos, ya que se usa, en un sentido coloquial y como concepto no teórico, en muchas conversaciones cotidianas. Pero, si tratamos de dar una definición científica de qué es una palabra, ¿qué diremos?

Para que una definición sea científica y pueda utilizarse en el análisis de algo deben cumplirse ciertos requisitos. Uno de ellos es que ha de servir para todos los casos que podamos tener que analizar; en este caso, nos tiene que valer para analizar todas las lenguas (al menos, las que conocemos y hasta donde las conocemos). Otro criterio fundamental es que los objetos que esa definición aísle deberían tener en común otras propiedades que no estén dentro de la definición que hemos empleado –por ejemplo, si definimos la palabra por la forma

en que se pronuncia, los objetos que identifiquemos como ‘palabras’ deberían compartir otras propiedades más allá de su pronunciación—. De lo contrario, deberíamos concluir que no hemos identificado un objeto de análisis, sino que nos hemos limitado a dar una etiqueta útil para agrupar ciertas cosas, sin haber alcanzado una mayor comprensión de ellas.

- A) *La palabra ortográfica.* Hay tres nociones de ‘palabra’ que no nos pueden servir, porque no identifican objetos de análisis siguiendo estos criterios. El primero es el más común para los hablantes alfabetizados de lenguas como la nuestra: la palabra es una secuencia acotada por dos espacios en blanco en la escritura. Con esta definición, *la madre de Juan* tiene cuatro palabras. La definición no nos sirve, primero, porque hay lenguas que no usan escritura, por lo que no tendrían palabras; segundo, porque el criterio es demasiado arbitrario, ya que diferencia cosas demasiado iguales y agrupa en la misma clase cosas diferentes: *dígamelo* sería una palabra, como *gato*, y *me lo diga*, tres, como *Sal de aquí*.
- B) *La palabra fonológica.* Tampoco nos sirve un criterio fonológico que diga que una palabra es la unidad más pequeña que se puede pronunciar sola como una unidad continua y sin pausas. Según este criterio, un compuesto como *limpia-botas* serían dos palabras, y *la madre de Juan* constaría también de dos, porque *la* se pronuncia normalmente apoyándose en *madre* (/la.ˈma.dre/), y la preposición *de*, en *Juan* (/de.ˈxuan/). Otras lenguas nos aportan casos donde se observa más dramáticamente la inconveniencia de este criterio: *wannado*, pronunciado como una sola secuencia, esconde en inglés una estructura que correspondería a *want to do* ‘quiere hacer’, es decir, sería parecido a la secuencia *quié hacer*, pronunciada como una secuencia sin pausas, [kjæ.ˈθer], que podemos emplear en la lengua coloquial en lugar de decir *quiere hacer* [ˈkje.re a.ˈθer]. No parece que queramos decir que, más allá de su fonología, *quié hacer* y *quiere hacer* tengan propiedades muy diferentes.
- C) *La palabra semántica.* La semántica tampoco nos va a dar buenos resultados. Si quisiéramos decir que una palabra corresponde a un único concepto, tendríamos, de entrada, el problema de definir qué cuenta como un solo concepto. Los gramáticos han discutido si *matar* es un único concepto o debería descomponerse en varios (‘causar que no esté vivo’; cf. § 5.1), y nadie tiene un elenco de primitivos semánticos que cuenten como conceptos básicos y de los que se deriven, por combinación, todos los demás conceptos. Más allá de este problema, nos encontraremos con numerosos casos en que algo que queremos tratar como una sola palabra

contiene varios conceptos (*sordomudo* es la suma de dos cualidades), o lo contrario (*la madre de Juan* indica, en conjunto, una sola persona).

- D) *La palabra como unidad listada en el léxico.* Hay una cuarta forma de definir qué es una palabra: una palabra es aquello que tiene una entrada única en nuestro léxico. No nos va a servir, tampoco. Las entradas léxicas que hemos visto hasta ahora han sido casos de morfemas (como *-ción*). Hay, en efecto, cosas que tradicionalmente llamaríamos palabras que tienen entradas de alguna forma en el léxico –por ejemplo, porque tienen un significado especial que debe memorizarse, como sucede con *cantamañanas*–, pero no todo lo que está en el léxico puede considerarse una palabra. De hecho, la lógica nos dice que en el léxico habrá entradas para unidades puramente fonológicas que nada tienen que ver con la morfología. Por ejemplo, la entonación ascendente marca en español que una oración es interrogativa total (*¿Quieres leche en el café?*). Esta información debe aprenderse, ya que no la usan todas las lenguas, por lo que parece necesaria una entrada que asocie esta pronunciación –que podemos representar como  $\uparrow$ – con ‘interrogación total’. En cambio, secuencias cuyo valor es predecible a partir del de sus morfemas no estarían en el léxico: *escal-a-dor*, *blanqu-it-o*, *com-e-mos*, etc., por lo que no serían palabras.

Entonces, ¿existen las palabras? Hay dos tipos de respuesta a esta pregunta. Las teorías construccionistas –para las que la sintaxis y la morfología son iguales– responden negativamente: no existen objetos con propiedades especiales y únicas que podamos clasificar como palabras. Las palabras, para estos sistemas, son etiquetas que la tradición usa informalmente para hablar de secuencias de unidades que a veces se pronuncian como una unidad, tienden a expresar un concepto y se listan, al menos, en los diccionarios de papel que encontramos en las bibliotecas, pero los hablantes no utilizan esta noción para hablar. Una teoría construccionista reconoce que hay morfemas, y que estos morfemas se combinan entre sí, pero para dar lugar a sintagmas, sin pasar por el estadio intermedio de formar palabras.

- E) *La palabra como átomo sintáctico en el lexicalismo.* Las teorías lexicalistas, en cambio, sí creen que cabe hablar de palabras. En estas teorías, las palabras son la mínima unidad sobre la que se pueden hacer operaciones sintácticas. Su definición es, por tanto, formal, pero negativa, en el sentido de que la palabra se identifica por lo que no podemos hacer con ella –no por lo que sí podemos hacer–. Aquí es donde entran los fenómenos asociados a la Hipótesis de la integridad léxica, que vimos en § 1.3.1. Recordemos un ejemplo. No es posible interrogar una parte de una palabra: no po-

demos hacer una pregunta cuya respuesta fuera *-botas*, a partir de la palabra *limpiabotas*: \*¿Qué es Juan limpia \_\_\_\_? Si podemos preguntar por una parte de un sintagma, como en ¿Qué limpia \_\_\_\_ Juan?, cuya respuesta podría perfectamente ser *Botas*. Lo que vemos aquí es un contraste entre unidades según el criterio de si la sintaxis puede sustituirlas por interrogativos y desplazarlas en las preguntas o no. Puede hacerlo con una forma como *botas*, pero no si es parte de un compuesto *limpia-botas*.

Una conclusión que podemos obtener del examen de este contraste, y que para algunos morfólogos es correcta, es que la sintaxis puede manipular palabras completas, pero no partes internas de una palabra. Las palabras serían, pues, los ÁTOMOS mínimos manipulados por la sintaxis. Compartirían con los sintagmas el hecho de que pueden estar formados por combinación de unidades más pequeñas, pero se diferenciarían de ellos en que, al contrario que estos, sus unidades no son accesibles para las operaciones sintácticas.

Falta, pues, una definición positiva de qué es una palabra –algo que nos muestre qué pueden hacer las palabras pero no los sintagmas–. Sin embargo, su apariencia de átomos sintácticos es a menudo robusta y, más importante aún, coherente: frecuentemente, cuando un fragmento de una palabra rechaza una operación sintáctica, también rechaza las demás. Por ejemplo, si una parte de un compuesto rechaza la concordancia –como el elemento encorchetado en (25a)– también rechaza ser desplazado (25b).

- (25) a. chica [sordo]muda vs. \*chica [sorda]muda.  
b. \*Sordo- es esta chica una \_\_\_\_ muda.

Es en estos casos donde se concentra una buena parte de la investigación de las teorías construccionistas, ya que la capacidad descriptiva de sus puntos de vista depende en buena medida de explicar estas diferencias superficiales entre sintagmas y palabras, que para ellos no deberían existir. Veremos, sin embargo, varios casos en que la condición de la palabra como átomo sintáctico no parece tan robusta como sugiere un primer examen de los datos.

### 2.3.2. ¿Existen los morfemas?

Hemos visto que los morfemas se definen como secuencias de sonidos que aparecen recurrentemente en las palabras de una lengua y traen consigo alguna información.

A) Problemas de la noción de morfema

También hay estudios, sin embargo, donde se niega que existan estas unidades. Esto puede suceder por tres vías diferentes: (1) porque no siempre podemos encontrar unidades segmentables que codifiquen una parte de la información que tiene una palabra, (2) porque los segmentos que aislemos no siempre tengan significado o (3) porque los cambios fonológicos que suceden en la palabra no sean analizables como segmentos. Estos casos se han reflejado en seis tipos distintos de situación que, colectivamente, han llevado a muchos morfólogos a negar que los morfemas sean la unidad fundamental de estudio en morfología.

1. EXPONENCIA CUMULATIVA. Es el caso en el que un mismo segmento expresa más de una información al mismo tiempo. Estos casos abundan en las lenguas donde hay flexión verbal y nominal. Por ejemplo, en español, la primera persona singular en presente de indicativo de un verbo como *cantar* es *canto*, donde podemos segmentar –por recurrencia– solo dos partes: *cant-* y *-o*. ¿Quiere esto decir que *-o* acumula la expresión de primera persona, singular, tiempo presente y modo indicativo? Descriptivamente, parecería que sí. En la forma *cant-e*, ¿la *-e* expresa a la vez modo subjuntivo, primera persona, singular y presente? Una vez más, descriptivamente parecería que sí.
2. CAMBIO MORFOLÓGICO SIN ALTERACIÓN DE LA FORMA DE LA PALABRA. Es el caso en que aunque se añada información, la palabra no experimenta cambios fonológicos, como en *canta* (tema verbal) ~ *canta* (tercera persona singular). Las teorías que proponen que todo cambio morfológico se marca mediante morfemas tienen que proponer en estos casos MORFEMAS CERO, es decir, unidades que aportan significado pero no tienen representación fonológica. Podría pensarse que la 3sg. de *cant-a* es en realidad  $[[[cant]a]ø]$ , donde  $ø$  indica tercera persona singular.

Estos morfemas también son una posible alternativa a la exponencia cumulativa. En el ejemplo *canto*, en lugar de asociar *-o* (o *-e*) al modo, tiempo, persona y número, podríamos haber dicho que este segmento solo refleja una diferencia de persona, pero que el resto de nociones están expresadas con morfemas sin representación fonológica. Esto nos llevaría a la representación de que *canto* es  $[[[[cant]o]ø]ø]$ , donde la *-o* expresa primera persona singular, el primer morfo cero ‘presente’ y el segundo ‘indicativo’, mientras que *cante* sería en realidad  $[[[[cant-]ø]ø]-e]$ , con un morfo cero para expresar ‘presente’ y otro para expresar ‘primera per-

sona singular'. No está claro que queramos permitir este tipo de representaciones, y a menudo el uso de morfemas cero se entiende como una debilidad de las teorías que utilizan morfemas.

3. SUSTITUCIÓN DE SEGMENTOS. Es el caso en el que, para expresar una información, en lugar de añadir más segmentos morfológicos a la palabra, algunos de sus segmentos son reemplazados por otros. Un caso típico de esto es el pasado irregular de algunos verbos en español *-quer-* ~ *quis-*, como en *queremos* y *quisimos*— o en inglés *-find* 'encuentro' ~ *found* 'encontré'. Si tuviéramos que asociar la información de pasado a un segmento, ¿cuál sería este en tales casos?
4. EXPONENCIA EXTENDIDA. Es el caso inverso al de la exponencia cumulativa o el morfo cero: ahora, una sola pieza de información debe expresarse mediante dos segmentos, no solo uno. Uno de los ejemplos más claros de esto es el caso de la PARASÍNTESIS (cf. § 3.3.3), donde hace falta a la vez un prefijo y un sufijo para cambiar la categoría de una raíz. A menudo, para convertir un adjetivo en verbo, basta con añadir un solo morfema, como en *caliente* ~ *calent-a* (con alomorfia de la raíz). No siempre es así. Para formar un verbo a partir del adjetivo *gord-o*, necesitamos dos unidades: *en-*, como prefijo, y *-a* como sufijo: *en-gord-a*. En esta palabra, no basta solo con el sufijo —ya que *\*gord-a* no es verbo— ni solo con el prefijo *—\*en-gord—*, por lo que, superficialmente, parece que la noción de 'verbo' se debe expresar con dos segmentos al mismo tiempo. Al contrario de la circunfijación, en estos casos se entiende que tenemos dos afijos en lugar de uno, ya que la *-a* puede emplearse para formar verbos sin prefijo: *limpi-o* > *limpi-ar*.

Estos cuatro casos son relativamente frecuentes en el análisis morfológico. No lo es tanto, aunque se ha propuesto también, el quinto ejemplo:

5. SUSTRACCIÓN DE SEGMENTOS. En algunos casos, parece que para expresar un cierto tipo de información es necesario eliminar una parte de la palabra. Se ha dicho que esto sucede, por ejemplo, en francés al marcar el masculino y el femenino de los adjetivos. Las formas de (26a) son masculinas, mientras que las de (26b) son femeninas.

- |      |  |   |
|------|--|---|
| (26) | a. amusant /amysã̃/ 'divertido'<br>long /lõ/ 'largo'<br>blanc /blã/ 'blanco'<br>gros /gro/ 'gordo' | b. amusante /amysã̃t/ 'divertida'<br>longue /lõg/ 'larga'<br>blanche /blãf/ 'blanca'<br>grosse /gros/ 'gorda' |
|------|--|---|



Si nos fijamos en la pronunciación, no podemos derivar el femenino a partir del masculino, porque esto supondría que en cada caso tendríamos que añadir una consonante diferente (*t* para *divertido*, *s* para *gordo*, *g* para *largo*, etc.), que, viendo la ortografía, parece deberse a la terminación de la raíz. Parece que la regla debería ser la opuesta: eliminar la consonante final del femenino cuando hacemos la forma del masculino. Podemos escribir una regla que resuma cómo obtener el masculino a partir de la forma que tiene la palabra en femenino.

Por último, hay un sexto caso que surge frecuentemente cuando se examinan cultismos dentro de una lengua.

6. LAS PALABRAS ‘CRANBERRY’. Se trata de casos en que podemos identificar ciertos morfemas en el interior de una palabra, pero, al segmentarlos, nos vemos obligados a aislar también segmentos que no tienen las propiedades de recurrencia y asociación con el significado que esperamos. Toman su nombre del análisis que Aronoff (1976) hace de la palabra *cranberry* ‘arándano’. Dado que esta voz inglesa expresa un tipo de baya, y que la palabra *berry* quiere decir ‘baya’, podemos aislar un morfema *berry* que aparece recurrentemente en voces como *blackberry* ‘zarzamora’ o *strawberry* ‘fresa’. Esto, sin embargo, nos obliga a aislar –indirectamente– *cran-*, *black-* y *straw-*. Las dos últimas pueden ser morfemas –*black* es ‘negro’ y *straw*, ‘paja’–, pero *cran-* no tiene las propiedades que esperamos de un morfema, porque no parece tener un significado propio. ¿Quiere esto decir que hemos hecho mal segmentando *-berry*? Para algunos autores, sí. La situación es similar en algunos cultismos. Obsérvense las voces de (27).

- (27)    *constituir, restituir, instituir, prostituir, destituir, sustituir*

La recurrencia nos llevaría a segmentar una raíz *-stitu-* y, junto a la vocal temática y la marca del infinitivo, los prefijos *con-*, *re-*, *in-*, *sus-*, *pro-* y *de-*, que aparecen en otras palabras del español y del inglés. La pregunta es qué significado tendrían estos elementos. ¿Qué significa *su-* en *sustituir*, por ejemplo? Más aún, ¿qué significado común a todas las palabras tiene la raíz *-stitu-*? La respuesta no parece fácil. En cambio, sí lo es dar una definición de la palabra *prostituir*.

B) Evaluación de estas complicaciones

No todos los casos que hemos visto plantean los mismos problemas ni son igualmente aceptados. Por ejemplo, la existencia de morfos cero no es igualmente problemática para todos los estudiosos. Muchos de ellos sostienen que, aunque ciertamente no es elegante proponer una serie de morfos cero en una palabra, no hay ningún principio formal que obligue a que todas las entradas del léxico deban contener información morfológica. Tal vez estos elementos no sean óptimos comunicativamente, pero son lógicamente posibles. Para ellos, nada impediría que ciertos morfemas tuvieran una representación  $\emptyset$  en su entrada. El morfema tendría una forma y un significado, aunque la forma fuera cero.

(28)  $\emptyset$  <----> primera persona singular

Este morfema nulo podría adquirirse mediante evidencia positiva indirecta, cuando el niño comparara las distintas formas de la conjugación que oye en su entorno. Un triplete como *cantaba* ~ *cantabas* ~ *cantábamos* llevaría sin excesiva dificultad a la conclusión de que *-mos* marca la primera persona plural, *-s* la segunda singular y una forma cero, la primera singular. Es cierto que si el procedimiento se lleva al extremo, podemos obtener un número alto de morfemas  $\emptyset$  en una sola conjugación, pero esto sería, en último término, un caso de homofonía —como la que se da entre el verbo *haya* y el sustantivo *haya* ‘cierto árbol’— que se podría resolver atendiendo al contexto.

Tampoco está claro que la morfología sustractiva —nuestro ejemplo del francés— presente problemas, porque en tales casos no es seguro que la regla que hemos descrito sea morfológica. Alternativamente, podría pensarse que los adjetivos del francés no marcan morfológicamente su género, y que la alternancia descrita se debe a una regla fonológica que indica que debe eliminarse la consonante final de la raíz —si es que hay alguna— en los contextos en que el adjetivo modifica a un sustantivo masculino singular. Esta clase de reglas implica definir un contexto morfológico o sintáctico en el que se produce un cambio fonológico y sin duda complican la fonología, pero tendrían la ventaja de hacer innecesario proponer que existan *-p* o *-g* como unidades morfológicas, ya que parecen estar mejor caracterizadas como sonidos finales de un morfema.

Es cierto que en otros casos lo que se elimina parece un morfema. El adjetivo inglés *disgruntled* ‘contrariado’ aparece documentado históricamente antes que *gruntled* ‘satisfecho’, que se usa ocasionalmente en textos literarios. En tales casos, la precedencia histórica ha hecho a algunos morfólogos proponer que la segunda es una FORMACIÓN REGRESIVA que se obtiene eliminando un segmento de

la primera. No obstante, cabe un segundo análisis: que quienes escuchan *dis-gruntled* lo interpretan como una formación en que el prefijo *dis-* se une a la base *gruntled*, y por eso suponen la existencia de la segunda voz, que pueden emplear también como una palabra. En tal caso, la existencia de tales formas confirmaría que los hablantes tienden a segmentar morfemas, más que constituir un problema para su definición.

C) *La palabra como unidad de análisis I: los sistemas de Unidad y proceso*

Siendo prudentes, pues, nos quedamos con cuatro casos que parecen poner en duda la existencia de los morfemas: exponencia cumulativa (la *-o* de *canto*), exponencia extendida (*en-gord-a*), sustitución de elementos (*find ~ found*) y las palabras ‘cranberry’ (*prostituir*). Lo que tienen en común todos estos elementos es que no parecen permitir una segmentación que dé como resultado unidades que claramente correspondan a una sola pieza de información.

Una alternativa que se ha propuesto, a la luz de tales casos, es la de tratar la palabra –no el morfema– como la unidad básica del análisis morfológico. Esto implica un cambio de perspectiva en cómo se estudia la morfología, pero también un cambio de lenguaje. No diríamos que el morfema *-mos* expresa primera persona plural en la palabra *cantamos*, sino que la palabra *cantamos* expresa primera persona plural. Veremos pronto cómo se representaría esto.

¿Cómo se aplica esta nueva teoría al análisis de las palabras ‘complejas’, en las que observamos cambios formales acompañados de diferencias en la información que proporcionan? Una teoría tradicional lo hace descomponiendo morfemas y combinándolos de formas determinadas –lo cual hace que tengan el nombre de ITEM-AND-ARRANGEMENT, es decir *Unidad y disposición*–. En una teoría sin morfemas, el papel que haría la combinación de morfemas está desempeñado por procesos morfológicos que se aplican sobre la palabra –de donde viene el nombre ITEM-AND-PROCESS o *Unidad y proceso*, que las caracteriza–. La idea es que las operaciones morfológicas son como funciones matemáticas, que toman una pieza –en este caso, una palabra– y devuelven otro elemento al que se le han modificado ciertas propiedades. Veamos, por ejemplo, cómo se forma *cantamos*. Tomamos lo que hemos llamado tema morfológico, *canta*, y aplicamos a ella una operación determinada,  $F_{1pl}$ , que indica la operación que nos da la primera persona plural de un verbo.

$$(29) \quad F_{1pl}(\text{canta}) = \text{cantamos}$$

El resultado ha sufrido, en este caso, dos cambios: en su significado, ahora expresa la primera persona plural; en su forma, ahora añade los sonidos /m/, /o/ y /s/ al final. Debemos evitar asociar estos sonidos con un morfema: son solo cambios en el plano fonológico, y no podemos aislarlos como una unidad de análisis. Si frecuentemente las palabras que expresan la primera persona plural de un verbo en español terminan en estos sonidos, esto es porque es parte de la especificación de la función  $F_{1pl}$  y su efecto modificador sobre la palabra.

Ya que los cambios que se producen en el plano del sonido no derivan de añadir unidades, esperamos que algunas funciones sustituyan sonidos (30a, para el inglés) o no produzcan cambios –haciendo, así, innecesario el morfo cero– (30b, para el español), de nuevo, porque la función se define así.

- (30) a.  $F_{\text{pasado}}(\text{find}) = \text{found}$   
 b.  $F_{\text{femenino}}(\text{alegre}) = \text{alegre}$

Como los segmentos que se añaden no son unidades, no debe haber correspondencia en absoluto entre los cambios en el plano del sonido y los que se dan en el significado de una palabra cuando pasan por una operación determinada. Esto explica la exponencia cumulativa (31a) y extendida (31b).

- (31) a.  $F_{1sg, \text{ presente, indicativo}}(\text{canta}) = \text{canto}$   
 b.  $F_{\text{verbo}}(\text{gordo}) = \text{engorda}$

Estas operaciones tratan a la palabra como la unidad mínima, sobre la que se aplican operaciones que tienen la forma básica de una función matemática. Por eso según ellas, la forma y el significado deben definirse para palabras, con lo que no encontramos casos de morfemas ‘cranberry’: *prostituir* define su significado como un bloque, sin que se deban distinguir en esta palabra unidades menores que aporten parte de ese significado.

Al lector le puede haber surgido una pregunta: ¿cuánta información puede introducir una operación morfológica? Es decir, para obtener *canto* en (31a), ¿tenemos una sola función con toda la información especificada o debemos tener una serie de tres funciones aplicadas una al resultado de la anterior, como en (32)?

- (32)  $F_{1sg}(F_{\text{indicativo}}(F_{\text{presente}}(\text{canta}))) = \text{canto}$

Nuestra respuesta depende de dos factores. El primero es qué forma de la palabra es aquella sobre la que se aplica la función. Para obtener la segunda persona plural del subjuntivo, ¿usaremos la forma básica, como en (33a), o partiremos de la forma del presente de subjuntivo, obtenida mediante otra regla, como en (33b)?

- (33) a.  $F_{2pl, presente\ subjuntivo}(canta) = cantéis$   
b.  $F_{2pl}(cante) = cantéis$

La primera respuesta parece insatisfactoria y poco económica. Sabemos que ‘presente’ tiene que ver con el tiempo verbal, y ‘subjuntivo’ con el modo. Estas dos informaciones parecen independientes, ya que se pueden combinar entre sí de forma productiva –tenemos, en español, imperfecto de indicativo y de subjuntivo, y futuro de indicativo y de subjuntivo, etc.–, por lo que sería mejor tener funciones separadas  $F_{pasado}$  y  $F_{subjuntivo}$ , que nos permitan codificar con una sola función la relación entre *cante* y *cantara*, *canta* y *cantaba* o *canta* y *cante*. La alternativa nos obligaría a usar tres funciones distintas para cada uno de estos pares ( $F_{pasado\ subjuntivo}$ ,  $F_{pasado\ indicativo}$ ,  $F_{presente\ subjuntivo}$ , respectivamente), perdiendo así potenciales generalizaciones.

La segunda respuesta, sin embargo, nos plantea un problema: cómo se identifica, en cada caso, la forma básica de la palabra que toma cada función. ¿Por qué no usamos la representación de 34? Si *-is* no es un morfema, *cantéis* es una forma tan simple como *cante* de (33b).

- (34)  $F_{3sg}(cantéis) = cante$

Tampoco sabremos siempre en qué orden debemos aplicar las funciones. Para obtener *cantara*, ¿siguiremos la secuencia de (35a) o la de (35b)?

- (35) a.  $F_{pasado}(canta) = cantaba$ ,  $F_{subjuntivo}(cantaba) = cantara$   
b.  $F_{subjuntivo}(canta) = cante$ ,  $F_{pasado}(cante) = cantara$

El problema con el que nos encontramos tiene que ver con la DIRECCIONALIDAD de las operaciones morfológicas: dadas dos palabras relacionadas, ¿cuál procede de cuál? No nos habíamos encontrado con este problema antes porque habíamos asumido que existen los morfemas, por lo que la respuesta era obvia: la forma con más morfemas procede de la que tiene menos, y combinamos los morfemas en el orden en que aparecen en la palabra. Esto no lo podemos decidir así en un sistema de *Unidad y proceso*.

#### D) La palabra como unidad de análisis II: Palabra y paradigma

Para algunos morfólogos, el problema de las propuestas de Unidad y Proceso es que rechazan la idea tradicional de que haya morfemas, pero mantienen la no-

ción de que las palabras se relacionan dos a dos, una como base de la otra –la función se aplica a una forma para dar lugar a otra–.

Para resolver estos problemas, quienes no creen en la existencia de morfemas proponen una variación sobre las teorías de *Unidad y proceso*, llamada *Palabra y paradigma* (WORD-AND-PARADIGM), que está libre de esta visión direccional. La idea fundamental de esta teoría es que las relaciones entre las palabras no se codifican por medio de operaciones que formen unas a partir de otras, sino que se definen en el interior de una red de formas llamada PARADIGMA. Un paradigma es una lista organizada de formas de una palabra –sobre todo formas flexivas– asociadas al conjunto de rasgos morfosintácticos que expresan. Para un verbo como *canta*, (36) da algunas de las palabras del paradigma –cada una de ellas, asociada a un conjunto de información–.

- (36) Paradigma de *canta*: {canto, cantaríais, cantado, cantaste, cantaremos, cantar, cantásemos, cantaban, hubiereis cantado...}

Cuando consideramos un paradigma, las palabras se integran en una red donde cada una de ellas establece múltiples relaciones con todas las demás, contrastando con unas en persona, con otras en tiempo, con otras en modo, etc. Desde esta perspectiva, no hay direccionalidad, porque ninguna forma viene de otra. Cada forma es la instanciación de la misma palabra en un conjunto de informaciones determinado, definido por el paradigma.

Esto se representa técnicamente con una sola operación, que toma dos argumentos: la palabra y el conjunto de rasgos que queremos expresar. Por convención, usamos la forma del tema morfológico como argumento de la operación, pero esto es arbitrario. Podríamos haber usado cualquier otra forma, o una marca abstracta, porque no queremos decir literalmente que *cantara* se deriva de *canta*, sino que *cantara* es la forma de primera persona singular, imperfecto de subjuntivo, correspondiente a ese verbo.

- (37) P(*canta*, [1sg., imperfecto, subjuntivo])

Esta operación nos hace consultar el paradigma del verbo *canta* en nuestra representación mental, y buscar en él la casilla que corresponde a la primera persona singular del imperfecto de subjuntivo. La forma que ocupe esa casilla es la que usaremos; en este caso, *cantara*.

Cuadro 2.3. Paradigma del verbo cantar (fragmento)

Canta	Indicativo		Subjuntivo	
	Presente	Pasado	Presente	Pasado
1sg.	canto	cantaba	cante	cantara
2sg.	cantas	cantabas	cantes	cantaras
3sg.	canta	cantaba	cante	cantara
1pl.	cantamos	cantábamos	cantemos	cantáramos
2pl.	cantáis	cantabais	cantéis	cantarais
3pl.	cantan	cantaban	canten	cantaran

Volveremos a hablar de las teorías de *Palabra y paradigma*, que en la actualidad son la principal instanciación de las teorías sin morfemas, en el capítulo 6. Por ahora, sigamos adelante.

Hemos visto que hay ciertos problemas serios que dificultan hablar de morfemas en todos los casos, y que estos problemas han sido interpretados por algunas teorías como una prueba de que debe hablarse de palabras y no de sintagmas. ¿Quiere esto decir que no se usan morfemas ya en el análisis morfológico? No, al menos no para todas las teorías. Las teorías construccionistas, y muchas teorías lexicalistas, siguen utilizando los morfemas como las unidades básicas de análisis, y proponen que se combinan de alguna forma en el interior de las palabras. Esto es así porque entienden que una modificación mínima de qué es un morfema puede dar cuenta de los desajustes que hemos visto al empezar este apartado. Además, el lector atento ya habrá notado que las teorías de *Palabra y paradigma* o de *Unidad y proceso* deben tomar como unidad básica la palabra, que es un concepto muy problemático, más que el de morfema, en opinión de los morfólogos construccionistas. Las teorías que siguen usando morfemas consideran que los casos discutidos aquí pueden recibir una explicación común si se separa nítidamente el morfema como unidad de análisis de los segmentos fonológicos que a veces se materializan en la palabra. Veremos esta solución detalladamente en el capítulo 4, y mientras tanto seguiremos utilizando ‘morfemas’ en nuestras explicaciones.

### 2.3.3. ¿Cuánta información contienen las unidades morfológicas?

Las entradas léxicas tienen la forma básica de (38): una representación fonológica que se asocia a un significado, y que suele venir acompañada de información gramatical –por ejemplo, la categoría léxica de la forma–. Son, en su forma básica, pares de información.

(38) lápiz <---> N, ‘objeto usado para escribir’

A partir de ahora, en lugar de ‘sustantivo’ utilizaremos la abreviatura N. A corresponderá a adjetivo y V a verbo; usaremos a veces otras abreviaturas menos comunes que explicaremos en cada caso.

### A) La naturaleza de las entradas léxicas

El lector familiarizado con la semiótica habrá notado que estas entradas léxicas se parecen a la representación de los signos: pares de forma y significado. Sin embargo, en morfología, no es habitual tratar las entradas léxicas como signos. Es más correcto entenderlas como tripletes de información, donde la información gramatical que trae una pieza se diferencia de su significado semántico —es decir, del concepto que expresa—. Esto nos daría el resultado de (39).

(39) lápiz <---> ‘objeto usado para escribir’  
N

Esta separación se hace porque hay entradas léxicas que especifican información gramatical, pero no introducen información semántica. Ya hemos visto uno de estos casos: la vocal temática. En español, este afijo nos informa de una propiedad gramatical del verbo –que se conjuga como *cantar*–, pero no nos aporta ningún significado. Habrá, pues, entradas que carezcan de información semántica, y esta es una razón por la que las entradas léxicas no son signos.

(40) -a- <----> primera conjugación

Las piezas que no tienen información semántica especial se llaman a veces MORFEMAS GRAMATICALES, y las que sí la poseen, MORFEMAS LÉXICOS. La vocal temática sería un morfema gramatical, pero *lápiz* sería un morfema léxico. No



todos los morfemas léxicos son raíces: el afijo *-dor*, que aporta el significado de agente o instrumento (*bronceador*), sería también léxico.

La información que tenemos a la izquierda de la doble flecha en una entrada léxica es su información fonológica. Siendo precisos, deberíamos, pues, representarla en transcripción fonológica –es decir en (40), no *lápiz*, sino /'lapiθ/-. Nos tomaremos frecuentemente la licencia de no hacerlo, aunque siempre que pueda surgir confusión usaremos transcripción fonológica.

Algunos autores también proponen, como hemos visto, entradas léxicas que carecen de información fonológica. Este sería el caso del morfo cero, que hemos discutido anteriormente. Supongamos que queremos proponer tal morfema para marcar la tercera persona singular en una forma como *canta*. Esta sería su representación. Nótese que también carece de información semántica, porque es un morfema gramatical.

(41)     $\emptyset$             <----> tercera singular

#### B) Otra información presente en la entrada léxica

La entrada léxica, pues, es un triplete formado por una representación fonológica, un significado y una información gramatical, aunque las dos primeras pueden estar ausentes. Junto a estos tres tipos de información, ¿puede aparecer algo más?

Depende de las teorías. En general, debemos ser conscientes de que en una entrada léxica ponemos, como información que el hablante memoriza, todas aquellas propiedades que consideramos que no pueden derivarse a partir de reglas generales de la lengua o deducirse a partir de otros factores. Como mínimo, esto implica asociar el sonido con el significado –porque ninguna regla de la gramática nos ayuda a predecir que el objeto con el que se escribe se pronuncia *lápiz* y no, por ejemplo, *teremín*-. Todas las relaciones que consideremos accidentales, fruto de la deriva histórica o de convenciones que se han de memorizar, se incluyen en la entrada léxica. Esto hace que para muchos autores la información de una entrada léxica se deba enriquecer de tres formas.

La primera es que en muchos casos parece necesario estipular también el contexto en el que se usa la forma. Hemos visto esto ya en el caso de los alomorfos, pero puede ser necesario en otras situaciones. Imaginemos que queremos analizar el verbo (*yo*) *cantaba* como *cant-a-ba- $\emptyset$* , con el morfema nulo expresando primera persona singular. No bastaría proponer una entrada como la de (41), porque entonces prediríamos (equivocadamente) que debería ser posible decir *\*yo canta*.

Parece necesario definir los casos en que puede aparecer este morfo cero. Esto lo podríamos hacer dando un contexto de aparición para el morfema completo, como en (42): en los contextos (recuérdese que los introducimos mediante /) en que sigue al morfema *-ba*.

- (42)  $\emptyset$  <----> primera singular  
/ba \_\_\_\_\_

La segunda extensión de las entradas léxicas es que, para algunos morfólogos, junto a la información gramatical de un afijo, parece necesario incluir información sobre la categoría léxica de su base. Por ejemplo: queremos indicar que el sufijo *-dor* se une a verbos (*trabaja-dor*, *mira-dor*), mientras que el sufijo *-ista* se une a sustantivos (*deport-ista*, *cuent-ista*). Si no encontramos una explicación de esta diferencia mediante una regla sintáctica que explique esta distinta combinatoria a partir de diferencias en la información que aporta cada sufijo, tendremos que representarlo como en (43). Esta información se conoce técnicamente como la SUBCATEGORIZACIÓN del afijo –la información sobre la categoría que busca en su base–.

- (43) *-ista* <---> N, subcategorización: N  
‘persona que hace una actividad relacionada con X’

La tercera extensión de las entradas léxicas es que algunos morfólogos creen que puede ser necesario incluir información puramente morfológica, es decir, información específica que indica con qué otros morfemas se combina esa pieza y de qué manera. Para algunos parece necesario indicar que una raíz determinada pertenece a cierta conjugación –y por lo tanto, deberá combinarse con cierta vocal temática–, como en (44a) o la posición que debe ocupar un afijo con respecto a la raíz –sufijo, prefijo, infijo, etc.–, como en (44b).

- (44) a. cant <---> V, ‘emitir sonidos musicales’  
[primera conjugación]  
b. ción <---> N, subcategorización: V  
‘acción o efecto de’  
[sufijo]  
-ion /s \_\_\_\_\_  
-cion /resto de casos

La razón de que no todas las teorías estén de acuerdo en proponer esta información morfológica tiene que ver, naturalmente, con su preferencia por la alterna-

tiva de tratar de derivar estos datos a partir de reglas. La tendencia en las teorías construccionistas es la de minimizar —o eliminar completamente— los utensilios puramente morfológicos, ya que su objetivo es explicar la morfología mediante procedimientos sintácticos, semánticos o fonológicos. Esto a menudo es complicado, y veremos repetidas veces en este manual que será necesario proponer información morfológica en las entradas léxicas; el lector deberá tener en cuenta, sin embargo, que este tipo de información es problemática y no la aceptan todos.

*C) Falta de información gramatical en el léxico: raíces*

Hemos visto extensiones de la información que se puede representar en una entrada léxica. Podemos preguntarnos ahora la inversa: ¿qué información puede faltar? Hemos visto que a veces falta la semántica, y, quizás, en otras falta la fonología, pero ¿puede faltar la información gramatical? ¿Hay alguna pieza en el léxico que carezca de información gramatical? Ciertos sistemas construccionistas, como la Morfología Distribuida, creen que esto es precisamente lo que sucede con las raíces. La raíz *cant-*, por ejemplo, carecería de categoría léxica (45).

- (45) *cant* <---> ‘emitir sonidos musicales’  
primera conjugación

La idea es que en tanto que raíz, *cant-* nos aporta un significado, pero no nos dice si debemos usar ese significado como un verbo, un nombre o un adjetivo. ¿Qué ganamos con esto? Esencialmente, ganamos que ahora es posible explicar por qué la raíz puede aparecer usada como un sustantivo en otros casos, como *canto*, aunque su significado se mantiene esencialmente igual. Según este análisis, la misma raíz puede dar lugar a dos temas morfológicos: un verbo, en *cant-a* (cuando la combinamos con la vocal temática) o un sustantivo, en *cant-o*, cuando la unimos a la desinencia. Estos temas morfológicos ya pertenecen a una clase léxica, gracias a la información que introducen los afijos que hemos añadido:

- (46) a.  $[[cant] a]_V$   
b.  $[[cant] o]_N$

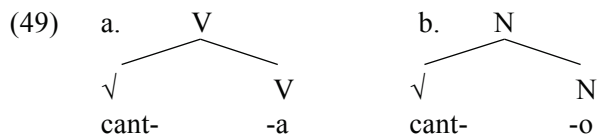
Para entender mejor las ventajas de esta postura, considérese la alternativa, que sería representar la raíz con una categoría gramatical, como en (47).

- (47)  $[[cant]_V o]_N$

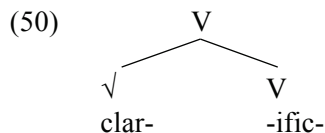
Esta alternativa nos produce tres problemas. (i) ¿Cómo sabemos que la raíz es un verbo que convertimos en sustantivo y no al revés? La decisión es arbitraria en muchos casos: ¿es *cantar* ‘producir un canto’ o es *canto* el resultado de *cantar*?; (ii) si la raíz es un verbo, ¿qué pasa con la vocal temática en el sustantivo? O inversamente, si es un sustantivo, ¿qué pasa con la desinencia en el verbo? ¿La hemos borrado? Si es así, ¿cómo y por qué?; y (iii) si la desinencia *-o* puede convertir un verbo en un sustantivo, ¿por qué no podemos usarla cuando el verbo lleva un afijo verbal, como en el caso de (48)?

(48) clar-ific-a ~ \* un clar-ific-o

Si la raíz no tiene categoría léxica, en cambio, estos problemas desaparecen. Ni *cantar* viene de *canto* ni viceversa; ambas formas se derivan de la misma raíz, *cant-*, a la que añadimos morfemas que contienen información gramatical. La unión de estos morfemas sí posee categoría, ya que forma un tema morfológico. Esto lo podemos representar de muchas formas. Por ejemplo, podemos indicarlo como en (49), donde el tema tiene la misma categoría que el sufijo que se combina con la raíz. Iremos refinando este análisis poco a poco en capítulos posteriores.



Como ninguna forma deriva de la otra, no hay necesidad de proponer que la vocal temática está en el sustantivo o viceversa, por lo que no hay que explicar tampoco por qué desaparecen. Por fin, el caso de (48) puede explicarse si *-ific-* da categoría léxica (verbo) al tema morfológico, por lo que este no puede combinarse con desinencias, que marcan a los temas que son sustantivos.



Veremos en el tema 7 que esta idea general tiene aplicaciones inmediatas para explicar fenómenos como la conversión y el truncamiento. Los detalles de cómo se emplean las raíces en este sentido dentro del análisis pueden variar. Baste ahora

con considerar una consecuencia concreta de la existencia de raíces sin información gramatical en el léxico: tenemos que revisar la entrada léxica de (45), repetida aquí como (51).

- (51) cant <---> ‘emitir sonidos musicales’  
primera conjugación

Si tomamos en serio la idea de que *cant-* no es un verbo, en primer lugar, debemos eliminar la información de que pertenece a la primera conjugación, porque esta clasificación en conjugaciones presupone que algo es verbo. En segundo lugar debemos revisar su significado: la glosa que hemos dado está diseñada para expresar un verbo. Para glosar el significado de *cant-* en *cant-o* debemos usar un sustantivo, ‘emisión de sonidos musicales’, por lo que nuestra glosa de la raíz debería ser lo bastante abstracta como para ser compatible con ambos temas y otros casos que contienen la misma raíz (*cantiga, cántico, cantata, cantilena, cantor...*). La decisión de que la raíz carece de categoría, pues, nos lleva a eliminar otros aspectos de su entrada léxica que presuponían dicha categoría, hasta llegar a algo parecido a (51).

- (52) cant <---> ‘relacionado con sonidos musicales’

Y esto pone sobre la mesa dos preguntas: ¿cómo codificamos que esta raíz, cuando se usa como verbo, toma *-a*, y cómo obtenemos el significado de los distintos temas en que aparece? La respuesta a estas preguntas deberá esperar algún tiempo aún, ya que en el próximo capítulo nos centraremos más bien en estudiar cómo se combinan los morfemas entre sí.

## Ejercicios y problemas

1. A continuación, tiene una parte del paradigma verbal de los verbos turcos *yazmak* y *olmak*. Segmente las palabras en unidades, identifique la información que aporta cada morfema y proponga entradas léxicas para cada pieza. La *i* sin punto *ı* representa en grafía turca el fonema /u/, una vocal alta posterior no redondeada.  
¿Hay morfos cero en su análisis?

<i>yazmak</i> ‘componer’		<i>olmak</i> ‘ser, suceder’
<i>Presente de subjuntivo</i>	<i>Presente de subjuntivo, forma negativa</i>	<i>Presente de subjuntivo</i>
yazayım ‘que yo componga’	yazmayayım ‘que no componga’	olayım ‘que yo sea’
yazasın ‘que tu compongas’	yazmayasın ‘que no compongas’	olasın ‘que tú seas’
yaza ‘que él componga’	yazmaya ‘que no componga’	ola ‘que él sea’
yazalım ‘que compongamos’	yazmayalım ‘que no compongamos’	olalım ‘que seamos’
yazasınız ‘que compongáis’	yazmayasınız ‘que no compongáis’	olasınız ‘que seáis’
yazalar ‘que compongan’	yazmayalar ‘que no compongan’	olalar ‘que sean’

2. Abajo tiene un fragmento del paradigma del verbo griego *lyein* ‘desatar’. Trate de segmentarlo en morfemas, y señale los casos que encuentre –si es que encuentra alguno– de exponencia cumulativa, extendida y morfo cero. A continuación, trate de representar las operaciones morfológicas siguiendo el formato de las teorías de *Unidad y proceso* o *Palabra y paradigma*.

<i>lyein</i> ‘desatar’		
<i>Presente de indicativo</i>	<i>Imperfecto de indicativo</i>	<i>Aoristo</i>
lyo: ‘desato’	elyon ‘desataba’	elysa ‘desaté’
lyeis ‘desatas’	elyes ‘desatabas’	elysas ‘desataste’
lyei ‘desata’	elye ‘desataba’	elyse ‘desató’
lyomen ‘desatamos’	elyomen ‘desatábamos’	elysamen ‘desatamos’
lyete ‘desatáis’	elyete ‘desatabais’	elysate ‘desatasteis’
lyousi ‘desatan’	elyon ‘desataban’	elysan ‘desataron’

3. Tome una parte del paradigma del verbo español *defenestrar*, *prevaricar* o *preterir* –cualquier verbo poco usual debería valer– y trate de analizarlo

descomponiéndolo en morfemas. A continuación, tome el paradigma del verbo *ser*, *ir* o *tener* y trate de hacer lo mismo. Trate de analizarlo primero en un sistema de Pieza y disposición y después en un sistema de Unidad y proceso. Puede hacer el mismo ejercicio en otra lengua distinta del español, con cuidado de elegir un verbo con mucho contenido léxico y poca frecuencia, por un lado, y otro equivalente a *tener* o *ser*, por el otro. Probablemente le parezca que cada una de las teorías mencionadas funciona mejor para cada uno de estos dos tipos de verbo. ¿Por qué cree que es esto? ¿Qué correlación cree que puede haber entre que un verbo sea usual y que admita mejor o peor una descomposición en morfemas?

### **Lecturas recomendadas**

Pena (1999) contiene una revisión completa de las unidades morfológicas y los problemas que surgen al tratar de identificarlas. La noción de tema morfológico se puede desarrollar leyendo los capítulos 2 y 3 de Aronoff (1994). El uso especial del concepto de raíz en los sistemas construccionistas se puede ver en Marantz (1997) o Arad (2003). Para un debate sobre la relación entre sistemas de Unidad y disposición frente a los de Unidad y proceso, recomendamos Aronoff (1976), el capítulo 3 de Anderson (1992) y el capítulo 1 de Stump (2001). DiSciullo y Williams (1987) será útil al lector para entender más sobre los problemas que surgen al definir las palabras, pero también para profundizar en la relación entre un morfema y su entrada léxica.



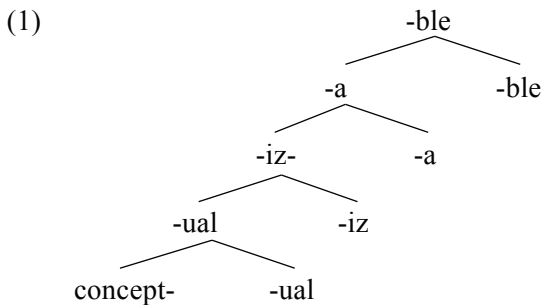


# 3

## *Estructuras morfológicas*

### 3.1. Propiedades de las estructuras morfológicas: su relación con la sintaxis

Los morfemas, cuando se agrupan para formar una palabra, no se limitan a encaenarse unos a otros, sino que forman estructuras jerárquicas en las que cada uno establece una relación única con las demás. Consideremos la palabra *conceptualizable*. Aplicando lo que sabemos del capítulo anterior, podemos segmentarla en cinco piezas: una raíz, *concept-*, y cuatro afijos, que son *-ual*, *-iz-*, *-a-* y *-ble*. Podemos proponer, además, que en esta forma los morfemas se estructuren como se ve en (1).



Lo que esta estructura representa es la siguiente intuición: *conceptualizable* se construye añadiendo *-ble* a *conceptualiza*, que a su vez es una estructura que he-

mos obtenido añadiendo la vocal temática de la primera conjugación a la forma *conceptualiz-*. Esta, a su vez, la hemos obtenido uniendo el afijo *-iz-* a *conceptual*, que es el resultado de combinar *-ual* con *concept-*. La estructura morfológica refleja, por así decirlo, las fases por las que pasa una construcción hasta quedar terminada.

La alternativa sería decir que *conceptualizable* se construye sumando los morfemas *concept-*, *-ual*, *-iz*, *-a* y *-ble* (2), sin estructura.

- (2)      *concept* + *ual* + *iz* + *a* + *ble*

Pero esta representación nos hace perder muchos datos importantes, porque en ella, al ser plana, todos los morfemas tienen la misma relación con los demás. Perdemos así la información de que *-ble* necesita unirse a un constituyente que sea un verbo, por lo que la forma *\*concept-ual-ble* no es posible. En (1), en cambio, capturamos esta información, ya que *-ble* se combina con una estructura marcada como verbo de cierta conjugación, no con la que encabeza *-ual*. Si los morfemas se unieran todos a la vez, sin diferenciar estadios estructurales, la relación que *-ble* establecería con *-a* sería la misma que tendría con respecto a *-ual*, y esta diferencia sería misteriosa.

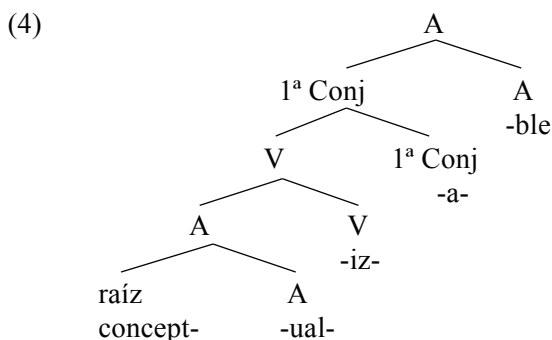
Otra propiedad que capturamos en (1), pero no en (2), es que en esta secuencia algunos afijos establecen una relación más directa que otros con la raíz. En (1), dejamos claro que el afijo que se relaciona más estrechamente con la raíz es *-ual*, ya que se combina directamente con ella. Así explicamos, por ejemplo, que debemos usar la forma *-ual* en *conceptual*. El afijo *-ual* (3a) es un alomorfo del sufijo que otras veces se pronuncia *-al* (3b), ya que comparte con él todas sus propiedades. Ambos forman adjetivos, y significa ‘relacionado con X’, donde X es la raíz o el sustantivo con el que se combina.

- (3)      a. *mens-ual*, *man-ual*, *proces-ual*, *sex-ual*, *conduct-ual*  
            b. *ment-al*, *colegi-al*, *espaci-al*, *departament-al*, *gubernament-al*

La razón de que usemos *-ual*, y no *-al*, parece depender de la raíz que usamos en cada caso —es una alomorfía morfológica, ya que no es sensible a los sonidos que usamos, sino a qué otro morfema aparece junto a ellos—. Pero, para explicar por qué este afijo es sensible a esta propiedad de la raíz, debe darse el caso de que uno y otro se relacionen estrechamente. De hecho, si el lector examina todas las voces que toman el alomorfo *-ual*, verá que en todas ellas el afijo está pegado a la raíz, mientras que, siempre que hay un afijo más entre él y la raíz, debe emplearse la forma *-al* (cf. *depart-a-ment-al*, *gubern-a-ment-al*,

nunca \**depart-a-ment-ual*). Esto está expresado en la estructura de (1), pero no en la adición de (2).

Cada uno de los afijos que hemos segmentado está asociado a una categoría léxica o –en el caso de *-a-* a información gramatical de una clase léxica. Esto quiere decir que la estructura que forman adquiere la misma categoría léxica que tiene el afijo. Las palabras que acaban en *-ble* (*amable, disponible, comestible, inexplicable*) son adjetivos; las que tienen *-iz-* con la marca *-a-*, son verbos de la primera conjugación (*economiza, electriza, informatiza*, etc.). Las que acaban en *-ual* o *-al*, como hemos dicho, son adjetivos. La estructura de (1), por ello, puede representarse como (4).



En esta representación, hemos puesto en los nudos de la estructura la información gramatical asociada a cada afijo, y hemos representado cada afijo como la expresión de esa información. Esto nos permite observar con claridad dos ventajas más de la estructura con respecto a la representación de (2). La primera es que la estructura nos permite saber qué información se asocia con cada fragmento del árbol. Si tomamos solo hasta la 1ª conjugación que define *-a-*, sabemos que tenemos una raíz que se convierte en un tema morfológico adjetival y que después se vuelve un verbo mediante el sufijo *-iz-*, y que la *-a-* indica que es de primera conjugación. Predecimos que la secuencia formada hasta ahí, *conceptualiza-* se usa como verbo de la primera conjugación.

La segunda propiedad es que esta estructura nos permite expresar cuál es el morfema más importante en una estructura, al que llamaremos NÚCLEO MORFOLÓGICO. ¿Qué quiere decir ‘más importante’? Es aquel morfema cuya información define la palabra completa, determina qué significado tiene y a qué clase léxica pertenece. En nuestro caso es *-ble*, el afijo que proyecta la etiqueta más alta de toda la estructura, y por ello explica que la estructura completa se use como adjetivo, ya que ‘adjetivo’ es la información que aparece en su nudo más alto.

En cambio, *-a-* no puede ser el núcleo en este ejemplo. Las palabras que acaban en *-iz-a* son verbos, pero *conceptualizable* no es un verbo (\**Yo conceptualizablo*). Su significado tampoco nos sirve para definir la palabra *conceptualizable*. Las palabras que acaban en *-iz-a* significan ‘hacer que algo sea X o adquiera X’, como en *economizar* ‘hacer que algo sea económico’ o *problematizar* ‘hacer que algo sea un problema’. *Conceptualizable* no es ‘hacer que algo sea conceptual’ o algo de este estilo, sino ‘que puede o debe hacerse conceptual’. Esto también lo expresamos en nuestra estructura.

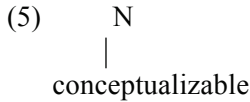
Resumiendo, la estructura nos permite identificar un morfema como núcleo –núcleo entendido como el elemento que transmite su información gramatical a toda la forma–, y define de forma clara las relaciones que cada morfema establece con los demás. Podríamos hacer representaciones parecidas con otras formas complejas, como *clasificación*, *institucionalización* o *incapacitar*, y, si las estructuras están bien representadas, expresarán cuál es el núcleo de estas formas y cómo se han ido obteniendo paso a paso. Recomendamos al lector que, como ejercicio, pruebe a hacerlo.

Cuando tenemos prefijos y sufijos rodeando a la misma raíz, la estructura también nos permite determinar el orden en que se unen a la base. En un verbo como *auto-anal-iz-a(r)*, reconocemos que, junto a la raíz, hay un prefijo *auto-* ‘a uno mismo’ y nuestra secuencia *-iz-a*. Sabemos que el orden en que se organizan estos morfemas es *[auto [[anal]iz]a]]*, es decir *anal-iz > anal-iz-a > auto-anal-iz-a*, porque *auto-* modifica a la acción de analizar, ya que el verbo significa ‘analizar a uno mismo’. En cambio, en *pre-fij-a(r)*, el orden ha de ser *pre-fij > pre-fij-a*, es decir *[[pre-fij]a]*, donde el prefijo primero se una a la base y después se forma un verbo a partir de él, porque el significado de la forma es ‘añadir un prefijo’. Si no tuviéramos estructuras no podríamos expresar estas diferencias, porque el orden entre los afijos sería en los dos casos el mismo.

#### A) Teorías sin estructuras morfológicas

Antes de seguir adelante, conviene reflexionar sobre un aspecto importante. En el capítulo anterior, vimos que ciertas teorías –Unidad y proceso y Palabra y paradigma– niegan que existan los morfemas, y tratan las formas aparentemente complejas como no analizables en partes menores. ¿Cabe hablar de que las palabras tienen estructura interna, para estas teorías? No, ya que niegan que los morfemas sean unidades, y si no hay unidades, no hay nada que se combine de ninguna forma. Las teorías sin morfemas, pues, tra-

tan cada palabra como una forma única, aunque mantienen la intuición de que proyectan su información en estructuras sintácticas, al combinarse con otras palabras (5). La negación de que las palabras tengan estructura interna se conoce como MORFOLOGÍA AMORFA, y tiene a Anderson (1992) como su enunciación más clara.



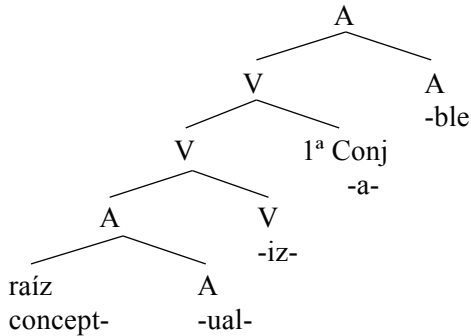
B) *Distintas relaciones en una estructura morfológica:  
modificadores y núcleos*

Otro aspecto sobre el que conviene reflexionar es si es apropiado decir que *-a* en (4) proyecta su información de la misma forma que lo hace *-iz-* o *-ual*. Si lo representamos como en (4), estamos diciendo que hay un pedazo de estructura que es un verbo *-conceptualiz-* y otro pedazo que corresponde a la primera conjugación *-conceptualiza-*, y que en este segundo caso *-a-* es el núcleo. Esto da una sensación de inexactitud, ya que no captura algunas intuiciones básicas sobre la relación entre el verbo y la vocal temática.

En primer lugar, la primera conjugación no es una categoría gramatical distinta de verbo: más bien es una propiedad que especifica un tipo determinado de verbo. En segundo lugar, si separamos *-a* y *-iz-* como núcleos distintos, cada uno de ellos proyectando su información, esperaríamos que la forma *conceptualiz-*, sin *-a* pudiera aparecer en algún caso sin la información de que pertenece a la primera conjugación, lo cual no parece cierto. Siempre que aparece el verbo asociado a *conceptualiz-*, se usa como perteneciente a la primera conjugación –es decir, conjugado como *cantar*–. En la estructura de (4), ya que *-iz-* proyecta su información en un pedazo de estructura en el que no aparece *-a*, permitiríamos que *-iz-* pueda aparecer con otros afijos (por ejemplo, la *-e-* que marca la segunda conjugación, como en *beber*), lo cual es falso.

¿Podemos mejorar la representación de nuestra forma? Sí, y la forma de hacerlo es tratar la información sobre la conjugación verbal no como un núcleo que proyecta un fragmento de estructura distinto de *-iz-*, sino como un MODIFICADOR de *-iz-* que expresa una propiedad de los verbos que se forman con este afijo, concretamente, su conjugación. Esto lo hacemos en (6).

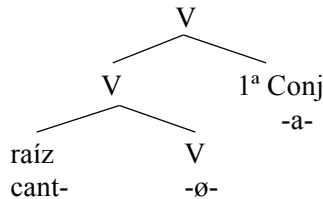
(6)



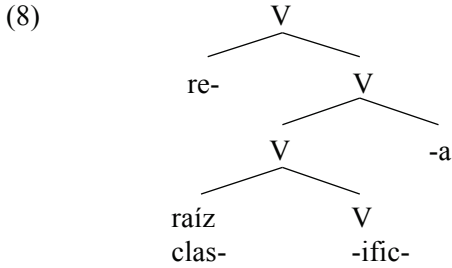
La diferencia con respecto a (4) es que ahora, al unir *iz-* con *-a*, la información que se proyecta sigue siendo la que contiene *-iz-*. *-a* es ahora parte del fragmento de estructura definido por *-iz-*, y no forma su propio fragmento. Capturamos así la idea de que *-iz-* se combina siempre con *-a*, ya que lo incluye en su proyección.

Esta misma estructura se puede aplicar a casos donde no se ve ningún sufijo verbalizador —como *-ific-* o *-iz-*—pero tenemos un verbo de la primera conjugación. Para ello, tenemos que permitir un morfo cero como verbalizador. (7) refleja la estructura que tendría un verbo como *cantar* según esta propuesta.

(7)

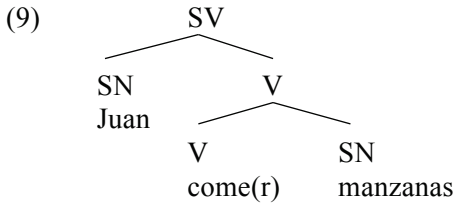


Esta división entre elementos que proyectan su información a un conjunto y aquellos que se limitan a modificar la información de otros elementos no es desconocida en sintaxis —donde se reproduce como la distinción entre núcleos y especificadores o adjuntos—. En morfología, los prefijos de lenguas como el español, el ruso o el alemán se tratan también como modificadores, al menos en la situación general en la que no cambian la categoría léxica de su base. Por ejemplo, si tomamos el adjetivo *reclasificar*, observamos que contiene un prefijo, *re-*, cuyo significado es ‘repetir la acción X’, es decir, ‘clasificar de nuevo’. Tanto *reclasificar* como *clasificar* son verbos, y *re-* se limita a añadir cierta información sobre este verbo. Por ello lo representaríamos —cf. (8)— como un modificador.



### 3.1.1. Relaciones y diferencias entre estructuras morfológicas y sintácticas

Hemos, pues, hablado algo de las estructuras internas que forman las combinaciones de los morfemas. Naturalmente, sabemos que hay otro componente de la gramática que forma estructuras complejas: la sintaxis. El árbol de (9) muestra un ejemplo muy simplificado de árbol sintáctico, para el sintagma verbal *Juan come(r) manzanas*.

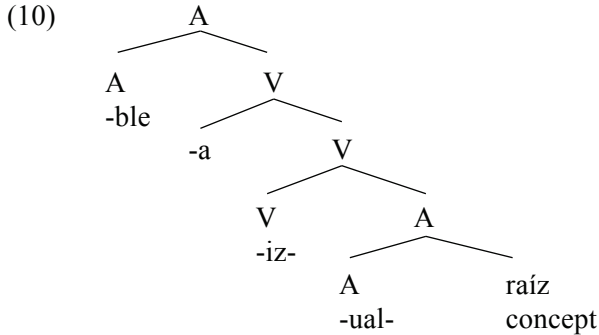


La pregunta obvia es cómo de iguales o cómo de distintas son estas estructuras sintácticas con respecto a las estructuras que forman los morfemas en el interior de las palabras. El lector ya imagina que la respuesta varía en cada una de las dos grandes teorías que estamos considerando. El lexicalismo afirma que la estructura de (6) y la de (9) son diferentes, mientras que el construccionismo propone que son esencialmente iguales.

¿Cómo podemos decidir? La única forma es concentrarnos en sus diferencias y ver si son suficientes para proponer dos tipos de estructura o no.

Veamos primero una aparente diferencia que no es tal, porque es solo una notación distinta para representar cosas que podrían ser iguales. Habitualmente, las estructuras morfológicas se representan juntando los nuevos elementos a la derecha de la estructura previa, mientras que las sintácticas suelen representarse con el orden inverso. Un árbol sintáctico crece hacia la izquierda, pues, pero uno morfológico crece a la derecha. Esta diferencia es en realidad meramente tipográfica y

convencional. En una estructura, las relaciones que realmente importan son las verticales: qué elemento está más alto que otro, y por eso el núcleo se define como el elemento cuya etiqueta aparece en el punto más alto de la estructura. Si usamos el orden de izquierda a derecha en un caso y el de derecha a izquierda en el otro es, frecuentemente, para reflejar de forma más clara el orden lineal que tienen los elementos dentro de una secuencia, pero esto solo es una convención. Podríamos haber representado el árbol de (6) como (10), y las relaciones estructurales entre los morfemas serían idénticas.



Igualmente convencional es si decidimos usar una notación de sintagma en un árbol, y emplear SV, SA o SN para un nudo del que salen varias ramas, o no añadimos la S y representamos V, A, N. Más que darnos una diferencia real, esta notación nos indica si el gramático que propone la estructura cree que está en la sintaxis o en la morfología.

Para algunos gramáticos, (6) y (10) se parecen demasiado como para tratarlas distinto. Comparten, entre otras cosas, la existencia de núcleos que proyectan su información por encima del elemento con el que se combinan (como *-ble*), la existencia de modificadores que dan propiedades de un elemento (como *-a*), y un mismo conjunto de categorías (nombres, adjetivos, verbos, etc.). ¿Qué diferencias pueden justificar tratarlas por separado?

#### A) La invisibilidad de los elementos internos de una palabra

Una de ellas ya la hemos visto en los capítulos anteriores. Conforme a la HIPÓTESIS DE LA INTEGRIDAD LÉXICA, no podemos tratar (10) como un sintagma porque los elementos que están por debajo del núcleo *-ble* son invisibles para las operaciones sintácticas. En § 1.3.1 revisamos cinco fenómenos donde se observa



esta invisibilidad, por lo que aquí solo recordaremos uno. Aunque una palabra como *conceptualizable* contiene un verbo, la sintaxis no puede acceder a él y por eso –según esta teoría– no podemos modificarlo con un adverbio de manera *\*conceptualiza-rápido-ble*. En cambio, como en (9) el verbo proyecta como sintagma, sí podemos (*come manzanas rápido*).

La invisibilidad de los componentes internos de una estructura morfológica parece ser una diferencia empírica real que las teorías construccionistas deben explicar. Para los lexicalistas, diferencias como estas indican que la sintaxis solo puede ver la información contenida en el núcleo de una palabra –por lo tanto, la que se proyecta en la capa más alta de la palabra, en nuestro caso, la que encabeza *-ble*–. Consecuentemente, las palabras serían ÁTOMOS SINTÁCTICOS en sentido estricto, estructuras que contienen unidades subatómicas –los morfemas– que, a efectos de la sintaxis, son inaccesibles, porque la sintaxis dicta sus reglas para los sintagmas y las palabras completas.

#### *B) La restricción contra las categorías funcionales*

Una segunda diferencia que se ha propuesto tiene que ver con la clase de elementos que pueden aparecer en las estructuras morfológicas y en las estructuras sintácticas. Concretamente, las estructuras sintácticas pueden contener elementos funcionales –pertenecientes a clases cerradas, como los determinantes, los verbos auxiliares o las conjunciones, que codifican relaciones formales entre elementos pero no tienen significado conceptual claro–. Las estructuras morfológicas solo pueden combinar clases léxicas –típicamente, verbos, adjetivos y sustantivos–. Esta diferencia parece empíricamente cierta en muchos casos. Varias lenguas pueden formar compuestos combinando un verbo y un sustantivo en singular o en plural (*correccaminos*, *afilalápices*), pero no pueden hacerlo si el verbo se comporta como un auxiliar (11a) o si el sustantivo lleva un determinante (11b), entre otras restricciones.

- (11)    a. *\*habe-casas* (cf. *Hay casas*)  
          b. *\*afila-unos-lápices*

Los elementos internos de un compuesto no pueden concordar o flexionarse (12). Esta diferencia sugiere que dentro de una estructura morfológica no tienen cabida los elementos funcionales que producen la concordancia. La concordancia es claramente funcional –pertenecer a clases cerradas y no aporta información más allá de la propia gramática–, por lo que el dato de (12) quedaría explicado por esta

restricción: dentro de la palabra no tenemos elementos de concordancia (12b), pero la palabra completa, como adjetivo, puede combinarse con ellos en la sintaxis (12a).

- (12) a. unas chicas [sordo-mud]-a-s  
b. \*unas chicas [sord-a-s-mud]-a-s

La generalización de que los elementos funcionales no pueden aparecer dentro de la palabra, sin embargo, no está exenta de problemas. Primero, no es siempre fácil determinar si una categoría es léxica o funcional. Junto a los casos claros —como que los sustantivos y los adjetivos son categorías léxicas, y los verbos auxiliares o los determinantes son categorías funcionales— hay numerosos ejemplos que son más dudosos. ¿Las preposiciones son léxicas o funcionales? ¿Qué pasa con los verbos de apoyo (§ 8.4.2) que no tienen significado completo en construcciones como *dar un golpe a alguien*, *hacer calor* o *volverse loco*?

Además, parece que ciertos objetos probablemente funcionales pueden aparecer dentro de las palabras. Ya hemos visto que las vocales temáticas, que marcan la conjugación, pueden aparecer en las estructuras morfológicas. Otro ejemplo es la marca de número plural (13). El número parece una categoría funcional que se combina con una clase léxica —el sustantivo— y pertenece a una clase cerrada.

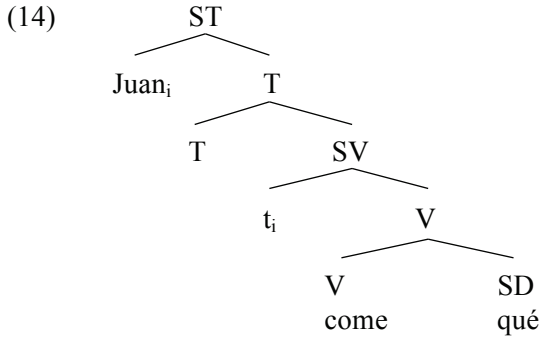
- (13) limpiabotas

Esta información de número, además, es interna a la estructura morfológica, y no parece accesible para la sintaxis: aunque haya un elemento plural, podemos decir *el limpiabotas*, con el determinante concordado en singular.

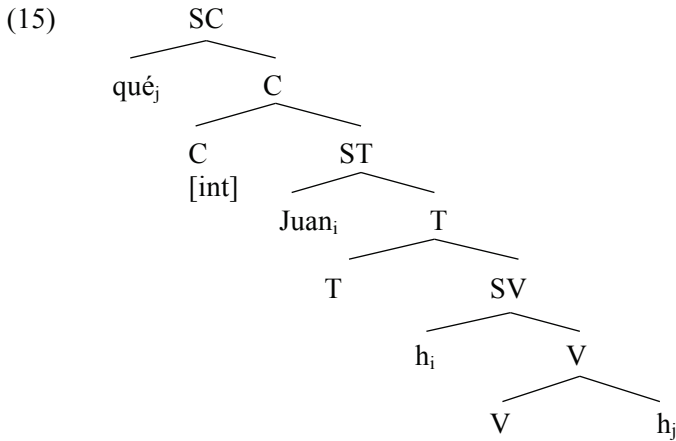
### C) La restricción de la palabra posible

Una tercera diferencia que se ha propuesto es que las estructuras morfológicas se construyen siempre sobre estructuras bien formadas morfológicamente, con el resultado de que cada paso dentro de una estructura morfológica debería ser una palabra posible de la lengua. Esta RESTRICCIÓN DE LA PALABRA POSIBLE explica que en nuestro árbol de (6) pudiéramos decir que cada vez que un núcleo proyectaba su etiqueta en el árbol, el fragmento así definido se usa como una palabra del español (*conceptual*, *conceptualizar*, *conceptualizable*). Esta propiedad no es compartida con la sintaxis, donde abundan casos de fragmentos de estructura que no están bien formados. (14) es uno de ellos.

En esta estructura, hay un interrogativo que exige aparecer en una estructura interrogativa, pero no hay un complementante interrogativo que lo legitime. Por lo tanto, esta estructura es un fragmento que, solo, no es un buen sintagma: \**Juan come qué*.

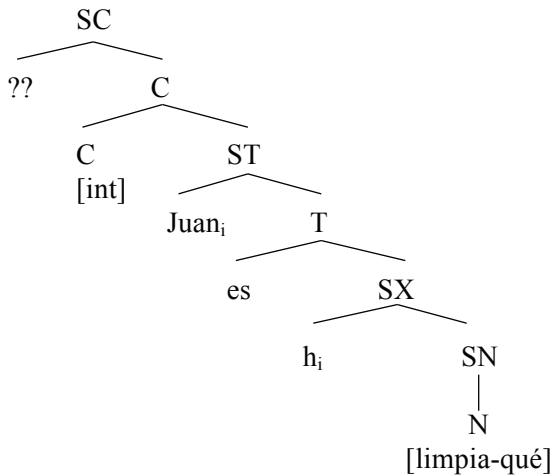


La estructura necesita un complementante con rasgos interrogativos que forme una pregunta. Obtenemos así *¿Qué come Juan?*, que sí es buena.



Esta diferencia también explicaría, para el lexicalismo, por qué no es posible interrogar por elementos internos de una estructura morfológica. Si dentro de una palabra uno de los elementos fuera interrogativo, requeriría que la sintaxis lo legitimara mediante un complementante, como en (15). Sin embargo, la sintaxis no puede mirar en el interior de la palabra, y no podría legitimarlo.

- (16) a. Juan es limpia-botas  
b. \*¿Qué es Juan limpia-h<sub>i</sub>?



Sin embargo, esta diferencia no está tan clara, y existen algunos ejemplos en los que una palabra parece estar formada sobre una estructura que, por sí sola, no es gramatical. La parasíntesis, que estudiaremos en § 3.3.3, podría ser un caso de esto. Otro ejemplo son palabras como la de (17).

- (17) leñ-a-dor

Estas palabras parecen formadas conforme al esquema productivo que produce nombres de agente a partir de verbos (*escalador*, *corredor*, *vendedor*, *pescador*), y de hecho contiene una vocal temática -a-. El problema es que, sin -dor, la palabra no puede usarse como verbo: no existe \*leñar en español. Nos enfrentamos, pues, a dos opciones: negar que (17) pueda segmentarse como hemos hecho, y por lo tanto perder su relación con el esquema productivo que forma nombres de agente, o aceptar que la morfología, al igual que la sintaxis, puede construir una estructura bien formada sobre estructuras que, por sí solas, no están bien formadas.

#### D) La restricción contra los sintagmas

Botha (1983) propuso una cuarta diferencia entre las estructuras morfológicas y las sintácticas: solo las segundas pueden formarse a partir de sintagmas. Esta

restricción, conocida como el *No Phrase Constraint* (RESTRICCIÓN CONTRA LOS SINTAGMAS), implica, pues, que la morfología no puede combinar un sintagma con un morfema. Así, (18a) sería posible, porque combinamos una raíz con un sufijo, pero no (18b) porque en lugar de una raíz, combinamos un sintagma completo.

- (18) a. clase > clas-ismo  
b. segunda clase > \*[segunda clas]-ismo

Esta supuesta diferencia ha sido, sin embargo, muy criticada. Son numerosos los ejemplos de compuestos formados combinando un sintagma con una raíz en lenguas como el inglés y otras muchas de la familia germánica (19).

- (19) a pipe-and-slipper husband  
un pipa-y-zapatilla marido ‘un marido de pipa y zapatilla’

De hecho, el nombre de la restricción propuesto por Botha era, en sí mismo, un contraejemplo a la restricción, ya que es un compuesto cuyo primer miembro era un sintagma, formado por la combinación del negativo *no* con el sustantivo *phrase* ([*No Phrase*] *Constraint*).

Esta clase de compuestos no suele darse en las lenguas romance, pero sí encontramos algunos casos en los que el análisis sugiere que un sufijo se ha unido a un sintagma. Consideremos (20). Si lo segmentamos como en (20a), para respetar la restricción contra los sintagmas, obtenemos un significado equivocado: debería ser el *mundismo* que ocupa la tercera posición dentro de una serie. Además, prediríamos que la palabra *\*mundismo* debería existir. En cambio, la segmentación de (20b) carece de estos problemas, con el único precio de permitir que en español, al igual que en inglés, se pueda combinar un morfema con un sintagma.

- (20) tercermundismo  
a. [tercer] [[mund] ismo]  
b. [[tercer mund-] ismo]

La relación entre las estructuras morfológicas y las sintácticas es, pues, un aspecto de la gramática que aún no ha sido entendido completamente. Las teorías lexicalistas deben aún explicar sus similitudes y, particularmente, por qué es posible que la morfología utilice sintagmas; las teorías construccionistas, en cambio, deben explicar por qué hay algunas diferencias, la más notable de las cuales es la aparente imposibilidad de hacer referencia a los constituyentes internos de una

palabra mediante reglas sintácticas. El debate no está cerrado, y volveremos a él en distintas partes de este manual.

### 3.2. Estructuras morfológicas y significado

Una estructura debe dar cuenta de las propiedades del objeto que representa. En el apartado anterior veíamos que la estructura refleja cuál es el núcleo de una construcción, cuál habría sido el núcleo en cada paso intermedio y con qué elemento se combina cada morfema. Otra de las razones por las que requerimos una estructura es que esta se emplea para reflejar el significado de la forma compleja.

#### 3.2.1. Composicionalidad

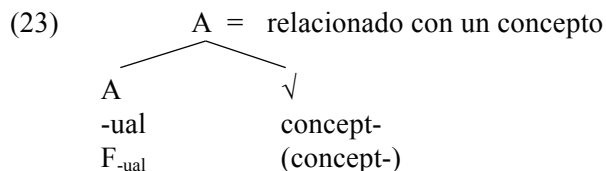
En general, si tenemos una estructura, se espera que nos sirva para explicar por qué una forma tiene un significado determinado. Si cada morfema se asocia a cierta información, la forma en que los significados se combinan entre sí mediante una estructura es crucial para determinar el significado final. Si volvemos al ejemplo de *conceptualizable*, y aislamos cada morfema, asociándolos con cierto significado obtenemos algo parecido a (21).

- (21)     concept = idea abstracta  
          ual = relacionado con X  
          iz(a)= convertir algo en X  
          ble= que puede o debe ser X-do

Pero esta simple lista de significados no explica por qué *conceptualizable* significa ‘que puede convertirse en algo relacionado con una idea abstracta’, en lugar de, por ejemplo, ‘que se relaciona con poder convertirse en una idea abstracta’. Lo que nos falta en (21) es una estructura que determine qué morfema se une a qué morfema. Los morfemas nos dan fragmentos incompletos de significado con incógnitas y variables X, y es la estructura la que determina cómo se unen estos fragmentos de significado y, en último término, qué significado se convierte en la X de la entrada de otro morfema. Una vez que aceptamos que existe una estructura, el orden en el que se combinan estas piezas nos da el significado:

- (22)     [-ble            [iz(a)            [ual            [concept]]]]  
          que puede    hacerse        relacionado con    idea abstracta

La situación que acabamos de ilustrar se conoce como COMPOSICIONALIDAD: el significado total de una estructura se obtiene a partir del significado de cada uno de sus elementos, organizados jerárquicamente como dicta la propia estructura. A veces se utiliza la expresión CONJETURA DE FREGE –por el lógico y matemático Gottlob Frege– en las discusiones sobre la composicionalidad. La conjetura de Frege propone que el significado de cualquier expresión se obtiene siempre combinando dos unidades más simples, tal que una de ellas satisface una variable  $X$  de la otra –dicho más técnicamente, toda expresión se obtiene combinando una función con un argumento que la satisface–. Así, *conceptual* se obtiene uniendo *concept-* y *-ual* de tal forma que el significado de *concept-* satisfaga la  $X$  de *-ual* (‘relacionado con  $X$ ’), siguiendo, si se quiere usar una notación matemática, la forma  $F_{-ual}(\text{concept-}) = \text{relacionado con un concepto}$ . Esta interpretación corresponde exactamente con la estructura del árbol:



La composicionalidad implica, pues, que hay un completo paralelismo entre la estructura formal y la semántica. Como se puede imaginar, este paralelismo es bienvenido. Un análisis en el que la misma estructura puede dar cuenta de forma y significado es preferible a uno en que hacen falta dos estructuras distintas, porque el segundo obliga a aprender una estructura para la forma, otra para el significado y unas reglas que relacionen estas dos estructuras entre sí.

#### A) La estructura puede evitar proponer varias entradas léxicas

Una vez que introducimos la idea de que la estructura determina la forma en que construimos el significado, hacemos una predicción interesante: el mismo morfema mostrará significados distintos dependiendo de la estructura en la que aparezca. Esperamos que esto suceda cuando el significado de un morfema sea lo bastante general como para poder interpretarse en combinación con varios tipos de elementos. No esperamos que suceda con *-ble*, porque su significado es tan específico (‘que puede o debe ser  $X$ -do’) que esperamos que solo se combine con verbos, porque solo un verbo puede satisfacer su  $X$ .

Piénsese, en cambio, en un morfema que signifique ‘negación’. La negación es un concepto tan general y abstracto que puede combinarse con muchas categorías distintas: un verbo conjugado (*no quiero*), un nombre (*acuerdo de no intervención*), un cuantificador (*no todos*), etc. Consideremos qué contribución hace al significado el prefijo *des-* en los siguientes ejemplos:

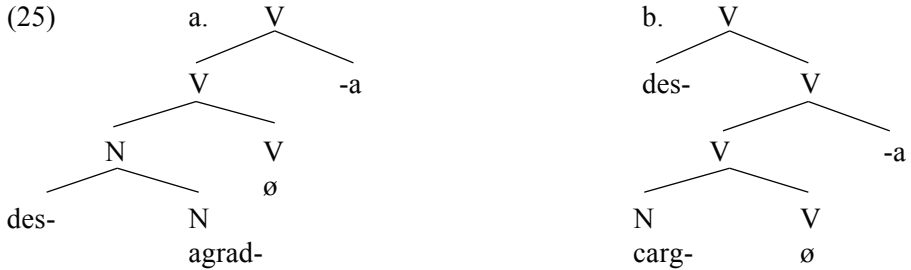
- (24) a. descargar  
b. desagradar

En el primer caso, *des-* no se puede traducir por *no*: *descargar* no significa ‘no cargar’; en el segundo, sí: *desagradar* es ‘no agradar’. ¿Qué significa *des-* en *descargar*? Indica la acción opuesta y de sentido contrario a otra que, presuponemos, se ha realizado en el pasado: *descargar* es quitar algo que se había cargado en algún sitio. Estos dos significados son muy diferentes, y no son exclusivos de estas palabras. El primer significado de *des-* ‘acción de sentido inverso a otra’ se llama REVERSATIVO, y aparece en verbos como *descoser*, *desabrigar*, *deshacer* o *desandar*; el segundo significado, propiamente negativo y equivalente a ‘no’, aparece en los sustantivos *desgana*, *deshonor* o *despropósito*, y en adjetivos como *desaliñado*, *desafortunado* o *desenfadado*; raramente, aparece en verbos (*desconocer*). La pregunta que nos vamos a hacer ahora es semejante a la que nos hicimos al hablar de alomorfos: ¿proponemos dos entradas léxicas para estos dos significados o los tratamos como el mismo prefijo? La primera solución no nos gusta: los dos prefijos se parecen demasiado uno al otro. Pero, si los tratamos como el mismo prefijo, ¿cómo explicamos la diferencia de significado?

Es en este punto cuando la estructura resulta útil. Examinando otras palabras que se relacionan con este prefijo en cada uno de sus significados, observamos que el valor reversativo suele darse con verbos dinámicos, es decir, verbos que designan acciones. En cambio, el valor puramente negativo de *des-* es muy poco frecuente con verbos, y es más frecuente con sustantivos y adjetivos, que no designan acciones. En los pocos verbos en que se da este valor negativo de *des-*, se observa que tampoco designan acciones (*conocer*, que es un estado mental). Al examinar estos casos, una generalización salta ante nosotros: el valor reversativo necesita que el elemento con el que se combine *des-* sea un verbo dinámico, y el negativo, que no sea un verbo dinámico. ¿Podemos representar esto en la estructura? Sí, combinando *des-* en cada una de las formas de (24) con entidades distintas. En el uso puramente negativo, *des-* se combina con un sustantivo (25a) y luego el sustantivo se hace verbo. En el uso reversativo (25b), *des-* se combina con un verbo de acción que se ha formado sobre un sustantivo. Dicho de otro



modo: *desagradar* se forma sobre el sustantivo *desagrado*, y *descargar* se forma sobre el verbo *cargar*, que a su vez se ha formado sobre el sustantivo *carga*.



Ahora no necesitamos proponer dos prefijos *des-*: podemos asignarle el significado ‘contrario a X’, y dejar que su significado último se concrete dependiendo de qué elemento satisface su X. Cuando ese elemento es un verbo de acción, obtenemos ‘contrario a cargar’, y cuando sea un sustantivo o un adjetivo, obtendremos ‘contrario a agrado’. Lo que hemos hecho aquí es aligerar la información idiosincrática que podría haberse representado en la entrada léxica y derivar una diferencia a partir de la estructura. En el siguiente apartado vamos a ver un caso de lo contrario.

### 3.2.2. Problemas de la composicionalidad

Supongamos ahora que nos encontramos con palabras como las de (26).

(26) seguramente, cantamañanas

El problema que nos plantean es que no parece posible derivar su significado del que tienen sus morfemas. *Seguramente* procede del adjetivo *seguro* y el morfema *-mente*, que forma adverbios. Sin embargo, *seguramente* significa –al menos en español europeo– ‘con cierta probabilidad’, no ‘de forma segura’, y *seguro* como adjetivo nunca significa ‘probable’.

En cuanto a *cantamañanas*, el problema es más agudo: un *cantamañanas* no tiene nada que ver ni con *cantar* ni con la mañana, se aplica a una persona poco fiable, irresponsable y fastidiosa. Una vez que sabemos su significado, podemos tal vez imaginar algún tipo de relación entre ser fastidioso y cantar temprano por la mañana, pero lo que está claro es que nadie que no haya aprendido esta palabra de memoria, al oírla por primera vez, reconstruiría con facilidad este significado a partir de sus morfemas.

Esta situación en la que el significado de una forma no se deriva del de sus partes componentes y su estructura se conoce como DEMOTIVACIÓN DEL SIGNIFICADO, LEXICALIZACIÓN o NO COMPOSICIONALIDAD. El lector ya habrá adivinado que presentan un problema: dado que no se reconoce una división en morfemas por su significado, ¿se deben segmentar estas palabras?

La respuesta no está clara para todos. Una primera opción sería la de no segmentar estas formas, tratarlas como unidades atómicas –es decir, sin estructura interna– y almacenarlas en el léxico como se ve en (27).

- (27) seguramente <---> adverbio, ‘con cierta probabilidad’  
cantamañanas <---> N, ‘persona poco fiable y fastidiosa’

Esta es la solución para algunos morfólogos: ya que no podemos reconocer el significado de aparentes morfemas en la estructura, no tiene sentido segmentarlas. El hablante, según esta propuesta, no forma estas palabras mediante reglas morfológicas, sino que las aprende y almacena como un bloque, como nuevas formas léxicas, al lado de otras indescomponibles como *bien* o *papel*.

Otros morfólogos entienden, en cambio, que esta solución es insatisfactoria porque impide dar cuenta de los paralelismos que estas formas establecen con otras, no lexicalizadas. En el caso de *seguramente*, ¿por qué es *seguramente* y no \**seguromente*? La explicación es que el morfema *-mente* se combina con la forma femenina del adjetivo (*clara-mente*, *rápida-mente*), pero si *seguramente* no está construido con reglas morfológicas, sino que se almacena como un bloque completo sin analizar, ¿por qué sigue usando la forma femenina? ¿Es una casualidad? Acerca de *cantamañanas*, su estructura se parece algo a la de compuestos como *limpiabotas* y *afilalápices*: un verbo seguido de un sustantivo en plural. ¿Por qué aparece este sustantivo en plural? Tal vez porque hay una regla que pide que en estructuras con la forma [V [N]], si el nombre es contable, aparezca en plural. Pero, de nuevo, si *cantamañanas* está almacenado en el léxico, ¿por qué tiene que seguir esta regla?

Para algunos gramáticos, formas lexicalizadas como *seguramente* y *cantamañanas* deben descomponerse en una estructura, y deben ser descompuestas en morfemas, porque de otro modo no puede darse cuenta de las similitudes formales que establecen con otras formas. Entonces, ¿cómo se explica su demotivación de significado? Lo veremos en el próximo apartado, pero antes de pasar a ello, veamos dos casos que parecen ser a primera vista significados demotivados, pero no lo son.

A) *Especialización del significado*

Considérese la forma de (28):

(28)      recital

Si deriváramos el significado de esta palabra a partir del de sus morfemas tendríamos un problema: no comparte todos sus usos con los del verbo *recitar*. Podemos recitar muchas cosas: un poema, el abecedario, los libros del Pentateuco, unas páginas de la guía de teléfonos o cualquier otra cosa que aprendamos de memoria, pero no podemos usar el sustantivo *recital* en cualquiera de estas situaciones. Parece restringido al caso en que se recitan poemas y tal vez otras manifestaciones artísticas, pero nunca diríamos que hubo un recital para describir la acción que hace un niño que recita el abecedario –salvo que quisiéramos hacer un chiste–. Usar la expresión ‘demotivación del significado’ parece excesivo, sin embargo, porque el significado que tiene *recit-* en *recital* es uno de los posibles que también tiene como verbo. Lo que sucede es que del abanico de significados que admite en el verbo, este sustantivo toma solo uno de ellos. Esta situación se conoce como ESPECIALIZACIÓN DEL SIGNIFICADO –una forma derivada toma solo uno de los significados que la forma simple admite–, y es muy frecuente cuando las raíces tienen varios significados posibles. Los hablantes distinguimos entre *la espera* y *la esperanza*, *la recogida* y *el recogimiento*, o *la altura*, *alteza* y *la altitud*. Aquí es difícil argumentar contra una segmentación, pero sigue siendo necesario decir algo de su significado. En estos casos desempeña un papel el afijo empleado, que tiende a seleccionar alguno de esos valores de forma más o menos sistemática.

B) *Paradojas de encorchetado*

Otro caso que presenta problemas a la composicionalidad es el de las paradojas de encorchetado, que se ilustran en (29).

(29)      internacional, físico teórico

Una PARADOJA DE ENCORCHETADO es la situación en la que parecemos necesitar una estructura para explicar los aspectos formales de cierta construcción, pero para dar cuenta de su significado nos hace falta una segunda estructura, distinta de la primera. La palabra *internacional* parece requerir la segmentación

[*inter* [[*nacion*]*al*]], en la que el prefijo *inter-* se une a la forma derivada *nacional*; esto es así porque no podemos decir \**inter-nación*. Sin embargo, su significado es ‘relacionado con varias naciones distintas’, donde el prefijo *inter-* modifica al nombre *nación* para obtener el significado ‘varias naciones distintas’. En cierto sentido, parece que el prefijo *inter-* ignora la contribución semántica de *-al*. En cuanto a *físico teórico*, produce un problema semejante: si analizamos su estructura, queremos segmentarlo como [[*físic*]*o*], con el adjetivo [*teórico*] modificando a *físico*. Pero esta estructura no da cuenta de su significado: un *físico teórico* no es alguien que es físico y además es teórico, como sí sucede con *físico inteligente*, que es alguien que es físico y además es inteligente. Un *físico teórico* es alguien que estudia física teórica, y esto exigiría analizar [*físico teórico*] como un sintagma *física teórica* al que añadimos un morfema que designe ‘la persona que estudia X’.

Las paradojas de encorchetado son un problema porque requieren dos estructuras, pero, naturalmente, cuando encontramos uno de estos casos, la cuestión es si alguna de las dos estructuras que hemos propuesto es necesaria y se podría proponer una misma estructura para explicar tanto su forma como su significado. En el caso de *físico teórico*, la pregunta que nos surge es por qué debemos proponer una estructura en la que *teórico* modifique al nombre derivado *físico*. Si la estructura en la que el afijo se combina con el sintagma *física teórica* explica el significado, ¿por qué no la usamos también para dar cuenta de su forma? El lector atento ya habrá notado que si alguien propone la otra estructura, es para respetar la RESTRICCIÓN CONTRA LOS SINTAGMAS que mencionamos en § 3.1.1. Si nuestra teoría tiene esta restricción, necesitamos dos estructuras, pero si no la posee, la misma estructura que da cuenta de su significado puede dar cuenta de su forma.

Algo parecido puede suceder con *internacional*. El problema en este caso es cómo tratar el significado de la forma *internacional*. Si la tratamos con la semántica habitual de un adjetivo, tenemos una paradoja de encorchetado, pero si declaramos que su significado sigue siendo, esencialmente, el de la base *nación*, el problema se hace más pequeño, porque esto permitiría que al unir *nacional* con *inter-*, *inter-* acceda al significado de *nación*. ¿Hay razones para pensar que *nacional* tiene un significado que esencialmente reproduce el del sustantivo *nación*? Algunos autores creen que sí. De hecho, *nacional* es un tipo de adjetivo bastante especial, que se llama ADJETIVO RELACIONAL. Estos adjetivos no expresan cualidades de los individuos, sino que denotan la relación que establecen ciertos individuos con otros, que se expresan en su base. En *problema nacional*, *nacional* no nos explica cómo es el problema, su gravedad o su dificultad, sino que nos indica en qué ámbito –en relación a qué– es un problema: en el marco que define la nación. Parece, pues, que la semántica del adjetivo *nacional* conserva aquella del

sustantivo *nación*, lo cual no hace extraño que al unir el adjetivo con *inter-*, el prefijo opere sobre el significado del sustantivo. Si esto es verdad, esperaremos obtener casos parecidos a *internacional* con otros adjetivos relacionales, como *anticlerical*, *prebólico*, *subacuático* o *postconciliar*, pero no con adjetivos calificativos –ya que estos tienen un significado distinto del que expresa el sustantivo en su base– como *superfamoso*, *archiconocido* o *subnormal*. El lector puede comprobar por sí mismo que esta predicción es correcta.

Lo que acabamos de decir no implica necesariamente que no existan paradojas de encorchetado: dependiendo de las restricciones formales que imponamos a nuestras estructuras, algunos casos pueden ser reales, e incluso sin estas restricciones, nos podemos encontrar con casos donde la estructura propuesta no recoge con claridad el significado de la forma. Para algunos autores, la existencia de estos casos constituiría en sí mismo un argumento en contra de segmentar esas formas y asignarles una estructura interna –en esos casos particulares o, como haría la morfología amorfa, en todos los casos–. Sin embargo, lo que parece claro es la forma en que debemos actuar si nos encontramos una paradoja de encorchetado: debemos examinar las dos estructuras que hemos propuesto para ver qué debemos cambiar para hacerlas iguales, considerando qué principios teóricos, restricciones y preconcepciones tendríamos que abandonar para ello, y explorando otras propiedades especiales de los elementos que aparecen en esas formas para determinar si pueden servirnos para entender el problema. Y una vez hecho esto, tenemos que decidir si el precio que pagamos abandonando esos principios o proponiendo propiedades especiales a esas formas es más alto o más bajo que aceptar que estos casos son, efectivamente, un contraejemplo a la composicionalidad del significado dentro de una estructura.

### *3.2.3. Significado estructural y significado conceptual*

Volvamos ahora al caso de la lexicalización y la especialización del significado. Dijimos en el apartado anterior que para ciertos morfólogos, estos casos no implican necesariamente que haya que dejar de segmentar algunas formas complejas. Pero, si esto es así, ¿cómo se explica que *seguramente* tenga un significado particular, no analizable en términos del significado de *-mente* combinado con el de *seguro*?

La clave para muchos de estos autores es la diferencia entre significado estructural y significado conceptual. El primero se refiere a los aspectos de significado analizables en términos de una estructura, y derivables a partir de él. El segundo se refiere a la parte de significado más enciclopédico, relacionado con nuestro cono-

cimiento del mundo, que trae consigo un elemento en el léxico. Entenderemos mejor esta diferencia si consideramos qué significa la oración de (30).

- (30) Juan regaló un perro a su colega.

Hay una parte del significado de esta oración que no queremos poner en el léxico: por ejemplo, el hecho de que Juan sea el agente responsable de cierta acción, o que su colega sea el receptor de cierto objeto que se desplaza, un perro. No queremos introducir estos aspectos del significado en la entrada léxica de *Juan*, *perro* o *colega* porque en otras oraciones este significado no aparecerá, pero sí otros. Véase en las siguientes dos oraciones cómo las mismas palabras se reparten los papeles de agente, receptor y objeto desplazado de formas distintas.

- (31) a. Su colega regaló un perro a Juan.  
b. Un perro regaló a Juan a su colega.

La razón de que este significado cambie es, como ya habrá entendido el lector, que la estructura que subyace a (30), (31a) y (31b) sitúa cada uno de estos tres sustantivos en posiciones distintas. Esta parte del significado de la oración depende, pues, de la estructura, y por eso la clasificaremos como parte de la semántica estructural.

Consideremos ahora otro aspecto del significado. ¿Qué entidad hace de objeto desplazado en (30)? Un perro. ¿Qué es un perro? Si el lector trata de definirlo, verá que le resulta más difícil de lo que podría parecer a primera vista. ¿Es un animal con cuatro patas y un rabo? Si le falta una pata, pues, ¿deja de ser perro? ¿Ladra? Si no ladra porque es mudo, ¿deja de ser perro? ¿Tiene pelo? ¿Cuántas de estas propiedades le pueden faltar para que sigamos llamándolo *perro*, sin tener que hacerle pruebas genéticas —que no es lo que los hablantes usamos como criterio habitualmente—? La razón de la dificultad es que la definición exacta de esta palabra depende de nuestro conocimiento enciclopédico sobre el mundo, y este puede ser distinto para cada hablante, porque haya tenido distintas experiencias. Los mismos problemas surgirán si le pido que defina *colega* o *regalar*. Esta segunda parte del significado, que depende de nuestra visión del mundo, es el significado conceptual, que es —este sí— la parte del significado que ponemos en la entrada léxica de una forma. Nótese que *perro* denota al mismo animal independientemente de la posición que ocupa en (30), (31a) o (31b).

Hay otras muchas diferencias entre el significado estructural y el conceptual, que derivan de lo anterior. Los hablantes de una misma lengua —tal vez, los hablantes de todas las lenguas— deben compartir una misma semántica estructural, pero no tienen por qué compartir una misma semántica conceptual, porque las

entradas léxicas que tienen cada uno memorizadas pueden diferir. Algunos hablantes del español distinguen entre *papa* y *patata* –la primera, cocida y la segunda, frita–, o entre *olimpiada* y *juego olímpico*, y puede que algunos objetos que yo puedo llamar *silla* no correspondan a su definición y prefiera llamarlos *taburete*, pero sería muy sorprendente si yo tuviera que interpretar como agente *Juan* en *Juan echó a Belén de su despacho*, pero el lector lo interpretara como receptor.

Otra diferencia es la flexibilidad que admite cada uno de estos dos planos del significado. La oración de (31b) puede sorprenderle, porque no responde a un escenario plausible en el mundo que conocemos, pero si le digo que esta frase es parte de una novela en la que Juan viaja a un mundo dominado por perros que usan a los humanos como mascotas, no tendrá dificultad en entenderla y aceptarla como normal en este mundo de ficción. En cambio, por mucho que le insista en que debe interpretar que *Juan* es agente en *María asesinó a Juan*, no lograré convencerle, le dé el escenario que le dé: probablemente me responda que para interpretarlo así, tengo que usar otra oración, es decir, otra estructura, tal vez *María fue asesinada por Juan*.

Una vez que distinguimos entre un significado que deriva de una estructura, y otro que deriva de una entrada léxica, podemos resolver el conflicto que nos presenta segmentar palabras como *seguramente* en *segur-a-mente*. Dado que la semántica conceptual es independiente de la estructura, nada impide que una estructura tenga cierta semántica conceptual asociada a ella. Solo necesitamos permitir que las entradas léxicas asocien significado conceptual a formas complejas, además de a unidades simples. Nótese que no tenemos que especificar en la entrada su categoría gramatical, ya que la obtenemos a través de las reglas normales de formación de estructuras:

- (32) [[segur-a] mente] <---> ‘probablemente’

No hay nada que impida introducir estructuras en el léxico. Esto es necesariamente lo que debe suceder con ciertas citas, lemas y refranes, como los de (33), o con ciertas expresiones idiomáticas (34) que, pese a estar construidas como sintagmas, tienen un significado no predecible y son memorizadas por los hablantes.

- (33) a. Así se las ponían a Fernando VI.  
b. Al pan, pan y al vino, vino.  
c. Que viva la Pepa.
- (34) a. no dar dos duros por alguien  
b. poner una pica en Flandes  
c. tirarle los tejos a alguien

Las expresiones de (34) se comportan como sintagmas en admitir que uno de sus constituyentes se interroge (*¿Por quién no darías dos duros?*) o se modifique (*poner {varias / algunas} picas en Flandes*), pero deben asociarse a un significado conceptual impredecible. Esto tampoco impide que conserven su significado estructural: pese a ser construcciones idiomáticas, interpretaremos que sus sujetos son agentes responsables de la acción, igual que en los mismos verbos cuando no son parte de una construcción idiomática: *Juan dio dinero a su hermano, Juan puso el libro en la mesa, Juan tiró el envoltorio a la basura*.

La distinción entre semántica estructural y semántica conceptual se ha convertido en una pieza fundamental en las discusiones sobre la relación entre léxico y gramática. Volveremos sobre ella varias veces en este libro.

### 3.3. Cuestiones problemáticas sobre las estructuras morfológicas

Hasta ahora, este capítulo ha estado dedicado a motivar la necesidad de que haya estructuras morfológicas, a su relación con las sintácticas y a las cuestiones que derivan de su interacción con la semántica. Sin embargo, la noción de estructura no está exenta de problemas en morfología. Este apartado se concentra en algunos de los problemas empíricos más sobresalientes a los que se enfrenta una teoría en la que las palabras tienen estructura interna.

#### 3.3.1. El concepto de núcleo y la exocentricidad

Hemos visto que el núcleo es el elemento, dentro de una estructura, que transmite su información a toda la estructura, lo cual se representa haciendo que el nudo más alto de la estructura tenga la misma etiqueta gramatical que ese núcleo. Las estructuras que se conforman a esta propiedad se llaman ENDOCÉNTRICAS: su centro –su núcleo– es un elemento del interior de su estructura. El caso contrario, la EXOCENTRICIDAD, es la situación en la que ninguno de los elementos de la estructura parece funcionar como núcleo. No se espera que esto suceda si a una construcción subyace una estructura bien formada, pero se han propuesto casos. Los compuestos de (35) ilustran esta situación:

- (35)    limpiabotas, cabeza de familia

Comencemos por *limpiabotas*. Aparentemente, este compuesto surge al unir dos temas morfológicos: *limpia*, que es un tema verbal, y *botas*, que es un tema



nominal. El compuesto actúa como un sustantivo (*un limpiabotas*). ¿Cuál es el núcleo de la construcción? No puede ser el tema verbal. Suponiéndole una estructura como  $[[[limpi-]ø]a]_V$ , es decir, un verbo de primera conjugación formado sobre una raíz, está claro que el verbalizador no puede ser el núcleo, ya que es un verbo, y la estructura completa es un sustantivo. ¿Podemos decir que algún elemento dentro del conjunto formado por *botas* es el núcleo? Tampoco parece ser esta la respuesta correcta. Si suponemos una estructura como  $[[[[bot]ø]a]_{N-s}]_{pl}$ , es decir, un sustantivo femenino con la desinencia *-a*, en forma plural marcada con *-s*, ninguno de estos elementos es un buen candidato para definirse como núcleo. No puede ser el afijo nominal femenino que hay en *bota*, porque *limpiabotas* puede ser masculino, como en *un limpiabotas trabajador*. Tampoco puede ser el sufijo que marca plural, porque *limpiabotas* –pese a que contiene una marca de plural– puede ser un sustantivo singular. ¿Puede ser la raíz *bot-*? No, si las raíces carecen de categoría gramatical, pero incluso si dijéramos que *bot-* ya es sustantivo, tendríamos el problema de que *limpiabotas* designa un tipo de persona caracterizada por una actividad, ‘limpiar botas’, y esta información difícilmente puede estar contenida en esta raíz.

Si miramos ahora *cabeza de familia*, también veremos dificultades para determinar cuál es el núcleo. Aparentemente, podría ser el nominalizador que aparece con el tema nominal *cabeza*, pero *cabeza de familia* puede usarse como masculino (*el cabeza de familia*), mientras que el tema nominal *cabeza* es siempre femenino (*la cabeza*): este tema tampoco transmitiría su información al conjunto, por lo que tampoco podría ser núcleo.

#### A) La analogía

Estos casos, para muchos morfólogos, deben ser tratados como palabras exocéntricas, por lo que determinar una estructura interna para ellos es un ejercicio fútil. Las palabras, como bloques indescomponibles almacenados en el léxico, recibirían sus rasgos gramaticales –su categoría, su género o su número, entre otras– por procedimientos conceptuales –por ejemplo, al asociarla a otras palabras o estructuras que tienen un uso parecido, como *profesor* o *arquitecto* en el primer caso y *padre* o *jefe* en el segundo–. No sería, pues, la estructura la que determinaría la información asociada a estas palabras, sino su parecido o asociación con otras palabras semejantes que estén contenidas en el léxico. Este procedimiento se conoce como ANALOGÍA. La analogía es una operación mental que reconoce parecidos entre dos elementos en cierto nivel –por ejemplo, su significado– y trata de marcar ese parecido haciendo que la información de otro nivel –por ejemplo, su pronunciación– sea también semejante.

La analogía es la operación que explicaría, por ejemplo, que pese a no poder descomponerse en morfemas, las palabras *padre* y *madre* son tan parecidas en su forma: dada su proximidad de significado, su forma ha de ser también muy cercana. Por la misma razón, la analogía explicaría la semejanza formal (siempre un verbo con su vocal temática seguido de un sustantivo plural) entre *limpiabotas* y *sacapuntas*, *rompeolas*, *abrecartas* o *pelapatatas* sin recurrir a una estructura. Es difícil no reconocer que la analogía desempeña algún papel en el análisis de pares similares no relacionados morfológicamente, como *padre* y *madre*, *nieve* y *niebla* o *lunes* y *jueves*. Sin embargo, no todos los morfólogos creen que deba dársele poder también para explicar las semejanzas formales en casos donde parece posible segmentar morfemas.

B) *Análisis endocéntrico de algunos casos exocéntricos*

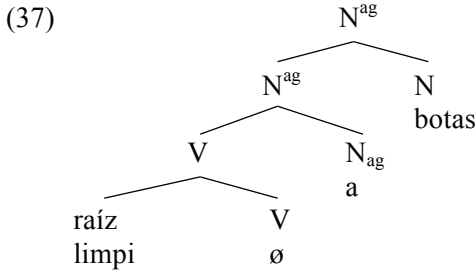
Quienes no creen que la analogía tenga este poder deben explicar casos como los de *limpiabotas* de alguna forma estructural, es decir, deben analizarlos como casos de endocentricidad normal. ¿Cómo se hace esto? La afirmación de que ninguno de sus elementos puede ser núcleo depende, claro, de cierta estructura que se propone. Si esa estructura cambia, se puede identificar un elemento que sí funcione como núcleo. Esto, por supuesto, debe hacerse con cada caso concreto y no hay recetas generales que resuelvan todos los casos de exocentricidad. Para que el lector se haga una idea, ilustremos aquí uno de estos análisis, propuesto en Varela (1989) para resolver la aparente exocentricidad de *limpiabotas*.

La propuesta de esta autora es no tratar la forma *limpia* como un tema verbal, sino como un tema nominal, concretamente con un significado ‘el que hace la acción de X’. Esto llevaría a la descomposición en morfemas de (36), donde lo que podría interpretarse como la vocal temática en realidad se usa para formar, a partir de verbos, nombres de agente.

$$(36) \quad [ [ [ \text{limpi} ] \emptyset ]_V a ]_N$$

Esta segmentación no es arbitraria: se relacionaría con otras formas españolas que, fuera de los compuestos, parecen ser un tema verbal con vocal temática pero tienen un significado de agente: *un guarda*, del verbo *guardar*, sería otro ejemplo oportuno de la misma situación.

Una vez que analizamos la *-a* como un nominalizador de agente, los compuestos son endocéntricos, con una estructura como la de (37), donde eliminamos detalles que ahora no son relevantes: el nombre de agente se combina con ‘botas’ y proyecta su etiqueta a todo el conjunto.



Un aspecto que no está demasiado claro de esta estructura es por qué *limpia*, cuando aparece solo, no puede funcionar como nombre de agente (*\*Juan es un limpia*); tal vez se relacione con el hecho de que este nombre de agente requiere algún tipo de complemento (*botas*) para funcionar como tal, aunque sería necesario detallar mejor cómo y por qué sucede esto.

Sin embargo, este ejemplo ilustra la estrategia que se sigue cuando un morfólogo que cree en estructuras morfológicas encuentra un caso de aparente exocentricidad: (a) comparar la forma con otras formas distintas, pero relacionadas por su función, forma o significado para buscar pistas que nos orienten sobre cuál podría ser una solución –en este caso, la existencia de nombres como *guarda-*; (b) usar esas pistas para revisar la estructura anterior, exocéntrica; (c) consecuentemente, reanalizar los casos con una nueva estructura en la que sí hay un núcleo. Puede que haya casos en los que, aun siguiendo esta estrategia, no lleguemos a ningún resultado satisfactorio, y debemos aceptar que existe la exocentricidad. Si es así, habría que extender el poder de la analogía también a estos casos, como han sugerido los morfólogos a los que aludíamos anteriormente, pero principios científicos generales recomiendan acudir a esta opción solo si la estructura necesaria para tratar esas palabras como endocéntricas es incompatible con los datos o con principios teóricos que consideremos irrenunciables en nuestra teoría.

### C) Casos de falsa exocentricidad

Antes de cerrar este apartado, debemos referirnos a dos casos que ciertos morfólogos tratan como exocéntricos, pero que no tienen la fuerza argumentativa de un ejemplo como *limpiabotas*. Este ejemplo, de analizarse como exocéntrico, haría tambalearse la noción misma de estructura porque tiene dos propiedades fundamentales: primero, es productivo, es decir, parece corresponder a un esquema ( $V+N$  = nombre de agente) que forma numerosas palabras en español, y sobre el que los hablantes activamente crean otras nuevas (*pagafantas* es un ejemplo

reciente, pero hay muchos más); segundo, intuitivamente, el significado conceptual de los elementos que podemos reconocer dentro de esta palabra intervienen de forma clara en establecer el significado del conjunto. Un *limpiabotas* es una persona que limpia botas, no una persona que pica billetes, vende botas o limpia ventanas.

Los ejemplos de (38) no son tan peligrosos, porque carecen de ambas propiedades.

- (38)      correveidile, hazmerreír

Estas formas no responden a un patrón general y productivo del español. No formamos activamente nuevos sustantivos coordinando tres imperativos con sus pronombres o un imperativo con un infinitivo (\**ven-entra-i-sal*, \**promete-me-salir*). Por esta razón, en estos casos sí se puede aplicar la solución de no descomponer estas palabras en elementos menores y almacenarlas como un bloque en el léxico.

- (39)      correveidile <---> N, ‘chismoso, cotilla’

La solución de almacenar estas formas en el léxico y no derivarlas mediante una estructura se puede utilizar porque, entre otras cosas, los elementos internos que descompondríamos serían completamente insensibles al contexto lingüístico. Si aplicamos *correveidile* a varias personas, no diríamos (40a), y si un *correveidile* le cuenta sus chismes a varias personas, no diríamos (40b).

- (40)      a. \*Sois unos corred-id-i-decid-le.  
            b. \*Eres un corre-ve-i-di-les.

Otro caso frecuentemente citado en la bibliografía sobre la exocentricidad es el que surge cuando el núcleo no da su semántica conceptual a todo el conjunto. Los ejemplos abundan, como en (41).

- (41)      a. perroflauta  
            b. marc’h-houarn (bretón)  
                caballo-hierro  
                ‘bicicleta’  
            c. agua-sal (catalán)  
                agua-sal  
                ‘salmuera’

d. rood-borst (holandés)

rojo-pecho

‘petirrojo’

Está claro que un *perroflauta* no es ni un tipo de perro ni un tipo de flauta, así como que una bicicleta no es un caballo, ni un tipo de hierro, o que no cualquier combinación de agua y sal cuenta como *salmuera*. Estas no son palabras composicionales, en el sentido estricto. Sin embargo, podemos analizarlas sin renunciar a separarlas estructuralmente si utilizamos en este caso el procedimiento de listar la combinación como una entrada conceptual en el léxico. (42) presenta esto para el ejemplo holandés.

(42) [[rood] borst] <---> ‘tipo de pájaro: erithacus rubecola’

Una vez que aceptamos una separación entre significado estructural y significado conceptual, pues, estos casos no cuentan como exocentricidad estructural.

### 3.3.2. Doble base

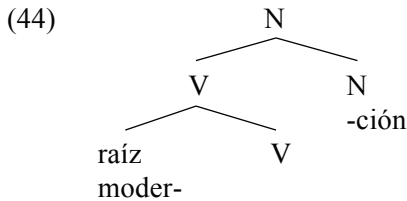
La doble base es un fenómeno en el que obtenemos el problema de que, al descomponer la palabra, segmentamos una raíz o un tema que no podemos usar para dar cuenta del significado de la palabra. Para el significado, necesitamos un tema distinto, relacionado con el primero. Las palabras subrayadas en (43) ilustran esta situación.

- (43) a. Un político debe mostrar moderación en el gasto.  
b. Agradecemos la consideración que nos muestra.

El significado de *moderación* en (43a) no podemos establecerlo a partir del tema verbal *modera-*, sino que requerimos el participio *moderado*: ‘debe mostrar que es moderado en el gasto’. También necesitamos la forma de participio en (43b): ‘ser considerado (con alguien)’.

El problema es que el participio no aparece reflejado en la estructura de estos sustantivos: no decimos *\*moder-a-do-ción*, *\*moder-a-d-ión* ni nada parecido. Parece, pues, que la base con la que se combina *-ción* debe ser doble: el tema verbal *moder-a* para explicar la forma, el participio *moder-a-d-* para explicar el significado. No confundamos esto con las paradojas de encorcheda-

do: la estructura sería la misma en ambos casos, lo que varía es la identidad de la base de *-ción*: ¿es un verbo de primera conjugación o su participio correspondiente?



La semántica conceptual no nos ayuda en estos casos. Esto es así porque la semántica conceptual nos permite asociar significados inesperados arbitrariamente a piezas léxicas concretas o combinaciones de ellas. En *moderación*, usado como ‘cualidad de ser moderado’, el significado no es arbitrario del todo: seguimos teniendo el verbo *moderar* en algún lugar. Tampoco parece que queramos asociar un significado extraordinario a este sustantivo en concreto, porque otros muchos tienen el mismo problema: además de los nombrados, tenemos *contención* ‘ser contenido’, *educación* ‘ser educado’, *exaltación* ‘ser exaltado’ y algunos otros.

La doble base presenta, por tanto, un problema analítico interesante. ¿Cómo se resuelve? La respuesta no es fácil. Quienes creen que no cabe hablar de estructuras morfológicas cuentan este fenómeno entre los que apoyan su propuesta: si una estructura no puede dar cuenta del significado, ¿para qué proponerla? Procedimientos analógicos podrían explicar el significado (concretamente, la relación con los participios *moderado*, *considerado*, *interrumpido*, *educado*, etc.), y podría proponerse que *moderación* o *educación* son la forma nominal correspondiente a los verbos *moderar* y *educar*, y se usan para expresar el significado asociado a estos verbos en cualquiera de sus formas, incluyendo los participios *moderado* y *educado*.

Una alternativa que conserve la noción de estructura puede optar por una solución que esbozaremos brevemente. El análisis empezaría observando que la glosa utiliza un participio innecesariamente, y que podría explicarse el significado sin él, por ejemplo ‘la cualidad relacionada con la acción de moderar’. El siguiente paso es encontrar algo en común a los verbos cuya nominalización puede designar una cualidad, para así hallar alguna propiedad especial que explique este comportamiento inusual. Efectivamente, estos verbos tienen algo en común: todos expresan acciones que, al completarse, hacen que alguien o algo adquiera cierta cualidad. Esto sugiere que estos verbos pueden tener un

componente de cualidad en su significado, y parece que esto es cierto. Son verbos que permiten que interpretemos el adverbio *mucho* como ‘en alto grado’, es decir, intensificando esa cualidad (45). Otros verbos sin componente de cualidad admiten *mucho* en otra interpretación, como ‘mucho tiempo’ (46a) o ‘mucha cantidad de algo’ (46b).

- (45) a. Hemos moderado mucho el gasto.  
b. En Yale lo educaron mucho, tal vez demasiado.  
c. Iggy Pop se contiene mucho últimamente.  
d. No te exaltes mucho.
- (46) a. Te he esperado mucho.  
b. Pedro come mucho.

Esta propiedad común puede sugerir que, en la lectura que podemos glosar mediante el participio, estamos focalizando la atención sobre un componente que el verbo –incluso cuando no aparece en forma participial– posee: la expresión de cierta cualidad. Si esto es así, no sería necesaria la doble base para analizar esos casos: el tema verbal basta para designar una cualidad. Más bien procedería explicar por qué y cómo en ciertas formas nominales es el componente de cualidad el que pasa a primer plano. Sigue habiendo algo que decir, pero hemos rescatado la estructura.

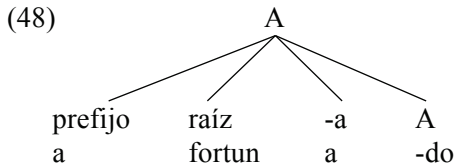
### 3.3.3. *Parasíntesis y ramificación múltiple*

El último problema que comentaremos es la PARASÍNTESIS. Esta situación es aquella en la que resulta necesaria simultáneamente la presencia de al menos dos morfemas para que se produzca un cambio categorial. Considérense, por ejemplo, los adjetivos de (47).

- (47) afortunado, adinerado

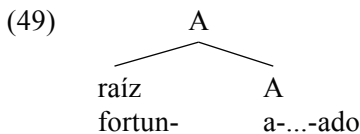
En ellos, podemos segmentar cuatro morfemas: *a-*, una raíz, una vocal temática *-a* y el morfema de participio *-do*. El problema surge al tratar de ponerlos en una estructura. La razón es que estas palabras se relacionan con raíces que pueden ser sustantivos con ayuda de una desinencia (*fortun-a*, *diner-o*), pero no verbos. Por esa razón, no existen los participios *\*fortun-a-do* ni *\*diner-a-do*. Tampoco existen los sustantivos *\*a-fortuna* o *\*a-dinero* o los verbos *\*fortun-a(r)* y *\*diner-a(r)*. Tenemos tres afijos, pero parece que para combinarlos con la raíz y formar

un adjetivo necesitamos unirlos todos a la vez, sin pasar por estadios intermedios. Representar esto en la estructura nos daría (48).



En esta estructura hay núcleo, pero de la etiqueta más alta salen cuatro ramas, no dos. Este tipo de estructuras no suelen aceptarse. La razón es que cuando hay más de dos ramas que salen del mismo nudo, hay siempre al menos dos elementos que establecen relaciones idénticas entre sí. En (48), la relación de A con el resto de la estructura es única y clara: es el núcleo. Sin embargo, la relación que establece el prefijo con la raíz es la misma que la vocal temática establece con la raíz, o que la raíz y el prefijo establecen entre sí. Nada los diferencia: los tres se combinan con A, pero nada más. ¿Por qué, entonces, no podemos combinar el prefijo con -a, sin la raíz, para formar *\*a-a*?

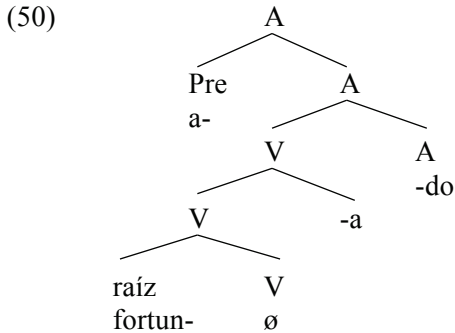
Antes de discutir algunas posibles soluciones, obsérvese una que no puede funcionar: tratar los tres morfemas como un solo elemento, un circunfijo. El lector recordará que los circunfijos son afijos únicos que, fonológicamente, se dividen en dos partes que envuelven la raíz. ¿Por qué no decir que hay dos morfemas, como en (49), y que el segundo es un circunfijo que se representa como *[a-...-ado]*? Esta solución es insatisfactoria porque no nos permite tratar *afortunado* como un adjetivo de forma participial, y perderíamos la relación que la palabra establece con *dentado*, *barbado*, *jorobado* y muchas otras que expresan la posesión de lo que denota la base.



Una solución mejor es la de proponer que la estructura se ha formado juntando los elementos de dos en dos, pero especificando que los pasos intermedios no son estructuras bien formadas. Esto implica eliminar la suposición de que, al contrario de las sintácticas, las estructuras morfológicas siempre se construyen sobre estructuras bien formadas. Es la propuesta de Corbin (1987): una palabra parasintética se forma sobre una estructura que no se realiza como palabra en la lengua,



pero que, formalmente, está bien construida. En principio, podríamos –siempre según esta propuesta– haber tenido el verbo *fortunar*, y el adjetivo *fortunado*, pero por razones históricas, idiosincráticas o accidentales, esto no ha sido así.



Modificando levemente la propuesta de Corbin, se podría tratar de argumentar que los pasos intermedios no están bien formados gramaticalmente, y que, al igual que sucede con ciertas estructuras sintácticas, el prefijo –de alguna forma– legitima aspectos de la estructura verbal adjetival que, sin él, no son aceptables en la morfología del español. No tenemos espacio aquí para desarrollar cuáles serían estos motivos: tal vez, la información contenida en la raíz no es compatible con el significado que se asocia a un verbo –que suele expresar situaciones o acciones–, y el prefijo salva esta incompatibilidad añadiendo alguna información. Sea como fuere, la salida para explicar los casos de parasíntesis como estructuras binarias, donde de cada nudo salen solo dos ramas, pasa necesariamente por encontrar una justificación para que una estructura simple no sea legítima, pero sí otra más compleja.

## Ejercicios y problemas

1. Proponga estructuras para las siguientes palabras: *maleducado*, *cortometraje*, *indeterminación*, *submarino*, *quinceañero*, *embarazado*, *encarcelado*, *perturbado*, *manirroto*, *cansancio*, *bracicorto*, *crecimiento*. Indique si (a) hay composicionalidad o no; (b) qué aspectos de esta forma y su relación con otras expresa su estructura; (c) si es una paradoja de encorchetado, un caso de doble base o un ejemplo de exocentricidad.

2. En una lengua de su elección, busque cinco casos de demotivación de significado, cinco casos de especialización del significado y cinco casos de composicionalidad.
3. El prefijo *ante-* a veces tiene un significado temporal y a veces tiene un significado espacial cuando aparece en ciertos sustantivos: *antedatación* o *anteproyecto* ilustran el valor temporal, mientras que *antesala* o *antebrazo* ilustran el valor espacial. ¿Podemos derivar esta diferencia de la estructura o debemos proponer entradas léxicas distintas? Busque otras palabras con *ante-* y dé una respuesta también compatible con esos casos. Si la diferencia no se deriva de la estructura, ¿hay alguna otra forma de evitar tener dos entradas léxicas distintas?
4. Los siguientes ejemplos, por distintos motivos, son problemáticos para la teoría que afirma que las estructuras morfológicas son distintas de las sintácticas. Explique por qué, indique qué propiedad violan en cada caso y piense si son realmente contraejemplos o pueden explicarse de otra forma.
  - a. En este bosque no hacen falta cortafuegos porque no se ha producido ninguno desde hace cincuenta años.
  - b. El de la foto es un exjugador de Los Ángeles Lakers.
  - c. Este objeto metálico es un guardafiguritas de porcelana.
  - d. Me hicieron una contraoferta a la que había recibido el mes pasado.

## Lecturas recomendadas

Algunas referencias básicas sobre la discusión acerca de la relación entre estructuras morfológicas y sintácticas son los capítulos 1, 2 y 3 de Ackema y Neeleman (2004), Lieber (1992) y DiSciullo (2005). La noción de núcleo morfológico se discute en Williams (1981) y Zwicky (1985), y la exocentricidad en Bauer (2008). El lector puede encontrar un buen resumen de los problemas que presentan las paradojas de encorchetado en Beard (1991).

## PARTE II

### *Análisis morfológico: cuestiones avanzadas*



# 4

## *Morfofonología y morfosintaxis*


Llegados a este punto, el lector posee ya conocimientos básicos sobre cómo se hace un análisis morfológico y algunos de los problemas fundamentales que surgen de él. A partir de ahora vamos a centrarnos en esos problemas y en la aplicación a casos más complejos de las destrezas analíticas que hemos ido practicando en los capítulos anteriores. El debate actual sobre la morfología se centra en cuatro áreas problemáticas: (a) qué es exactamente un morfema, si es que existe; (b) qué es una palabra, si es que existe; (c) qué relación tiene una estructura formada con morfemas con una estructura formada en la sintaxis; (d) como consecuencia de todo lo anterior, qué lugar ocupa la morfología dentro de la estructura de la gramática. Este capítulo y el siguiente se concentran en presentar los procedimientos más recientes que se han propuesto para responder a estos cuatro problemas.

### **4.1. La noción de exponente morfológico**

Vimos en § 2.3.2 que ciertos fenómenos empíricos parecen contradecir la idea de que haya unidades mínimas con significado que podamos segmentar como morfemas: exponencia extendida, exponencia cumulativa, morfo cero, morfología sustitutiva, etc. Por otra parte, poder manejar morfemas es una condición necesaria para poder hablar de estructuras; sin estructuras, perdemos muchos datos importantes sobre la relación que unas palabras establecen con otras o sobre el origen de sus propiedades. ¿Hay alguna forma de hacer el concepto de morfema compatible con estas complicaciones empíricas?

Muchos morfólogos piensan que sí. La idea fundamental que usan para resolver el conflicto es la siguiente: en lo que intuitivamente hemos llamado ‘morfema’ se deben diferenciar dos planos. Por un lado, tenemos el morfema como unidad abstracta, que consta solamente de información gramatical –técnicamente llamada MORFOSINTÁCTICA–. Por otro lado, tenemos el morfema entendido como una secuencia de sonidos, es decir, como una entidad de naturaleza fonológica que materializa o realiza esos rasgos abstractos. Para este segundo sentido se usa el término EXPONENTE.

Demos un ejemplo. Hemos hablado en los capítulos anteriores del morfema de plural *-s*, pero, conforme a la división que acabamos de introducir, esto es inexacto. Si adaptamos nuestro lenguaje a la nueva división, hablaremos más propiamente de un morfema abstracto [plural] cuyo exponente es *-s*.


- (1) Morfema: [plural] (representación morfosintáctica)  
Exponente: *-s* (representación morfofonológica)
- 

Como se representa en (1), estos dos aspectos del morfema están relacionados. La representación morfosintáctica –[plural]– está asociada a un exponente, o, dicho más técnicamente, a una representación MORFOFONOLÓGICA –es decir, a la representación fonológica que corresponde a un morfema abstracto–.

#### A) Evidencia inicial de la división

Lo primero que debemos hacer es buscar pruebas de que esta división tiene sentido y puede sostenerse. Daremos tres ejemplos.

El primero lo vimos al estudiar el caso de los alomorfos (§ 2.2.2). Los alomorfos son la situación en la que la misma información gramatical se asocia con varios exponentes; queremos que esa información sea compartida, pero que los exponentes estén separados, ya que se usan en contextos distintos. La división de (1) captura esta idea claramente. Por ejemplo, en el caso de *-ción*, con un alomorfo *-ión*, tendríamos (2).

- (2) Morfosintaxis: [N]  
Morfofonología: *-θión, -ión*
- 

El segundo caso tiene que ver con el hecho de que, dentro de una misma lengua, la misma información gramatical se expresa mediante distintos procedi-

mientos morfofonológicos, sin que se observe ninguna diferencia en la información gramatical que se materializa en cada caso. Una vez más, esto sugiere que ambos planos deben ser separados. La división entre morfemas abstractos y exponentes nos ayuda a dar cuenta de esto porque, al ser niveles separados, podemos asociar un solo elemento morfosintáctico con múltiples exponentes, cada uno usado cuando se dan ciertas condiciones morfofonológicas. Considérese, por ejemplo, el pasado de un verbo en noruego bokmål. Regularmente, se emplea el exponente *-te* (3a), que emplea el alomorfo *-de* cuando sigue a una consonante oclusiva sonora –alomorfía fonológica– (3b), pero en otros verbos, el cambio que se produce es el de alterar la vocal del verbo (3c) o emplear una forma completamente distinta (3d). Si quisiéramos capturar esta información sin diferenciar el morfema abstracto de sus exponentes, tendríamos que proponer al menos tres morfemas de pasado que compiten entre sí, uno de ellos con dos alomorfos. Tendríamos tres entradas distintas, y, en principio, la información morfosintáctica asociada a cada uno de estos morfemas podría ser distinta. Si eso fuera así, esperaríamos que el verbo de (3c) en pasado se comportara distinto del de (3d) o (3a), pero esto es sistemáticamente falso.

- |     |              |               |
|-----|--------------|---------------|
| (3) | a. les-e ~   | les-te        |
|     | leer-VT      | leer-pas      |
|     | b. bygg-e ~  | byg-de        |
|     | construir-VT | construir-pas |
|     | c. l-e ~     | l-o           |
|     | reír-VT      | reír-pas      |
|     | d. er ~      | var           |
|     | ser.pres     | ser.pas       |

La división en dos niveles nos permite representar la identidad morfosintáctica con comodidad. La complejidad del ‘morfema’ está solo en su representación morfofonológica: necesitaremos definir contextos sensibles a los otros exponentes, pero no tendremos que complicar la estructura para ello.

- (4) [pasado]
- ↑↓
- te, -de  
 -o si el exponente de la raíz es *l-* (reír)  
*var* si la raíz es ‘ser’

### B) La haplología

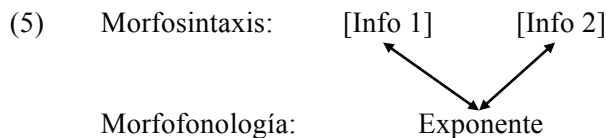
El tercer fenómeno relevante es la HAPLOLOGÍA. La haplología se da cuando los primeros sonidos de un morfema son idénticos a los últimos de otro con el que se combina directamente. Cuando ambas formas se unen, se crea una secuencia de sonidos idénticos, y las gramáticas tienden a simplificar esta repetición eliminando parte de uno de los dos morfemas. Por ejemplo, la forma *tenista* está formada por una raíz que normalmente tiene el exponente /'te.nis/ y un sufijo nominal cuyo exponente es /'is.ta/. Al unirlos, esperaríamos la forma \**tenis-ista*, pero esto no se admite en nuestra lengua: uno de los dos /is/ se elimina de la representación morfofonológica mediante una operación de haplología –no es fácil saber cuál–. Otro ejemplo de haplología es el de la propia palabra *morfo-fonología*: hay dos /fo/ adyacentes y muchos hablantes prefieren la forma haplológica *morfonología*, donde uno de los /fo/ se ha eliminado.

Esto parece indicar que a los exponentes no les gusta dar lugar a secuencias idénticas cuando se combinan entre sí, pero esta operación no tiene efecto alguno en la morfosintaxis: cada morfema sigue significando lo mismo y aportando la misma información. La operación nunca se produce en el interior de un morfema, y solo actúa cuando se combinan dos exponentes: no sentimos la necesidad de simplificar *cocodrilo* como \**codrilo* o *tatara-* (*tatara-nieto*) como \**tara-*.

### C) Irregularidades en la relación entre exponentes y morfosintaxis

Podemos ya entender en qué sentido ayuda a salvar la noción de morfema frente a los casos problemáticos que presentan la exponencia extendida, el morfo cero y la sustitución de segmentos, entre otros. Estos casos no argumentan contra la existencia de morfemas abstractos, sino contra la idea de que los exponentes con los que se relaciona correspondan biunívocamente a ellos. Pero ahora esta propiedad es esperable dentro de nuestro sistema: ya que estos dos niveles son distintos, no es inesperado que haya una falta de correspondencia directa entre ellos.

La exponencia cumulativa, el caso en que un mismo exponente corresponde a más de una pieza de información gramatical, respondería a la situación de (5).

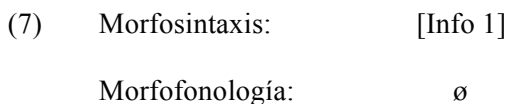




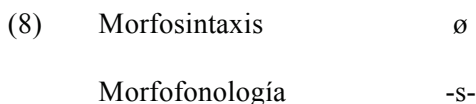
La exponencia extendida, donde un solo morfema abstracto requiere dos segmentos, sería lo contrario:



El morfo cero sería el caso en el que un morfema abstracto no tiene representación fonológica.



Aún podemos imaginar otro caso: un exponente que no corresponda a ninguna información morfosintáctica –es decir, un exponente sin contenido–. Algunos morfólogos creen que este tipo de elemento existe. Sería, por ejemplo, un interfijo como *-s-* en *en-s-anch-a(r)* (§ 2.2.1), al que no parece poder asociársele ninguna función más allá del plano del sonido. Si este es su análisis correcto, se representaría como en (8): un exponente sin nada asociado a su plano morfosintáctico.



Cuando se proponen estos objetos, es porque se piensa que desempeñan algún papel en la relación entre el morfema y la fonología, pero no en sus aspectos sintácticos. Podríamos pensar que introducir *-s-* entre *en-* y *anch-* es útil para la morfofonología: impide que la última parte del prefijo se resilabifique con la primera vocal de la base (*\*e.nan.char*). Al introducir este segmento, impedimos la resilabificación (*en.san.char*), y el prefijo se pronuncia en su propia sílaba, de manera que su estatuto de unidad morfofonológica se preserva también en la estructura silábica. Véase § 8.1.1 para la noción de fidelidad posicional, que favorece que los prefijos no se integren fonológicamente con sus bases.

D) La tipología morfológica y la relación entre los dos planos

Algunos gramáticos entienden que en una lengua hay tendencia a que sus morfemas abstractos tengan siempre el mismo tipo de relación con los exponentes. Surgirían así tipologías morfológicas estudiadas en la tradición histórica.

Habría lenguas que asocian siempre o casi siempre un solo exponente con un solo conjunto de información morfosintáctica, mientras que otras tenderían a acumular en un solo exponente información que corresponde a varios morfemas abstractos. Las primeras lenguas se llaman lenguas AGLUTINANTES, y suele decirse que el turco, el húngaro o el finés son ejemplos prototípicos de ello. En (9) vemos un ejemplo del húngaro. Cada exponente, como se ve en la glosa, se puede asociar a una pieza morfosintáctica única.

- (9) gyereke        -i        -nk        -(e)t  
          niño        -pl.        -nuestro        -ac.  
          ‘a nuestros niños’

El segundo tipo de lengua es la llamada FLEXIVA, como el latín, el español, el griego o el ruso, y en ellas la exponencia cumulativa es muy frecuente. (10) da un ejemplo del armenio clásico.

- (10) azg        -ac‘  
          nación-gen.pl.  
          ‘de las naciones’

Si examinamos la declinación del sustantivo *azg-* en armenio clásico, vemos que el exponente *-ac‘* no puede separarse en dos segmentos, tal que uno sea ‘plural’ y otro ‘genitivo’:

- (11)
- | <i>azg</i>   | <i>singular</i> | <i>plural</i>   |
|--------------|-----------------|-----------------|
| Nominativo   | <i>azg</i>      | <i>azg-k‘</i>   |
| Acusativo    | <i>azg</i>      | <i>azg-s</i>    |
| Locativo     | <i>azg-i</i>    | <i>azg-s</i>    |
| Genitivo     | <i>azg-i</i>    | <i>azg-ac‘</i>  |
| Dativo       | <i>azg-i</i>    | <i>azg-ac‘</i>  |
| Ablativo     | <i>azg-ê</i>    | <i>azg-ac‘</i>  |
| Instrumental | <i>azg-aw</i>   | <i>azg-awk‘</i> |

Por último, las lenguas en las que las diferencias morfosintácticas no suelen marcarse mediante exponentes se llamarían lenguas AISLANTES. Muchas lenguas austronesias o del Sudeste Asiático se clasifican así: el chino mandarín, el vietnamita, el jemer o el cham serían ejemplos de esto. (12) es un ejemplo del chino mandarín. La secuencia de (12), en principio, puede interpretarse como presente, pasado o forma habitual, sin que haya afijos verbales que marquen esta diferencia.

- (12)    wǒ        qù        běi jīng  
           yo        ir        bei-jīng  
           ‘Voy / fui / suelo ir a Pekín’

Esta clasificación ternaria es muy frecuente. Sin embargo, un examen más atento nos sugiere con fuerza que debemos olvidarnos de ella. Ninguna lengua natural es puramente aislante, aglutinante o flexiva, y el lector no tendrá dificultad en encontrar casos de las tres situaciones en español o la lengua que hable. El español es aglutinante en la concordancia de muchos adjetivos (*alt-a-s*), flexivo en buena parte de los verbos (*tengo*) y aislante en algunos adjetivos –como *porno*, *naranja* o *tecno*, que no varían ni en género ni en número aunque funcionen de adjetivos: *la música tecno*, *las películas porno*, *unos abrigos naranja*–.

Además, esta clasificación presupone que existe una noción delimitada de lo que es ‘palabra’ –sin ella, no podemos concluir que una lengua es aislante– y ya sabemos que esta noción no es fácil de definir.

Por último, y de forma más grave, el examen del sistema gramatical es tan general y tan grueso en esta clasificación que funciona como un velo que a menudo nos impide ver los datos. Del chino mandarín se ha llegado a decir que carece de morfología, que no tiene formación de palabras y no conoce los afijos, pero esto es radicalmente falso, como ha demostrado detalladamente Packard (2000). El chino tiene, por ejemplo, un afijo *-rén* semejante a nuestro *-dor*: de *lái* ‘venir’ se forma *lái-rén* ‘mensajero’.

Por todas estas razones, aunque el lector debe conocer esta clasificación para entender parte de la bibliografía morfológica, en este manual no la usaremos.

#### 4.1.1. La hipótesis de la separación

Volvamos, pues, a la existencia de dos niveles y más concretamente a la filosofía que subyace a la idea de que los exponentes deben tratarse separadamente de la información morfosintáctica que traen consigo. Junto a las razones empí-

ricas y a las ventajas analíticas que hemos discutido, hay razones teóricas para hacerlo así.

Separar la información morfosintáctica de la morfofonológica permite que un nivel lingüístico se ocupe de una sin atender a la otra. La información morfosintáctica es relevante para la sintaxis, y esto se ve en infinidad de fenómenos. A la sintaxis le importa si un elemento es nombre o verbo, si aparece en acusativo o en instrumental o si indica un tiempo pasado o uno presente. En cambio, la información morfofonológica no nos interesa cuando estamos construyendo una estructura. No se conocen lenguas en las que, por ejemplo, toda forma que empiece por /t/ deba ser el núcleo de un sintagma, o en la que si una palabra tiene dos sílabas deba recibir caso dativo obligatoriamente. Esta información, en cambio, es de vital importancia para la fonología. Por ejemplo, el español no permite que la secuencia /kp/ sea una sílaba, y esto se aplica igualmente a nombres, verbos, adjetivos, preposiciones, adverbios, conjunciones y cualquier otra clase sintáctica de elementos. Hay casos en los que la información sintáctica y la fonológica parecen interactuar, pero muchos gramáticos piensan que en tales situaciones no es que la sintaxis sea sensible a la fonología –o viceversa–, sino que la misma estructura determina a la vez propiedades sintácticas y fonológicas, cada una de ellas relevante para un nivel.

La idea de que la sintaxis y la morfología manejan un tipo de información, mientras que la fonología es sensible a otro tipo de factores, ha dado lugar a la HIPÓTESIS DE LA SEPARACIÓN.

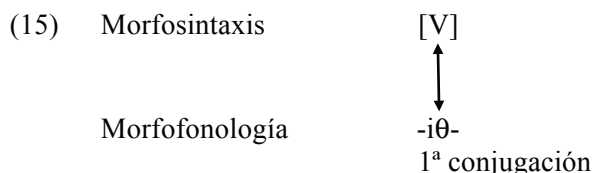
- (13) La forma de los afijos flexivos y derivativos está separada de su función.

Esta enunciación se debe a Beard (1995), dentro del lexicalismo. Tanto las teorías lexicalistas como las construccionistas pueden aceptar la hipótesis de la separación, pero diferirán en cómo reparten la información entre los dos planos. Podemos ilustrar la diferencia considerando una segunda enunciación de esta hipótesis, llamada la HIPÓTESIS DE LA DISJUNCIÓN DE RASGOS, que se debe a Embick (2000). Presentamos aquí una versión simplificada.

- (14) Los rasgos fonológicos, puramente morfológicos, o que indican propiedades arbitrarias de las piezas léxicas no están presentes en la sintaxis.

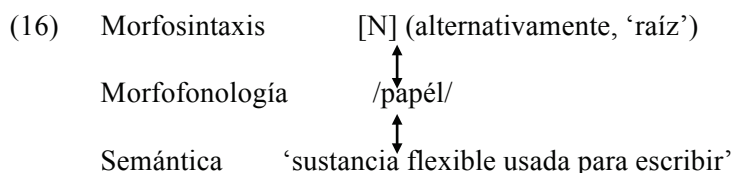
En el caso de Beard, la única información que se separa de las demás es la fonológica, pero en el caso de Embick se va más lejos, ya que también se eliminan de la sintaxis las propiedades puramente morfológicas –eg., que un verbo es de la

primera conjugación— y otras idiosincrasias. En un sistema construccionista el léxico no puede condicionar las propiedades de la estructura —son sistemas exoesqueléticos— y, por esa razón, incluye en el plano morfofonológico cualquier propiedad idiosincrásica, no derivable por reglas. Es decir, la relación entre un exponente y su matriz de rasgos morfosintáctica en un sistema construccionista es como se ve en (15), para el verbalizador *-iz-*.



Las diferencias también pueden referirse a la información semántica. Quienes diferencian semántica estructural de semántica composicional (§ 3.2.3) pondrán la segunda —idiosincrásica— asociada al exponente, mientras que los sistemas lexicalistas tenderán a ponerla como parte de la información morfosintáctica.

Existe una tercera posibilidad, que sería la de separar la información relevante para la semántica en un tercer plano, con lo cual tendríamos una doble separación. Consideremos, por ejemplo, la raíz *papel*. Con una división en tres, tendríamos (16); nótese que la información gramatical asociada a esta raíz varía si suponemos que las raíces tienen categoría gramatical o no.



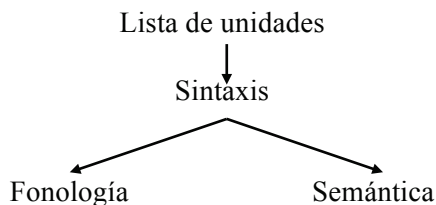
La pregunta que surge en este momento es cómo se relacionan estos niveles separados. La respuesta depende de qué arquitectura general de la gramática se suponga en nuestra teoría lingüística. Si se considera que las estructuras se construyen en un nivel previo, y después pasan a la fonología y a la sintaxis, los tres niveles se relacionan como estadios sucesivos por los que va pasando una forma, y estarían ordenados: primero, se accedería a la información morfosintáctica, y después, a la fonológica y a la semántica. Esto da lugar a la INSERCIÓN TARDÍA, de la que hablaremos en el siguiente apartado.

Pero hay una segunda alternativa, que es la de considerar que los tres planos se computan paralelamente y ninguno precede a los demás. En un modelo parale-

lo, podemos concebir la forma, la función gramatical y el significado como tres carriles dentro de una misma autopista. La gramática avanza por los tres carriles a la vez, pero definiendo en cada uno distintos aspectos. Los cambios en la función gramatical tienen lugar mediante un tipo de reglas, y los que definen la forma, mediante otras. A veces se aplicarán estas reglas a la vez, y a veces solo se aplicarán las de un carril. Algunos modelos paralelos son el de Jackendoff (2002) y el de Jackendoff y Culicover (2005).

#### 4.1.2. La inserción tardía

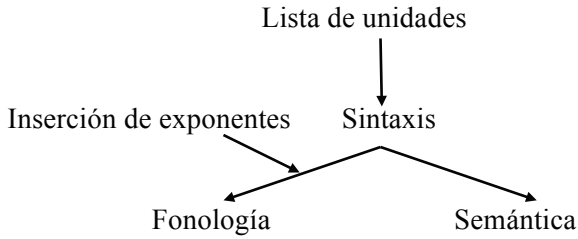
La elección más habitual es que la información morfosintáctica precede a la información morfofonológica. Esta es, especialmente, la alternativa que emplean los modelos construccionistas. Recordemos la arquitectura de estos modelos.



**Figura 4.1.** La arquitectura de la gramática en el construccionismo

La idea es que la lista de unidades que maneja la sintaxis en sus combinaciones es simplemente un conjunto de morfemas abstractos, con rasgos morfosintácticos, pero sin información sobre los exponentes.

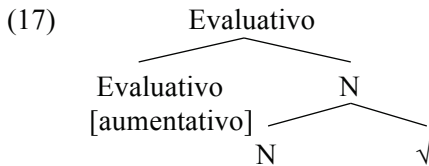
Los exponentes aparecen, con la información morfofonológica, cuando ya la sintaxis ha acabado su trabajo. Esto quiere decir que deben ser introducidos en algún punto de la rama que sale de la sintaxis y lleva a la fonología. Consecuentemente, los exponentes, y la información que traen consigo, no están presentes en la sintaxis, y por ello no pueden condicionar nada de la sintaxis. Simétricamente, los rasgos morfosintácticos deben estar –todos– presentes en la sintaxis, y ninguno de ellos puede introducirse en la rama que lleva a la fonología, porque la fonología no se preocupa de esta información. Esta hipótesis se conoce como INSERCIÓN TARDÍA: los exponentes se introducen después de la sintaxis.



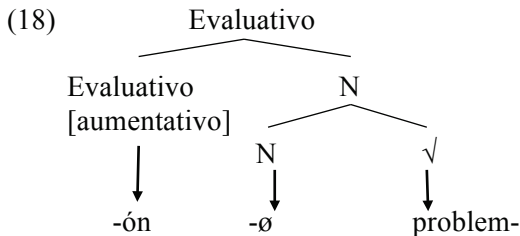
**Figura 4.2.** La posición de la inserción tardía en un sistema construccionista

La inserción tardía también tiene efectos para la semántica. Un rasgo morfosintáctico está presente en sintaxis, y de allí pasará a la semántica, donde se interpretará con la estructura –la semántica estructural, pues, deriva de los rasgos morfosintácticos y su disposición–. Los elementos arbitrarios introducidos después de la sintaxis, en cambio, no deberían interpretarse semánticamente.

Veamos este sistema con inserción tardía en funcionamiento. Para formar una palabra como *problemón*, tendríamos la estructura de (17). Recuérdese que esta estructura podría ser sintáctica o morfológica, aunque un sistema construccionista asumiría que es sintáctica:



Esta estructura se transferiría a la fonología, y en ese nivel quedaría enriquecida con información morfofonológica:



A) División del léxico en tres listas

Como el lector ya habrá notado, poder representar esto nos obliga, en la práctica, a tener dos o tres listas de elementos. Por una parte, tenemos una lista de conjuntos de rasgos morfosintácticos, que son previos a la sintaxis (o a la morfología, si somos lexicalistas). Esta lista se conoce como el LÉXICO ESTRICTO. Pero, por otra parte, nos hace falta una segunda lista, en la que representemos los exponentes morfofonológicos e indiquemos cómo se asocian a esos rasgos morfosintácticos. Se suele usar el término VOCABULARIO o REPERTORIO LÉXICO para aludir a esta segunda lista.

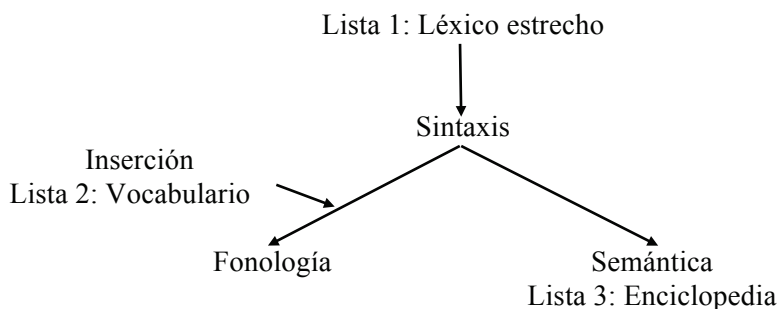
Observemos cómo debe ser una entrada léxica en el vocabulario, para capturar la información de que los exponentes se asocian a conjuntos de rasgos morfosintácticos. (19) lo ilustra para el sufijo aumentativo.

(19) [Evaluativo, aumentativo] <---> -ón

Veamos ahora cómo se codifica la semántica conceptual en un modelo con inserción tardía. Como hemos explicado (§ 3.2.3) el significado conceptual se asocia a las piezas léxicas, es decir, en nuestro nuevo lenguaje, a los exponentes. Queremos, pues, tener entradas como estas:

(20) -ón <---> ‘fastidioso, grande, molesto’

Esta es la tercera lista de elementos que tenemos en un sistema con inserción tardía: la ENCICLOPEDIA, donde cada exponente –o grupo de exponentes– se asocia con un significado impredecible. Resumiendo, pues, la inserción tardía implica tener tres listas:



**Figura 4.3.** Las tres listas en un sistema con inserción tardía



- a. el léxico estricto, que son conjuntos de rasgos abstractos
- b. el vocabulario, que es una lista donde esos rasgos se relacionan con exponentes
- c. la enciclopedia, que es la lista donde esos exponentes se relacionan con semántica conceptual

### *B) El problema del acceso a la tercera lista*

El lector atento habrá notado ya un problema potencial. Si un elemento se introduce después de la sintaxis, en la rama fonológica, ¿cómo puede tener interpretación semántica? Es decir, si el exponente /kant-/ (de *cant-a*) se introduce desde la lista 2, ¿cómo puede interpretarse en la 3? Ha sido introducido en una rama separada de la semántica, y en nuestra estructura de la gramática no hay unión entre estas dos ramas.

Este es un problema agudo y serio. Veamos cómo puede ser solucionado.

La primera opción sería, claro, la de suavizar el concepto de inserción tardía y permitir que la semántica conceptual esté presente en el léxico estricto. Esta solución no parece buena, porque implicaría permitir que la estructura contenga información que no le resulta relevante. Si permitiéramos esto, ¿por qué no permitir también que la información morfofonológica, o las idiosincrasias de los exponentes, también estén representadas en la estructura?

La segunda opción es la adoptada por Embick (2000): los exponentes de las raíces y demás elementos que tienen significado conceptual –tradicionalmente, los morfemas léxicos– no se insertan tardíamente, sino que están en la estructura desde el principio. Así, la estructura contiene ya –en sintaxis o en morfología– /kant-/ , y cuando se pasa a la semántica, esta puede interpretar el exponente enciclopédicamente mediante una entrada como la de (20). Esto también implica suavizar el concepto de inserción tardía, pero solo para las raíces.

La tercera y última opción es la de especificar que la semántica que representamos en nuestra arquitectura es exclusivamente estructural, la que se relaciona directamente con la estructura sintáctica. La semántica conceptual no estaría presente en ese esquema, porque propiamente no pertenecería a la gramática entendida en sentido estricto. Según esta solución, la semántica conceptual se relacionaría con el conocimiento del mundo, que –por hipótesis– es independiente de la competencia lingüística. La asociación entre exponentes y su significado conceptual se resolvería, pues, de una forma parecida a como los humanos interpretamos otros signos convencionales no lingüísticos, como las señales de tráfico, los gestos que hacemos con las manos o las cejas, o las prendas de vestir y el maquillaje, que nos pueden llevar a deducir que quien los usa es admirador de la cultura ja-

ponesa, del tecno o de cierto partido político: usaríamos una capacidad semiótica general para interpretarlos, pero no el componente lingüístico que usamos para conjugar verbos, concordar adjetivos con sustantivos o determinar la posición del acento en una palabra compleja. Es decir: la lista 3 no estaría, como en nuestra figura 4.3, en la semántica que representamos como parte del lenguaje, sino fuera de este esquema, en un espacio más allá de los límites que marca la gramática.

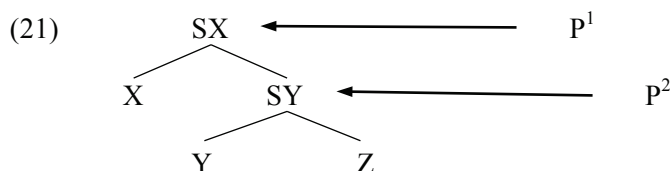
No existe acuerdo acerca de cuál de estas soluciones debe adoptarse, y la relación entre conceptos y estructura gramatical sigue siendo, en la actualidad, uno de los problemas fundamentales, como veremos en el siguiente capítulo.

### C) La materialización de sintagma en nanosintaxis

En el árbol de (18), donde representamos la asociación entre estructura y exponentes en un modelo con inserción tardía, cada exponente corresponde a un NUDO TERMINAL, es decir, a uno de los elementos de la estructura del que no salen otras ramas. Esta no es la única opción para algunas teorías construccionistas. La pregunta que nos puede surgir es si es posible insertar un exponente en un NUDO NO TERMINAL, es decir, un nudo del que salen ramas.

La nanosintaxis propone que esto sucede. El procedimiento se conoce como MATERIALIZACIÓN DE SINTAGMA (*Phrasal Spell Out*); el uso del término ‘sintagma’ en lugar del más general ‘nudo no terminal’ se debe a que la nanosintaxis supone que la estructura interna de las palabras también es sintáctica, como otros sistemas construccionistas.

Veamos cómo funciona. La propuesta de la nanosintaxis es que una pieza P del vocabulario puede materializar un sintagma completo, y en ese caso sirve como exponente, colectivamente, para todos los elementos que dependen de ese sintagma. Consideremos primero un ejemplo abstracto. Dado el árbol de (21) –que representamos como sintáctico–, vemos que hay tres nudos terminales (X, Y y Z) y dos nudos no terminales (SX y SY). Un sistema con inserción tardía donde no hay materialización de sintagma puede introducir exponentes en los nudos terminales X, Y, Z; un sistema con materialización de sintagma puede, además, introducir exponentes en SX y SY, como marcamos.



Un exponente que se introduzca en X, Y o Z solo materializará, respectivamente, X, Y o Z, pero un exponente que se introduzca en SY materializará, simultáneamente, Y y Z, que son los rasgos morfosintácticos contenidos en SY. Uno que se introduzca en SX, a su vez, materializará colectivamente X, Y y Z.

Esto quiere decir que, en el vocabulario, los exponentes pueden tener entradas que se asocien no solamente a rasgos de un núcleo, sino a estructuras sintagmáticas. El léxico que asocia morfosintaxis a morfofonología, pues, contendría dos tipos de exponentes: unos asociados a núcleos (22a) y otros asociados a estructuras formadas por varios núcleos, es decir, sintagmas (22b):

- (22) a. Exponente A <---> X  
 b. Exponente B <---> SY
- ```

      SY
     /  \
    Y    Z
  
```

Para emplear el exponente B, la gramática examinaría si en la estructura que se ha formado existe el constituyente que corresponde a su entrada léxica, y si es así, introduciría el exponente B en SY para materializar Y y Z a la vez. Cada lengua, o cada variedad de lengua, difiere en las entradas de vocabulario que tiene: algunos exponentes en algunas lenguas tendrían entradas como las de (22a), otros como las de (22b). Qué exponente tiene qué tipo de entrada puede ser diferente en otra lengua.

Veamos ahora un caso concreto. Imaginemos que X, Y y Z corresponden a ‘tiempo pasado’, ‘verbo’ y ‘raíz’, respectivamente.

- (23)
- ```

      ST
     /  \
    T    SV
   [pasado]
      /  \
     V    √
  
```

Veamos un fragmento de los exponentes que se pueden relacionar con esta estructura en inglés. Algunos pasados se obtienen con adición de un exponente *-ed*, como *clarify* ‘clarificar’ ~ *clarifi-ed*, pero otros se obtienen con sustitución de segmentos, como *eat* ‘comer’ ~ *ate* o *go* ‘ir’ ~ *went*. Supongamos que en inglés tenemos los siguientes exponentes: varios para materializar distintas raíces, como los de (24a) y (24b), uno para materializar el sufijo verbalizador (24c), uno para materializar el pasado (24d) y otro, asociado a un sintagma, para materializar

cierta raíz junto al verbalizador y al pasado (24e). Para diferenciar entre las dos raíces en el árbol, suponemos que tienen algún índice numérico que las diferencia, pero esto es solo una notación.

- (24) a. /i:t/ <--->  $\sqrt{^{123}}$   
 b. /klær/ <--->  $\sqrt{^{87}}$   
 c. /ɪfaɪ/ <---> V  
 d. /d/ <---> T<sup>[pasado]</sup>  
 e. /eit/ <--->
- 
- ```

graph TD
    ST --> T
    ST --> SV
    T --> T_pasado["[pasado]"]
    SV --> V
    SV --> sqrt123["sqrt{^{123}}"]
    
```

Cuando la raíz es la que corresponde a *clar-*, el inglés tiene exponentes para cada nudo terminal por separado, por lo que el árbol se lexicaliza como se ve en (25a). Sin embargo, si la raíz es la que corresponde a *eat*, hay un exponente que materializa todo el sintagma, como se ve en (25b), y realiza a la vez todos los rasgos morfosintácticos.

- (25) a.
- 
- ```

graph TD
    ST --> T
    ST --> SV
    T --> T_pasado["[pasado]"]
    T_pasado --> d["/d/"]
    SV --> V
    V --> ifai["/ɪfaɪ/"]
    SV --> sqrt87["sqrt{^{87}}"]
    sqrt87 --> klær["/klær/"]
    
```
- b.
- 
- ```

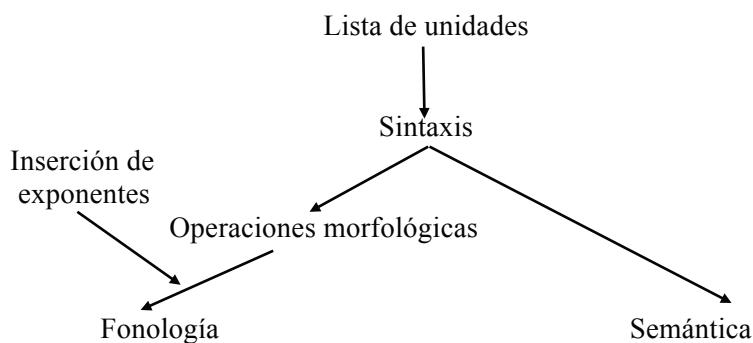
graph TD
    ST --> T
    ST --> SV
    T --> T_pasado["[pasado]"]
    T_pasado --> d["/d/"]
    SV --> V
    V --> ifai["/ɪfaɪ/"]
    SV --> sqrt123["sqrt{^{123}}"]
    eit["/eit/"] --> ST
    
```

Como se ve, una ventaja de la materialización de sintagma es que permite dar cuenta de los casos en que no se pueden aislar segmentos como exponentes sin necesidad de rechazar que haya estructura.

## 4.2. Operaciones post-sintácticas en morfología distribuida

Como explicamos en § 1.3.2, los sistemas construccionistas niegan que la morfología sea capaz de combinar unidades en estructuras, pero esto no equivale necesariamente a negar que haya un nivel morfológico.

De hecho, la morfología distribuida propone que hay morfología, aunque no como el componente que construye las palabras. La morfología es un componente lingüístico que actúa después de la sintaxis y regula la forma en que la estructura sintáctica se relaciona con los exponentes morfofonológicos. Su posición en la arquitectura de la gramática es la que se muestra en la figura 4.4, pues:



**Figura 4.4.** Las operaciones postsintáticas en la morfología distribuida

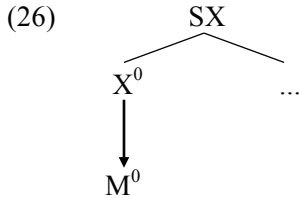
La morfología es un nivel interpretativo, que toma una estructura sintáctica y la traduce al lenguaje de la morfología antes de que los exponentes morfofonológicos puedan materializarla. Desde la posición en la que está, como se ve, esta traducción no afecta ni a la sintaxis ni a la semántica estructural.

Esta visión de la morfología como un componente postsintáctico conserva algunas propiedades de los modelos lexicalistas. La morfología habla un lenguaje distinto de la sintaxis, y aunque actúa después de ella y no influye en la estructura, sigue siendo necesario traducir de un nivel a otro. Además, la morfología es aquí también un nivel con reglas propias, que pueden variar de una lengua a otra: la traducción no será siempre igual para todas las lenguas ni, dentro de una lengua, para todas las estructuras. Los cambios necesarios en esa traducción dependen de propiedades idiosincrásicas del vocabulario que cada lengua posee.

Veamos ahora cuáles son las operaciones que la morfología puede hacer cuando traduce una estructura sintáctica en morfología distribuida.

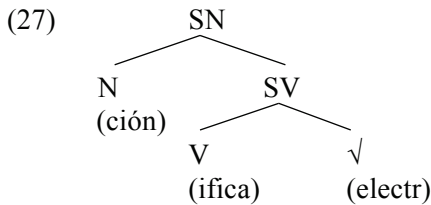
A) Traducción de los nudos sintácticos a nudos morfológicos

La operación mínima que se debe realizar es la de convertir los nudos terminales sintácticos en posiciones morfológicas donde se puedan insertar exponentes. La notación que se emplea habitualmente para esto es  $X^0$  para los nudos terminales sintácticos y  $M^0$  para su traducción morfológica.

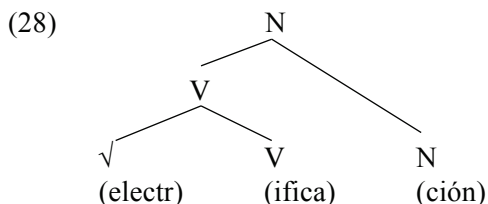


B) Reordenamiento

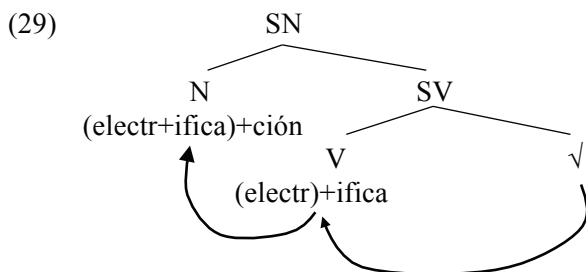
Pero en casos más complejos, la traducción lleva aparejada reorganizar la estructura sintáctica en una estructura morfológica. De entre los cambios estructurales, el caso que implica menores alteraciones –porque no modifica su orden jerárquico– es aquel en que se invierte el orden lineal de los elementos sintácticos dentro de la representación morfológica. Consideremos, por ejemplo, la estructura sintáctica que la palabra *electrificación* tendría en la morfología distribuida (por claridad, introducimos ya entre paréntesis los exponentes correspondientes):



Como se ve, esta estructura no refleja el orden lineal –no decimos *\*cionificaelectr(e)*, sino justo el orden inverso–. La MD propone que el orden se obtiene cuando se convierten los nudos terminales a  $M^0$ , reordenándolos.



En otros modelos construccionistas, este mismo resultado se alcanza mediante operaciones sintácticas, como el llamado MOVIMIENTO DE NÚCLEOS (cf., por ejemplo, Baker, 1988). El movimiento de núcleos es un desplazamiento por el que un nudo terminal asciende al nudo terminal del que es complemento, formando así un nudo terminal complejo:



Para muchos gramáticos, el movimiento de núcleo en sintaxis es problemático, por lo que prefieren un tratamiento como el de la MD, donde se concibe como parte de la morfofonología asociada a una estructura.

Una propiedad del reordenamiento es que está condicionado por la estructura sintáctica de la siguiente manera: no es posible reordenar dos núcleos sintácticos si entre ellos hay un tercer núcleo que no se reordena. Es así como Bobaljik (1994) explica el contraste entre las dos oraciones de (30), junto con la versión agramatical de (30c).

- (30) a. John eat-s a lot.  
       John come-3sg mucho, 'John come mucho'  
       b. John do-es not eat a lot.  
       John DO-3sg no come mucho 'John no come mucho'  
       c. \*John not eats a lot.

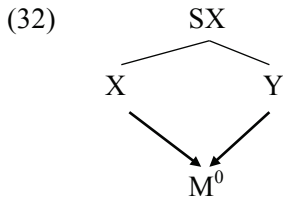
Su propuesta es que *eats* se forma uniendo mediante reordenamiento dos núcleos sintácticos: T (tiempo), que contiene la concordancia -s, y V (verbo),

que se materializa como *eat* (31a). Cuando hay negación, tenemos un núcleo que interviene entre T y V, como se ve en (31b), y este núcleo impide que se reordene *-s* con *eat-* –técnicamente, el verbo ya no es complemento de T–, por lo que se debe introducir un verbo de apoyo, *do*, para salvar la secuencia (31c).

- (31)
- |    |                        |                       |                        |                   |
|----|------------------------|-----------------------|------------------------|-------------------|
| a. | [ <sub>ST</sub> -s     |                       | [ <sub>SV</sub> eat]]  | ---> eat-s        |
| b. | [ <sub>ST</sub> -s     | [ <sub>SNeg</sub> not | [ <sub>SV</sub> eat]]] | *--> not eat-s    |
| c. | [ <sub>ST</sub> <do>-s | [ <sub>SNeg</sub> not | [ <sub>SV</sub> eat]]] | ---> does not eat |

### C) Fusión

Otra operación morfológica es la fusión, que consiste en traducir dos terminales sintácticas como una sola posición de exponencia. Esta operación solo puede suceder cuando los dos núcleos sintácticos están muy próximos: uno debe ser el complemento del otro y no puede haber otros núcleos que intervengan entre ambos. Es la misma configuración, pues, que permite el reordenamiento.



Este procedimiento es el que explica la exponencia cumulativa en morfología distribuida: dos conjuntos de rasgos morfosintácticos corresponden a un solo exponente morfofonológico.

Un ejemplo sencillo lo encontramos en Bobaljik (2012). En inglés, el comparativo de muchos adjetivos se hace añadiendo el exponente *-er*, que este autor supone es la materialización de un nudo Comp (comparativo). Hay algunos casos irregulares en que un solo morfema materializa el adjetivo y el comparativo, como *bad* ‘malo’ > *worse* ‘peor’. Su propuesta es que en un caso normal, se produce la lexicalización como en (33a), seguida de reordenamiento, pero con ciertas raíces, tenemos (33b), tras un proceso de fusión entre A y Comp.



- (33) a.  $[_{SComp} \text{Comp}^0 \quad [_{SA} A^0]]$   
 $\quad \quad \quad | \quad \quad \quad |$   
 $\quad \quad \quad M^0 \quad \quad \quad M^0$   
 $\quad \quad \quad \text{-er} \quad \quad \quad \text{nice-} \quad \rightarrow \text{nic-er 'más simpático'}$
- b.  $[_{SComp} \text{Comp}^0 \quad [_{SA} A^0]]$   
 $\quad \quad \quad \diagdown \quad \quad \quad \diagup$   
 $\quad \quad \quad M^0$   
 $\quad \quad \quad \text{worse 'peor'}$

#### D) Morfemas disociados

Hemos visto que ciertos exponentes no parecen tener incidencia en la semántica estructural o en la sintaxis. Sería, por ejemplo, el caso de las vocales temáticas (-a en *cant-a*) y las desinencias (-a en *problem-a*). Estos elementos no tienen, aparentemente, papel en la sintaxis. No parece que haya diferencias entre un imperativo con vocal temática (*canta tú*) y uno sin ella (*sal tú*). Tampoco parece que los verbos que son de la tercera conjugación, como *competir*, formen una clase sintáctica bien definida, diferente de los de la primera o segunda conjugación.

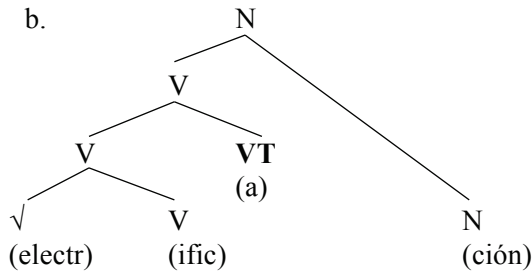
En cuanto a su semántica, tampoco es cierto que los verbos de la primera conjugación expresen un tipo determinado de concepto o impongan siempre la misma interpretación a sus sujetos, frente a los de la segunda o tercera. Lo mismo sucede con las desinencias: no es cierto que todas las palabras que llevan -a sean femeninas o incluso se refieran a entidades con género biológico (*víctima, colega, puerta, problema*), y pasa lo mismo con las que llevan -o (*soprano, mano, tiempo, testigo*, etc.). Su papel parece, pues, meramente morfológico, en un doble sentido: la información que aportan es relevante para determinar cómo se conjuga un verbo, cómo se declina un sustantivo o cómo se concuerda un adjetivo, y su distribución parece arbitraria e idiosincrásica, sin que haya reglas claras que determinen qué vocal temática lleva cada verbo o qué desinencia cada sustantivo y adjetivo.

Estos elementos puramente morfológicos se acomodan en MD tratándolos como morfemas disociados, es decir, posiciones en una estructura morfológica que no están presentes en la correspondiente estructura sintáctica. Dicho de otro modo: la morfología los añade a la estructura.

Consideremos de nuevo el caso de *electrificación*: la representación sintáctica de esta palabra sería la de (27), donde la vocal temática (VT) no está separada. En morfología, tras el reordenamiento, se crea una posición  $M^0$  sin equivalente en la

estructura sintáctica. Habría una regla morfológica, la de (34a), que dictara que en cierto contexto se ha de crear una posición adicional, y su resultado sería (34b). Las lenguas sin vocal temática o desinencias –como el inglés– sencillamente carecerían en el componente morfológico de esta regla; ya que este componente es idiosincrásico, estas diferencias pueden suceder.

- (34) a. Introdúzcase un  $M^0$  dependiente de un nudo etiquetado como V



Obsérvese que la estructura obtenida se parece mucho a la representación morfológica lexicalista del capítulo 3 (§ 3.1), donde la vocal temática no proyecta su etiqueta porque es una propiedad del verbo, no una proyección independiente. En MD, la imposibilidad de proyectar su etiqueta al conjunto deriva del hecho de que la vocal temática no existe en sintaxis, que es cuando se determina el núcleo de una estructura.

### E) Empobrecimiento

Podemos, pues, agregar elementos a la sintaxis. No está tan claro, en cambio, que la morfología tenga también la capacidad de eliminar elementos del árbol sintáctico. Algunos seguidores de la MD creen que esta posibilidad no puede estar disponible, porque la morfología no debe tener el poder de ignorar información sintáctica dentro de la estructura, pero esta clase de operaciones se han propuesto. El empobrecimiento (propuesto en Bonet, 1991) es el nombre que tiene esta operación. Bonet (1991) lo empleó para explicar el siguiente contraste:

- (35) Le di un libro ~ Se lo di.

El pronombre dativo *le* se pronuncia como *se* –es decir, igual que la forma reflexiva de *regalarse algo a uno mismo*– cuando lo sigue un pronombre de acusativo.

Bonet observa que *se*, como exponente, tiene menos rasgos que *le*. *Le* debe tener un rasgo de número, porque tiene forma plural *les*, pero *se* carece de este rasgo, ya que es invariable en número. *Le* expresa caso –se usa para el complemento indirecto, técnicamente, ‘dativo’– porque contrasta con *lo*, usado como acusativo para el complemento directo, pero *se* no tiene esta distinción, ya que se dice igualmente *Juan se miró en el espejo*, para un reflexivo acusativo, y *Juan se regaló un libro*, para un reflexivo dativo. Esto nos puede llevar a proponer que cada uno de estos exponentes se asocia a los siguientes rasgos –no usamos los que emplea Bonet para simplificar la exposición–:

- (36) a. /le/ <---> [persona: 3, número: singular, caso: dativo]  
 b. /lo/ <---> [persona: 3, número: singular, caso: acusativo]  
 b. /se/ <---> [persona: 3]

Las formas comparten que son de tercera persona, pero la de (36c) está menos especificada que las de (36a) y (36b), es decir, tiene menos rasgos. Para convertir *le* en *se*, pues, podemos pensar que eliminamos los rasgos que los diferencian. Esto es lo que Bonet propone para explicar (35): algunos de los rasgos que la sintaxis define, y que llevarían a usar *le*, desaparecen en la morfología, y en tal situación se emplea el exponente *se*. ¿Por qué sucede esto? Bonet propone que esta operación de borrado se aplica porque, idiosincrásicamente, la morfología del español no admite una secuencia de pronombres clíticos como la de (37):

- (37) \*[persona: 3, número, dativo] [persona 3, número, acusativo]

Esto se especifica en el componente morfológico como un FILTRO que condena morfofonológicamente una secuencia que la sintaxis puede formar (38): una forma *le* o *les* seguida de *la*, *lo*, *las*, *los*. Para evitar la secuencia, el empobrecimiento actúa como un mecanismo de ajuste, borrando los rasgos del primer clítico –podrían haber sido los del segundo, pero esto también se especifica idiosincrásicamente–.

- (38) [3, número, dat.] [3, número, acus.] --> [3] [3, número, acus.]

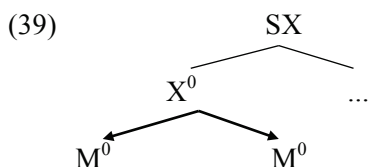
Una vez que borramos estos rasgos, el exponente del primer pronombre será, conforme a las entradas léxicas de (36), el de *se*, mientras que el segundo elegirá (36b).

Junto al borrado de rasgos, se ha propuesto también que hay una operación de OBLITERACIÓN (Arregi y Nevins, 2012) en la que se borra un nudo completo, no solamente los rasgos que contiene. Esto explicaría la aparente existencia de mor-

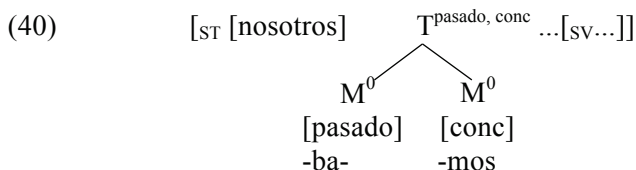
fos cero: los rasgos morfosintácticos que se borran no se manifiestan de ninguna manera en el componente morfofonológico.

### F) Fisión

La fisión, por último, es la operación que transforma un solo elemento sintáctico en dos o más posiciones para introducir exponentes. Por esta razón, es la operación que se usa para explicar la exponencia extendida –recuérdese que, por ejemplo, para formar un participio en alemán se emplean dos exponentes: *ge-arbeite-t* ‘trabajado’–.



Veamos un ejemplo sencillo. En muchas teorías, un solo núcleo sintáctico, T (tiempo), es responsable de la información temporal de la oración y de la concordancia con el sujeto. Algunas lenguas, como el inglés, materializan solo una u otra de estas dos nociones mediante exponentes: *walk-s* flexiona con concordancia de persona, pero el pasado *walk-ed* no tiene concordancia con el sujeto. En español esto no es así, y a menudo se expresa tanto el tiempo como la concordancia, con morfemas separados. Esta doble materialización morfológica del tiempo se expresa mediante fisión. En (40) se presenta para una forma de primera persona plural. El núcleo sintáctico se divide en dos, y cada uno de ellos expresa una de las dos nociones que el núcleo contiene:



### G) Crítica a las operaciones postsintácticas

No todos los autores que admiten la inserción tardía aceptan por igual las operaciones postsintácticas. Las críticas se dividen en dos grupos: aquellas que se

refieren a la falsabilidad de la teoría, y las que tienen que ver con el tipo de arquitectura de la gramática a la que estas operaciones dan lugar.

Decimos que una teoría es falsable cuando hace predicciones claras que pueden contrastarse con los datos para rechazarla o confirmarla. Ya que las operaciones postsintácticas son arbitrarias e idiosincrásicas –distintas para cada lengua, o para cada caso en una lengua–, su existencia hace difícil evaluar si la estructura propuesta para una forma da cuenta o no de los datos. La aplicación de estas operaciones puede modificar la estructura superficialmente de muchas maneras: añadiendo, quitando, uniendo, separando o cambiando el orden de los morfemas. Muchos morfólogos lexicalistas entienden que una vez que un análisis construccionista se complementa con estas operaciones, es difícil entender qué tipo de dato podrá usarse para falsarlo, si prácticamente toda divergencia entre los datos superficiales y la estructura sintáctica propuesta puede explicarse con una operación postsintáctica.

Otros morfólogos, esta vez construccionistas, entienden que las operaciones postsintácticas complican innecesariamente la arquitectura de la gramática, ya que introducen operaciones después de la sintaxis que son redundantes con lo que la propia sintaxis debería poder hacer, como combinar unos elementos con otros o reordenarlos mediante movimiento. También critican que la filosofía con la que se proponen estas operaciones sea que la sintaxis no es compatible directamente con la morfofonología, y haga falta un nivel de adaptación que deforme la estructura sintáctica para que encajen en ella los exponentes.

#### *H) Alternativas en nanosintaxis*

Estas críticas han sido fuertes en nanosintaxis, que entiende que estas operaciones son innecesarias y los fenómenos que parecen requerirlas o bien son el resultado de un análisis incorrecto o bien pueden quedar explicados por procedimientos independientes.

Para la nanosintaxis, la fusión no es necesaria, ya que la materialización de sintagma (explicada en § 4.1.2.c) hace su misma función, al materializar simultáneamente dos o más núcleos contenidos bajo el mismo nudo no terminal.

El reordenamiento se explicaría mediante movimientos sintácticos similares a los que desplazan un interrogativo a la primera posición de una cláusula.

En cuanto al empobrecimiento, los morfemas disociados y la fisión, este modelo entiende que sus aparentes efectos deben ser estudiados más cuidadosamente para determinar si –como los análisis anteriores han dicho– estamos ante casos de desajustes entre sintaxis y morfología o bien cabe hacer un análisis alternativo

de ellos en los que cada exponente tenga correspondencia directa con la información sintáctica.

Como el lector ya habrá entendido, esto implica buscar una razón sintáctica para la presencia de vocales temáticas y las desinencias, explicar mediante operaciones sintácticas por qué la secuencia *\*le lo* es agramatical en español, y proponer que el participio *ge-arbeite-t* se obtiene en dos pasos sintácticos, cada uno de ellos correspondiente a uno de los dos exponentes, junto a otros muchos fenómenos empíricos que exigirían un análisis detenido. La empresa es difícil, pero lo importante para estos morfólogos es que el rechazo de las operaciones post-sintácticas plantea un programa de investigación bien definido, donde está claro la clase de fenómenos que se deben estudiar para rechazar o aceptar una hipótesis.

### 4.3. ¿Existen varias clases de exponentes morfofonológicos?

Una vez que hemos visto que los exponentes morfológicos son distintos de los rasgos morfosintácticos que expresan, surge una pregunta: ¿existen varias clases de exponentes?

#### A) Los afijos como clíticos

Esta respuesta ha sido respondida positivamente en dos formas. Los modelos construccionistas entienden que cabe distinguir dos clases de exponentes, que corresponderían a lo que la tradición ha llamado MORFEMAS LIBRES y MORFEMAS LIGADOS. Un morfema libre es un exponente que puede aparecer solo: *bien*, *mal*, *yo*, *hoy*. Los morfemas ligados son aquellos que siempre deben unirse a otra forma para poder aparecer –correspondería a lo que tradicionalmente se llama ‘afijo’–: *-ción*, *pre-*, *-mos*, *-it-*, *archi-*, *-ísim(o)*, etc.

La segunda clase estaría especificada morfofonológicamente como dependiente, lo cual explicaría que siempre sea parasitaria de otro exponente con respecto al que debe ser adyacente. La entrada de vocabulario de estas formas, para algunos morfólogos, especificaría ya la posición que ocupa con respecto a la base, por ejemplo, a su derecha o a su izquierda:

- (41) [Grado]      <---> ísim. Exponente2 > ísim  
                              archi. archi > Exponente2

El lector familiarizado con la sintaxis puede haber notado que esto se parece a la diferencia entre proclisis y enclisis. La proclisis es la situación en la que un elemento fonológicamente dependiente, llamado clítico, tiene que aparecer a la izquierda de otra forma, en la que se apoya (como en *la mira*). La enclisis es el orden inverso, en que el clítico se apoya en la palabra que la precede (*mira-la*). Algunos sistemas construccionistas, de hecho, creen que los afijos son, en realidad, clíticos, y que el hecho de que deban aparecer siempre junto a otro morfema, y no puedan moverse con respecto a él o alterar su orden, se debe a las mismas razones morfofonológicas que impiden que un clítico se separe de otra forma.

Esto implica explicar una buena parte de los fenómenos de la Hipótesis de la integridad léxica como resultado de una propiedad morfofonológica de los afijos, que se asemejarían a los clíticos. Esto haría posible explicar, por ejemplo, por qué no podemos desplazar *-dor* en (42a), cuando sí se puede desplazar el agente en (42b). En el primer caso, pero no en el segundo, tenemos una pieza morfofonológica que debe quedar necesariamente a la derecha de un verbo. El contraste de (42) sería, pues, semejante al de (43), donde el clítico no puede desplazarse a primera posición sin el verbo.

- (42) a. Juan es corre-dor vs. \*-dor es Juan corre-  
b. Juan es atacado por María vs. Por María es Juan atacado.
- (43) a. Ayer Pedro la vio vs. \*La ayer vio Pedro.  
b. Ayer Pedro vio a María vs. A María ayer vio Pedro.

La imposibilidad de modificar algunos elementos internos a la palabra podría derivar de esta misma propiedad especial de los clíticos. De la misma manera que no podemos decir *\*La no mira*, no podríamos decir *\*archi-muy-conocido*, lo cual da la impresión –falsa– de que las palabras son distintas de los sintagmas.

Esta hipótesis de que los afijos y los clíticos son esencialmente iguales es un modo de unificar la sintaxis de los sintagmas y de las palabras, explicando algunas de sus diferencias como parte de la morfofonología. Los sintagmas contienen estructuras morfofonológicas autónomas, por lo que pueden reordenarse y desplazarse, pero las estructuras que llamamos ‘palabras’ son sintagmas cuyos exponentes no admiten movilidad. Esta hipótesis es tentadora, pero plantea preguntas sobre la imposibilidad de desplazar los constituyentes internos de un compuesto, ya que estos pueden ser temas morfológicos y otras unidades que, en apariencia, tienen una morfofonología distinta a los clíticos, por lo que volveremos a ella en § 8.4.3.

### 4.3.1. Los estratos léxicos

La segunda forma en que se ha respondido la pregunta de si hay tipos distintos de exponentes es la propuesta de que los exponentes deben dividirse en clases que presentan un comportamiento fonológico y semántico diferenciado.

Esta es la base de la llamada TEORÍA DE ESTRATOS LÉXICOS, que se debe a Kiparsky (1982): los afijos de una lengua se dividen al menos en dos clases. Una primera clase, el estrato I, se caracteriza por presentar irregularidades fonológicas y semánticas al unirse a la base, mientras que la segunda clase, el estrato II, no da lugar a estos cambios. Los estratos se encuentran ordenados: primero se unen a la raíz los afijos de la clase I, y solo después, cuando se pasa al estrato II, aquellos que corresponden a este nivel. Los estratos son, pues, jerárquicos. El primer estrato está más próximo al léxico, y por ello accede a las idiosincrasias léxicas, lo cual se refleja en las irregularidades que presenta. El segundo estrato, en cambio, es más externo y por ello más regular y menos condicionado por idiosincrasias.

Veamos un ejemplo. El sufijo inglés *-ic* (*-ico*) se puede unir a sustantivos para formar adjetivos. Sin embargo, como resultado de esta unión se producen cambios fonológicos en su base: por ejemplo, se altera la posición del acento y la calidad de la vocal (44).

(44) strategy > strateg-ic ( 'str[æ].te.gy > stra.'t[i:].gic)

En cambio, el afijo *-less* ( 'sin') no produce esos cambios:

(45) strategy > strategy-less ( 'str[æ].te.gy > 'str[æ].te.gy.less)

*-ic* pertenece al primer estrato, mientras que *-less* es parte del segundo. Como el segundo estrato sigue al primero, los afijos del segundo tipo siempre son más externos que los del primer tipo. Veamos un ejemplo: el sufijo *-ian* (*-iano*) produce cambios fonológicos (por ejemplo, cambia el acento de la base), mientras que el sufijo *-ism* no produce cambios (46). El primero es del estrato I, y el segundo del estrato II.

(46) a. Mendel ( 'men.del) > Mendel-ian (men.'de.lian)  
b. Marx ( 'marx) > Marxism ( 'marxism)

Dado el orden de los estratos, predecimos que *-ism* puede unirse a una palabra que contiene *-ian*, pero no al revés. Esto se confirma:



- (47) a. Mendel-ian-ism (cf. *mendel-ian-ismo* en español)  
 b. \*Mendel-ism-ian (cf. \**mendel-ism-iano*)

Para dar cuenta de esta diferencia en el comportamiento de los afijos es necesario que la fonología no espere a que toda la estructura esté formada, sino que puedan leerla a medio camino, cuando se pasa de un estrato a otro. Esto da lugar a una estructura paralela entre morfología y fonología, tal que los niveles de un componente se intercalan con los del otro. En el modelo de Kiparsky, la estructura es la del cuadro 4.1:

Cuadro 4.1. Los estratos léxicos

---

|    | <b>Morfología</b>                            |   | <b>Fonología</b> |                                                    |
|----|----------------------------------------------|---|------------------|----------------------------------------------------|
| a. | Nivel I<br>(flexión irregular, derivación I) | ↔ | Nivel I          | tene- > tuvo<br>president-e > presidenc-ial        |
| b. | Nivel II<br>(derivación II, composición)     | ↔ | Nivel II         | clara > clara-mente<br>limpia, bota > limpia-botas |
| c. | Nivel III<br>(flexión regular)               | ↔ | Nivel III        | canta- > canta-mos<br>gato > gato-s                |

---

Tras el tercer nivel, en la teoría de Kiparsky –que es lexicalista– pasaríamos a la sintaxis y a la llamada ‘fonología postléxica’, que constaría de reglas fonológicas muy regulares que se aplican a los sintagmas –como la que resilabifica *pata-tas al ali oli* como /pa.ˈta.ta.sa.ˈla.li.ˈo.li/–.

#### A) Predicciones de la teoría de estratos léxicos

Los estratos léxicos hacen predicciones empíricas muy claras: debe haber correspondencia entre el comportamiento fonológico de un afijo y la posición que

ocupa, es decir, si sigue o precede a afijos con distinto comportamiento fonológico. Además, los afijos del primer nivel se suponen menos regulares y, por tanto, menos productivos que los del segundo nivel. El primer nivel es más idiosincrático que el segundo o el tercero, ya que en el primero pueden actuar reglas fonológicas que no se aplican generalmente en una lengua, sino que dependen de la información arbitraria contenida en el léxico. Pueden, por ejemplo, referirse solo a ciertos morfemas, o a ciertas raíces, y condenar en algunos casos una secuencia de sonidos que se admite en la lengua. A partir del segundo nivel, las operaciones son más regulares y no atienden a la información léxica arbitraria.

La división en estratos hace muchas predicciones satisfechas por los datos: la composición va después de la flexión irregular, pero antes de la regular. Esto permite explicar que ciertas palabras compuestas admitan en su interior plurales, si son irregulares, como en *tooth* ‘diente’ > *teeth*, *teeth whitener* ‘blanqueador de dientes’. No se admiten, en cambio, si son regulares, porque para formarlos habría que pasar del estrato III al II: *window cleaner* ‘limpiador de ventanas’, no \**window-s cleaner*.

#### B) Problemas de la teoría de estratos

La crítica a los estratos léxicos ha estado basada en que no siempre se cumplen estas predicciones. Hay casos en que un afijo despliega unas veces comportamiento típico de un nivel, y otras, el de otro. Los ejemplos abundan, pero daremos el del verbalizador *-ize* (*-iz(a)*) en inglés. A veces este afijo produce un cambio no productivo en la base, llamado espirantización, por el que una consonante oclusiva (/k/ en el ejemplo) se vuelve fricativa (/s/).

(48) *catholi[k]* > *catholi[s]-ize*

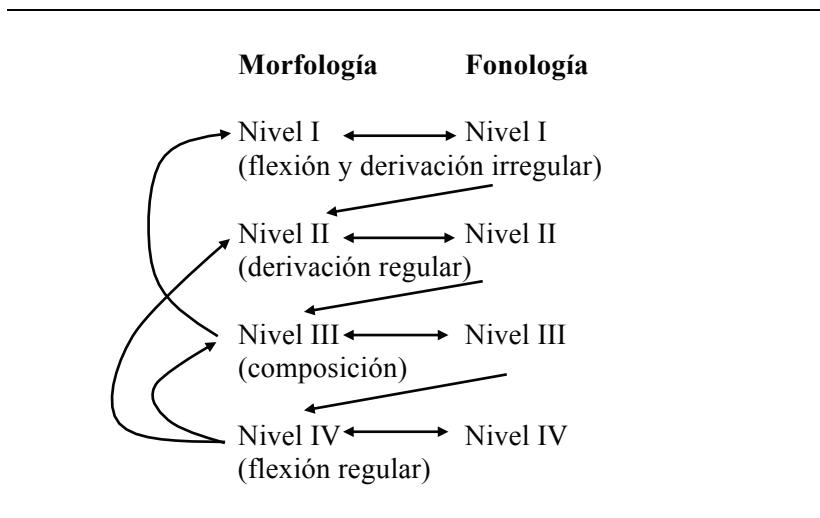
Esto nos llevaría a clasificarlo en el primer nivel, pero entonces tenemos el problema de que en un ejemplo como (49), el sufijo forma con la base una secuencia /aaɪ/ que no se acepta en el léxico del inglés. No hay raíces o afijos ingleses que contengan esta secuencia, por lo que se supone que esta solo puede obtenerse de forma derivada, cuando los exponentes se combinan en un nivel tardío, lejos ya del primer nivel donde actúan las operaciones fonológicas idiosincrásicas que reparan secuencias que la lengua no admite en su léxico. De haber sucedido en el nivel I, habríamos obtenido *Bermud-ize*, tras aplicar una regla fonológica idiosincrásica que reparara la secuencia. Como mínimo, pues, en este ejemplo *-ize* debe pertenecer al nivel II.

(49) Bermuda > Bermuda-ize

Otros problemas derivan de que a veces un afijo del primer nivel es externo a otro del segundo, algo notado ya por Kiparsky. El sufijo *-ity* es del primer nivel *-electri[k] > electri[s]-ity-*. El sufijo *-able* se comporta como un miembro del segundo nivel en palabras como *read-able* ‘leí-ble’, donde no produce cambio alguno en la base (compárase con *leg-ible*, ‘legi-ble’), pero esto no impide que se forme la palabra *read-abil-ity* ‘leibilidad’, donde, para terminar de complicar las cosas, el sufijo *-able* sufre un cambio fonológico no productivo condicionado por *-ity*.

¿Quiere esto decir que los estratos no están ordenados de una forma tan rígida como sugería el cuadro 4.1? Algunos morfológicos han entendido que sí. Halle y Mohanan (1985) propusieron que para dar cuenta de estos casos hace falta permitir que haya un bucle entre estratos, de manera que el resultado del nivel posterior pueda volver al nivel previo. El modelo sería como se ve en el cuadro 4.2.

Cuadro 4.2. Los estratos léxicos y el bucle entre niveles



Dependiendo de los datos, otros bucles se podrían ir proponiendo. El lector ya habrá adivinado el problema de esta solución: permite dar cuenta de ciertas excepciones, pero al mismo tiempo deja de hacer las predicciones correctas que sí

ofrece una teoría sin bucles. Si hay bucle, ya no explicamos por qué los afijos se ordenan de cierta forma en otros casos, o por qué los compuestos tienden a admitir flexión irregular en su interior, pero no la regular. Dicho de otro modo: damos cuenta de las excepciones a la teoría al precio de dejar de hacer predicciones firmes en muchos otros casos. Para algunos morfológicos, esta solución es inaceptable y el comportamiento variable de ciertos afijos indica que la teoría de estratos léxicos debe ser revisada.

#### 4.3.2. El análisis sintáctico de los estratos léxicos

La forma en que esta teoría ha sido revisada ha sido la de abandonar la idea de que los niveles que se identifican sean léxicos, es decir, constituyan listas de elementos. La alternativa a esta visión donde se distribuyen los afijos en distintas listas, cada una de ellas accesible en distintos estadios de la formación de palabras, es la de entender que los niveles son el resultado de construir formas sobre estructuras de distinta naturaleza. En el lexicalismo, esto es lo que ha propuesto Giegerich (1999), pero aquí revisaremos una versión construccionista de esta propuesta.

El lector recordará que ciertas teorías construccionistas diferencian las raíces de los afijos por la información morfosintáctica asociada a cada una de estas piezas (§ 2.3.3). Las raíces carecerían de categoría, y los afijos se combinarían con ellas para adscribirlas a clases léxicas. Pues bien: esta hipótesis abre la puerta a que existan dos formas en que un afijo se una a su base.

- Unión directa con una raíz.
- Unión con el conjunto que forman una raíz y el elemento que la categoriza.

Estos dos procedimientos se ilustran en (50a) y (50b), respectivamente.



Intuitivamente, esta diferencia quiere decir dos cosas: (i) la relación entre X y la raíz es más estrecha en (50a) que en (50b) y (ii) en (50b), X se une a algo que, por sí solo, ya constituye un tema morfológico –y por ello, tiene cierta autonomía–,

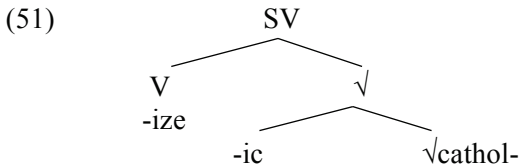
pero en (50a) lo hace con algo que por sí solo no puede funcionar. En ambos casos, llegamos a la misma conclusión: X podrá producir cambios fonológicos idiosincrásicos en la raíz en (50a), pero no en (50b), porque solo en el primer caso se une directamente con ella para formar una estructura autónoma. La idea que subyace a esto es muy importante en sintaxis, y en todo sistema con estructuras: ciertos fragmentos de estructura están bien definidos autónomamente –desde una perspectiva estructural–, mientras que otros son defectivos. La raíz es defectiva, pero su unión con un afijo que le da categoría no, y esto le permite en cierto modo ignorar la información que se añada fuera del conjunto autónomo que define.

Dada la diferencia de (50), tenemos mucho explicado de los estratos léxicos. La afijación de nivel I es afijación a una raíz, y la de nivel II, a una estructura más compleja. El nivel II, necesariamente, debe seguir al nivel I, porque no hay nivel II hasta que no se ha unido un afijo con una raíz. La ventaja con respecto a los estratos léxicos es que ahora un mismo afijo puede pertenecer al nivel I o al II, dependiendo de con qué estructura se una en cada caso. Esto es lo que pasaría con *-ize* o con *-able*.

El lector atento ya habrá notado que esta no puede ser, sin embargo, toda la historia.

La razón es que en nuestro ejemplo *catholicize* ‘catolizar’, parece que *-ize* se une a la forma *catholic* ‘católico’, que a primera vista no es morfológicamente simple, ya que contiene el afijo *-ic* ‘ico’. Esto sugeriría que la base a la que se une *-ize* ya contiene un afijo, en cuyo caso no tenemos explicación directa para el comportamiento variable de este segundo exponente.

¿Cuáles pueden ser las explicaciones? Una posibilidad es que *-ic* no sea un afijo de pleno derecho, capaz de asignar categoría léxica a la raíz. Nótese que este es un afijo que forma adjetivos relacionales y ya vimos en § 3.3.3 que estos adjetivos son especiales en que mantienen muchas propiedades de la base con la que se unen. Si esto es así, *-ize* se uniría a una estructura que no ha definido plenamente su clase léxica, como en (51).



Sea como fuere, lo que este ejemplo nos indica es que la propuesta presentada en este apartado nos da una estrategia para abordar casos donde los afijos tienen un comportamiento variable, pero no resuelve automáticamente todos los

posibles problemas, es decir, no nos exige de estudiar detalladamente cada afijo problemático y atender a sus propiedades individuales.

#### 4.4. La alomorfía en un sistema con inserción tardía

Terminaremos este capítulo considerando brevemente la incidencia que tiene para la noción de alomorfo la división de los morfemas en matrices de rasgos morfo-sintácticos y exponentes. En las teorías con inserción tardía, la consecuencia fundamental es que la noción de alomorfía se extiende a casos que tradicionalmente se consideran supletivismo o competición entre morfemas distintos, porque todos se resuelven con el mismo procedimiento.

Veamos un ejemplo. Recordemos la entrada de *-ción* en el vocabulario dado un sistema de inserción tardía.

(52) N <---> /θión/

Esto quiere decir que un nominalizador tiene asociado el exponente *-ción* en español. Sin embargo, *-ción* no es el único sufijo nominalizador que tiene el español. Con sus mismas propiedades estructurales –concretamente, que produce nombres y selecciona verbos– hay al menos dos más que compiten con él:

(53) a. -miento: crecimiento, movimiento, desvalimiento  
b. -je: montaje, drenaje, abordaje

Si no se encuentran diferencias estructurales entre estos derivados y con respecto a los que tienen *-ción*, debemos concluir que son exponentes que materializan el mismo rasgo morfosintáctico, un N que se combina con V. Y esto nos llevaría a la entrada de (54), donde relativizamos cada exponente a los contextos en que aparecen los verbos correspondientes. Esto implica dividir los exponentes en sublistas dentro del vocabulario, para que pertenezcan a clases que solo son relevantes para la inserción de otras piezas.

(54) N <---> -ción /V \_\_\_\_ si V= moder(a), admir(a), ific(a)...  
                                  -miento /V \_\_\_\_ si V= mov(e), crec(e), desval(e)...  
                                  -je /V \_\_\_\_ si V=mont(a), dren(a), abord(a)...

Ahora vemos claramente que la formalización es igual al caso de los alomorfos: un contexto idiosincrásico donde se inserta cada exponente si se cumplen

ciertas condiciones. Insistimos: esta solución se adopta solo si no hay diferencias en los rasgos morfosintácticos o en las estructuras formadas por cada afijo, y por eso debe ser la que adoptemos después de haber intentado buscar dichas diferencias, no la que proponamos por defecto antes de buscarlas.

Se puede entender que algunos casos a medio camino entre la alomorfia y el supletivismo –por ejemplo, *leche* ~ *lácteo*– serían formalmente iguales: exponentes variables de una misma raíz (55).

- (55)  $\sqrt{^{34}}$  <---> lact- / \_\_\_\_ Af, si Af= -eo, -os(o)  
lech(e) / resto de casos

Esta indistinción entre alomorfia, supletivismo y competición entre afijos es bienvenida para algunos morfólogos, que entienden que los límites entre estas nociones son variables, y que la solución es preferible a tener núcleos morfosintácticos distintos que tengan el mismo papel en la estructura. Muchos fonólogos –si no todos ellos– consideran, en cambio, que es insatisfactoria, ya que la relación fonológica que hay entre los exponentes no es la misma en cada caso. Para estos investigadores, seguiría siendo cierto que ciertos exponentes se relacionan con otros por su representación fonológica –los alomorfos– mientras que otros solo se relacionarían por los rasgos morfosintácticos que expresan –supletivismo y variación de afijos–. Expresar estas relaciones implica tener entradas más detalladas en el vocabulario, y presentar los detalles de esto nos llevaría lejos de los límites de este manual (véase Trommer, 2012).

## Ejercicios y problemas

1. En español o en otra lengua de su elección, tome el paradigma completo de un verbo regular. Exprese la segmentación en morfemas tradicional y, después, divida los morfemas en dos partes, separando su aportación morfosintáctica y su exponente. Una vez hecho esto, identifique los casos en que no hay coincidencia directa, y expréselos en un modelo donde haya hipótesis de la separación. A continuación, empleando las reglas postsintácticas, dé cuenta de la relación entre la estructura morfosintáctica y los exponentes que encuentra, incluyendo su orden dentro de la palabra.
2. En español o en otra lengua de su elección, identifique tres afijos cuyo comportamiento parezca ser de nivel 1 y otros tres de nivel 2. Explore la forma en que se combinan entre ellos, para ver si su comportamiento es coherente o no con la teoría de estratos léxicos, y si un mismo afijo se

comporta en otros casos como un miembro del otro nivel. A continuación, considere si la propuesta de tratar los niveles como combinación con distintos tipos de unidad puede ayudar a entender esas disonancias.

3. Tome un proceso productivo de su elección –plural, pasado, concordancia de género y número en el adjetivo, nominalización de verbos, etc.– y dé una lista de los cambios que produce este proceso en la base dentro de dos lenguas de su elección. Divida esos casos en exponentes y rasgos morfosintácticos expresados y enuncie contextos que expliquen la distribución de las formas.

### **Lecturas recomendadas**

La relación entre los exponentes y la información morfosintáctica es uno de los puntales sobre los que se basan las discusiones actuales en morfología. Entre muchas otras referencias, recomendamos Nevins y Arregi (2012), Bobaljik (2012) y Embick (2010), donde se explora la relación entre la elección de exponentes y la estructura, y Trommer (2012), que presenta una visión de varias teorías. La materialización de sintagma se presenta en Weerman y Evers-Vermeul (2002), Neeleman y Szendroi (2007), y Ramchand (2008), capítulo 3. Giegerich (1999) se ha convertido en una referencia clásica en la crítica a los estratos léxicos, que siguen empleándose morfofonológicamente en la llamada teoría de la optimidad estratal (Bermúdez-Otero, 2012).



# 5

## *La semántica léxica*

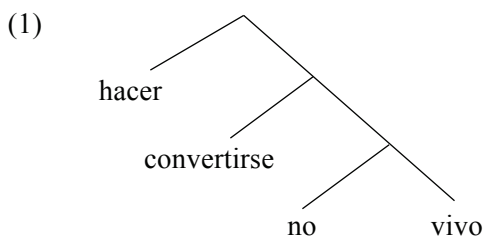
Si en el capítulo anterior nos concentrábamos en las nuevas propuestas sobre la relación entre morfemas y exponentes, y su incidencia en las grandes preguntas sobre la morfología que se debaten en la actualidad, en este capítulo vamos a considerar varias nuevas aproximaciones a la semántica de los morfemas y de las estructuras que estos forman. Como veremos, estas observaciones también son cruciales para entender la posición de la morfología en la gramática y qué podemos entender como palabra.

### **5.1. ¿Es descomponible el significado de las palabras?**

Como se recordará de § 3.2, la descomposición de una palabra en morfemas debía dar cuenta del significado de la palabra. Naturalmente, una vez que abandonamos la idea de que los segmentos que descomponemos corresponden biunívocamente a morfemas abstractos, esta afirmación debe ser revisada.

Comencemos con un poco de historia. Durante los años sesenta, tuvo una gran influencia en morfosintaxis el libro de Katz y Postal (1964) *An integrated theory of linguistic descriptions*. Uno de los pilares de este libro era la idea de que el significado de una palabra, en un nivel abstracto, debía descomponerse en una estructura arbórea cuyos núcleos descompusieran el significado lógico de la palabra, con independencia de que esos primitivos se realizaran como segmentos o no. Esta propuesta se convirtió en el rasgo distintivo de la escuela llamada SEMÁNTICA GENERATIVA, formada —entre otros— por George Lakoff, John Ross y James McCawley, junto a los autores de ese libro.

Veámosla en la práctica. Una palabra como *matar* se interpreta como ‘hacer que alguien pase a estar no vivo’, es decir, para que sea cierto que X mató a Y, necesariamente debe ser cierto que X hizo algo, que ese algo tuvo un efecto en Y, que ese efecto fuera que pasara a algún estado, y que ese estado sea el contrario de estar vivo. Esto llevó a la semántica generativa a descomponer la palabra *matar* (ignorando sus marcas gramaticales, como la vocal temática y el infinitivo) en una estructura arbórea semejante a (1).



Es decir, pese a su apariencia, *matar* contiene dos primitivos semánticos que podríamos caracterizar como verbales, porque designan acciones: ‘hacer’ y ‘convertirse’ o ‘pasar a ser’; el segundo se subordina al primero. Junto a ellos, hay una negación y un adjetivo que designa cierto estado. En un nivel semántico de análisis, la palabra corresponde, pues, a una estructura verbal compleja, casi a una secuencia que incluye una oración subordinada.

Este no era el único ejemplo en el que una palabra encubría una estructura que por su complejidad semántica contenía primitivos semánticos propios de oraciones compuestas; McCawley discutió el ejemplo del inglés *malingering* ‘persona que finge una enfermedad’, proponiendo una descomposición correspondiente a una estructura con oración subordinada. También se hicieron famosos los análisis de *soltero* como ‘varón no casado’ o *dónde* como ‘en qué lugar’.

Esta descomposición fue muy criticada por ciertos lingüistas desde finales de los sesenta, hasta que fue –en general– rechazada por la inmensa mayoría de los morfólogos, semantistas y sintactistas. La razón fundamental del rechazo fue que los primitivos que se señalaban en la descomposición (como por ejemplo los de 1) no parecían desempeñar un papel directo en la morfología o en la sintaxis. Es decir, a efectos prácticos, era como si no estuvieran en la estructura gramatical.

Consideremos un par de ejemplos de este problema. En (1), *matar* contiene un operador negativo. Normalmente, cuando aparece un operador negativo en sintaxis (2a) es posible usarlo para legitimar un TÉRMINO DE POLARIDAD NEGATIVA, es decir, una palabra que solo es aceptable cuando hay una negación que jerárquicamente está en un nudo más alto. El problema es que *matar* por sí solo no legi-

tima estos términos de polaridad negativa, lo cual no se entiende si es cierto que en su estructura interna contiene una negación (2b).

- (2) a. No vio a nadie (cf. \*Vio a nadie).
- b. \*Mató a nadie (cf. No mató a nadie).

También se observó que, pese a que la descomposición propuesta tiene dos predicados verbales, no era posible identificarlos por separado en la gramática. Si la descomposición de (1) es correcta, *matar* debería ser equivalente a *hacer morir* (donde se puede suponer que *morir* es ‘convertirse en no vivo’). Sin embargo, en *hacer morir*, donde se ven dos predicados verbales, cada uno de ellos puede ser localizado en el tiempo por separado, como en (3a) –que encaja con un escenario en que alguien pone un veneno de acción lenta en la comida de una persona que muere dos días después–. Esto es imposible si aparece solo el verbo *matar* (3b).

- (3) a. El martes, el espía hizo al embajador morir el jueves.
- b. \*El martes, el espía mató al embajador el jueves.

Esta serie de problemas empíricos, en los que se proponían primitivos semánticos sin incidencia en la gramática, fue interpretada de diversas maneras. Aunque todas ellas supusieron de una forma u otra abandonar la semántica generativa, fundamentalmente surgieron cuatro propuestas:

- a) Las palabras nunca pueden descomponerse en unidades menores por su significado (ATOMISMO SEMÁNTICO).
- b) La descomposición que hizo la semántica generativa es esencialmente correcta, pero no es parte del componente estructural de la sintaxis (y la morfología), sino de un componente semántico independiente (DESCOMPOSICIÓN LÉXICO-CONCEPTUAL).
- c) La descomposición de la semántica generativa estaba bien encaminada, pero su error fue no diferenciar entre los componentes del significado que forman parte de su semántica estructural, y por ello deben representarse en su estructura, y los que derivan de su semántica conceptual, que se interpretan igualmente pero no forman parte de ninguna estructura relevante para la gramática (DESCOMPOSICIÓN MORFOLÓGICA, SINTÁCTICO-LÉXICA o DESCOMPOSICIÓN SINTÁCTICA).
- d) La descomposición no es posible en un nivel semántico, pero sí en otros niveles (GRAMÁTICA DE CONSTRUCCIONES).

La primera opción, llamada atomismo, no nos es desconocida. Es la misma opción, desde otra perspectiva, que adoptan las teorías que niegan que las palabras se descompongan en morfemas, como las propuestas de Unidad y proceso o Palabra y Paradigma, y por tanto niegan que haya ninguna estructura interna a la palabra. Implica trasladar a la semántica la hipótesis de que las palabras son átomos sintácticos. Uno de sus exponentes más claros es Jerry Fodor.

La segunda opción ha dado lugar a las llamadas estructuras semántico-conceptuales o léxico-conceptuales, cuya propuesta es que las palabras son, al menos, descomponibles en el nivel semántico. Esta teoría tiene a Ray Jackendoff como su principal impulsor, y no requiere que la palabra se descomponga en morfemas, pero lo admite.

La tercera opción es la que se adopta en morfología distribuida, nanosintaxis y la llamada sintaxis-léxica, esta última enunciada por Ken Hale y Samuel J. Keyser. Estas teorías requieren que las palabras puedan descomponerse en morfemas abstractos, y aunque las mencionadas son construccionistas o comparten muchas propiedades con el construccionismo, la hipótesis puede ser aceptada igualmente por teorías lexicalistas. Por último, la cuarta opción, adoptada en la Gramática de Construcciones de Adele Goldberg, es que efectivamente el significado de una construcción es atómico y no composicional, pero que esto no impide que pueda descomponerse de algún modo en un nivel formal.

A continuación, revisaremos el atomismo fodoriano, la primera de estas teorías, por diferenciarse del resto en no admitir que las palabras puedan descomponerse de ninguna manera. En el siguiente apartado revisaremos las otras opciones.

### 5.1.1. El atomismo fodoriano

Nuestra intuición de hablantes nos dice que el significado de una palabra como *transmisión* se deriva de alguna manera del de la palabra *transmitir*, por lo que tendemos a relacionarlas y, por consiguiente, a descomponer el significado de *transmisión* en al menos dos partes. El atomismo fodoriano afirma que esta intuición es ilusoria, y que la única forma legítima de entender el significado de *transmisión* es como el concepto de ‘transmisión’. Es decir: cada palabra tiene su propio significado, atómico, y no cabe descomponerlo en partes menores.

De entrada, esta propuesta parece descabellada, pero Fodor proporciona algunos argumentos interesantes, que se basan en las complicaciones que se producen cuando tratamos de reducir el significado de una palabra a partes menores.

Consideremos, por ejemplo, la palabra *redondo*. Su descomposición semántica podría ser ‘no cuadrado’ o ‘con una línea no recta’, igual que soltero podría ser

‘no casado’. Igualmente, *dos* podría ser ‘más de uno y menos de tres’, o ‘primer número primo par’. Elegir entre estas descomposiciones es ya, de por sí, un problema, pero elijamos la que elijamos, nos encontraremos con el llamado PROBLEMA DE LA CONSTITUENCIA, que se relaciona con los llamados juicios analíticos. Un juicio analítico es una afirmación –semejante a una definición– que relaciona un concepto con las piezas de significado que son necesariamente ciertas en los casos en que dicho concepto se usa adecuadamente.

- (4) a. Dos es el primer número primo par.  
b. Redondo es no cuadrado.  
c. Soltero es varón no casado.

Si somos consecuentes, descomponer una palabra en conceptos menores debe significar que quien sabe usar esa palabra, sabe usar también los conceptos que constituyen el significado de la palabra en este juicio analítico. Esto quiere decir que nadie conoce el significado de una palabra si no conoce también el significado de esos conceptos. Pero ¿es esto cierto? No parece que lo sea. Un niño puede conocer la palabra *dos* sin saber lo que significa ‘número primo’ o ‘par’. Podríamos argumentar que quizá el problema es que la definición que hemos usado no es la que usa un niño. Tal vez el niño use la definición de (5):

- (5) Dos es más de uno y menos de tres.

Pero esto sigue siendo problemático, de hecho, más problemático. Primero, no es seguro que el niño sepa *tres* tan pronto como sabe *dos*, pero, de forma mucho más aguda, *tres* no puede ser parte del significado de *dos* en la mente del hablante, porque no es fácil obtener el significado de *dos* combinando el de *tres* y el de *uno*. Las mismas dificultades aparecerán cuando tratemos de definir los otros casos. Y ¿cómo explicaríamos *rojo*, *verde* o *blanco*?

¿Se reproduce el argumento cuando hablamos también de las palabras morfológicamente complejas? Según este autor, sí. Recuérdense los casos de motivación del significado y de especialización: estos indican que en muchos casos la descomposición que podríamos hacer no es aceptable. Más allá de esto, consideremos el caso de *historiador*. Si queremos descomponer su significado, tal vez queramos decir que se relaciona con *historiar*, pero esto se enfrenta al problema de que muchos hablantes usan el sustantivo *historiador* sin conocer el verbo *historiar*, que sienten como extraño. El caso de *leñador* frente al (hasta donde sabemos) inexistente verbo *leñar* sería otro ejemplo oportuno, junto a los de *calefacción* (¿de *calefactar*?), *intencionado* (¿de *intencionar*?) o *ministrable*

(¿de *ministrar*?). Descomponer el significado se enfrenta a estos problemas, pero si se tratan como entidades atómicas, ninguna de estas complicaciones entorpece nuestro análisis.

Ha habido críticas a la teoría de Fodor desde muchas perspectivas, también filosóficas. Estas críticas se basan en el hecho de que si las palabras expresan conceptos atómicos, hay dos propiedades que no podemos expresar. La primera es la noción de POLISEMIA, es decir, casos donde una misma voz aporta significados distintos en distintos contextos. Muchas veces, aunque los significados sean distintos, observamos que comparten algún rasgo que los relaciona, por lo que no queremos limitarnos a dar una lista de ellos en el léxico. Si una palabra expresa un único concepto indescomponible, ¿cómo podemos explicar que *rápido* aporte significados distintos, pero relacionados, en *coche rápido* —que hace algo rápidamente—, *comida rápida* —que se prepara rápidamente—, *juego rápido* —que se desarrolla rápidamente— y *vía rápida* —que permite hacer algo rápidamente—? Tampoco podemos explicar, si las palabras designan átomos indescomponibles, por qué ciertos significados no pueden expresarse con una sola palabra (LAS PALABRAS IMPOSIBLES). Por ejemplo, es imposible que exista un verbo *vacar*, del sustantivo *vaca*, que indique la propiedad de que una vaca tenga algo, como en *\*Vacó un ternero*. Sin descomposición, esto es una propiedad accidental y no hay forma de dar cuenta de ella; con descomposición, como veremos (§ 5.2.3), sí es posible aventurar una explicación.

Junto a estos problemas, también se han propuesto argumentos teóricos contra las objeciones de Fodor. En primer lugar, se admite que el significado de ciertos elementos no descomponibles se apoya en el conocimiento del mundo y, por tanto, la experiencia de la realidad —lo cual hace que *dos* se interprete sin hacer necesariamente referencia directa a conceptos abstractos como número primo—. En segundo lugar, se permite que, aunque las estructuras creen formas complejas con constituyentes internos de significado, el uso lingüístico haga que se usen para nombrar distintas realidades —en cuyo caso puede perderse su valor composicional y su conexión con otras estructuras—.

## 5.2. Teorías sobre la descomposición semántica de las estructuras

### 5.2.1. Estructuras léxico-conceptuales

Pasamos ya a la revisión de otras opciones en las que la palabra es al menos descomponible en algún nivel, y comenzamos con la propuesta de que puede haber

una descomposición en un nivel semántico distinto de aquel en que se forman estructuras formales (syntaxis y, opcionalmente, morfología).

Esta primera propuesta está representada en este manual por dos teorías, la primera de las cuales es la de las estructuras léxico-conceptuales (Jackendoff, 1990). La idea de Jackendoff es que, de la misma forma que en syntaxis los hablantes forman estructuras combinando mediante reglas precisas ciertas unidades, la semántica de las lenguas naturales se resuelve mediante operaciones combinatorias parecidas. En este caso, las unidades que se combinan son de dos tipos: funciones semánticas y argumentos. (6a) da algunos ejemplos de estas funciones semánticas, mientras que (6b) muestra algunos de sus posibles argumentos.

- (6) a. IR, MANTENERSE, SER, CAUSAR...  
 b. [cosa ], [evento ], [trayectoria ], [lugar ]...

Como se ve, los argumentos están categorizados, es decir, se clasifican dentro de grupos que comparten aspectos relevantes de su interpretación. Para Jackendoff, esta categorización es parte de la semántica: los fenómenos y entidades del mundo exterior son traducidos a nociones más generales y abstractas para poder ser empleados en las estructuras léxico-conceptuales. La forma de combinar funciones y argumentos es como se ve en (7), que representa la estructura de *Juan fue a la playa*.

- (7) [evento IR ([cosa Juan], [trayectoria A ([lugar playa])])]

Como se ve, ‘Juan fue a la playa’ se categoriza como un evento –una acción dinámica– cuya función principal es IR. Esta función toma dos argumentos –rodeados por ‘()’–. El primero es una cosa y el segundo es una trayectoria. La trayectoria se expresa, a su vez, mediante una función A que toma como argumento un lugar, *playa*.

Esta propuesta recordará al lector atento a las construcciones composicionales que mencionamos en § 3.2 cuando discutimos la Conjetura de Frege. No obstante, hay una diferencia con respecto a ellas –y esta es una crítica que se ha hecho a la propuesta de Jackendoff–. En Jackendoff, las funciones se representan igual que palabras –generalmente verbos o preposiciones– pertenecientes a ciertas lenguas naturales, como IR. ¿Quiere esto decir que ciertas palabras lexicalizan conceptos ‘puros’, funciones semánticas básicas que subyacen a las estructuras semánticas universales? No parece que sea esto lo que quiera insinuar la teoría, ya que de una lengua a otra se observa frecuentemente que la traducción de *ir*, o de las preposiciones de lugar, no funciona de la misma manera, por lo que es dudoso que las

palabras usadas para expresar las funciones representen nociones básicas en todas las lenguas del mundo. Más bien parece que estas palabras corresponden a palabras de significado muy general en ciertas lenguas indoeuropeas. Por esta razón, se puede acusar a las estructuras de Jackendoff de estar formuladas en un lenguaje específico de ciertas lenguas. El lenguaje que se emplea en estas estructuras –sus primitivos– no es tan abstracto como se desearía de una teoría que quiere dar cuenta de estructuras universales. Implícitamente, Jackendoff reconoce este problema: durante los años en que ha desarrollado su investigación, ha ido progresivamente eliminando algunas de las etiquetas más específicas, como IR, que se han ido descomponiendo en conceptos más generales (desplazamiento, configuración, etc.), que tal vez sean mejores candidatos para formar parte de un lenguaje de conceptos universal, independientemente de la lengua en que se formulen.

¿Cómo podemos averiguar la estructura léxico-conceptual de una raíz o de un afijo? Es una cuestión empírica, en la que debemos considerar cuáles son las nociones fundamentales de significado que debemos entender necesariamente cuando usamos esa raíz o ese afijo. Esto nos planteará siempre el problema analítico de asegurarnos de que no empleamos más elementos de los que se interpretan siempre al usar esa pieza, y la cuestión teórica de que los primitivos que utilicemos sean lo bastante abstractos como para que sean buenos candidatos para formar parte de un lenguaje universal, y no de las piezas específicas de una lengua particular. Cuando se respeta cuidadosamente estos dos factores, la complejidad del significado de las palabras se refleja solo en que las estructuras que producen los argumentos y las funciones se vuelven más elaboradas.

Por ejemplo, Morimoto (2001) propone la estructura de (8) para los verbos que especifican la manera en que un objeto desplazado se mueve (usando las piernas, por el aire, por el agua, rápidamente, etc.). Estos verbos, como *andar*, *nadar*, *volar* o *correr*, se conocen como verbos de manera de movimiento.

$$(8) \left[ \begin{array}{l} \text{IR } ([\text{cosa } \alpha], [\text{trayectoria } ]) \\ \text{POR MEDIO DE } ( \left[ \begin{array}{l} [\text{MOVESE } ([\text{cosa } \alpha]) \\ [\text{Manera } X] \end{array} \right] ) \end{array} \right]$$

Esta estructura léxico-conceptual se obtiene fusionando dos estructuras más básicas: una de desplazamiento (IR) y una de manera (POR MEDIO DE). La manera varía en función de qué sea la X que funcione como el argumento de POR MEDIO DE, y la variable  $\alpha$  –idéntica para el primer argumento de IR y el de MOVESE– indica que la misma entidad que se desplaza es la que debe moverse



de cierta manera para que el verbo se use correctamente. Es decir, si decimos que *Juan nada*, el que debe moverse de una manera determinada en el agua es el propio Juan. (8) dicta las condiciones semánticas en que podemos usar *nadar*: un desplazamiento, con cierta trayectoria, producido mediante un movimiento de la entidad desplazada, caracterizado por cierta manera.

No todos los casos de descomposición son igualmente aceptados. Jackendoff sugiere que la estructura léxico-conceptual de verbos como *comer* y *beber* incluye una trayectoria física: que un líquido o un sólido pasen por la boca de un ser vivo. Mateu (2002) critica esta descomposición sobre la base de que dicha trayectoria puede estar presente conceptualmente, pero el verbo *comer* o *beber* no aporta, en su comportamiento gramatical, argumentos para entender una trayectoria que implique la noción de ‘boca’. Nos encontramos aquí, de nuevo, con la conocida división entre semántica estructural y semántica conceptual: las estructuras léxico-conceptuales no distinguen entre ambas, y la razón es que representan un componente semántico definido en paralelo a la sintaxis, y, por ello, con información autónoma de la de este nivel.

En § 4.1.1 nombramos a Jackendoff entre los autores que consideran que los distintos componentes de la gramática actúan en paralelo, no secuencialmente –su teoría, pues, acepta la hipótesis de la separación, pero no la inserción tardía–. Esta filosofía es visible en la representación léxica de las raíces en la teoría de Jackendoff (9) da un ejemplo relevante, para el verbo *ir*.

$$(9) \quad \text{ir} \quad \left[ \begin{array}{ll} [\text{IR} ([\text{cosa}]_i, [\text{trayectoria} ([\text{lugar}]_k) ]_j)] & (\text{semántica}) \\ \text{SN}_i \text{ \_\_\_\_\_\_ } <[\text{SP} \quad \text{P} \text{ SN}_k]_j> & (\text{sintaxis}) \end{array} \right]$$

Lo que observamos en (9) es que una entrada léxica debe contener al menos dos estructuras independientes: por un lado, la estructura léxico-conceptual; por otro, la estructura sintáctica –que indica los argumentos con los que se combina un verbo y su categoría gramatical–. Cada uno de estos aspectos de información es un nivel (*tier*) separado y los niveles deben estar relacionados entre sí expresamente, ya que se definen en paralelo, sin que ninguno determine a los demás. Los argumentos de la primera estructura llevan subíndices (i, j, k) que están reproducidos en la estructura sintáctica. Esto indica a qué miembro de la estructura sintáctica corresponde cada elemento de la estructura semántica; por ejemplo, que el argumento ‘cosa’ de IR en la semántica se realiza como un SN sujeto en la sintaxis o que la trayectoria se expresa como un SP. Algunos gramáticos han cri-

ticado la teoría de Jackendoff por esta razón: algunas de las relaciones entre sintaxis y semántica son muy sistemáticas –por ejemplo, los agentes de un verbo siempre tienden a ser sujetos–, por lo que sería preferible derivarlas de reglas y no representarlas en el léxico.

Es posible concebir una extensión de la teoría de Jackendoff al análisis de los afijos y la formación de palabras. Demos un ejemplo. El sufijo *-dor*, que forma nombres de agente, podría entenderse como una función, categorizada como ‘cosa’, que relaciona un individuo con una acción de la que es agente, es decir, como en (10). Su morfología (o sintaxis) asociada indicaría que el evento es un V al que se une *-dor*, y que el resultado es un N que indica la entidad que actúa como agente.

$$(10) \left[ \begin{array}{c} [\text{cosa AGENTE}([\text{cosa}]_j, [\text{evento}]_i)] \\ [[V_i] \_\_\_\_\_\_]_{N_j} \end{array} \right]$$

Aquí surgen muchos de los fantasmas de la teoría de Jackendoff. Junto al problema de que sea necesario especificar la manera en que cada noción se materializa formalmente, no estamos seguros de que la función propuesta sea lo suficientemente general. ¿Podemos proponer una noción ‘agente’? ¿No es demasiado específica, ya que a veces este afijo expresa otras nociones? Este problema –la vaguedad del significado de los afijos– ha sido observado dentro de la teoría de Jackendoff, y volveremos sobre él en § 5.3.

### 5.2.2. *La estructura de qualia*

La segunda teoría donde se acepta que, al menos, la semántica es descomponible es la ESTRUCTURA DE QUALIA de James Pustejovsky (1995). De acuerdo con esta teoría, el significado de las palabras se representa mediante distintos niveles de información, y cada uno de ellos consta de primitivos sobre los que la gramática puede operar. Los cuatro niveles no reciben la misma atención en Pustejovsky, entre otras cosas porque tres de ellos ya habían sido identificados anteriormente (cf. § 1.2.1): la ESTRUCTURA ARGUMENTAL –el número e interpretación de los constituyentes obligatorios seleccionados por un predicado–, la ESTRUCTURA EVENTIVA –las fases o estadios de desarrollo que se suponen en la situación que denota un verbo– y la ESTRUCTURA DE HERENCIA, que codifica qué relaciones de significado establece una pieza léxica con otras dentro del sistema conceptual de una lengua, por ejemplo, como sinónomos, antónimos, etc. El cuarto nivel es el

que identifica Pustejovsky por primera vez: la estructura de qualia, que codifica los atributos esenciales de un concepto.

El qualia se divide en cuatro partes, y no todos los elementos del léxico codifican los cuatro. El QUALE CONSTITUTIVO es el que expresa la relación entre un objeto y sus constituyentes o partes propias (material, peso, elementos que lo componen). El QUALE FORMAL distingue al objeto dentro de un dominio mayor por su magnitud, forma, color, posición y otras propiedades significativas. El QUALE TÉLICO indica la función o propósito de una entidad, y el QUALE AGENTIVO especifica los factores que intervinieron en su creación. Podemos ilustrar esos cuatro aspectos de la estructura de qualia con una palabra que los posee todos: *menú*.

- (11) *menú*: estructura de qualia  
constitutivo: información, lista de cosas (x)  
formal: en papel (x), electrónico (x), etc.  
téllico: leer (Evento, y, x)  
agentivo: escribir (Evento, z, x)

En estos ejemplos, ‘x’ representa al propio objeto, que tiene los atributos indicados por cada quale. Indicamos así que un menú representa un objeto que contiene una lista de cosas –constitutivo–, se usa para leer algo sobre esas cosas –téllico–, se produce como resultado de una acción de escribir –agentivo–, y puede aparecer en papel o electrónicamente, entre otras opciones –formal–. Los qualia téllico y agentivo, como vemos en este ejemplo, suponen una acción que involucra al objeto x junto a otro participante: y para quien lo use, y z para quien lo cree.

La ventaja de este sistema es que permite dar cuenta de los significados que emergen cuando combinamos una palabra con otra, restringiendo ciertas combinaciones y dando cuenta, en otros casos, de la polisemia que admite una palabra. Veamos un primer ejemplo.

#### A) Selección léxica

Los sustantivos que pueden ser complemento directo del verbo *preguntar* están restringidos por propiedades semánticas. Podemos preguntar el menú en un restaurante, preguntar la lista de los reyes godos, o preguntar una novela determinada en un examen, pero no podemos *#preguntar el martillo* o *#preguntar el niño*. ¿De qué depende esto? Intuitivamente, de que el sustantivo empleado contenga como una parte constituyente del concepto que expresa la noción de ‘información’, ya que solo

podemos preguntar por cierta información. En la teoría de Pustejovsky, esto se expresa indicando que *preguntar* liga el quale constitutivo del sustantivo que le sigue y solo acepta aquellos que contengan ‘información’ como parte de esa noción.

- (12) preguntar [<sub>SN</sub> N [<sub>quale constitutivo: información</sub> ]

### B) Coerción de tipo

A efectos prácticos, que una palabra determinada ligue un qualia u otro permite acceder a la información asociada a ese concepto, y a menudo implica lo que se conoce como COERCIÓN DE TIPO. La coerción es el proceso gramatical por el que una palabra con cierto significado pasa a tener otro significado, distinto pero relacionado con el anterior, por el contexto gramatical en el que se emplea. En este caso, *menú* puede entenderse como un objeto físico de papel –si ligamos el quale formal– en un ejemplo como *Puso el menú en la carpeta*, pero pasa a emplearse como un objeto abstracto que contiene información cuando se combina con un verbo como el de (12). Hay otros muchos ejemplos de coerción de tipo, y todos implican ligar un quale distinto del formal. (13) muestra otro caso.

- (13) Juan empezó el menú.

El verbo *empezar* indica el comienzo de un evento, y por eso los sustantivos que puede tomar como complemento directo se restringen a aquellos que contienen en su significado información sobre cierto evento. *Menú* tiene esta información en el quale télico (‘leer’), y en el agentivo (‘escribir’). El verbo *empezar* puede ligar cualquiera de los dos (14), pero si liga el evento del quale télico, se interpreta ‘empezó a leer el menú’, y si liga el del quale agentivo, ‘empezó a escribir el menú’. Identificar un sustantivo que no puede ser complemento de *empezar* equivale, pues, a identificar un sustantivo sin quale agentivo y sin quale télico: por ejemplo, *#empezar el aire*.

- (14) empezar [<sub>SN</sub> N [<sub>quale agentivo: evento e1</sub>]  
[quale télico: evento e2]

### C) Polisemia

El lector recordará que rápido admite varios significados al combinarse con distintos sustantivos. Con el qualia, esta variedad significativa se puede explicar.

Con *coche rápido*, *rápido* modifica a la acción de moverse, porque esta es parte del quale télico de coche ('se usa para moverse'); en *comida rápida*, modifica al quale agentivo ('se cocina rápidamente'); en *juego rápido*, modifica a una de las partes constitutivas del sustantivo, que indica una acción, y por ello se interpreta como que la acción de jugar es rápida; en *vía rápida*, modifica de nuevo al télico ('se usa para viajar'), e indica, pues, la noción de viajar rápidamente, etc.

#### D) Qualia y morfología

Esta teoría tiene aplicaciones inmediatas para la morfología. Cabe pensar que ciertos afijos ligarán determinados qualia. Un buen ejemplo podría ser el del sufijo *-esco*, que forma adjetivos que denotan la propiedad de ser similar al nombre de la base o recordar a él: *folletinesco*, *sainetesco*, *gauchesco*, *libresco*, *picaresco*, *novelresco*, etc. Podríamos pensar, pues, que el afijo forma un adjetivo cuyo quale formal se identifica con la noción expresada en la base

$$(15) \quad \text{-esco} \quad [N_{[\text{quale formal: } \alpha_i]} \text{ } ]_A [\text{quale formal: } \alpha_i]$$

Un sufijo colectivo, como *-eda* en *alameda*, *rosaleda*, etc., podría caracterizarse como un sufijo que define al nombre de la base como el quale constitutivo de la palabra compleja.

$$(16) \quad \text{-eda} \quad [N\alpha \text{ } ]_N [\text{quale constitutivo: } \alpha_i]$$

Por último, ciertos afijos tienen un significado variable, como sucede con *empezar*. *-oso*, a veces con el mismo sustantivo en su base, puede indicar 'posesión de X' o 'parecido con X'. *Meloso* puede ser 'que tiene miel' o 'que se parece a la miel' por alguna de sus propiedades. Esto puede capturarse si permitimos que forme adjetivos tanto definiendo un quale constitutivo con la noción expresada por la base (17a) como copiando el quale formal del sustantivo de la base en su propio quale formal (17b).

$$(17) \quad \begin{array}{ll} \text{a. -oso} & [N\alpha \text{ } ]_A [\text{quale constitutivo: } \alpha_i] \\ \text{b. -oso} & [N_{[\text{quale formal: } \alpha_i]} \text{ } ]_A [\text{quale formal: } \alpha_i] \end{array}$$

La estructura de qualia ha sido propuesta hace tan poco tiempo que aún se están explorando sus aplicaciones en la semántica léxica, la formación del significado de sintagmas y oraciones, y el análisis computacional de las lenguas naturales.

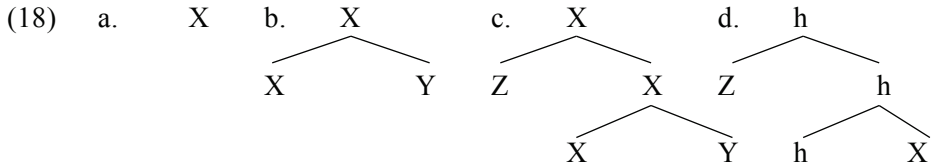
### *5.2.3. Estructuras sintáctico-léxicas*

Pasamos ahora a las teorías que consideran que solo ciertos aspectos del significado, los que afectan a la gramática de una palabra, deben ser descompuestos. Como el lector ya habrá entendido a estas alturas, cómo dividir estos dos aspectos de significado es una cuestión empírica, y no siempre está claro dónde tienen sus límites. Lo que sí es diáfano es la metodología que se debe usar para determinar los límites, y sus consecuencias: se debe determinar si un aspecto del significado incide en propiedades formales –como la marca de caso adoptada, el orden de palabras, la concordancia, la legitimación de términos de polaridad negativa, etc.– y en caso de que forme parte de la semántica estructural, se elimina de la entrada léxica de una palabra y se codifica en una estructura gramatical (sintáctica o morfológica). Por dar un ejemplo: si aceptamos una división entre estos dos tipos de semántica y se demuestra que las observaciones hechas por Pustejovsky sobre la estructura de qualia tienen incidencia directa sobre la forma del lenguaje, querríamos codificar esta estructura fuera del léxico y representarla como elementos dentro de nuestro árbol, o como interpretaciones distintas que surgen de ese árbol.

En realidad, la morfología, la nanosintaxis, y muchos autores lexicalistas pertenecen a la categoría de las teorías que solo incluyen en la descomposición estructural las nociones que son directamente relevantes para la gramática. En este apartado nos concentraremos en la SINTÁXIS LÉXICA de Hale y Keyser.

#### *A) Restricciones a la estructura argumental*

La base de esta teoría es que la semántica estructural de los elementos léxicos se define mediante estructuras que están sujetas a las mismas restricciones combinatorias de la sintaxis. Esto restringe el tipo de significado posible que puede tener una palabra, y también la clase de argumentos que un predicado puede llevar. Hale y Keyser comienzan con la observación de que dado lo que sabemos sobre los núcleos y cómo se combinan con otros elementos, solo tenemos cuatro estructuras básicas: un núcleo X que no toma ningún argumento (18a), un núcleo X que toma un complemento (18b), un núcleo X que toma tanto un complemento como un especificador (18c) y un núcleo X que solo toma un especificador (18d).



La estructura de (18d) merece algún comentario. Hale y Keyser presuponen, siguiendo ciertos supuestos del minimalismo (Chomsky, 1995), que un núcleo no puede tomar un especificador si previamente no ha tomado un complemento. El lector familiarizado con la teoría de la X-barra (Chomsky, 1981) sabe que esto no es así en todas las propuestas, pero es cierto en la suposición de que el especificador es el segundo argumento de un núcleo y el complemento es el primero: no podemos tener un segundo argumento si no tenemos antes el primero. Para que un núcleo solo tome un especificador, pues, debe convertirse en el complemento de un núcleo distinto (h en 18d), que también toma al especificador que requiere X semánticamente.

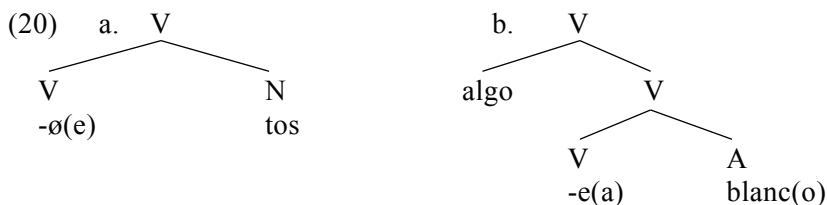
### B) Definición configuracional de la categoría léxica

Estas estructuras determinan, pues, qué argumentos lleva un elemento en el léxico. Esta es una propiedad construccionista del sistema de Hale y Keyser, ya que la existencia de las estructuras hace innecesario que se listen en el léxico los argumentos de un predicado, verbal o de otro tipo. Más allá de esto, Hale y Keyser proponen que las estructuras de (18) definen un núcleo como perteneciente a una categoría léxica: (18a) es un sustantivo, como *perro*; (18b), un verbo como *toser* o *llegar*; (18c), una preposición, que se usa para relacionar dos entidades entre sí; (18d), un adjetivo como *guapo*, que tiene que predicarse de una entidad. Tampoco sería necesario, pues, listar las unidades en el léxico con su categoría, ya que las estructuras las definirían, configuracionalmente, como verbo, adjetivo, sustantivo o preposición. Una virtud de la teoría de Hale y Keyser es que la misma estructura aporta una buena parte de la semántica de una pieza, y además, las restricciones sobre cómo se pueden formar las estructuras delimitan severamente las categorías léxicas y las estructuras argumentales que pueden tener las lenguas naturales.

Veamos cómo estas estructuras se usan en la práctica. En inglés y en español se observa que muchos verbos que proceden de sustantivos son intransitivos, mientras que muchos de los que proceden de adjetivos son transitivos. (19) da ejemplos de ambos tipos.

- (19) a. toser (de *tos*), estornudar (de *estornudo*), babear (de *baba*).  
b. clarificar (de *claro*), blanquear (de *blanco*), limpiar (de *limpio*).

Hale y Keyser explican el contraste de la siguiente manera. Los primeros verbos se forman con estructuras léxicas como las de (20a), mientras que los segundos tienen una estructura más compleja, la de (20b), donde el especificador del verbo está pedido semánticamente por el adjetivo.



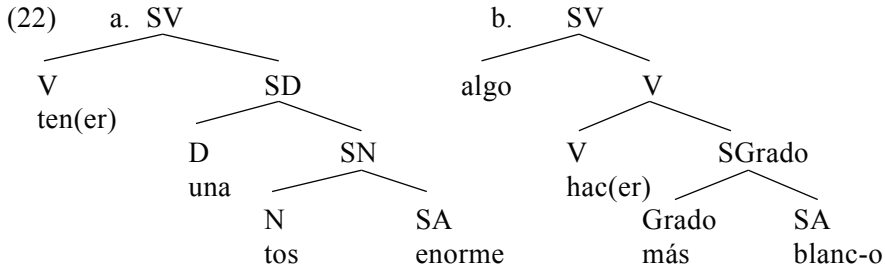
Los verbos adquieren su forma final cuando V y su complemento se combinan en una forma compleja –en nuestros ejemplos, respectivamente, *tos-ø(e)* y *blanqu-e(a)*–. Una vez hecho esto, la estructura de (20b) tiene un argumento que no se realiza como parte del verbo –el especificador–, pero (20a) no tiene nada más. Consecuentemente, el primer verbo es normalmente intransitivo, pero el segundo es transitivo.

- (21) a. toser.  
b. blanquear algo.

### C) Sintaxis léxica y sintaxis propia

La propuesta de Hale y Keyser tiene una propiedad lexicalista: hay una sintaxis léxica y una sintaxis propia, y la primera condiciona las propiedades de la segunda. Esto nos recuerda a la relación jerárquica entre morfología y sintaxis en el lexicalismo. Las estructuras de (18) y (20) son léxicas, y por eso no las hemos representado como sintagmas, como el lector atento ya habrá notado. Se diferencian de las estructuras sintácticas propias en que estas últimas pueden incluir entre sus proyecciones categorías funcionales. En (20a), el complemento del verbo es un N que no contiene determinantes, número o género; en (20b), el complemento es un A sin grado o concordancia. Si introducimos estas proyecciones, la estructura resultante debe estar formada en la sintaxis propia, y no se materializará como un solo verbo léxico: cada nudo se realizará con una forma separada.

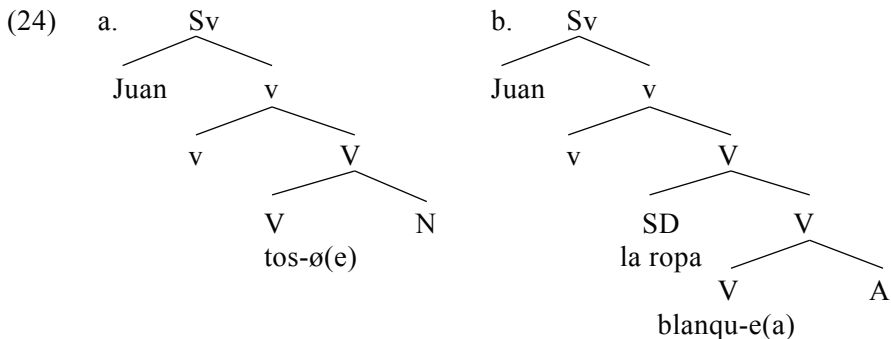




- (23) a. tener una tos enorme (\*toser una enorme)  
 b. hacer algo más blanco (\*más-blanc-o-ear)

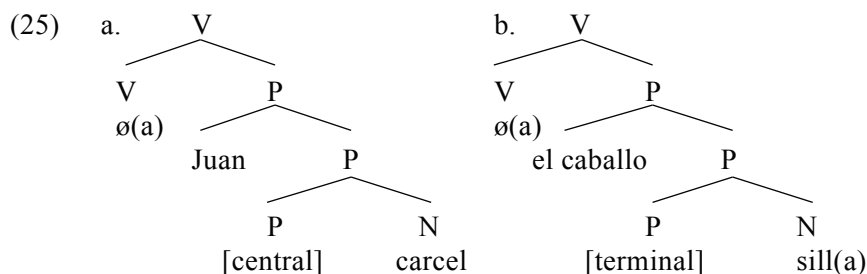
La imposibilidad de tener categorías funcionales en la sintaxis léxica nos recuerda a la restricción que se propone en el lexicalismo contra tener proyecciones funcionales dentro de las estructuras morfológicas (§ 3.1.1): si estas están presentes, la estructura se ha construido en la sintaxis propia. Cuando aparecen proyecciones funcionales, pues, obtenemos VERSIONES ANALÍTICAS –expresadas mediante distintos elementos independientes, como en *tener una tos terrible*– de una configuración estructural que, sin esas proyecciones, se expresa de FORMA SINTÉTICA –integrando sus constituyentes en una sola forma, como en *toser*–.

La sintaxis propia puede construir sobre la estructura que se obtiene de la sintaxis léxica, pero sin alterar las propiedades de lo que esta última ha definido. Hale y Keyser suponen –por razones que el lector interesado encontrará en Kratzer (1996)– que el agente de un verbo causativo es introducido por una proyección funcional. De esta forma, las estructuras de (20) obtienen su sujeto.



Otro caso muy estudiado es el de los VERBOS DE LOCACIÓN, como *encarcelar*, que indica que cierta entidad pasa a establecer cierta relación de lugar con

otra. Estos verbos transitivos se dividen en dos grupos: de LOCATIO, como *encarcelar*, en los que el complemento directo es la entidad que pasa a ocupar un lugar, expresado en el verbo, y de LOCATUM, en los que el complemento directo funciona como un lugar en el que se sitúa la entidad expresada en la base verbal. Para Hale y Keyser, estos verbos en la sintaxis léxica toman una estructura preposicional como complemento. Los verbos de locatio toman una preposición equivalente a ‘en’, llamada PREPOSICIÓN DE COINCIDENCIA CENTRAL (25a). Los verbos de locatum toman una preposición de naturaleza distinta, llamada DE COINCIDENCIA TERMINAL, que equivale a ‘a’ o ‘con’ (25b). Como se observa, el especificador de la estructura preposicional termina en ambos casos siendo el complemento directo en la sintaxis propia (26).



- (26) a. encarcelar a Juan  
b. ensillar el caballo

Vemos que esta estructura permite un análisis composicional y con ramificación binaria de al menos ciertos verbos parasintéticos (§ 3.3.3).

#### D) Relación con los exponentes y otras cuestiones abiertas

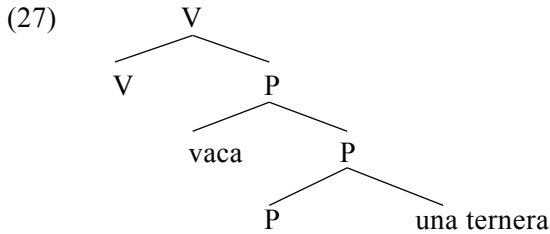
Este ejemplo nos sirve para ilustrar una cuestión pendiente en el sistema de Hale y Keyser. Pese a que la preposición que se usa en cada estructura es distinta, la materialización parece la misma: *en-* en ambos casos. Si se confirma que la preposición es distinta –Mateu (2002) propone que es la misma–, esto plantea el problema de entender cómo se establece la relación entre exponentes y rasgos morfosintácticos en el sistema de Hale y Keyser. Estos autores no son explícitos acerca de esto, aunque en ocasiones sugieren que la relación es completamente arbitraria y no se pueden establecer correlaciones significativas entre una estructura y la forma en que se materializa morfofonológica-

mente. Por ejemplo, estos autores admiten que una preposición –es decir, algo definido como preposición en la sintaxis léxica– puede recibir la materialización de un verbo. Este sería el análisis del inglés *have* ‘tener’ en su modelo, ya que el verbo *tener* equivaldría a ‘con X’ –es decir, *tener fiebre* = (*estar*) *con fiebre*–. En su versión más fuerte, la teoría rompe la correlación directa entre sintaxis y materialización morfológica de forma parecida a como lo hace la morfología distribuida. Cabe imaginar una versión más débil, en la que *tener* fuera una estructura preposicional seleccionada por un verbo copulativo, pero en tal caso el verbo no se interpretaría semánticamente, o al menos no es obvio cómo se interpretaría. Esta es la primera cuestión empírica pendiente en esta teoría.

Otro problema empírico que merece más investigación es qué sucede con los verbos denominales que toman complemento directo, como *color-ear*, o los verbos deadjetivales que no lo toman, como *amarg-ar* ‘ser amargo’. La propuesta de Hale y Keyser esperaría que su estructura fuera diferente a la que hemos presentado en (20), pero esto plantea el problema de cómo se definen categorialmente sus bases. En el primer caso, ya que necesitamos más estructura, el problema no es tan grave: podríamos entender que la base del verbo es una estructura preposicional, equivalente a ‘poner color a algo’, aunque resulta inesperado que la preposición no se materialice. El segundo caso es más serio, ya que necesitaríamos que *amargo* fuera un sustantivo y no tomara, pues, un especificador, pero no podemos usar este elemento como tal (\**un amargo*). Como sucede con todas las teorías que hacen predicciones empíricas claras, la sintaxis léxica nos ofrece numerosas cuestiones para investigaciones futuras.

### E) Las palabras imposibles

Un sistema configuracional como este nos permite decir algo sobre las llamadas palabras imposibles. Ya dijimos en § 5.1.1 que no conocemos lenguas donde exista un verbo *vacar*, procedente de un sustantivo, *vaca*, que quiera decir ‘una vaca tiene X’, donde X es un complemento directo, y admita por tanto una construcción como \**vacar una ternera*. La razón de esta imposibilidad es simple. Incluso suponiendo que este sujeto *vaca* se define en la sintaxis léxica, y no en la sintaxis propia, estaríamos formando una estructura como la de (27) –con P, ya que el sustantivo por sí solo no puede introducir más argumentos–.



A partir de aquí, para obtener el verbo *vacar* debemos formar una palabra con el especificador de P y el núcleo. Sin embargo, ya hemos visto que las palabras se forman combinando elementos que establecen entre sí una relación de núcleo y complemento, por lo que sería estructuralmente imposible formar una palabra aquí. La consecuencia es que nunca podríamos construir un verbo *vacar* con ese significado y esas propiedades gramaticales.

#### 5.2.4. La gramática de construcciones

En nuestra revisión de cómo se descompone el significado de una forma, existe una última posibilidad: aunque es posible identificar unidades formales en su interior, no procede descomponer su significado. Esta es la opción de la GRAMÁTICA DE CONSTRUCCIONES. En esta teoría el léxico no contiene ni morfemas ni palabras: es una lista de plantillas que definen un esquema estructural, como en (28). Es decir: la morfología y la sintaxis no combinan unidades entre sí mediante reglas, sino que el léxico contiene ya plantillas ensambladas con un significado y unas propiedades gramaticales determinadas.

- (28)
- |                                                       |                                        |
|-------------------------------------------------------|----------------------------------------|
| a. [ [ ] <sub>V</sub> dor ] <sub>N</sub>              | <----> persona o cosa que hace V       |
| b. [ [ ] <sub>V</sub> [ ] <sub>N</sub> ] <sub>N</sub> | <----> persona o cosa que hace V con N |
| c. [ papel ] <sub>N</sub>                             | <----> cierta sustancia                |

Algunas de estas plantillas tienen elementos vacíos en los que es posible introducir otras plantillas para obtener formas más complejas. La plantilla de (28a) tiene una posición especificada –ocupada por *dor*– y otra libre, en la que se puede introducir cualquier elemento especificado como verbo; el resultado, superficialmente, sería una palabra derivada en *-dor*. Esto es lo más común, pero puede haber plantillas que tengan ambas posiciones libres, como (28b). Una vez que esta plantilla estuviera rellena, nos daría compuestos de la clase de *limpiabotas*, *abrecartas* y *parasol*. También puede haber, trivialmente, planti-

llas sin posiciones libres, como (28c), que correspondería a lo que tradicionalmente se ha llamado ‘palabra no compleja’.

Estas plantillas se conocen técnicamente como CONSTRUCCIONES. Tienen dos propiedades que las diferencian de las estructuras formadas por combinación de unidades menores. La primera es que la información asociada a la construcción no se deriva necesariamente de la información que poseen sus partes constituyentes, es decir, no se da una relación composicional. Cada construcción, como bloque, está asociada a un significado particular y a un conjunto de propiedades gramaticales particular –una categoría léxica, número, género, etc.–, de forma idiosincrásica, como corresponde a las entidades listadas en el léxico. Esto permite dar cuenta de los casos de exocentricidad que observamos en § 3.3.1, como *un relaciones públicas* o *un cabeza rapada*: en cierto sentido, todas las palabras serían exocéntricas, porque las propiedades de la combinación se definen arbitrariamente en el léxico, sin atender a sus unidades componentes.

La propiedad esencial de las construcciones es que, aunque se pueden descomponer en unidades formales menores –las casillas de la plantilla– su significado es atómico y debe ser especificado para cada caso, es decir, no es obtenido a partir del significado separado de estas unidades formales.

Un argumento empírico a favor de esta teoría es el de las LOCUCIONES IDIOMÁTICAS SEMIPRODUCTIVAS. Una locución idiomática es, como el lector recordará, una secuencia de elementos cuyo significado es inderivable a partir del significado de las unidades que lo componen, como sacarle a alguien las castañas del fuego. Las teorías que revisamos en el capítulo 3 tratan estos casos listando léxicamente cada forma por separado. Pero ¿qué sucedería si identificáramos una familia de locuciones idiomáticas que comparten aspectos importantes de su significado no predecible y de su forma? Listar léxicamente cada forma por separado no resolvería nada, porque entonces nos daríamos cuenta de que toda la familia comparte propiedades; derivar el significado de la estructura sería imposible, ya que su valor no es composicional. Esto es lo que, según Booij (2010), sucede con las palabras inglesas de (29).

- (29) a. age-less  
      edad-menos ‘sin edad’
- b. arm-less  
      brazo-menos ‘manco’
- c. home-less  
      casa-menos ‘sin casa’

Hay muchísimas otras: *heart-less* ‘sin corazón’, *hope-less* ‘sin esperanza’, *ice-less* ‘sin hielo’, etc. Todas coinciden en indicar la carencia de lo que expre-

sa el sustantivo en la base, pero este significado no puede provenir del sufijo *less*, que significa ‘menos’. Un *home-less* no es alguien que tiene menos casa que otro; es sencillamente alguien que no tiene casa. No hay, pues, composicionalidad, pero el esquema es productivo y se forman activamente nuevas palabras con la misma relación entre forma y significado. ¿Cuál es la solución? Proponer una construcción como la de (30), asociada en bloque al significado, con una posición variable para introducir un sustantivo y otra fija en la que especificamos *less*.

(30) [ [ \_\_\_\_\_ ]<sub>N</sub> less ]<sub>A</sub> <---> sin N

La gramática de construcciones y su aplicación morfológica es una de las teorías que está teniendo mayor auge en la actualidad, y sus extensiones van mucho más allá de lo que podemos cubrir en estas líneas, pero incluyen problemas empíricos tan serios y debatidos como la naturaleza de las partículas verbales en las lenguas germánicas (eg., *come up*, literalmente ‘venir arriba’, que significa ‘surgir’), la prefijación aspectual en las lenguas eslavas o la exocentricidad. Su cuestionamiento de las teorías composicionales viene en forma de datos empíricos cuidadosamente estudiados, lo cual hace recomendable que todo morfológico—incluso quienes adoptan sistemas donde se forman estructuras— siga sus hallazgos.

### 5.3. ¿Tienen significado los afijos?

En el capítulo 2 mencionábamos que una diferencia entre las raíces y los afijos es que los segundos suelen tener un significado más abstracto, que debe apoyarse sobre el de las raíces para ser completo. La pregunta es cómo de abstracto es este significado. La respuesta depende de lo que digamos sobre casos empíricos como los de (31), que son extremadamente comunes en las lenguas naturales: un mismo afijo se emplea para expresar una gran variedad de significados que a menudo resulta difícil relacionar entre sí.

- (31) a. montañ-oso ‘que tiene montañas’
- b. angusti-oso ‘que produce angustia’
- c. furi-oso ‘que experimenta furia’
- d. chism-oso ‘propenso a contar chismes’

Tal vez podamos unificar dos de estos significados, (31a) y (31b), si usamos una paráfrasis ‘con N’ —‘con montañas’ y ‘con furia’—, pero los otros significados

son nítidamente distintos de este. ¿Quiere esto decir que estamos ante afijos distintos, pero homófonos? La propuesta no parece buena, primero, porque la selección categorial de cada uno de estos supuestos afijos homófonos sería la misma –siempre toman sustantivos–, y segundo, porque la misma homofonía se daría en otras lenguas (como el inglés *-ous*), lo cual sería demasiada casualidad si nos limitamos a listar formas iguales en el léxico.

Tres han sido las explicaciones que se han ofrecido a este problema recurrente. La primera es la de no descomponer los afijos en el interior de la palabra, como hacen las teorías de Unidad y proceso o Palabra y paradigma. Ya hemos visto soluciones de este tipo, por lo que no lo volveremos a discutir aquí.

#### A) Subespecificación del significado y gramática de construcciones

La segunda es la que ofrece la gramática de construcciones: proponer un esquema abstracto asociado a un significado no composicional.

(32) [ [ \_\_\_\_\_ ]<sub>N</sub> oso ]<sub>A</sub>

Esto soluciona el problema de asociar un significado al afijo, pero no el de dar cuenta de cómo se interpretan las formas de (31). ¿Por qué en algunos casos se emplea la glosa ‘que produce N’ y en otros ‘que tiene N’ o ‘que experimenta N’? Podríamos tratar de tener en el léxico dos construcciones relacionadas, como en (33), restringiendo el tipo de sustantivo que se emplea en cada caso y asociando distintos significados a cada una.

(33) a. [ [ <abstracto> ]<sub>N</sub> oso ]<sub>A</sub> <----> que causa o experimenta N  
 b. [ [ <concreto> ]<sub>N</sub> oso ]<sub>A</sub> <----> que tiene N

No resolveríamos todo; con nombres que designan emociones, seguiríamos teniendo una ambigüedad (¿causa o experimenta la emoción?). En este punto, Janda (2011) hace una propuesta: una construcción está asociada a un significado determinado, pero a partir de él, aplicando operaciones cognitivas generales de semejanza y asociación, se pueden derivar otros significados relacionados. Por ejemplo, el significado básico de *España* es el de cierta nación que ocupa un lugar, pero los hablantes pueden extender el significado para que exprese los habitantes del país, como en *España exige nuevas elecciones*. Esta operación mental se conoce como METONIMIA, y podría emplearse en la construcción de (33a) para simplificar su significado. Podríamos suponer un valor básico ‘que experimenta N’

y permitir que la metonimia nos derive el valor ‘que causa N’ mediante una relación entre la noción de ‘estado experimentado’ (*sentir angustia*) y la noción de ‘causación de un estado’ (*hacer que alguien sienta angustia*). De esta forma podríamos simplificar (33a) como (34).

- (34)      [[<abstracto>]<sub>N</sub> oso]<sub>A</sub> <---> que sufre N
- metonimia  
↓  
(que causa que X sufra N)

El lector puede preguntarse por qué no hemos propuesto que el significado de causa es básico y el otro se deriva metonímicamente de él. La razón es que con la decisión que hemos tomado en (34) podemos unificar esta entrada con (33b), y así obtener una sola construcción. (33b) y (34) comparten ahora la noción de expresar un estado en el que una entidad sufre o posee algo pasivamente, sin causación. Podemos, pues, llegar así a (35), donde ya no es necesario suponer dos construcciones con distintos tipos de N.

- (35)      [[\_\_\_\_\_] <sub>N</sub> oso]<sub>A</sub> <---> que establece una relación pasiva con N
- metonimia  
↓  
que causa que otro tenga una relación con N

Ahora, (35) puede usarse para explicar todos los significados del afijo. Podemos discutir los detalles de la propuesta, y refinar muchos de sus aspectos, pero observemos cómo hemos unificado los significados para obtener una sola semántica: fundamentalmente, hemos abstraído la contribución semántica del afijo hasta el extremo de que ahora solo designa cierta relación entre dos elementos, y a continuación hemos admitido una operación cognitiva que deriva un significado causativo a partir de este valor.

### B) Subespecificación del significado y estructuras léxico-conceptuales

La tercera opción es semejante a esta en muchos aspectos, pero difiere de ella en que no emplea operaciones cognitivas generales, como la metonimia. Su expresión más clara es Lieber (2004), que entronca con las estructuras léxico-



conceptuales de Jackendoff. La propuesta de Lieber es que en una estructura léxica conceptual es necesario distinguir dos niveles: el ESQUELETO DE UNA ENTRADA y su CUERPO. Por esqueleto, Lieber entiende la estructura de funciones y argumentos que se asocian a una pieza, y que tienen incidencia en la gramática. Por cuerpo, se entiende la naturaleza conceptual exacta de esos argumentos o funciones; como se ve, la diferencia es semejante a la que se admite entre semántica estructural y semántica conceptual. Con estas suposiciones en la cabeza, Lieber propone que el sufijo inglés *-er* ‘-dor’ tiene la siguiente representación léxica.

- (36) [+material, dinámico ([i], <base...[i]>)]

Toda la especificación del afijo está en solicitar un esqueleto determinado. Es decir: *-er* es una función que designa una entidad material –no un evento, por ejemplo– y dinámica –porque desempeña cierta actividad–. Toma como argumento una base, y uno de los argumentos internos de esa base debe identificarse con la entidad que *-er* expresa. Esto último es lo que se representa mediante la coindización con  $i$ .

La inmensa mayoría de los afijos tendrían esta propiedad: representan una serie de condiciones que establecen cómo se relacionan con su base, y una información general sobre el tipo de entidad que denotan —material o no, dinámica o no—, pero no aportan significado más allá de esto, es decir, no tienen cuerpo. Esto es lo que quiere decir ‘significado abstracto de los afijos’ en la teoría de Lieber.

Veamos cómo la entrada permite dar cuenta de los distintos usos de *-er*. Cuando la base es un verbo causativo, con agente, obtenemos el significado de-verbal agentivo de *-er* porque se coindiza con el argumento más alto del verbo de su base, como en *writ-er* 'escrit-or'.

- (37) [+material, dinámico ([i ], [+dinámico ([i ], [ ]))]  
-er write

Pero el afijo, como vemos en (35), no impone condiciones a qué significado debe tener el argumento que se coindiza. Esto permite que el inglés *-er* tome cualquier tipo de argumento de su base, incluyendo la referencia de un sustantivo, como en *villag-er* ‘habitante de un pueblo’, de *village* ‘pueblo’. Muchos otros sustantivos en *-er* toman en inglés bases nominales, y conceptualmente –en su cuerpo– dan lugar a una gran variedad de significados.

- (38) [+material, dinámico ([i ], [-dinámico ([i ]))]  
-er village

Ya que *-er* no impone restricciones de significado al argumento de la base con el que se coindiza, esperamos que con ciertas bases verbales no designe al agente. Esto se confirma: *los-er* (*perde-dor*).

La propuesta de Lieber puede entenderse como un intento de tomar las estructuras léxico-conceptuales y reducirlas a los aspectos mínimos de significado que son necesarios para explicar su incidencia gramatical, es decir, un intento de purificarlas de elementos conceptuales como los que critica Mateu (2002) en la versión de Jackendoff (1990). De esta propuesta surge una caracterización del significado de los afijos en la que proporcionan pautas estructurales que determinan condiciones mínimas sobre la naturaleza de los elementos que deben ligar y el tipo de función que representan. Su polisemia y la vaguedad de su significado deriva precisamente de que estas pautas se definen sobre el esqueleto formado por funciones y argumentos, y no sobre el cuerpo que contiene valores conceptuales.

## Ejercicios y problemas

1. En una lengua de su elección, elija un afijo usado para formar adjetivos y otro usado para formar sustantivos, y determine qué significados pueden expresar. En la variedad de valores que probablemente encuentre, ¿puede encontrar generalizaciones basadas, por ejemplo, en la semántica de la base? ¿Puede unificar sus significados? Utilice la teoría que prefiera.
2. Algunos pares de preposiciones pueden entenderse semánticamente como que una es la contraria de la otra: *con* y *sin*, *dentro de* y *fuera de*, *hacia* y *desde*. Identifique cuatro o cinco pares de este tipo en una lengua de su elección. ¿Cabe analizar que un miembro de cada par se forma añadiendo la negación al otro miembro? Discuta esta posibilidad, que puede ser legítima para unos casos pero no para otros, y dé argumentos.
3. En una lengua de su elección, haga un estudio de la posible descomposición en unidades menores del significado de una de estas clases de predicados – seleccione 20 o 30 formas–: (a) verbos causativos que pueden usarse como verbos de cambio de estado –como *hervir* en *Juan rompió la ventana* frente a *La ventana se rompió*–; (b) adjetivos que pueden usarse para indicar ‘tener cierta propiedad’ o ‘producir cierta propiedad en otra entidad’, como *aburrido* en *Juan está aburrido* y *El libro es aburrido*; (c) verbos que pueden usarse para expresar una acción con cambio o un estado de cosas, como *bloquear* en *La roca bloqueó el camino al caer* y *Una roca bloquea el camino*. Compare su análisis en al menos dos de las teorías estudiadas en § 5.2.

4. En una lengua de su elección, identifique cinco afijos que se usen para formar sustantivos a partir de otros sustantivos (como *-eda* en *rosal-eda*) o adjetivos a partir de adjetivos. Estudie sus valores, y trate de dar cuenta de ellos proponiendo estructuras de qualia para los sustantivos de la base y estudiando qué tipo de qualia liga cada afijo en su base.

### **Lecturas recomendadas**

El lector interesado puede empezar por leer los libros que hemos ido citando en la exposición de cada teoría, como Hale y Keyser (2002), Lieber (2004), Pustejovsky (1995), Booij (2010) o Jackendoff (1990). Además, puede encontrar un interesante debate entre el atomismo fodoriano y la descomposición semántica en Fodor y Lepore (1998) y Pustejovsky (1998), por un lado, y en Fodor y Lepore (1999) y Hale y Keyser (1999), por otro. Quien desee saber más sobre las recientes aplicaciones de la gramática de construcciones puede leer a Goldberg (2006).



## PARTE III

# *Flexión, derivación y composición*



# 6

## *La flexión y su análisis*

En las dos primeras partes del libro nos hemos centrado en cuestiones empíricas y analíticas generales sobre las unidades de la morfología, el tipo de estructuras al que da lugar su combinación y sus relaciones con la morfofonología y la semántica léxica. En los cuatro capítulos restantes, aplicaremos estas cuestiones al análisis de fenómenos particulares. El lector notará que estos cuatro capítulos tienen una forma distinta a los anteriores. Ahora, comenzaremos los temas con ciertas observaciones generales, teóricas y clasificatorias, que recogen la visión actual de ciertos fenómenos. A continuación, nos centraremos en solo algunos de estos casos particulares, detallaremos más sus datos relevantes y expondremos análisis concretos, que revisaremos desde una perspectiva crítica. En ninguno de los casos alcanzaremos conclusiones definitivas. El objetivo de estos capítulos, pues, es doble: que se pueda ver en detalle los pasos que se siguen al analizar fenómenos morfológicos, y que sea posible familiarizarse con las ventajas y desventajas que un análisis completo presenta, de manera que, en el futuro, sea el propio lector quien pueda centrarse en esos aspectos y, tal vez, proporcionar un análisis mejor que supere a los anteriores.

### **6.1. Propiedades de la flexión: su estatuto teórico**

En el capítulo 1, caracterizamos la flexión como el conjunto de operaciones que nos proporcionan la forma que una palabra debe adoptar dado cierto contexto sintáctico. Desde el capítulo 1 hasta ahora, muchas de las nociones que usamos en esa definición han ido siendo revisadas. Sabemos que la noción de palabra es

problemática –por lo que lo será más la noción de ‘forma de una palabra’– y que tampoco está claro cómo interactúa la morfología con el contexto sintáctico –para algunos gramáticos, la forma interna de las palabras es en sí misma un contexto sintáctico–. De hecho, la distinción tradicional entre flexión y derivación (y aun composición) es problemática empíricamente y ha sido rechazada por gramáticos desde muy variadas perspectivas teóricas.

*A) Problemas del concepto de ‘flexión’: variación morfológica*

Tradicionalmente, se considera parte de la flexión el género, el número y el caso de los sustantivos, el tiempo, el aspecto y el modo de los verbos, y todos los procesos de concordancia, como los que se dan entre sustantivos y verbos o sustantivos y adjetivos. Sin embargo, la clasificación no es tan sencilla, incluso si aceptamos la polémica afirmación de que la flexión es distinta de la derivación.

Para empezar, se ha sabido desde hace ya mucho tiempo que hay otras muchas nociones ‘flexivas’ que las lenguas pueden expresar en la morfología de sus palabras. No es fácil dar una lista cerrada, aplicable a todas las lenguas del mundo, de las nociones que cada clase léxica de palabras expresa en su flexión. El español no expresa caso en los sustantivos, pero sí en ciertos pronombres personales (*yo ~ me ~ mí*). Algunas lenguas, como el noruego, marcan la definitud de un sustantivo, que en español indicamos mediante el artículo definido *el*, mediante un sufijo: *bok-en* ‘el libro’ vs. *bok* ‘libro’. En ciertas lenguas, el adjetivo concuerda con un sustantivo en género y número, pero en otras, como el inglés, no pasa esto –o al menos, si pasa, no se refleja en los exponentes que toma el adjetivo– (1). Algunas lenguas, como las bantúes, concuerdan el verbo tanto con el sujeto como con el objeto, mientras que otras solo concuerdan el sujeto –como el español– y otras no parecen concordar con ningún sustantivo –como el noruego, donde el verbo solo toma una marca para indicar que es tiempo presente– (2). La concordancia con el sujeto, además, puede ser en persona y número, como en español, o incluir también el género –al menos en algunas personas–, como en árabe clásico, donde se distinguen algunas formas verbales femeninas de otras masculinas (3). En otras palabras: cada lengua determina qué nociones gramaticales se MORFOLOGIZAN en la flexión de una palabra.

- (1) a. un niño alto ~ unas niñas altas
- b. a tall boy ~ some tall girls
- un alto niño ~ unas alto niñas



- (2) a. ngi -m -nika isipho / ni -m -nika isipho  
 1sg.suj.-3sg.ob-dar regalo 2pl.suj-3sg.ob-dar regalo  
 ‘Le doy un regalo’ / ‘Le dais un regalo’ (Zulú)  
 b. Le doy un regalo / Le dais un regalo.  
 c. Jeg gi-r henne en presang / Dere gi-r henne en presang  
 yo dar-pres ella un regalo / vosotros dar-pres ella un regalo  
 ‘Le doy un regalo’ / ‘Le dais un regalo’
- (3) a. našarta / našarti  
 ayudaste (masc.) ayudaste (fem.)  
 b. našara / našarat  
 ayudó (masc.) ayudó (fem.)

En segundo lugar, tampoco es seguro que todas las lenguas del mundo distingan las mismas clases léxicas de palabras. Parece que todas las lenguas distinguen de alguna forma verbos y sustantivos –aunque la forma de distinguirlos puede variar–, pero se ha propuesto que algunas lenguas carecen de adjetivos –y emplean en su lugar o sustantivos o verbos estativos–. El navajo es un caso donde se ha propuesto esta propiedad; otras lenguas de las que se ha afirmado esto son el achenés (hablado en Sumatra, Indonesia), el muna (hablado en la isla de Célebes, también de Indonesia), o las lenguas de signos sueca o británica.

### B) Problemas del concepto de ‘flexión’: su diferencia con la derivación

En tercer lugar, incluso quienes admiten una diferencia entre flexión y derivación observan que ciertas nociones no se clasifican fácilmente ni como derivativas ni como flexivas. Mencionemos dos que son particularmente polémicos: el grado del adjetivo –la diferencia entre *bueno*, *mejor* y *óptimo*– y las vocales temáticas, las desinencias y, en general, todos los morfemas que se emplean para marcar la clase léxica de una palabra. Veremos por qué en § 6.4 y § 7.1.

Incluso si nos restringimos a casos prototípicos de flexión, y a una sola lengua, vemos inmediatamente que las propiedades de la flexión a menudo se acercan peligrosamente a las de la derivación.

Una propiedad de la flexión es que no altera el significado conceptual de la base. En sentido estricto, esto querría decir que la flexión siempre da un significado composicional. Quien sabe lo que significa *perro* puede deducir lo que significa *perro-s*: el mismo concepto, pero ahora representado por varios individuos. Esto, sin embargo, es falso. Tenemos casos de formas plurales cuyo significado

conceptual es distinto de la forma singular. Un buen ejemplo es *celos*, que denota un estado psicológico marcadamente distinto del que tiene el singular *celo*, como en *Mostró un gran celo profesional al revisar la sentencia*.

También veíamos que la flexión debería ser incapaz de alterar otros aspectos, ahora estructurales, del significado de las palabras, como su estructura argumental o su estructura eventiva. Sin embargo, en español, el pretérito indefinido (o pretérito perfecto simple) con algunos verbos estativos altera esta última información. Un verbo como *saber* denota un estado, como en *Juan sabe inglés*. Dado que el pretérito indefinido marca un punto final para la noción denotada por el verbo, *\*Juan supo inglés* es una oración anómala. Sin embargo, en ciertos casos, *supo* se admite, como en *Juan salió para el hospital tan pronto como supo la noticia*. En estos casos, el verbo *saber* ha dejado de ser un verbo de estado y denota ahora una acción puntual e instantánea, ‘obtener cierta información’. El cambio en la estructura eventiva del verbo que se asocia a su forma de indefinido se observa en su comportamiento gramatical: no podemos modificar con un complemento de tiempo puntual su presente (*\*Juan sabe inglés a las tres*), pero sí, en los contextos en que el verbo designa una acción instantánea, en indefinido (*Juan supo la noticia a las tres*). El indefinido lleva, pues, aparejado un cambio de clase aspectual.

Otra propiedad que se asocia a la flexión es su alta productividad, que se extiende a todos los miembros de una clase léxica. Se dice que los hablantes no memorizan la forma de futuro de cada verbo por separado, sino que aprenden un patrón que pueden aplicar a todos los verbos –como parte de un paradigma, noción en la que profundizaremos a continuación–. En cambio, las nociones derivativas tienen huecos accidentales, reflejo de que no son formas necesarias para la sintaxis de una misma palabra. Ciertos verbos carecen de una nominalización: *proteger* tiene una (*protección*) para indicar el nombre de acción, y también tiene una para expresar la misma noción *mover* (*movimiento*), pero *fluir*, *manar* o *recorrer* carecen de ella –pruebe a rellenar el hueco con una forma nominal de estos verbos en la oración *Su \_\_\_\_\_ tuvo lugar el viernes pasado*; como mucho, podrá poner el infinitivo–.

Esta distinción tampoco está siempre clara. Si el lector es hablante de español, tardará menos de un segundo en dar el futuro de indicativo de los verbos *comer*, *poder* o *emprender* –regular o no–, pero pruebe ahora a dar la forma de futuro del verbo *soler*. Esta forma nos sería muy útil para expresar el significado de que, en el futuro, uno estará habituado a algo, como en *Cuando lleve dos años viviendo en Alemania, \_\_\_\_\_ hablar en alemán con mis compañeros de trabajo*, pero, simple y llanamente, no tenemos tal forma en nuestra lengua, cuando sí es posible usando el futuro perfecto de otro verbo, *me habré acostumbrado a hablar*. De igual manera, las lenguas tienen sustantivos que se conocen como PLURALIA TANTUM:

sustantivos que solo se usan en plural, como *viveres*. También hay SINGULARIA TANTUM, que solo tienen forma singular –como *sed* o *hambre*–.

Veamos, pues, la última propiedad: que la flexión es sensible al contexto sintáctico, pero la derivación no lo es. Depende de cómo se presente esta propiedad, puede que tengamos alguna diferencia real. No la tenemos si entendemos, en sentido amplio, que la flexión produce los cambios morfológicos necesarios para que una palabra se use en un contexto sintáctico. Efectivamente, tenemos que emplear la forma plural de *perro* si queremos usarla en el hueco que deja *Los \_\_\_\_\_ la-draron*, pero ¿no podríamos decir, con igual exactitud, que para usar el verbo *destruir* en el hueco que deja *Su \_\_\_\_\_ tuvo lugar en el siglo II a.C.*, debemos emplear la forma nominal *destrucción*? Desde esta perspectiva, la flexión plural habilita a un nombre a aparecer en un contexto sintáctico plural de igual manera que la derivación nominal permite a un verbo aparecer en un contexto nominal.

En otro sentido, más preciso, sí es cierto que ciertas nociones se copian en los procesos de concordancia, mientras que parece que, universalmente, otras no. Es frecuente que el género, el número y el caso de los sustantivos –a veces también su definitud– se copien en la concordancia con los adjetivos (4, del latín), pero no se copian, por ejemplo, los sufijos nominalizadores de un sustantivo verbal.

- (4)    a. puell-is                    pulchell-is  
            niña-dat.pl.            guapa-dat.pl  
      b. am-or-ibus suav-(\*)or-ibus  
            amar-nom-dat.pl. tierno-\*nom-dat.pl.

Es cierto que no podemos estar seguros de que tales lenguas, en las que los nominalizadores o los verbalizadores se copien en la concordancia, no existan. Podría ser que no las hayamos encontrado, pero con los datos que tenemos ahora, sí hay una diferencia entre ciertas nociones en los procesos de concordancia.

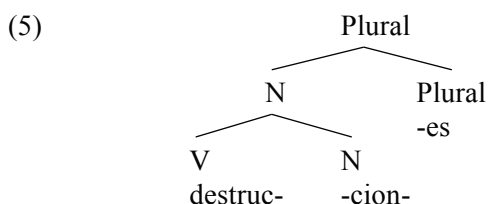
El problema es que no podemos usar esta única diferencia para fundamentar una teoría sobre la distinción entre flexión y derivación. Podría suceder que, por alguna razón, los rasgos de persona, número, género y caso sean especiales para la sintaxis, sin que esto se extienda a otros rasgos caracterizados como flexivos –por ejemplo, el latín o el español no copia los rasgos de tiempo o aspecto del verbo en ningún proceso de concordancia–. En algunas teorías sintácticas (cf. Chomsky, 2004), de hecho, la persona, el número y el género se conocen como RASGOS PHI; se considera que estos rasgos son especiales porque son empleados para caracterizar la referencia de los sustantivos, y se propone la hipótesis de que la legitimación formal de un sustantivo como argumento de un predicado requiere operaciones que involucren centralmente a estos tres rasgos, que se asocian estrechamente con el

sistema de casos gramaticales. En definitiva: sabemos que estas nociones son especiales, pero no tenemos tan claro por qué lo son.

C) *El estatuto de la flexión en la arquitectura de la gramática*

Las teorías en las que se hace algún tipo de distinción entre flexión y derivación difieren entre sí por el lugar que ocupa la flexión dentro de su arquitectura. Si empezamos por la familia de teorías que conforman el lexicalismo, nos percataremos rápidamente de un problema. La flexión, para quienes creen que es diferente de la derivación, tiene incidencia directa en la sintaxis: como mínimo, parte de la información flexiva de una palabra debe estar disponible para ciertos procesos de concordancia. Esto choca, en principio, con la hipótesis de la integridad léxica, que afirma que la información contenida en el interior de una palabra no es accesible para la sintaxis –recuérdese el lema ‘la palabra es un átomo para la sintaxis’–.

El lector atento tal vez haya anticipado una respuesta: la información interna a la palabra no es accesible a la sintaxis, pero ya se dijo en el capítulo 3 que la que se contiene en su capa más externa sí está disponible. Consecuentemente, si la flexión siempre está en la capa más externa de la palabra, habremos resuelto el problema. Imaginemos, por ejemplo, que analizamos la forma *destrucciones*, y que somos el tipo de lexicalista que acepta la teoría de Unidad y disposición. Podríamos proponer –simplificando– la estructura de (5).



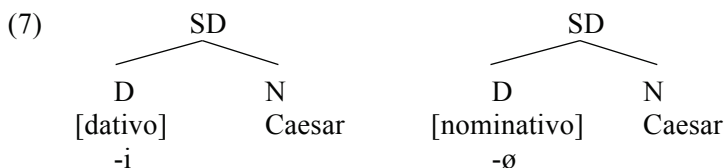
Dado (5) y la hipótesis del átomo sintáctico, la sintaxis podrá acceder a la flexión de número, que está en la capa más externa, pero no, por ejemplo, a la información de que *destrucciones* ha sido en algún momento un verbo, porque esta información está en una capa interna. La sintaxis tratará, pues, *destrucciones* igual que otro sustantivo plural, venga o no de un verbo, como *guerras* o *fiestas*. La sintaxis también es sensible a que es un sustantivo, y esta información estaría en una capa interna, lo cual, en principio, sería un problema. Sin embargo, podemos suponer que la información de número de la capa externa presupone que la palabra es un sustantivo. La idea de que la información flexiva de la palabra es acce-

sible para la sintaxis porque está en una capa exterior es coherente con una de las observaciones de Joseph Greenberg, un tipólogo norteamericano del siglo XX: en las lenguas, si hay tanto derivación como flexión, la derivación siempre es más adyacente a la raíz que la flexión (Greenberg, 1963).

La solución que hemos discutido, sin embargo, no puede resolver un segundo problema al que se enfrenta el lexicalismo cuando trata la flexión. Se recordará que, para el lexicalismo, la morfología genera una palabra completa antes de que la sintaxis actúe y, por lo tanto, ignorando la información que la sintaxis pueda definir después. Pero si esto es así, ¿cómo sabe la morfología qué forma flexiva debe construir en cada caso? Si hablamos latín, en (6a) necesitamos la forma de nominativo del sustantivo *Caesar* ‘César’, *Caesar*; en (6b), en cambio, necesitamos la forma de dativo, *Caesari*. El caso empleado lo decide en estos casos la construcción sintáctica, a través de la función gramatical que desempeña este sustantivo en cada uno de los dos enunciados: sujeto en el primero, complemento indirecto en el segundo. ¿Cómo sabe la morfología de antemano la función que necesitará desempeñar la palabra en la sintaxis?

- (6) a. *Caesar concedendum non putabat*  
       César-nom conveniente no juzgaba  
       ‘César no lo juzgaba conveniente’  
       b. *Cum Caesar-i id nuntiatum esset...*  
       Tan pronto Cesar-dat esto anunciado fuese...  
       ‘Tan pronto esto fue anunciado a César...’

Ha habido dos tipos de respuesta. La primera respuesta es conocida como la HIPÓTESIS LEXICALISTA DÉBIL. Conforme a esta teoría, la morfología solo construye la derivación y la composición, y proporciona a la sintaxis palabras sin flexión. La flexión se combina con la palabra en el componente sintáctico; es decir, para la hipótesis lexicalista débil, la flexión se obtiene como en una teoría construccionista. (7) es una forma de representar esto. La sintaxis emite una palabra sin flexión –un N– y la sintaxis lo combina con un determinante marcado en dativo, cuyo exponente es *-i*, o con uno marcado en nominativo, *-ø*, en función de la función sintáctica que esa palabra termine desempeñando.

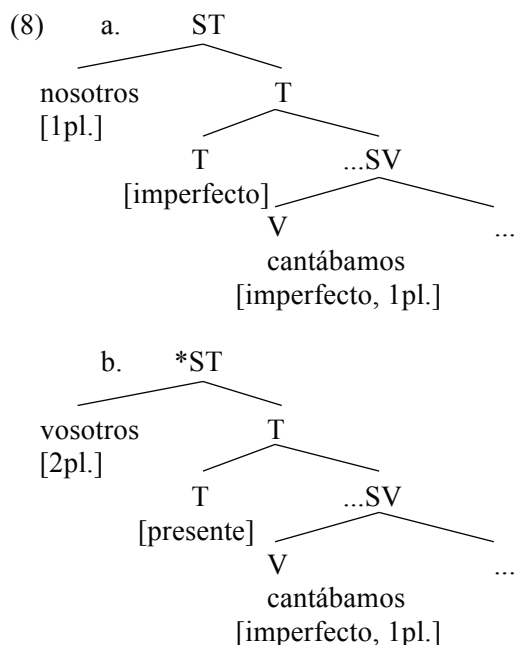


La segunda respuesta que se ha dado es la llamada HIPÓTESIS LEXICALISTA FUERTE. En esta teoría, la flexión también se define en la morfología, es decir, la morfología le da a la sintaxis palabras completamente flexionadas. ¿Cómo se garantiza que la morfología flexione la palabra de la manera que la sintaxis requiere? No es posible garantizarlo, pero se pueden proponer dispositivos que filtren las formas generadas por la morfología si no encajan con lo que la sintaxis necesita.

La primera propuesta en esta línea se debe a Halle (1973). En este trabajo discute el problema que acabamos de señalar, y propone que una solución es la de permitir que la morfología no entregue simplemente palabras a la sintaxis, sino paradigmas completos. Es decir, la morfología no daría a la sintaxis a veces *Caesari* y a veces *Caesar*, sino que en todos los casos entregaría el paradigma flexivo completo del sustantivo (*{Caesar, Ceasarem, Ceasaribus, Ceasaris,...}*) y la sintaxis filtraría los resultados que no fueran relevantes para la construcción sintáctica concreta. Esta idea es coherente con la noción de que los paradigmas listan formas de la misma palabra –y por eso sigue siendo verdad que la morfología entrega una sola palabra en cada caso–, pero no ha sido aceptada generalmente porque se considera poco económica, y en cierta manera poco intuitiva.

La segunda propuesta es la que es más aceptada en las teorías lexicalistas actuales, y ha sido sugerida en la gramática generativa en algunos trabajos de los años noventa (cf. Chomsky, 1995). La propuesta es, sencillamente, que la morfología no puede saber qué forma debe emplear la sintaxis, pero que, si entrega a esta una forma que no encaja con lo que la sintaxis define en su estructura, la oración no estará bien construida y será agramatical.

Por ejemplo, supongamos que la morfología produce la forma *cantábamos*, ciegamente pero respetando sus propias reglas. Pueden darse dos situaciones. La primera es aquella en que la sintaxis proyecta una estructura en la que hay un tiempo marcado como [pasado: imperfecto] y un pronombre de primera persona plural se define como sujeto de ese verbo. En tal caso, la sintaxis obtendría una estructura bien formada –técnicamente, una ESTRUCTURA CONVERGENTE–, en la que *cantábamos* se legitima como forma de pasado con un sujeto ‘nosotros’, como en (8a), donde hay correspondencia entre lo que define la morfología y lo que define la sintaxis. Pero podría darse también la situación contraria, en la que o bien falta la información de tiempo pasado, o el sujeto no es primera persona plural. En tal caso, la estructura sintáctica estaría mal formada y sería no convergente (8b).

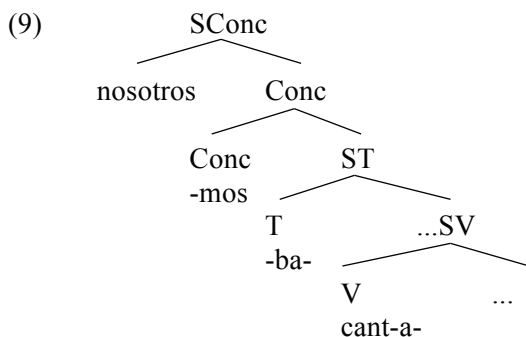


En cualquier caso, la morfología habría definido una estructura correcta dentro de su nivel, y la agramaticalidad derivaría de que la sintaxis no ha podido combinar las formas que recibió de alguna manera coherente. De igual manera, en otros casos la morfología puede darle a la sintaxis los elementos {la, sol, vuela, que, cinco}, que la sintaxis no podrá combinar en una estructura válida. Todo esto es perfectamente compatible con la filosofía lexicalista, donde la morfología impone condiciones a la sintaxis, aunque nos pueda parecer contraintuitivo que la gramática permita que se seleccione un conjunto de elementos que pueden no servir para formar una estructura convergente en sintaxis.

#### D) La flexión en el construccionismo: núcleos sintácticos

Una vez que hemos revisado las dos formas en que la flexión puede concebirse en el lexicalismo, pasemos al construccionismo. Como el lector ya habrá entendido, el construccionismo permite –al igual que el lexicalismo débil– que la flexión se una al resto de la estructura en la sintaxis. Para generar la forma *cantábamos* podríamos proponer una estructura como la de (9), en la que *-ba-* se introduce como un núcleo sintáctico de tiempo pasado y *-mos*, como un núcleo sintác-

tico que define la concordancia con el sujeto. Esta estructura se ha propuesto (Chomsky, 1991). La ‘palabra’ *cantábamos* se formaría mediante movimiento de núcleos u otro de los procedimientos de reordenamiento que vimos en § 4.2.

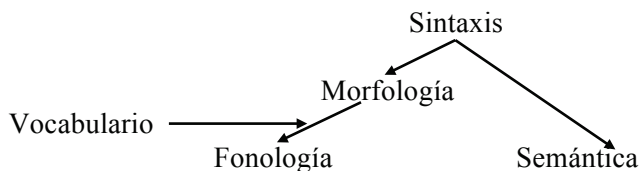


#### E) La flexión en el construccionismo: como operaciones morfofonológicas

Sin embargo, junto a esta opción, algunos sistemas construccionistas admiten una segunda. La morfología distribuida tiene un nivel morfológico post-sintáctico con ciertas operaciones que alteran la estructura sintáctica. Para algunos autores de la morfología distribuida, el lugar de una buena parte de la flexión –no toda– es este nivel postsintáctico. La concordancia y la expresión del caso de los sustantivos –al menos– serían parte de este nivel postsintáctico. Veamos por qué.

Comencemos por el caso. Es cierto que el caso es a menudo sensible a la estructura sintáctica, y bastante regular, por lo que podríamos esperar que se resolviera completamente en la sintaxis. Sin embargo, existen situaciones en las que cierto elemento debe recibir un caso determinado de forma arbitraria, por aparentes propiedades léxicas del elemento con el que se combina. Típicamente sucede esto con el sistema preposicional. En ruso no es fácil encontrar reglas nítidas para determinar qué caso toma un sustantivo introducido por una preposición locativa: hay que atender a la naturaleza léxica de la preposición y memorizar varias condiciones. Por ejemplo, *cherez* ‘por, a través de’ fuerza a que el sustantivo que sigue tome acusativo; *vne* ‘fuera’, genitivo, igual que *u* ‘en, en casa de’; *nad* ‘sobre’ y *pod* ‘bajo’ requieren instrumental. El caso requerido se debe especificar en la entrada léxica de cada preposición. En un sistema como el de la morfología distribuida, esta información se accede después de la sintaxis, en el vocabulario al que se accede tras la morfología.





**Figura 6.1.** Posición de las idiosincrasias en la morfología distribuida

La conclusión es necesariamente que la marca de caso no puede definirse hasta que se ha accedido a la morfología, y, por lo tanto, que la flexión de caso sucede después de la sintaxis.

¿Qué pasa con la concordancia? Para la MD, así como para otras teorías, el árbol de (9) no puede ser correcto, porque en él la concordancia se define como una proyección sintáctica específica. La razón es que en muchas teorías todo nudo del árbol sintáctico debe tener interpretación semántica –es decir, la semántica estructural debe ser capaz de interpretar todos los elementos del árbol–, pero la concordancia no tiene interpretación semántica. En *cantamos*, *-mos* no expresa ninguna propiedad de la acción de *cantar*, sino que marca una relación puramente formal con el sujeto. Para evitar el problema de tener proyecciones sin interpretación semántica estructural, la morfología distribuida propone que la concordancia se defina solo en la morfología, creando una posición morfológica que no estaba representada en el árbol sintáctico. Esto implica que la concordancia también se defina después de la sintaxis.

Pero también hay razones empíricas para proponer esto. En muchas lenguas, el género de una palabra no es predecible y debe ser listado léxicamente como información idiosincrásica: hechos como que *mano* sea femenino o *reloj*, masculino. Si la concordancia es sensible a esta información, necesariamente no puede definirse hasta que no hayamos accedido a la lista idiosincrásica, que en la MD está después de la sintaxis.

Por último, y como una tercera razón concurrente, si decidimos que el caso se define tras la sintaxis, debe seguirse que toda la concordancia debe también definirse tras la sintaxis, porque es frecuente que, junto al género, número y persona, los procesos de concordancia copien también la información de caso. En nuestro ejemplo (4a), *puellis pulchellis*, si no sabemos qué caso usar con el sustantivo, no podemos concordar el adjetivo.

¿Qué flexión quedaría en la sintaxis dentro de la morfología distribuida? Aquella que no está restringida a propiedades idiosincrásicas de una pieza y que

lleva asociada un significado estructural y, por lo tanto, puede representarse directamente en el árbol sintáctico. Determinar ejemplos concretos es una cuestión empírica que, además, puede ser distinta en cada lengua, pero un ejemplo plausible en español es el de la flexión de tiempo y aspecto del verbo. Los exponentes pueden variar dependiendo de la conjugación del verbo, pero, como piezas morfosintácticas, su interpretación semántica es muy estable, y las condiciones en las que se emplea cada una –al menos en indicativo–, razonablemente regulares para no requerir que la información se recoja en su entrada léxica.

El estatuto de la concordancia y del caso como operaciones morfofonológicas es, tal vez, una de las propuestas más polémicas y más diferentes de la tradición gramatical que se han hecho en morfología distribuida. Los argumentos que se han presentado aquí están simplificados con respecto a los textos originales, cuya lectura recomendamos a quien quiera profundizar en esta difícil cuestión: Marantz (1991) fue el primero en proponer esto; véase también Bobaljik (2008a).

## 6.2. Los paradigmas

Todas las teorías morfológicas tienen paradigmas, al menos en un sentido descriptivo: el conjunto de formas que adopta una palabra atendiendo a los accidentes gramaticales en los que puede variar. (10) muestra el paradigma del sustantivo *homo* ‘ser humano’ en latín; como se ve, en esta lengua, el sustantivo varía en número y caso.

(10)

|                   | <i>singular</i> | <i>plural</i> |
|-------------------|-----------------|---------------|
| <b>Nominativo</b> | homo:           | homine:s      |
| <b>Acusativo</b>  | hominem         | homine:s      |
| <b>Genitivo</b>   | hominis         | hominum       |
| <b>Dativo</b>     | homini:         | hominibus     |
| <b>Ablativo</b>   | homine          | hominibus     |
| <b>Vocativo</b>   | homo:           | homine:s      |

Todas las teorías admiten que los paradigmas, descriptivamente, nos dan patrones más o menos regulares que determinan los cambios que sufre una palabra en cada una de sus formas gramaticales; sufrirían los mismos cambios que *homo* sustantivos como *ori:go*: ‘origen’ (acusativo *originem*, dativo plural *originibus*,

etc.). Además, todas las teorías emplean la noción de SUBPARADIGMA, es decir, distintos patrones que coexisten para flexionar palabras pertenecientes a la misma clase léxica y que difieren en los exponentes usados. El lector probablemente ya conoce los subparadigmas, aunque usa otro término: CONJUGACIÓN para los verbos y DECLINACIÓN para los sustantivos. En latín, (10) ilustra el subparadigma de los sustantivos de la tercera declinación con tema acabado en nasal, y (11) ilustra el subparadigma de los sustantivos de la quinta declinación –para *dies* ‘día’–.

(11)

|                   | <i>singular</i> | <i>plural</i> |
|-------------------|-----------------|---------------|
| <b>Nominativo</b> | die:s           | die:s         |
| <b>Acusativo</b>  | diem            | die:s         |
| <b>Genitivo</b>   | diei:           | die:rum       |
| <b>Dativo</b>     | diei:           | die:bus       |
| <b>Ablativo</b>   | die:            | die:bus       |
| <b>Vocativo</b>   | die:s           | die:s         |

A partir de aquí empiezan las diferencias. Para las propuestas de Palabra y paradigma, el paradigma es una noción central que determina –no solo se emplea convencionalmente para describir– las formas flexivas de una palabra y las relaciones morfofonológicas que establecen distintas formas entre sí. El paradigma es, pues, una noción básica y no derivada, que se usa como base para explicar propiedades de las palabras. Por eso las operaciones que determinan la forma de una palabra presuponen que hay un paradigma y hacen referencia a él, como se recuerda en (12), siguiendo el formato que se vio en § 2.3.2d. La regla de (12) indica que uno debe dirigirse a cierta casilla del paradigma y emplear la forma que ocupe dicha casilla.

(12) P([die], [genitivo plural]) = die:rum

En estas teorías, por tanto, el paradigma es previo a todas las demás operaciones. Define el espacio morfosintáctico en que varía una forma –si lo hace en caso, y en cuántos casos, si lo hace en número y en cuántos números, etc.–, los exponentes que se usan para cada valor de esos rasgos y cómo se relacionan unas formas con otras.

En otras teorías, las de Unidad y disposición, el paradigma no tiene el poder de decidir nada, sino que es una forma descriptiva de representar ordenadamente generalizaciones empíricas sobre cómo se asocian los rasgos morfosintácticos a sus exponentes. En esta segunda teoría, el paradigma no existe como noción básica, y la lista de formas flexivas se deriva a partir de la interacción entre los rasgos morfosintácticos y los exponentes; para la primera teoría, en cambio, el paradigma es una red que determina por sí solo qué rasgos morfosintácticos y qué exponentes tiene una lengua, y cómo se relacionan entre sí. En las teorías de Unidad y disposición, los morfemas son básicos y su organización se representa en un paradigma; en las teorías de Palabra y paradigma, el paradigma es básico y la forma de cada palabra se define a partir de él.

*A) Los paradigmas como primitivos: su capacidad para definir las formas*

Entenderemos mejor la diferencia si la ilustramos con ejemplos. En la teoría de Stump (2001) –que es quizá el impulsor actual más claro de la visión de los paradigmas como primitivos del análisis flexivo–, el hecho de que en latín un sustantivo se flexione en caso y en número pero no en definitud –al contrario que el noruego– se debe a que el paradigma latino determina que sean estas y no otras las casillas que se definen para una palabra. La definición de cuántas casillas tiene cada paradigma puede ser sistemática –como en este ejemplo– o excepcional. El paradigma puede decidir arbitrariamente que falte una forma. En estos casos hablamos de DEFECTIVIDAD, y ya hemos visto algún ejemplo: *viveres* carece de forma singular y *soler*, de tiempo futuro.

*B) Los paradigmas como primitivos: la definición de relaciones entre formas*

Otro poder de los paradigmas es el de determinar arbitrariamente qué casillas van a compartir un mismo exponente. Martin Maiden, en una serie de artículos (cf. Maiden, 1992, por ejemplo), ha estudiado la irregularidad dentro del paradigma de los verbos romances, y ha llegado a la conclusión de que la elección de formas irregulares sigue patrones reconocibles. Es muy frecuente que en la primera persona singular del indicativo se emplee un alomorfo irregular de la base que también se emplea en el presente de subjuntivo (patrón en L, 13a, para ‘tener’). Hay también un patrón en U, donde la forma de ‘yo’ y ‘ellos’ usa un exponente especial de la base que también se usa en el subjuntivo (13b, para ‘valer’).

- (portugués)  
 o valete **vagliano**  
 amo **vagliate vagliano**  
 (italiano antiguo)

s de verbos específicos, sino  
irregulares de una lengua. En  
*ir, salir, conducir* –y todos los  
verbos de que los paradigmas  
que el paradigma define una  
categoría de los verbos emplea-  
flexión no puede atender a las

a pesar de que la noción de morfólogos cabe extenderla al paradigma de *cantar* no incluiría al verbo, con sus correspondientes, sino también los sustantivos y, al hacerlo, asociaría la palabra con un verbo, ‘acción’, ‘sustantivo de agente’, ‘verbo’, ‘paradigma’, el hecho de que a un verbo le falta defectividad, definido arbi-

- |                         |                   |
|-------------------------|-------------------|
| Sustantivo de acción    | canto             |
| Sustantivo de resultado | canCIÓN           |
| Sustantivo de agente    | cantante o cantor |
| Adjetivo pasivo         | cantado           |

D) *Paradigmas y supletivismo*

El paradigma, según teorías como la de Stump, determina las relaciones entre las casillas de manera arbitraria, y también entre los exponentes usados en cada casilla. Hemos visto que puede determinar que dos casillas usen el mismo alomorfo de la raíz, pero también puede determinar que varias casillas empleen distintos exponentes para la misma raíz. Esto sucede, por ejemplo, con *go ~ went*, o en español, con el verbo *ser* (compárese *son ~ eres ~ fuimos ~ sean*). Esto son casos de SUPLETIVISMO, cuya compleja relación con la alomorfia ya hemos discutido anteriormente. Para una teoría de Palabra y paradigma no habría una gran diferencia entre unos y otros, porque, como no cabe descomponer las palabras en morfemas, son instancias en las que, igualmente, el paradigma determina que la materialización de ciertas casillas sea irregular.

Debería estar claro ya que una teoría como la de Stump es marcadamente lexicalista, y esto por dos motivos. El primero es que reconoce la existencia de una noción puramente morfológica que determina arbitrariamente numerosos aspectos de la gramática de la palabra, el paradigma. El segundo es que lo que define este paradigma debe ser respetado por la sintaxis: el paradigma decide si un sustantivo es sensible a la definitud o no, si un verbo tiene una forma de futuro o un sustantivo una de plural, o cuántos casos morfológicos acepta cierta lengua.

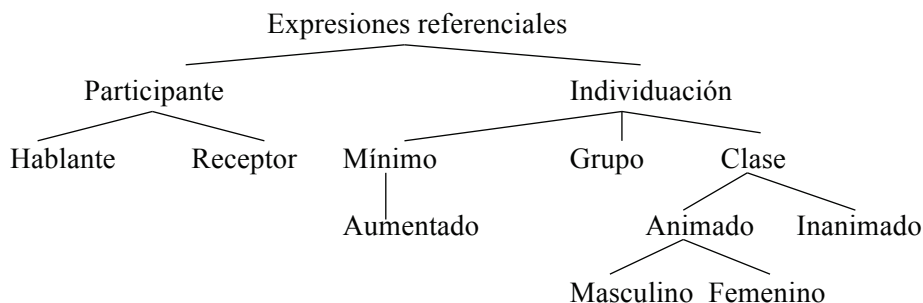
6.2.1. *Los paradigmas en las teorías de Unidad y disposición*

En la visión alternativa propia de las teorías de Unidad y disposición, los paradigmas no existen como tales, y los hablantes los construyen combinando unidades menores –rasgos morfosintácticos y exponentes–; por tanto, el paradigma no impone directamente reglas a lo que es posible y lo que es imposible. Los huecos y las sistematicidades deben derivar de otros principios.

A) *La definición del espacio morfosintáctico: las geometrías de rasgos*

Vayamos punto por punto. Lo primero que un paradigma hace en una teoría de Palabra y paradigma es definir qué formas gramaticales tiene una palabra. En una teoría sin paradigmas, esta tarea la desempeñan los rasgos morfosintácticos: hay un elenco de rasgos morfosintácticos que las lenguas pueden usar y cada lengua determina cuáles de esos rasgos se expresan morfológicamente en cada caso. En este punto es donde desempeñan un papel las llamadas GEOMETRÍAS DE RAS-

GOS: estructuras jerárquicas donde los rasgos se organizan y establecen relaciones entre sí. La figura 6.2. muestra, simplificada, la jerarquía de rasgos que se suele asumir para las categorías nominales (de Harley y Ritter, 2002).



**Figura 6.2.** Rasgos morfosintácticos de una expresión nominal

Las formas gramaticales que tiene una palabra se determinan dependiendo de cuáles de estos rasgos se emplean en una lengua, con la regla de que no es posible usar un rasgo de nivel inferior sin emplear los rasgos de los que este depende. Por ejemplo, si una lengua decide emplear la distinción entre ‘femenino’ y ‘masculino’ para definir la individuación, deberá emplear también el rasgo ‘animado’ y el rasgo ‘clase’, ya que estos están necesariamente entre individuación y masculino/femenino.

Con esta versión, aún simplificada, podemos ver ya algunas diferencias sistémicas entre lenguas.

El español no emplea el rasgo ‘inanimado’ para los sustantivos, porque todos son femeninos o masculinos; es decir, morfológicamente trata *puerta* igual que *niña*. Otras lenguas sí activan este rasgo, y tienen género neutro para expresar lo que no es ni masculino ni femenino. Un ejemplo es el alemán, donde hay formas como *das Kind* ‘el niño’, de género neutro, junto a otras femeninas –con el determinante *die*– y masculinas –con *der*–. El español, en cambio, sí usa el rasgo inanimado con ciertos pronombres, y así distingue tres formas: *este*, *esta* y *esto*, la última clasificable como neutro.

El español distingue singular de plural; es decir, emplea tanto el rasgo de individuación mínima (*chico*) como el de grupo (*chicos*). Otras lenguas tienen más de dos números, y añaden, por ejemplo, una forma dual –para expresar un par de elementos–. Con los rasgos que hemos representado en la figura 6.2, esto querría

decir que algunas lenguas usan también el rasgo ‘aumentado’ que depende de ‘mínimo’, y distinguen así un singular de un dual. Un ejemplo sería la lengua de (15a). Tendríamos que proponer más rasgos para dar cuenta de otros contrastes, como el que se da en ciertas lenguas que tienen número trial –exactamente tres (15b)– y paucal –un grupo con pocos miembros (15c)– además de singular, dual y plural, o en las lenguas que diferencian otras clases de sustantivos además de animado/inanimado y masculino/femenino.

- (15) a. te ‘yo’ ~ ta ‘nosotros dos’ ~ tau ‘nosotros’ (tonga, polinesio)  
b. mi ‘yo’ ~ mitupela ‘nosotros dos’ ~ mitripela ‘nosotros tres’ ~ mipela ‘nosotros’ (tok pisin, criollo de Papúa Nueva Guinea)  
c. ama ‘yo’ ~ kapa ‘nosotros dos’ ~ paŋkt ‘nosotros pocos’ ~ ipa ‘nosotros’ (yimas, lengua sepiik)

Establecer qué distinciones son relevantes y cómo se codifican es una cuestión empírica, que en la actualidad recibe mucha atención. Pero lo que queremos mostrar aquí es que el espacio del paradigma depende de la existencia de estas geometrías de rasgos con las reglas que imponen. Con la geometría de rasgos, por ejemplo, predecimos que ninguna lengua tendrá dual si no diferencia singular de plural, porque para usar el rasgo ‘aumentado’ hace falta emplear también el rasgo ‘mínimo’. Una teoría en la que el paradigma sea el primitivo que determina las formas que se pueden emplear no hace esta predicción, y debe explicarla mediante algún criterio cognitivo externo al sistema de la gramática.

### B) La defectividad en una teoría sin paradigmas

Hemos visto también que en una teoría de Palabra y paradigma, el paradigma decide arbitrariamente si una forma determinada falta para cierta palabra (defectividad). En una teoría sin paradigmas, la falta de una palabra debe deberse a cierta incompatibilidad entre los rasgos morfosintácticos de una forma y la raíz con la que se combina. Muchos casos de defectividad pueden, en efecto, explicarse mediante estas incompatibilidades. El verbo *llover* no tiene formas de primera y segunda persona (*\*lluevo*, *\*llovéis*), pero esto no sorprende si consideramos que *llover* indica una acción impersonal, donde el hablante y el receptor no desempeñan ningún papel.

Otros casos son, en cambio, más difíciles de explicar, como la falta de un singular *\*viver* para *viveres* o de un futuro para *soler*. Sobre el primer caso, obsérvese que no podemos decir que falta el singular porque la noción semántica que



expresa la raíz es obligatoriamente un grupo de entidades: hay sustantivos singulares que expresan grupos, como los nombres colectivos –*ejército*, *alumnado*–. Sobre el segundo, si la semántica de *soler* es, efectivamente, ‘estar habituado a algo’, no parece imposible imaginar esta noción empleada en tiempo futuro. No hay una solución simple y claramente satisfactoria para estos ejemplos. Una teoría sin paradigmas podría explicar estas ausencias mediante alguna forma de idiosincrasia léxica. Podría pensarse, por ejemplo, que el singular *víver* carece de una entrada enciclopédica y que en español solo la estructura compleja de (16a) se asocia a un significado, por lo que la versión singular sería no interpretable conceptualmente. En el caso de *soler*, la solución podría pasar si listamos como parte de la información idiosincrásica de la raíz, que no acepta futuro; es decir, si marcamos que la raíz no puede aparecer en un contexto donde el verbo lleva información morfosintáctica de futuro (16b). Esto, naturalmente, no es una explicación en ninguno de los dos casos –nos limitamos a constatar un hecho recogiendo en el léxico–, por lo que aquí tenemos una debilidad de las teorías sin paradigmas en forma de casos empíricos que merecen más atención.

- (16) a. [[[viver]ø]<sub>Nes</sub>]<sub>pI</sub> <---> ‘aprovisionamientos, vituallas’  
 b. √<sup>/1423</sup> <---> /sol-/  
           \*[ [ ]-futuro]

Habría otros muchos casos problemáticos que merecen estudio en sus respectivas lenguas. El grupo de morfología de la Universidad de Surrey ha establecido una base de datos de consulta gratuita donde se archivan numerosos casos de defectividad (<http://www.defectiveness.surrey.ac.uk/index.html>); recomendamos al lector interesado que dedique algunas horas a bucear en este tema.

### C) Los patrones de irregularidad

En tercer y último lugar, en una teoría de Palabra y paradigma, el paradigma sirve también para regular qué casillas emplean los mismos exponentes –como en el caso de la distribución de las formas irregulares–. De nuevo, una teoría sin exponentes espera que estas regularidades sean reflejo de reglas independientes, en este caso, de reglas que determinen la distribución de los alomorfos de una forma. Léxicamente, se podría definir mediante una lista idiosincrásica las formas en que se usa cada alomorfo, como hacemos en (17) para el ejemplo del portugués que se dio en (13a).

- (17)  $\sqrt{^5} <--->$  /ten/ [ortograficamente, *tenh-*] / \_\_\_\_ [subjuntivo] o [1sg]  
/ten/ resto de casos

La cuestión se hace más difícil e interesante si no nos conformamos con listar los contextos y tratamos de dar un denominador común que, en términos de rasgos morfosintácticos, compartan todas las formas que usan un alomorfo. ¿Por qué querríamos hacer esto? Porque las alternancias no son propias de verbos específicos, sino que se repiten una y otra vez; listar contextos para cada exponente no ayuda a explicar esta propiedad.

¿Qué tendrían en común la primera persona singular –a veces, junto a la tercera plural– y el subjuntivo? La respuesta no es clara. Se ha señalado a veces que el subjuntivo tiene un componente de subjetividad que, tal vez, podría asociarse a la primera persona singular –la forma que usa un hablante cuando habla de sí mismo–, por lo que podríamos pensar que comparten algún rasgo, pero es difícil ver qué rasgo sería este y por qué la tercera persona plural lo debería tener a veces (13b). Aquí tenemos otro caso que merece más investigación, al menos en una teoría donde no hay paradigmas.

De nuevo, existen recursos electrónicos para explorar más esta importante cuestión. El grupo de Martin Maiden en la Universidad de Oxford ha hecho disponible una base de datos sobre patrones de irregularidad que el lector puede consultar gratuitamente si desea observar qué otros patrones deberían ser analizados y más detalles sobre posibles explicaciones (<http://romverbmorph.clp.ox.ac.uk/>).

Ahora que ya hemos revisado brevemente los pilares de una teoría con paradigmas frente a una en que los paradigmas se derivan a partir de relaciones entre los rasgos morfosintácticos y sus exponentes, queremos concentrarnos en un caso empírico particular que ha recibido mucha atención en los últimos años: el sincrretismo.

### 6.3. Sincrretismo: descripción y análisis

Entendemos por sincrretismo la situación en que se usa el mismo exponente para materializar dos o más formas que, por su comportamiento gramatical, sabemos que deben tener rasgos morfosintácticos distintos. Un ejemplo sencillo es la forma *cantaba* –que puede ser tanto de primera persona singular como de tercera singular–. Para poder hablar de sincrretismo suele preferirse que las formas sincréticas, en otros casos, se expresen mediante exponentes distintos. Podemos decir que *cantaba* es un caso de sincrretismo porque en otras ocasiones distinguimos la primera de la tercera singular (*canto* ~ *canta*, *cantaré* ~ *cantará*). Si las formas nun-

ca se distinguen, algunos autores –más que hablar de sincretismo– prefieren decir que esa distinción no se ha morfologizado en la lengua. Por ejemplo, podríamos decir que *perros* es sincrética entre la forma de plural (*muchos perros*) y la forma de dual (*dos perros*), pero ningún sustantivo distingue morfológicamente el dual del plural, por lo que también cabe pensar que la distinción, sencillamente, no se expresa morfológicamente en español.

Para que podamos hablar de sincretismo morfológico es necesario que no haya razones fonológicas que puedan explicar que dos formas se pronuncien igual. Por ejemplo, no diremos que *lunes* es sincrética entre plural (*los lunes*) y singular (*el lunes*), aunque sean superficialmente iguales, porque podemos imaginar una razón fonológica que haga que, aunque la gramática distinga morfológicamente ambas formas, terminen pronunciándose igual. En efecto, cabe pensar que el plural de *lunes* es en cierto estadio *lunes-s*, y después actúa una regla fonológica que simplifica la secuencia /ss/ en /s/, dando superficialmente una forma idéntica al singular. Mucho podría decirse sobre la fonología de esta forma, pero poco interesante sobre su morfología.

Existen también bases de datos completas para estudiar el sincretismo. El grupo de Surrey tiene una de consulta electrónica y gratuita en la que el lector podrá buscar más datos (<http://www.smg.surrey.ac.uk/Syncretism/index.aspx>). Si el lector está interesado, recomendamos que, tras leer estas páginas, escoja algunos casos y juzgue por sí mismo cómo se adaptan cada una de las teorías que revisaremos a esos otros casos.

Las teorías sobre el sincretismo difieren por tres propiedades: (a) en qué nivel se define el sincretismo; (b) cómo de restrictivas son y (c) cómo pueden explicar patrones recurrentes de sincretismo.

### 6.3.1. El sincretismo en las teorías de paradigmas

Conforme a la primera propiedad, las teorías de Palabra y paradigma definen el sincretismo como parte de las especificaciones que un paradigma impone a las formas de una palabra: el paradigma se limita a estipular que dos casillas se pronuncian igual aunque tengan distintas propiedades morfosintácticas. Stump codifica esta propiedad proponiendo una REGLA DE REFERENCIA (*referral rule*, 18). Esta regla se lee así: para la palabra  $\sigma$ , la forma correspondiente a los rasgos X e Y es idéntica a la forma que se emplea en el mismo paradigma para manifestar los rasgos Z y H.

$$(18) \quad \text{RR}_{[X, Y]}([\sigma]) = [\sigma] / [Z, H]$$

Por ejemplo, para el español se establecería una regla de referencia que determina que la forma para los rasgos primera persona singular en imperfecto es idéntica a la forma que ocupa la casilla de tercera persona singular en imperfecto (*cantaba* ~ *cantaba*).

$$(19) \quad \text{RR}_{[1, \text{sg.}, \text{imperfecto}]}([\sigma]) = [\sigma] / [3, \text{sg.}, \text{imperfecto}]$$

Como el lector ya habrá notado, esta propuesta no es restrictiva: en principio, una regla de referencia podría relacionar dos formas cualesquiera. La crítica que se hace a este sistema es precisamente esa, que no delimita suficientemente, y corre el peligro de permitir sincretismos que las lenguas del mundo no poseen. Por ejemplo, parece que en ninguna lengua del mundo se produce un sincretismo entre la forma de nominativo de un sustantivo y su locativo o instrumental, si el acusativo, genitivo o dativo usan un exponente distinto. Es decir, un sincretismo como el de (20) parece no documentarse en ninguna lengua.

(20)

|              |   |
|--------------|---|
| Nominativo   | A |
| Acusativo    | B |
| Genitivo     | C |
| Dativo       | D |
| Locativo     | E |
| Instrumental | A |

### 6.3.2. El sincretismo como operaciones sobre rasgos morfosintácticos

Para tratar de dar cuenta de estas restricciones surgen la segunda y la tercera teorías. En la segunda teoría, el sincretismo se define operando sobre los rasgos morfosintácticos, concretamente borrando o ignorando algunos de ellos. Parte de la morfología distribuida adopta esta visión a través de la operación postsintáctica de empobrecimiento (§ 4.2). En el caso de *cantaba*, la morfología comenzaría con una matriz de rasgos sintácticos como los de (21): (21a) para la primera singular, (21b) para la tercera. Como se ve, adoptamos los rasgos expuestos en (15), y suponemos que la primera persona difiere de la tercera en que tiene dos rasgos más: participante y hablante. La ausencia de estos rasgos define, por defecto, algo como tercera persona.

- (21) a. cant(a)-ba-[participante, hablante, singular]  
b. cant(a)-ba-[singular]

En una segunda fase, se aplica un filtro morfológico que borra los rasgos [participante] y [hablante] de la representación de (21a) cuando aparecen en una forma imperfectiva, dando el resultado de (23), en que ambas formas son indistinguibles por sus rasgos morfosintácticos.

- (22) [participante, hablante] -->  $\emptyset$  / [imperfecto] \_\_\_\_\_  
(23) a. cant(a)-ba-~~[participante, hablante]~~, singular]  
b. cant(a)-ba-[singular]

Esta teoría es más restrictiva que las que implican reglas de referencia, porque la posibilidad de hacer que dos formas sean sincréticas depende de que sus rasgos morfosintácticos estén relacionados –de forma que, al eliminar algunos de una de las formas, se obtenga la misma representación de la segunda–. Esperamos que solo sean sincréticas entre sí formas cuyos rasgos estén muy próximos, como el singular y el plural, la primera y la tercera persona, o el masculino y el femenino.

Esto no impide, sin embargo, que definamos con este sistema un sincretismo entre nominativo y locativo: podríamos tomar el locativo y, mediante una regla, borrar todos los rasgos que lo diferencien del nominativo, definiendo así este sincretismo inexistente. Sin embargo, esta teoría sí hace ciertas predicciones restrictivas que una teoría de paradigmas no puede bloquear. Para esta teoría sería sorprendente un caso de SINCRETISMO DIAGONAL, en el que dos formas que no comparten rasgos entre sí se expresen igual. Estos casos, sin embargo, se han documentado; (24) lo ilustra para el francés medieval. En esta variedad hay dos casos –nominativo y oblicuo– y dos números –singular y plural–. El exponente -z se usa en nominativo singular y en oblicuo plural. ¿Qué rasgo podemos borrar para que estas dos formas coincidan, pero sean distintas de las de nominativo plural y oblicuo singular, que deben ser también iguales entre sí? Ninguno. Los casos de sincretismo diagonal son problemáticos para una teoría del sincretismo que se apoye en rasgos morfosintácticos.

- (24)

| <i>sergent</i><br>'sirviente' | singular | plural  |
|-------------------------------|----------|---------|
| <b>Nominativo</b>             | sergenz  | sergent |
| <b>Oblicuo</b>                | sergent  | sergenz |

### 6.3.3. El sincretismo como propiedades de los exponentes

La tercera opción es definir el sincretismo en el nivel morfofonológico, sin alterar los rasgos morfosintácticos, sino indicando que cierto exponente está asociado a una entrada que –dadas otras suposiciones– puede servir para expresar varios conjuntos de información morfosintáctica relacionados. Esta propuesta aparece en dos formas. La primera es aquella en que los exponentes empleados en casos de sincretismo están subespecificados y se emplean en contextos morfosintácticos donde hay algunos rasgos que no se reflejan directamente en la entrada léxica. Conforme a esta propuesta, el exponente  $-\emptyset$  (común a *yo cantaba* y *él cantaba*) estaría subespecificado en su información de persona, es decir, no expresaría ningún valor concreto, como se ve en (25a). Contrastaría con otros exponentes, esta vez especificados para persona, como el de (25b). Cuando la morfosintaxis incluyera los rasgos [participante] y [receptor], se emplearía (25b), pero cuando no estuvieran estos dos rasgos, se usaría (25a).

- (25) a.  $\emptyset \leftrightarrow$  [persona:   ]  
      b.  $-s \leftrightarrow$  [persona: participante, receptor]

#### A) *El principio del subconjunto, el principio del superconjunto y la condición de Panini*

Para que este análisis funcione debemos hacer una suposición: un exponente nunca puede emplearse en un contexto morfosintáctico si contiene una especificación de rasgos que no está presente en dicho contexto. O sea, en una primera persona singular, no podemos emplear  $-s$  porque los rasgos que el contexto morfosintáctico nos daría son [participante, hablante], y el exponente no contiene el rasgo [hablante]. De aquí surge el llamado PRINCIPIO DEL SUBCONJUNTO (Halle, 1997).

- (26) Un exponente morfofonológico materializa un morfema abstracto si su entrada léxica contiene todos o un subconjunto de los rasgos presentes en el morfema y la entrada léxica no contiene ningún rasgo no presente en el morfema.

La consecuencia es que, en casos de sincretismo, el exponente que vence y se extiende a otras formas estará siempre más subespecificado que los otros exponentes.

Podemos concebir que el sincretismo sucede justo por la propiedad contraria, que el exponente sincrético contenga más rasgos que aquellos que se representan en la información morfosintáctica de la entrada léxica. Si esta es la situación, todos los rasgos morfosintácticos estarán recogidos en el exponente, pero el exponente podrá tener rasgos adicionales. En tales casos, debemos hacer la suposición contraria al principio del subconjunto, el PRINCIPIO DEL SUPERCONJUNTO (Caha, 2009), que es el empleado en nanosintaxis.

- (27) Un exponente morfofonológico materializa un morfema si su entrada léxica contiene todos los rasgos presentes en el morfema, siempre y cuando la representación morfosintáctica no tenga rasgos que no estén presentes en la entrada léxica del exponente.

En el caso de *cantaba*, esto querría decir que las entradas léxicas para -ø y para -s serían las de (28): es decir, -ø ahora está al menos tan especificado como -s.

- (28) a. -ø <---> [persona: participante, hablante, singular]  
b. -s <---> [persona: participante, receptor, singular]

La entrada de (28a), por el Principio del Superconjunto, podría emplearse para materializar un conjunto de rasgos que contenga toda esa información –por lo tanto, primera persona singular–. También puede emplearse para materializar un conjunto de rasgos que incluya el rasgo [singular], pero carezca de [participante] y [hablante], siempre y cuando no haya otros rasgos distintos de estos en la representación morfosintáctica. Si encontramos una tercera persona singular, caracterizada por [singular], -ø puede emplearse, porque contiene todos los rasgos morfosintácticos –singular– y la representación morfosintáctica no contiene ningún rasgo que -ø no tenga asociada a su entrada. No podríamos usar -ø para materializar una segunda persona singular, porque la representación morfosintáctica tiene un rasgo [receptor] que no está en la entrada de -ø en (28a).

La filosofía del Principio del Superconjunto es que todos los rasgos sintácticos deben estar representados en el exponente que empleamos para materializarlos. El Principio del Subconjunto permite que ciertos rasgos sean ignorados por el léxico, que al emplear formas subespecificadas no los identifica, pero el Superconjunto exige que cada rasgo presente en la sintaxis esté reproducido en la entrada léxica del exponente empleado. Esto, como es habitual en toda teoría, trae complicaciones en otros aspectos de la propuesta. Una de ellas, que el lector ya habrá notado, es que si las entradas léxicas son las de (28) no está claro por qué la tercera persona singular se materializa con -ø, y no con -s. La forma -s, dadas las

entradas propuestas, también contiene todos los rasgos correspondientes a la tercera persona singular, así que ¿por qué no se emplea?

La respuesta pasaría por revisar la representación morfosintáctica de las tres personas gramaticales. En lugar de caracterizar la segunda y la primera, igualmente, como un rasgo de [participante] acompañado de un segundo rasgo, podría proponerse que la caracterización es más exactamente la de (29):

- (29) a. segunda persona singular: [participante, receptor, singular]
- b. primera persona singular: [participante, singular]
- c. tercera persona singular: [singular]

Es decir: la segunda persona es más compleja que la primera, ya que contiene un rasgo más, [receptor]. No usamos el rasgo de [hablante] para definir la primera persona, sino que asumimos que, por defecto, el participante se interpreta como el hablante, salvo que se diga explícitamente lo contrario. Si esto es así, los exponentes de (28) deben representarse como en (30).

- (30) a. -∅ <---> [participante, singular]
- b. -s <---> [participante, receptor, singular]

Vemos claramente lo que quiere decir esto para una teoría que sigue el Principio del Superconjunto: en contextos de tiempo imperfectivo, al español le falta un exponente para materializar la tercera persona singular. En principio, tanto -s como -∅ pueden emplearse para materializar esta forma, pero -∅ está más próximo a la representación morfosintáctica de la tercera persona ([singular]), ya que solo tiene un rasgo más ([participante]), mientras que -s tiene dos rasgos adicionales ([participante] y [receptor]). Esta situación es muy frecuente en los análisis: cuando falta una forma exacta para un contexto sintáctico determinado, las lenguas tienden a reutilizar la forma que esté más próxima a ese contexto. La propuesta de que, cuando dos formas pueden igualmente usarse en un contexto, se emplea aquella que es más específica para ese contexto, se conoce como la CONDICIÓN DE PANINI.

La propuesta que hemos hecho —que la segunda persona es más compleja morfosintácticamente que la primera— es solo una hipótesis, y deberá ser confirmada en muchas lenguas y fenómenos distintos antes de dejar de serlo. Lo que nos interesa es cómo la hemos usado, y sus consecuencias: proponiendo distintos niveles de complejidad, la condición de Panini permite predecir qué exponente se usará en un contexto dado si falta una forma que encaje perfectamente.

Una vez que los rasgos morfosintácticos están identificados independientemente, un análisis del sincretismo basado en los exponentes es más restrictivo y



hace predicciones más claras que uno donde se opera sobre rasgos morfosintácticos o paradigmas completos. Nuestro sincretismo no deseado, el que se establecería entre locativo y nominativo (20), quedaría bloqueado sencillamente por la Condición de Panini. Supongamos, lo cual parece sensato, que el locativo se define morfosintácticamente con un número de rasgos mayor que el nominativo –podríamos imaginar que el locativo usa unos rasgos [X, Y, Z] mientras que el nominativo solo emplea [X]–. Si el acusativo o el genitivo ocupan una posición intermedia entre ambos casos –[X, Y]– sería imposible que un exponente locativo se empleara para realizar el nominativo, o viceversa. Tanto si adoptamos la versión del superconjunto como la del subconjunto, el exponente de acusativo sería más parecido a la forma sincrética (solo diferiría en un rasgo) que los otros dos (que difieren en dos rasgos). La Condición de Panini debería forzarnos a usarla. Tendríamos o bien un sincretismo entre nominativo y acusativo o bien uno entre acusativo y locativo, pero nunca uno entre nominativo y locativo en ausencia del acusativo.

#### B) Problemas de las teorías basadas en exponentes

La teoría del sincretismo definida sobre los exponentes es, pues, la más restrictiva de las tres, pero también tiene problemas. ¿Cómo podemos dar cuenta de sincretismos regulares, que suceden independientemente de los exponentes empleados? Por ejemplo, en plural, el latín siempre tiene sincretismo entre ablativo y dativo (31).

(31)

|                       | Dativo       | Ablativo      |
|-----------------------|--------------|---------------|
| <b>1ª declinación</b> | ros-is       | ros-is        |
| <b>2ª declinación</b> | domin-is     | domin-is      |
| <b>3ª declinación</b> | princip-ibus | princip-i-bus |
| <b>4ª declinación</b> | port-ibus    | port-i-bus    |
| <b>5ª declinación</b> | effigi-ebus  | effigi-e-bus  |

Si definimos el sincretismo para cada exponente, en principio, *-is* podría tener un tipo de sincretismo, y *-bus* otro tipo distinto, pero entonces perdemos de vista una generalización que parece darse en latín: que el plural de dativo es sistemáti-

camente igual al de ablativo. Una teoría donde el sincretismo se defina en el paradigma, o en los rasgos morfosintácticos, podría en cambio dar cuenta de esto.

De estos párrafos que hemos dedicado al sincretismo, una cosa debería haber quedado clara: ninguna de las tres teorías vence completamente. La teoría de paradigmas puede dar cuenta de todos los datos, pero tiene el problema de ser poco restrictiva. La teoría basada en rasgos morfosintácticos es algo más restrictiva, aunque se enfrenta a ciertos problemas empíricos –como el sincretismo diagonal– y no puede impedir algunos patrones que no se documentan en las lenguas del mundo. La teoría basada en exponentes es la más restrictiva, pero no puede dar cuenta de los sincretismos más sistemáticos que no son sensibles al exponente empleado y se repiten en distintos subparadigmas. La conclusión que el lector puede obtener se resume de la siguiente manera: pese a los avances que hemos obtenido en los últimos años gracias a estas teorías, aún queda mucho trabajo por hacer.

#### 6.4. El estatuto de los marcadores de categoría gramatical

A lo largo del libro hemos mencionado varias veces las vocales temáticas y las desinencias, que son elementos empleados para marcar la categoría gramatical de una palabra en ciertas lenguas, como el español y el griego (esta última, ilustrada en 32).

- (32) a. maxit-i-s  
          luchador-des-nom  
      b. plen-u-me  
          lavar-VT-mos ‘lavamos’

Los problemas que presenta analizar estos elementos son variados. En este apartado hablaremos de tres de ellos: su estatuto entre flexión y derivación, el modo en que definen un subparadigma y el lugar que ocupan dentro de la arquitectura de la gramática.

##### A) ¿Flexión o derivación?

Acerca del primer problema, quienes diferencian flexión de derivación han notado repetidamente que estos elementos no pertenecen prototípicamente a ninguna de las dos clases. Superficialmente, parece posible usar una vocal temática

para cambiar la categoría gramatical de una base, como sucede en español *condición* ~ *condicion-a(r)*; esta sería una propiedad derivativa, ya que en virtud de este ejemplo la vocal temática sería un verbalizador. Sin embargo, también pueden aparecer con verbalizadores expresos, como en *ampli(o)* > *ampl-ific-a(r)*. En tales casos, no cabe pensar que ellos mismos sean verbalizadores, porque esta función ya está desempeñada por *-ific-*. De ahí que muchos gramáticos prefieran analizar *condiciona(r)* y otros ejemplos similares como derivados mediante un verbalizador fonológicamente nulo *-condicion-ø-a(r)-*. En tal análisis, la vocal temática nunca derivaría una palabra.

Parecería, por tanto, que las vocales temáticas y las desinencias tienen un estatuto semejante al de los afijos flexivos: marcar ciertas propiedades gramaticales de la palabra, sin modificar sustancialmente la información de la base. ¿Qué propiedad sería la que marcaran? No serían elementos como los afijos de caso, número, tiempo, aspecto o modo, que aportan directamente información gramatical, relevante para la sintaxis, de la palabra. Su función sería más abstracta, y única dentro del sistema gramatical: la de adscribir una palabra perteneciente a una categoría gramatical a cierto subparadigma, de manera que los exponentes flexivos empleados para expresar distintos accidentes gramaticales pueden ser diferentes de los que emplea otro subparadigma. Un caso claro de esto son las distintas conjugaciones del español. Que un verbo esté marcado con *-a-* implica que se adscriba al subparadigma llamado tradicionalmente ‘primera conjugación’, que toma el exponente *-ba-* para expresar el imperfecto de indicativo; que esté marcado con *-e-* o con *-i-* implica que se adscriba a otro subparadigma, que toma el exponente *-a-* (como en *viv-i-a*) para expresar la misma noción temporal.

Las distintas declinaciones de lenguas en las que se marca el caso en los sustantivos son otros ejemplos de subparadigmas. Ya hemos visto ejemplos del latín; veamos ahora un ejemplo del ruso (33) ilustra tres declinaciones; en la primera, marcada por *-ø* en nominativo, el instrumental se forma de un modo; en la segunda, marcada por *-a*, de otro modo; en la tercera, marcada con *-o*, se usa un tercero. De ser flexivo, el estatuto de las desinencias y vocales temáticas sería especial, ya que no aportan información relevante para la sintaxis, sino que se limitan a señalar la clase de exponentes que una palabra deberá tomar al flexionarse.

(33)

|              | <i>tetrad-</i><br>‘cuaderno’ | <i>komnat-</i><br>‘habitación’ | <i>mest-</i><br>‘lugar’ |
|--------------|------------------------------|--------------------------------|-------------------------|
| <b>Nom</b>   | <i>tetrad’-ø</i>             | <i>komnat-a</i>                | <i>mest-o</i>           |
| <b>Instr</b> | <i>tetrad’-ju</i>            | <i>komnat-oj(u)</i>            | <i>mest-o-m</i>         |

B) *La definición de subparadigmas*

Una cuestión importante es cómo se produce esta selección de exponentes. Ya hemos visto que en una teoría de Palabra y paradigma esta cuestión no es problemática, porque la base de la teoría es precisamente que el paradigma define las relaciones que se establecen entre la forma y el significado, pero la cuestión se hace más interesante si adoptamos una perspectiva de Unidad y disposición. En estos casos, queremos decir que, de alguna manera, la vocal temática o la desinencia selecciona el exponente.

¿Cómo podemos hacerlo? En gramática, habitualmente, cuando se habla de selección se suele recurrir a rasgos. Podemos marcar cada vocal temática o desinencia con un rasgo determinado, como hacemos en (34a), y cada exponente con esos mismos rasgos (36b).

- (34) a.  $-\emptyset$  [X],  $-a$  [Y],  $-o$  [Z]  
b.  $-ju$  [X],  $-oj(u)$  [Y],  $-m$  [Z]

Una vez que adoptamos esta convención, la selección puede entenderse como una forma de compatibilidad entre rasgos; (35a) estaría bien formado, pero (35b) no, porque los rasgos son diferentes y no serían compatibles entre sí.

- (35) a.  $mest-o[Z]-m[Z]$   
b.  $*tetrad-\emptyset[X]-oj(u)[Y]$

Nótese que esta selección podría producirse en un componente morfológico, si adoptamos una visión lexicalista, o en un componente sintáctico o postsintáctico, si adoptamos una visión construccionista. La segunda opción, sin embargo, se enfrentaría a varios problemas en los que entraremos dentro de poco.

De hecho, la propuesta de que las vocales temáticas y las desinencias se caracterizan por rasgos formales que les permiten seleccionar exponentes ha sido adoptada en varias teorías, como Oltra-Massuet (1999). Sin embargo, estas teorías proponen que los rasgos que hemos caracterizado como [X] o [Y] no son atómicos, sino que deben descomponerse en entidades menores. ¿Por qué? La razón es que entre distintos subparadigmas pueden producirse sincretismos como los que estudiamos en el apartado anterior, solo que en este caso se llaman SINCRETISMOS HORIZONTALES. Los casos que estudiamos antes –SINCRETISMO VERTICAL– se referían a la igualdad entre exponentes usados en distintas casillas de un mismo subparadigma; el sincretismo horizontal es identidad entre las casillas equivalentes de distintos subparadigmas. (36) lo ilustra para el español: la primera conjuga-

ción usa un exponente para el imperfecto de indicativo, pero la segunda y la tercera –que son distintas en algunas formas– usan el mismo exponente tanto para la vocal temática como para el imperfecto de indicativo.

(36)

|      | cant-a        | beb-e       | viv-i       |
|------|---------------|-------------|-------------|
| Pres | cant-a-mos    | beb-e-mos   | viv-i-mos   |
| Imp  | cant-á-ba-mos | beb-í-a-mos | viv-í-a-mos |

El sincretismo horizontal que se produce entre *beb-í-a-mos* y *viv-í-a-mos* merece una explicación, y si adoptamos una visión distinta a la de Palabra y paradigma, esta identidad deberá referirse, de alguna manera, a los rasgos asociados a estos exponentes. Pero si queremos relacionar la segunda y la tercera conjugación entre sí, en ausencia de la primera, deberemos proponer que la segunda y la tercera comparten algún rasgo que la primera no posee.

Necesariamente, esto implica que tenemos que descomponer [X], [Y] y [Z] en rasgos menores. Hay muchas posibilidades, y para escoger entre ellas debemos considerar un conjunto mayor de datos que el que tenemos aquí, ya que de los rasgos que propongamos dependerán los otros sincretismos horizontales que se produzcan entre las conjugaciones. Para concretar, propongamos la de (37). En (37),  $\alpha$ ,  $\beta$  y  $\gamma$  son rasgos abstractos –tendríamos mucha dificultad si tuviéramos que identificarlos con una noción gramatical o conceptual–. Los hemos distribuido de manera que la primera conjugación no comparte ningún rasgo con la segunda y la tercera, pero la segunda y la tercera –que se diferencian por  $\gamma$ – comparten el rasgo  $[\beta]$ .

- (37) a. -a-  $[+\alpha, -\beta]$   
 b. -e-  $[+\beta, +\gamma]$   
 c. -i-  $[+\beta]$

Esta descomposición en rasgos abstractos implica que un exponente como *-ba-* tiene los rasgos  $[+\alpha, -\beta]$ , de manera que puede ser seleccionado únicamente por *-a-*, y ninguna operación que hagamos sobre esos rasgos –sin alterar su valor– permitirá que *-e-* o *-i-* lo seleccionen. Un exponente que sea idéntico para las tres clases, como *-mos* para la primera persona plural, podría caracterizarse como  $[\beta]$ , sin valor + o -, por lo que no causa incompatibilidad con ninguna vocal temática.

- (38) a. cant-a[+α, -β]-ba[+α, -β]  
 b. \*beb-e[+β, +γ]-ba[+α, -β]  
 c. cant-a[+α, -β]-mos[β]  
 d. beb-e[+β, +γ]-mos[β]

Ahora, para dar cuenta del sincretismo horizontal entre *beb-e* y *viv-i*, podemos adoptar cualquiera de las aproximaciones que discutimos en § 6.3. Por concretar, emplearemos una con empobrecimiento (recomendamos al lector que haga el ejercicio mental de hacer el mismo análisis con los otros procedimientos). Comencemos por el exponente *-a-* usado para marcar el imperfecto de indicativo. Ya que es una forma común para la tercera y la segunda conjugación, debe estar caracterizado por el rasgo que estas dos formas comparten: [+β].

- (39) -a- [imperfecto, +β]

A continuación, ya que la segunda conjugación emplea en el imperfecto la vocal temática de la tercera conjugación, debemos buscar un mecanismo que neutralice las diferencias entre las dos vocales temáticas para que se produzca sincretismo. Podemos suponer una regla de empobrecimiento como la de (40), en la que eliminamos el rasgo [+γ] cuando la vocal temática aparece en un contexto que tiene el rasgo [imperfecto].

- (40) [+β, -γ] --> [+β] / \_\_\_\_ [imperfecto]

Si aplicamos la regla de (40), obtenemos correctamente un sincretismo horizontal entre la forma de imperfecto de *beb-e* y *viv-i*.

- (41) a. beb-í[+β]-a[+β]-mos  
 b. viv-í[+β]-a[+β]-mos

Naturalmente, como hemos dicho, determinar con exactitud el valor de los rasgos α, β y γ que posee cada morfema dentro del paradigma implicaría controlar cada una de las formas verbales, y asegurarse de que las entradas propuestas son compatibles con todos los sincretismos y exclusiones que se documentan. Esta ilustración está hecha con un conjunto pequeño de formas; cuantas más formas consideremos, más seguros estaremos de que nuestra caracterización es exacta.

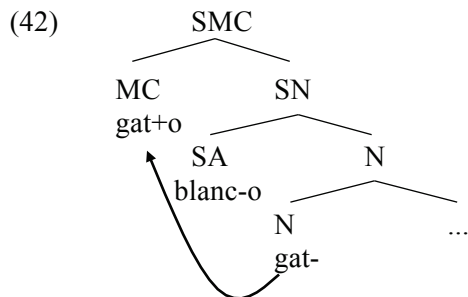
C) *El lugar de los marcadores categoriales en la gramática*

Terminaremos este capítulo volviendo a la pregunta de en qué lugar de la gramática se sitúan estos marcadores de categoría gramatical responsables de adscribir una palabra a cierto subparadigma. Ya que su información es puramente morfológica –seleccionar ciertos exponentes–, el lector habrá adivinado que son particularmente problemáticos para las teorías en las que no existe la morfología. Un lexicalista no tendrá problemas en acomodar estos marcadores, como parte de la morfología presintáctica, y hacerlos responsables de la selección idiosincrática de elementos del léxico. Tampoco será un problema, para un seguidor de la morfología distribuida, encontrar un lugar para estos elementos. Ya vimos en § 4.2 que la morfología distribuida trata los marcadores de categoría como morfemas disociados, introducidos en el componente morfológico post-sintáctico en el que se accede a las piezas de vocabulario. Desde allí, tiene todo el sentido que estos elementos solo sean responsables de la selección de los exponentes y no aporten información gramatical o semántica de ningún tipo. El problema es para las teorías construccionistas puras, como la nanosintaxis.

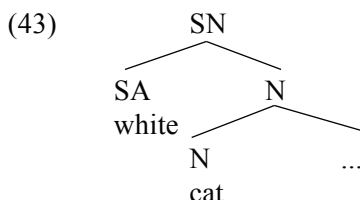
La mayoría de los morfólogos construccionistas reconocen que esto es un problema real. Mientras no podamos encontrar una caracterización independiente de los marcadores categoriales, su existencia supone un contraargumento a la afirmación de que no existe un componente morfológico separado.

Sin embargo, ha habido alguna propuesta. Bernstein (1993) propone que las desinencias, en las lenguas que la poseen, son una proyección sintáctica que domina al SN. Bernstein llama a esta proyección ‘marcador de clase’ (MC).

El sintagma marcador de clase tendría papeles sintácticos. Uno de ellos sería el de proporcionar al sustantivo una posición a la que desplazarse; esto es visible en el orden relativo con los adjetivos. Una lengua con desinencias –propone Bernstein– permite que el adjetivo aparezca pospuesto al sustantivo. Esto se explica si el adjetivo es un especificador del SN y el sustantivo se desplaza mediante movimiento de núcleo a MC.



El inglés carece de estos elementos, y los adjetivos no pueden seguir al sustantivo –salvo que sucedan otras cosas– porque no hay ninguna posición por encima de SN a la que pueda desplazarse el sustantivo.



Nótese, de entrada, que esta teoría no permite explicar por qué hay varios valores para la desinencia en español. Recuérdese que esos valores no corresponden con la información sobre el género –*man-o*, *problem-a* y otras muchas palabras lo indican–, por lo que estos valores deben definirse fuera de la sintaxis. Pero además, se ha observado que no es cierto que todas las lenguas con desinencias tengan adjetivos pospuestos al sustantivo, ni tampoco la inversa. El griego tiene desinencias, pero los adjetivos se anteponen, y el francés no tiene desinencias –al menos, no de forma evidente– y los adjetivos se posponen.

(44) to meghalo spiti (\*meghalo)  
la grande casa grande

(45) un cube rouge  
un cubo rojo

Estos contraejemplos no invalidan completamente la teoría de Bernstein, aunque sin duda no la hacen más atractiva, porque podrían encontrarse otras propiedades de estas lenguas que interactúen con la posición relativa del adjetivo con respecto al nombre. Quizás en francés el sustantivo tiene otra posición a la que desplazarse, y los adjetivos griegos tienen que moverse a algún lugar por encima de SCM.

La teoría de Bernstein, sin embargo, es problemática por otros motivos más serios: implica suponer que ciertas proyecciones funcionales no están presentes en la sintaxis de todas las lenguas. Desde principios del siglo pasado se ha ido haciendo cada vez más importante la propuesta de que la sintaxis de las lenguas es universal, es decir, que todas las lenguas comparten un mismo grupo de operaciones, sintagmas, núcleos y restricciones. La variación se debería al componente léxico, a la fonología y, para algunos, también a la morfología, componentes en los que sí se admite que haya unidades, operaciones o restricciones exclusivas de



algunas lenguas. Esta hipótesis es una necesidad impuesta por el marco teórico en numerosas teorías, no solo las encuadradas en el generativismo de Chomsky, y es incompatible con el análisis de Bernstein, ya que supondría que hay una proyección sintáctica que solo está disponible en ciertas lenguas.

## Ejercicios y problemas

1. Usando la base de datos de la Universidad de Surrey, estudie varios casos de sincretismo que afecten a un mismo dominio gramatical. ¿Observa que en el conjunto de lenguas de la base de datos hay algún sincretismo que sea más frecuente que otros? Trate de explicar cómo cada propuesta de § 6.3 daría cuenta de estos casos.
2. En una lengua de su elección, estudie el paradigma verbal completo, con todos sus subparadigmas (alternativamente, si su lengua tiene declinaciones, estudie el paradigma nominal, con sus subparadigmas) e identifique todos los casos de sincretismo que haya. Considere cómo cada una de las teorías presentadas en este capítulo analizaría esos sincretismos. ¿Encuentra que para los datos de su lengua alguna teoría se adapta mejor que las demás?
3. La deponencia es la situación en la que se emplea la flexión ‘equivocada’ para expresar cierta forma gramatical de una palabra. Un ejemplo es el presente de indicativo del verbo *mirari* ‘admirar’ en latín, *mir-o-r* ‘admiro’. Morfológicamente, se usa flexión de pasiva (*-r*, como en *amo-r* ‘soy amado’), pero el significado de la forma es activo –‘admiro’, no ‘soy admirado’–. ¿En qué sentido es la deponencia un problema para ciertas teorías gramaticales sobre la flexión?
4. Escoja un conjunto de al menos 20 verbos irregulares en una lengua de su elección y busque patrones de irregularidad (patrón en L, patrón en U, otros patrones). ¿Consigue encontrar alguno? En tal caso, descríbalos y considere cómo se analizarían en las teorías que hemos discutido.
5. Tome dos lenguas, aquella en la que es hablante nativo y otra distinta, no relacionada tipológicamente con ella –si habla una lengua indoeuropea, por ejemplo, escoja una lengua no indoeuropea–. Sirviéndose de gramáticas y, si puede, de hablantes nativos, averigüe qué marcas flexivas toma cada una de las categorías léxicas de las dos lenguas. Compárelas.
6. Escoja una lengua que tenga varias declinaciones o varias conjugaciones. Analice los miembros de al menos dos de estos subparadigmas –en el mejor de los casos, analice todos los subparadigmas–, descompóngalos en

exponentes y caracterice con rasgos abstractos  $[\alpha, \beta, \gamma \dots]$  cada morfema para dar cuenta en cada caso de la combinatoria entre los morfemas y de los posibles sincretismos horizontales que se documenten, como hemos hecho en § 6.4b para un fragmento del paradigma verbal español.

### **Lecturas recomendadas**

Para profundizar en el uso de paradigmas dentro de la teoría morfológica recomendamos, además de los trabajos citados en el texto, Aronoff (1994), junto a la crítica que Bobaljik (2008b) hace de estas teorías. La concordancia tiene implicaciones sintácticas que no hemos podido revisar aquí: recomendamos los capítulos 1, 2 y 5 de Corbett (2006) para profundizar en el tema. Baker (2002 y 2008) incluye tanto una revisión tipológica de la flexión que toma cada categoría léxica como una propuesta analítica sobre el papel de estos elementos en la gramática.

# 7

## *La derivación y su análisis*

### **7.1. Los límites entre flexión y derivación**

En el capítulo 1 se afirmó que la derivación es el nombre que reciben ciertos procesos morfológicos que no son máximamente productivos y alteran la clase léxica a la que pertenece una palabra, su estructura argumental, su estructura aspectual o sus rasgos semánticos característicos. Hemos visto, sin embargo, que los límites con respecto a la flexión no son tan claros como nos da a entender esta terminología tradicional. Ya vimos en el capítulo 6 que existen casos de morfología ‘flexiva’ que no son máximamente productivos –defectividad– y que modifican alguna de las propiedades centrales de la palabra, como su estructura aspectual o sus rasgos semánticos.

Como preámbulo a este capítulo, dedicaremos algunas páginas a la cuestión de si es posible encontrar una diferencia entre flexión y derivación, y cuáles son otros de los casos que más problemas presentan a esta clasificación. Esto nos servirá como enlace con el capítulo anterior, y para adelantar algunas de las cuestiones centrales que se discutirán en este.

#### *A) Los límites entre flexión y derivación: algunos casos problemáticos*

Consideremos el género. Pese a que *-o* y *-a* no son directamente marcas de género, en español sí parecen existir algunos morfemas más complejos que parecen asociarse a este accidente gramatical. Pensamos en *-es(a)* –*alcalde* ~ *al-*

*cald-esa* o *vampiro* ~ *vampir-esa*– e *-is(a)* –*sacerdote* ~ *sacerdot-isa* o *poeta* ~ *poet-isa*–. El problema es que estos afijos no se acomodan con facilidad en la dicotomía flexión vs. derivación. Por una parte, la naturaleza de los rasgos morfosintácticos a los que se asocian nos sugiere que debemos clasificarlos como flexivos –el género toma parte en los procesos de concordancia entre nombres y adjetivos–. Por otra parte, estos afijos no pueden emplearse productivamente con todos los sustantivos. El sustantivo *poeta* admite *-is(a)*, pero *internauta*, que aparentemente tiene la misma terminación, no hace un femenino *\*internaut-isa*. Además, en la conciencia de los hablantes, estos afijos frecuentemente introducen información conceptual adicional que va más allá del mero cambio de género. Muchas escritoras que se dedican a la poesía rechazan el término *poetisa* porque entienden que se asocia a ciertas connotaciones peyorativas, que sugieren para muchos hablantes ‘poeta cursi’. Una prueba de que este sentido existe y a veces se impone a la información de género es que Unamuno creó el término *poetiso*, para referirse a los malos poetas, versificadores fáciles, que no escriben textos de suficiente profundidad intelectual. En la misma línea, hasta hace poco –debido a restricciones sociales– la *alcaldesa* no era la presidenta del ayuntamiento (acepción 1 en el DRAE), sino la esposa del alcalde (acepción 2). De hecho, si consulta diccionarios anteriores de esta institución, verá que hasta 1984 la acepción 2 era la primera. Puede hacer el ejercicio con estas y otras palabras femeninas en una aplicación gratuita de consulta disponible en <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle>.

Otro ejemplo donde la dicotomía tradicional se disuelve es el de las formas no personales del verbo: infinitivo, gerundio y participio. En muchos casos, estas formas funcionan como parte del paradigma del verbo, y –aunque la cuestión es polémica– parecen aportar información aspectual. El participio se emplea para expresar el estado que sigue a la terminación de cierta acción –como en (1), cuando se usa en las formas de perfecto del verbo–.

- (1) Ya ha comido.

El infinitivo y el gerundio contrastarían en que el segundo destaca el proceso durativo en el que se va desarrollando una acción (como en la perífrasis progresiva, 2), mientras que el infinitivo permitiría enfocar todas las fases aspectuales de una acción. Quien dice (3a) sugiere que Juan contempló toda la acción de robar las joyas, desde el inicio hasta el fin, mientras que (3b) es compatible con un escenario en que Juan solo ve un momento dentro del desarrollo de la acción –sin alcanzar a presenciar el momento en que el ladrón se mete las joyas en el bolsillo–.

- (2) a. Juan está comiendo.
- (3) a. Juan vio a Pedro robar las joyas.  
b. Juan vio a Pedro robando las joyas.

Por esta razón, si tomamos un verbo de percepción puntual –que implica que percibimos un solo instante–, el gerundio es posible, porque con él decimos que presencié uno de los instantes que componen el desarrollo de la acción, pero el infinitivo (4b) es anómalo, porque en un solo instante es imposible presenciar todas las fases de la acción de ‘robar’, desde su inicio hasta que el ladrón está en posesión de las joyas.

- (4) a. Juan sorprendió a Pedro robando las joyas.  
b. \*Juan sorprendió a Pedro robar las joyas.

Pero las formas no personales del verbo tienen otros efectos en la base. Junto a la expresión de cierta noción aspectual, habilitan al verbo a aparecer en contextos sintácticos propios de otras clases léxicas. Por esta razón, infinitivo, gerundio y participio se conocen como CATEGORÍAS HÍBRIDAS –que poseen propiedades tanto de los verbos como de otras clases de palabras–. El infinitivo permite al verbo aparecer en contextos donde se requiere un sustantivo, como la posición de complemento directo (5a); el participio se usa como modificador nominal en contextos adjetivales (5b) y el gerundio puede aparecer en contextos adjetivales o, más frecuentemente, adverbiales (5c).

- (5) a. Juan prometió {una respuesta rápida / responder rápidamente}.
- b. Leímos un texto {poético / escrito por Garcilaso}.
- c. Juan entró en la habitación {rápidamente / corriendo}.

El carácter híbrido de estos ejemplos se observa en que, aun adquiriendo propiedades de sustantivos, adjetivos o adverbios, estas formas siguen expresando aspecto gramatical. En (5a) el infinitivo indica todas las fases de la acción; en (5b), el participio implica que la acción de escribir se ha completado, y en (5c) el gerundio destaca el desarrollo de la acción de correr, que tiene lugar al mismo tiempo que se entra en la habitación. Por esa razón siguen admitiendo características verbales, como adverbios de manera –*rápidamente* en (5a)– o complementos agentes –*por Garcilaso* en (5b)–.

Pero hay casos en que el infinitivo, el participio y aun el gerundio pierden todo su carácter verbal y funcionan como sustantivos o adjetivos ‘normales’. Además de como participio verbal, *complicado* puede emplearse como adjetivo. En

tales casos, como *un problema complicado*, no supone necesariamente que haya habido una acción previa en la que alguien ha complicado el problema: se emplea casi como un sinónimo de *difícil* y admite modificadores de grado (*muy complicado*), al contrario del ejemplo de (5b). El infinitivo *poder* puede usarse en singular o en plural (*los poderes del Rey*) para indicar la facultad de decidir algo, y en tal caso admite adjetivos (*el poder ejecutivo*), frente a (5a). El gerundio *hirviendo* se ha convertido en un adjetivo en contextos como *Lo sumergió en agua hirviendo*, donde se emplea como sinónimo de *hirviente*. En estos casos, el comportamiento de estas formas sugeriría que los procesos deben tratarse como procesos derivativos.

Un último ejemplo que comentaremos aquí es el de los sufijos diminutivos. En algunas lenguas, como el español, su comportamiento está a caballo entre la flexión y la derivación. Como propiedad derivativa, tenemos el hecho de que la noción que expresan no se copia en los procesos de concordancia —no es necesario que repitamos el diminutivo en el adjetivo en una *niñ-it-a guap-(it)-a*—. La propiedad que expresan en su base, además, no es un accidente gramatical; más bien aportan una noción evaluativa, subjetiva, que en cada caso puede ser distinta, pero siempre depende de la percepción emocional que el hablante tiene de la entidad en cuestión: *niñ-it-a* contrasta con *niñ-a* en que, probablemente, quien usa la primera forma quiere comunicar cierto grado de cariño o ternura que no está presente necesariamente en *niñ-a*.

En cambio, otras de sus propiedades en español sugieren que estamos ante un proceso flexivo. En primer lugar, los diminutivos españoles nunca alteran la categoría léxica de la base. Si se unen a un sustantivo, dan como resultado sustantivos —*perro* ~ *perrito*—; si toman adjetivos, dan adjetivos —*gordo* ~ *gordito*—, y si se combinan con adverbios, producen adverbios —*cerca* ~ *cerquita*—. En segundo lugar, su productividad es muy alta; no es fácil encontrar adjetivos, sustantivos o adverbios que no admitan diminutivos en ninguna variedad del español. En México y otras regiones se admite sin dificultad *ahorita* y *aquicito*, por ejemplo. Las restricciones parecen estar determinadas por la dificultad de presentar las nociones que expresan las bases como sujetas a la valoración subjetiva del hablante (*biológico* ~ *\*biologiquito*), de forma parecida al hecho de que los verbos impersonales carezcan de primera persona plural (*llueve* ~ *\*llovemos*).

Estos y otros muchos ejemplos han llevado a muchos morfólogos a la conclusión de que no existe una diferencia real entre flexión y derivación. Para estos autores, aunque pueda ser descriptivamente conveniente utilizar términos distintos, los límites entre ambas clases son arbitrarios. Haspelmath (1996), desde una perspectiva funcional y cognitiva, sugiere que estos dos procesos son los extremos de un espectro continuo, y que, junto a casos prototípicos de

una u otra clase, tenemos numerosos ejemplos que están a medio camino entre los dos extremos y comparten propiedades de ambos. Podemos decidir, por convención, dónde hacer cortes y divisiones, pero eso no cambiará el hecho de que estaremos definiendo una oposición que probablemente no exista para las gramáticas.

### 7.1.1. Flexión y derivación en un sistema construccionista

Recientemente, en los sistemas construccionistas, este problema ha recibido cierta atención. Desde la perspectiva de estos sistemas, el problema surge a partir de las teorías lexicalistas débiles. En estas teorías, como se recordará, se admite que la flexión se define sintácticamente, mientras que la derivación se resuelve por procedimientos morfológicos. Centrándonos en el caso de las categorías híbridas, han tenido una gran difusión los análisis en los que un participio que conserva numerosas propiedades verbales (cf. *escrito*) se forma sintácticamente, mientras que los casos en los que se comporta como un adjetivo (cf. *complicado*) son producto de reglas morfológicas. Un exponente claro de estos análisis es Dubinsky y Simango (1996). Estos autores estudian el siguiente contraste en chichewa, una lengua bantú.

- (6) a. Chimanga chi- ku- gul -idwa ku-msika.  
maíz conc-prog-comprar-pasivo en-mercado  
‘El maíz se está comprando en el mercado’  
b. Chimanga chi- ku- gul -ika ku-msika.  
maíz conc-prog-comprar-estativo en-mercado  
‘El maíz es barato en el mercado’

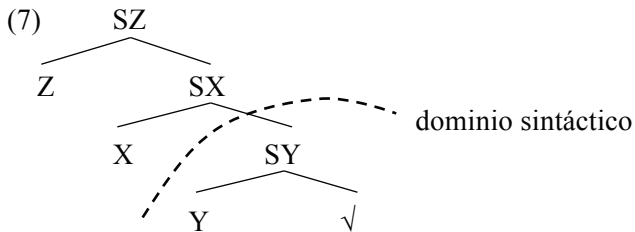
En (6a), tenemos propiedades flexivas típicas: el significado de la forma verbal es composicional, ya que sigue indicando la acción de comprar, y la base muestra las propiedades semánticas y formales de un verbo. (6b), aunque comparte muchos morfemas, tiene propiedades derivativas clásicas: se ha cambiado el significado de la base, y ahora se comporta como un adjetivo. Para estos autores, estos datos apoyan la hipótesis lexicalista débil, ya que sugieren que (6a) se ha formado en la sintaxis –productivamente–, mientras que (6b) se ha formado en la morfología y por ello está sujeto a idiosincrasias semánticas.

Una teoría construccionista no puede aceptar este resultado, porque en ella todas las palabras se forman en la sintaxis y, por tanto, no puede haber división entre los procesos. Sin embargo, de alguna forma debe darse cuenta del

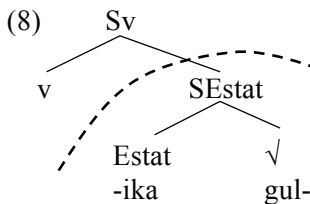
hecho de que en un caso, la palabra toma un significado composicional, y en el otro no.

La solución propuesta en Marantz (2000) para resolver estos casos es la de establecer una distinción entre procesos que actúan en un contexto sintáctico próximo a la raíz y aquellos que suceden fuera del contexto en el que se introduce esta. La noción fundamental en este análisis es la de DOMINIO SINTÁCTICO. Los procesos que son sensibles a las propiedades idiosincráticas de una raíz, o que los modifican, suceden en el mismo dominio sintáctico en el que se encuentra la raíz, mientras que los que son más productivos y regulares están fuera de dicho dominio.

(7) es una ilustración abstracta de este concepto. Supongamos que X define un dominio sintáctico: todo lo que está bajo X es un fragmento de estructura cerrado, de manera que los elementos de su interior (Y y la raíz) pueden influirse mutuamente, pero X y lo que está por encima de X (Z) está fuera del dominio y por lo tanto no pueden ser sensibles a Y o a la raíz.



A partir de aquí, la propuesta de Marantz es la siguiente: en el caso del chichewa, donde tenemos formas verbales, la proyección sintáctica que define un dominio es Sv (Sintagma v pequeña), una proyección funcional que –como suele ser el caso en morfología distribuida– define la raíz como verbo. El morfema estativo se introduce en la estructura por debajo de Sv.

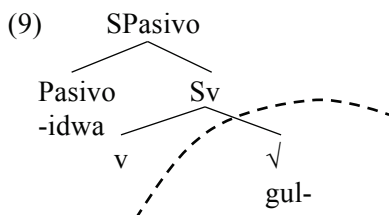


Desde esta posición, ya que pertenece al mismo dominio sintáctico de la raíz, es sensible a todas sus idiosincrasias, y puede influir en ellas. Por ejemplo, puede



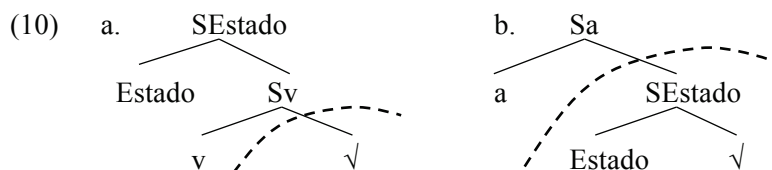
alterar el significado conceptual de la raíz, que en lugar de indicar la acción de comprar pasa a designar, con *-ika*, el adjetivo ‘barato’.

En cambio, la pasiva se formaría por encima de Sv. Desde esa posición, el morfema no comparte dominio sintáctico con la raíz y por ello no puede ser sensible a sus propiedades especiales, ni alterarlas.



El resultado es que el primer morfema parecerá derivativo, porque ‘cambia las propiedades de la palabra’ —es decir, influye en la información del dominio en que está la raíz— y no es productivo —porque ciertas raíces, idiosincrásicamente, pueden rechazarlo—. El segundo morfema parecerá flexivo porque dejará intactas las propiedades de la base, y al no ser sensible a ninguna de estas propiedades, será máximamente productivo.

El lector atento recordará que este procedimiento se parece mucho al que emplean los sistemas construccionistas para explicar la diferencia empírica entre afijos que la teoría de estratos léxicos (Kiparsky, 1982) achaca a que el léxico está dividido en niveles (§ 4.3.2). De hecho, esta misma explicación que hemos esbozado aquí sería responsable de que un mismo conjunto de rasgos morfosintácticos a veces reciban una materialización con un exponente que parece ‘del estrato I’ y otras ‘del estrato II’. Ilustremos esto con un contraste entre dos participios: *corrupto* y *corrompido*. En contextos verbales debe usarse el segundo (*ha corrompido*, no *\*ha corrupto*), mientras que el primero se usa solo como adjetivo (*estar corrupto*), y carece de propiedades verbales, como la presencia de agentes (compárese *corrompido por la clase dirigente* con *\*corrupto por la clase dirigente*). Una teoría tradicional diría que *corrompido* se obtiene a partir de *corromper* por procedimientos flexivos, y *corrupto* por procedimientos derivativos, con cambio de categoría gramatical y el uso de un alomorfo de clase I. Extendiendo la propuesta de Marantz, podemos dar cuenta de este contraste. Supongamos que en ambos casos la formación del participio implica añadir el rasgo morfosintáctico [estado], pero que en un caso, esto sucede por encima de la proyección que define la categoría de la raíz (10a), y en otro, por debajo de ella (10b).



La categoría es distinta en cada caso, pero suponemos que tanto Sv como Sa (que forma adjetivos) definen igualmente dominios sintácticos. En el caso de (10a), los exponentes usados deberán ser los regulares para la raíz y el participio –ya que Estado no puede ser sensible a una idiosincrasia de la base–, y obtendremos *corromp-i-do*, donde la vocal temática marcaría que efectivamente tenemos un verbo en la estructura. En (10b), en cambio, no hay verbo, y Estado comparte dominio con la raíz. Por ello es posible que se empleen exponentes irregulares, especiales para esa raíz: *corrupt-o*, donde no hay vocal temática, porque falta el verbo.

En conclusión, la distinción entre flexión y derivación es empíricamente problemática, y es rechazada frontalmente por ciertas teorías, que se apoyan en la noción de dominio sintáctico para explicar los contrastes empíricos que motivaron esta división. En el resto de este capítulo, consideraremos algunos procesos que alteran propiedades de la base y que, según estas teorías, operarían en el mismo dominio sintáctico de la raíz.

## 7.2. La derivación con cambio categorial: propiedades y análisis

Ciertos procesos morfológicos tienen la capacidad de dar palabras que tienen una clase léxica distinta a la de su base. Ya sabemos que hay tres tipos de procesos fundamentales que tienen este poder: NOMINALIZACIONES, ADJETIVIZACIONES y VERBALIZACIONES. A su vez, estos tres procesos se dividen en subclases, atendiendo a la categoría de la base y al significado que tiene la palabra completa.

### A) Nominalizaciones

En las nominalizaciones deverbales se suelen diferenciar las NOMINALIZACIONES DE EVENTUALIDAD y las DE OBJETO. La primera clase (11) consta de sustantivos que designan acciones, procesos y estados, y toma argumentos obligatorios (*de Cartago*, *de Pedro*) mientras que la segunda (12) la forman los sustantivos que

designan uno de los participantes que intervienen en la acción o estado denotados por el verbo.

- (11) a. La destrucción de Cartago tuvo lugar en el siglo II a.C.  
b. La preocupación de Pedro duró varias semanas.
- (12) a. La administración ha presentado nuevas medidas.  
b. El paritorio de este hospital tiene pocas habitaciones.  
c. El cocido está demasiado soso.

En la primera subclase, se diferencian las NOMINALIZACIONES DE EVENTO (11a) de las DE ESTADO (11b). La primera indica una acción, y puede ser sujeto de predicados como *tener lugar*. La segunda denota el estado que surge como resultado de una acción –o sencillamente, un estado no dinámico– y puede tener extensión temporal, pero no indica ninguna acción. Por eso no puede ser sujeto de *tener lugar*, pero sí de verbos de extensión temporal, como *durar*.

En la segunda subclase, hay numerosos participantes que pueden expresarse. (12a) indica el AGENTE de la acción (quien administra), mientras que (12b) indica el LUGAR en que sucede una acción (donde se pare) y (12c), el OBJETO CREADO por una acción (*cocer*). Esto no agota la tipología de nominalizaciones de objeto, ni mucho menos; es frecuente encontrar también casos donde se denota el PERIODO DE TIEMPO durante el que sucede algo (*reinado*), la CAUSA de cierto proceso (*tranquilizante*), el INSTRUMENTO (*lavadora*) o el RECEPTOR (*destinatario*).

Las nominalizaciones deadjetivales suelen expresar la CUALIDAD ABSTRACTA asociada con la propiedad denotada por la base, como en *blancura*. En algunos casos, más que una propiedad, el sustantivo puede denotar una DIMENSIÓN determinada, como *la anchura* –compárese con *la estrechez*, que debe denotar la propiedad de ser estrecho–. Otras denotan el ESTADO TRANSITORIO denotado por el adjetivo, como *la desnudez de Juan*, y un conjunto pequeño de estas nominalizaciones puede denotar una ACCIÓN caracterizada por la propiedad denotada en la base, como locura en *Las locuras de Juan nos sorprendieron*.

## B) Adjetivizaciones

Si pasamos ahora a las adjetivizaciones, aunque han sido menos estudiadas que las nominalizaciones, también se han reconocido varias clases. Entre las adjetivizaciones deverbales destacan las que denotan la PROPENSIÓN a participar en un proceso –como *huidizo*–, causándolo –*resbaladizo*– o sufriendolo –*escurridizo*–. Otra clase relevante es la que forman los ADJETIVOS MODALIZA-

DOS, que indican la propiedad de poder o deber sufrir cierto proceso, como *explicable*, *punible* o *convertible*. Hay otras muchas clases, que no podremos cubrir por razones de espacio.

Los adjetivos denominales típicamente expresan propiedades asociadas de alguna forma con la entidad expresada por la base. Unas veces, se forman ADJETIVIZACIONES POSESIVAS –como *aceitoso*, ‘que tiene aceite’ o *caudaloso*–, otras, ADJETIVIZACIONES SIMILATIVAS –que indican el parecido con algo, como *esponjoso* –‘que se parece a una esponja por su textura’–. También son frecuentes los CAUSATIVOS –‘que causa N’–, como en *enojoso*, y los PASIVOS –‘que experimenta o sufre N’–, como *miedoso*. Como siempre, hay otras clases.

### C) Verbalizaciones

En cuanto a las verbalizaciones, se distinguen varias clases entre las que proceden de sustantivos. Hay VERBALIZACIONES LOCATIVAS –como *encarcelar* o *ensillar*–, VERBALIZACIONES DE CAMBIO DE ESTADO –‘convertir en N’– como *criminalizar*, VERBALIZACIONES INSTRUMENTALES –‘usar N con algo o con alguien’–, como *acuchillar*, o VERBALIZACIONES ATRIBUTIVAS –‘actuar como N al hacer algo’–, como *protagonizar*, *tontear* o *chulear*. A veces es necesario distinguir otras clases más específicas, como cuando hablamos de VERBOS DE EMISIÓN –‘emitir N’–, como en *babear*, *sangrar* o *moquear*. El lector encontrará otras muchas clases.

La clase formada por las verbalizaciones deadjetivales es un poco más estable, ya que la inmensa mayoría de los verbos formados así indican cambios de estado –‘pasar a ser A’–: *engordar*, *endulzar*, *solidificar*, *clarear*, etc. Pero también se forman verbalizaciones atributivas –‘comportarse como A’ o ‘ser A’–, como en *amargar* o *transparentar(se)*.

### D) Otros procesos

Algunos autores añaden a estos tres procesos las adverbializaciones, que serían casos en que se forma un adverbio a partir de otra clase léxica, como en *claro* > *clara-mente*, o el inglés *stupid* ‘estúpido’ > *stupid-ly* ‘estúpidamente’. No todos los gramáticos reconocen igualmente estos procesos, ya que la clase de los adverbios está menos claramente definida que las tres anteriores –¿qué tienen en común *sí*, *francamente*, *aquí* y *muy*?–, y se ha discutido, incluso, si los adverbios no deberían ser tratados como adjetivos sin concordancia o categorías nominales usadas como modificadores.

No es habitual que se formen preposiciones mediante procesos morfológicos productivos a partir de otras palabras, aunque históricamente se pueden encontrar similitudes formales entre las preposiciones y otras clases léxicas. La preposición *según*, por ejemplo, comparte etimológicamente su raíz con el verbo *seguir*, aunque es dudoso que pueda tratarse como un caso de derivación en español, ya que no se basa en ningún proceso productivo y la inmensa mayoría de los hablantes no son conscientes de esta relación.

Dejando a un lado el hecho de que las clasificaciones presentadas aquí son muy generales, y el lector que analice con cuidado los procesos de su lengua verá que a menudo son necesarias distinciones más finas, esta situación es en apariencia simple. No obstante, cuando entramos en detalles surgen numerosos problemas.

### *7.2.1. Las transposiciones y el papel de la base*

El primero de ellos es si existen procesos que solamente cambian la clase léxica de la palabra, sin alterar su significado en absoluto. Algunos morfólogos entienden que esta clase de operaciones existen, y les dan el nombre de TRANSPOSICIONES. Un caso paradigmático sería el de los adjetivos relacionales –como *ecológico*, de *ecología*–, en los que el sufijo parece habilitar al sustantivo para funcionar en contextos adjetivales –como modificador de un sustantivo–, pero sin alterar de ninguna forma su significado o cualquiera de sus otras propiedades. Si comparamos un adjetivo relacional como *biológico* con uno calificativo como *famoso*, observamos que, aunque ambos proceden de sustantivos, el segundo admite grado –*muy famoso*– pero no el primero –\**muy biológico*–; el primero se emplea para dar una propiedad del sustantivo –*un actor famoso*–, mientras que el segundo se emplea para indicar una relación con el sustantivo de la base –*un proceso biológico*–. Más aún: la coordinación de dos adjetivos relacionales en singular puede modificar a un sustantivo plural –*los embajadores mexicano y español*–, igual que dos sustantivos introducidos por preposición –*los embajadores de México y de España*–, pero esto no sucede nunca con dos adjetivos calificativos –\**los embajadores famoso y desconocido*– (Bosque, 2006).

#### *A) El papel de la base*

La posibilidad de que algunos procesos morfológicos se limiten a cambiar la clase léxica de la palabra abre la puerta a analizar las distintas clases de nominalizaciones, adjetivizaciones o verbalizaciones como producto de las propiedades

semánticas de la base. Es decir: si ciertos procesos no alteran la semántica de la base, que haya nominalizaciones de evento y nominalizaciones de resultado –por ejemplo– sería un efecto de que en cada caso la base verbal tiene distinta información aspectual (recuérdese también § 3.3.2).

Esta visión parece estar bien encaminada en algunos casos, como por ejemplo las nominalizaciones en *-ción* y *-miento*. Solo obtienen nominalizaciones de evento con estos afijos los verbos que expresan acciones –*destrucción, explicación, intervención* o *persecución*–, y las nominalizaciones de estado están disponibles solamente cuando el verbo tiene en sí mismo una lectura estativa o se puede demostrar que, aunque denote una acción, contiene un componente de estado en su estructura aspectual. Con un verbo como *aburrir*, podemos tener una nominalización de estado, porque el verbo *aburrir* puede ser estativo (13).

- (13) a. el aburrimiento de Juan durante toda la clase.
- b. La clase aburre a Juan.

Con un verbo como *interrumpir*, podemos obtener la lectura de evento (14a) o la de estado (14b), porque el propio verbo admite ambas lecturas (15), e incluso en su lectura de acción contiene un componente estativo –el estado alcanzado al interrumpir algo– al que puede modificar un sintagma preposicional temporal –en (15c) *durante tres horas* mide el tiempo durante el que el servicio estuvo interrumpido–.

- (14) a. La interrupción del servicio sucedió súbitamente a las tres.
- b. La interrupción del servicio durante toda la tarde nos molestó.
- (15) a. Juan interrumpió la reunión.
- b. Un árbol caído interrumpe la circulación en la vía 3.
- c. El servicio se interrumpió durante tres horas.

Un verbo como *destruir*, pese a las apariencias, no contiene un estado resultante como parte de su información léxica, por lo que no admite modificadores como *durante varios años* en su lectura ‘estar destruido durante varios años’. Correlativamente, no admite nominalizaciones de estado.

- (16) a. La bomba destruyó Hiroshima (\*durante varios años).
- b. La destrucción de Hiroshima (\*durante varios años).

### 7.2.2. Otras propiedades del cambio categorial

No todos los afijos que cambian la categoría gramatical se comportan de una forma tan transparente que permitan a la base determinar el tipo de palabra que se formará. Podemos tratar los sufijos *-ción* o *-miento* como categorizadores puros, pero otros muchos sufijos, entre los que están *-dor*, *-ble* o *-esco*, traen consigo mucha más información, como demuestra el hecho de que las palabras formadas con ellos forman una clase coherente, con propiedades relativamente regulares. Todas las palabras formadas con *-dor* son nominalizaciones de participante; las que toman *-ble*, adjetivos pasivos con significado modal; las que toman *-esco*, adjetivos similitivos *—romancesco, dantesco, caballeresco, novelesco—*. Una forma de estudiar los afijos categorizadores de una lengua es la de determinar cuánta información introducen consigo, en virtud de qué propiedades imponen regularmente a las palabras que se forman con ellos.

En relación con esto, es frecuente que los afijos categorizadores no puedan combinarse con cualquier miembro de una clase léxica, sino que impongan condiciones adicionales a la información que debe estar contenida en las bases con las que pueden formar palabras. Esto sucede, sobre todo, con los afijos que introducen más información.

Muchos afijos que toman verbos exigen ciertas propiedades aspectuales en sus bases. El sufijo *-ncia* forma nominalizaciones de eventualidad tomando verbos que pueden tener una lectura estativa —o bien porque no designan acciones, o bien porque admiten una lectura de capacidad en la que no indican la acción, sino la capacidad de participar en dicha acción, como en *La esponja absorbe mucho* ('La esponja puede absorber mucho'): *absorbencia, querencia, tenencia, pertenencia, tolerancia, presidencia*, etc. En los pocos casos en que esta regla no se cumple *—sugerencia, obediencia, ponencia—*, el sustantivo no designa una eventualidad, sino un objeto abstracto o concreto.

Otras veces el afijo impone también condiciones a la estructura argumental de su base. Uno de los casos típicos es el de *-dor*, que requiere que sus bases denoten un proceso dinámico con cierta duración y, además, que tengan en su estructura argumental un argumento que pueda interpretarse de algún modo como causante y controlador de dicha acción. La primera condición permite *un escalador de montañas* —porque *escalar una montaña* es una acción que se desarrolla en un periodo temporal—, pero no *\*un alcanzador de cimas* —porque *alcanzar la cima* es una acción que sucede instantáneamente, tan pronto ponemos un pie sobre la cumbre—. La segunda condición impide que tengamos *\*caedor* —porque aunque caer es una acción que puede durar cierto tiempo, el sujeto no la controla, sino que la sufre—, o *\*moridor*. Un verbo como *entrar* no admite *entrador* en su signi-

ficado normal –cruzar cierto límite que lleva al interior de algo–, pero sí en el significado más activo ‘acometer, arremeter’, como en *entrarle a una chica* o *El toro entra*. Un afijo que tiene propiedades semejantes a estas –aunque no idénticas– es *-ble*; recomendamos al lector que trate de identificar sus restricciones.

#### A) *Cómo dar cuenta de las restricciones seleccionales*

La selección que los afijos hacen sobre sus bases es una más de las informaciones que pueden estar recogidas en la entrada léxica de una palabra. Para las teorías lexicalistas, el hecho de que *-dor* pida bases que denoten una acción durativa con un argumento causante sería parte de la información asociada a la pieza, junto a su categoría, sus alomorfos o su significado, como representamos en (17).

- (17)    *-dor*    <----> [[V<sub>[evento durativo, causante]</sub> ] \_\_\_\_\_] <sub>N</sub>  
                   *-or* /C \_\_\_\_\_  
                   *-dor* /resto de casos  
                   ‘agente que V, instrumento que V o lugar donde se V’

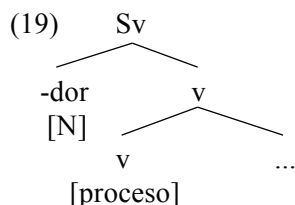
El valor semántico de este afijo explicaría, en estas teorías, que un sustantivo derivado con *-dor* no pueda expresar el agente mediante otro constituyente. Compárese *la destrucción de la ciudad por parte de los cartagineses* con *\*el destructor de la ciudad por parte de los cartagineses*. De algún modo, *-dor* satisfaría él solo el agente del proceso expresado por la base, e impediría que otro elemento desempeñara el mismo papel. Los análisis lexicalistas tienden a explicar este hecho mediante una regla léxica por la que el afijo satisface una propiedad de su base. Podría pensarse que los sustantivos tienen un rasgo R (referencia) que se coindiza, es decir, toma su referencia, con una posición argumental dentro de la estructura del verbo que toman como base (18a). Los verbos, pues, contendrían en el léxico una lista de argumentos, junto a un rasgo E, para indicar que denotan una eventualidad –acción o estado– (18b). Al combinarse, el rasgo R de ese sufijo se coindiza con el agente del verbo, indicando que la palabra completa denota el agente del verbo (18c).

- (18)    a. *-dor* <---> [R]  
                   b. *escal(a)* <---> [E, agente, tema]  
                   c. *escala-dor* [R<sub>i</sub> [E, agente<sub>i</sub>, tema]]

En cambio, una teoría construccionista tendría que buscar una explicación estructural para estos casos de selección de la base. La estrategia sería analizar los



afijos que imponen este tipo de requisitos como elementos que deben estar legitimados por ciertas proyecciones sintácticas, o que son esas proyecciones ellos mismos. Centrémonos en el caso de *-dor*. Una posibilidad es la de analizarlo como un N que debe estar introducido en el especificador de la proyección funcional que introduce al agente. Simplificando algo, la representación sería la de (19).

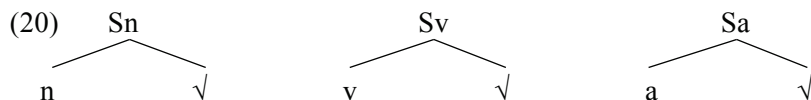


Aquí *-dor* se introduce como especificador de un nudo verbal que denota un proceso eventivo. Consecuentemente, solo podrán tener *-dor* los verbos que admitan un Sv de este tipo. Si lo admiten, necesariamente admitirán una lectura de proceso –que está impuesta por *v*– y un causante de dicho proceso –que sería el especificador de dicha categoría–. Como el propio afijo ocupa la posición de agente, impediría que ningún otro elemento apareciera en esa posición, lo cual explica la agramaticalidad de *\*un destructor por parte de los cartagineses*. Una versión de esta propuesta puede verse en Fábregas (2012).

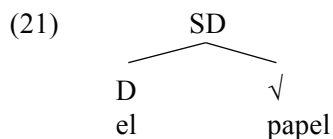
## B) La naturaleza de los categorizadores

En el fondo de esta discusión se halla la pregunta de cómo se identifican los categorizadores, y qué estatuto tienen en nuestras teorías. La postura más sencilla en este punto es la del lexicalismo, para el que el hecho de que un elemento sea categorizador o no depende de la información que tiene asociada en el léxico. Esta posibilidad existe porque en el lexicalismo, la formación de palabras es previa a la sintaxis, y está condicionada por la información contenida en el léxico.

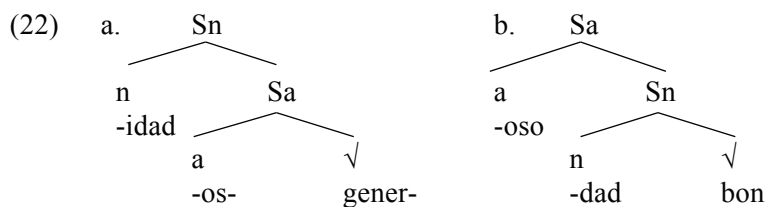
La morfología distribuida considera que todos los categorizadores son núcleos funcionales. La única clase de categorías léxicas en esta teoría está formada por las raíces, que, como se recordará, carecen de categoría gramatical (§ 2.3.3). Hay categorizadores funcionales al menos para sustantivos, verbos y adjetivos.



Dado que los categorizadores son categorías funcionales, no se distinguen sintácticamente de otros casos, como el determinante D, el número Num, el grado Grad o el tiempo T. La morfología distribuida permite también, por lo tanto, que la categorización de una raíz se produzca directamente mediante estas proyecciones, sin utilizar Sn, Sv o Sa. ¿Qué se consigue con esto? La primera consecuencia analítica es que este procedimiento permite eliminar un número considerable de morfos cero, que necesitaríamos en numerosas lenguas y construcciones si propusiéramos que n, v o a están siempre presentes. Podríamos analizar *el papel* como en (21), y aceptar que, en el contexto sintáctico, al estar dominado por D, la raíz se interpreta como un sustantivo.

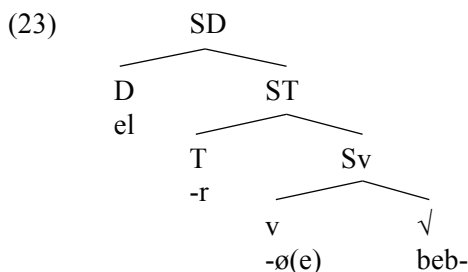


Una vez que se admite que los categorizadores son categorías funcionales, la noción tradicional de SELECCIÓN CATEGORIAL se pierde. La selección categorial es una propiedad de ciertas teorías sintácticas, que proponen que las proyecciones funcionales requieren tomar como complementos constituyentes de cierta clase léxica de palabras (el tiempo solo toma verbos; el número, sustantivos, etc.). Si aceptamos la propuesta de la morfología distribuida, la descomposición morfológica nos indica que en una palabra como *gener-os-idad*, una proyección funcional adjetival está seleccionada por una nominal, pero en una palabra como *bon-dad-oso*, una nominal está seleccionada por una adjetival. Ninguna de las dos construcciones es agramatical, por lo que debemos concluir que una proyección adjetival puede seleccionar a una nominal y viceversa. Consecuentemente, no habría restricciones de selección entre las categorías funcionales.



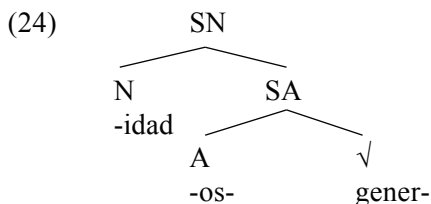
Pero, ya que los categorizadores son categorías funcionales, la consecuencia es que T, Num, D, Grad y otras muchas proyecciones pueden combinarse con elementos de cualquier categoría. No tendremos forma de impedir, por ejemplo,

que un ST sea seleccionado por un SD, como en (23). De hecho, muchos seguidores de la morfología distribuida proponen que esta es la estructura de un infinitivo usado en posición nominal, como *El (constante) beber cerveza de Juan* (recuérdese la discusión sobre las categorías híbridas en § 7.1).



Otros morfólogos consideran que esta propuesta sobregenera –es decir, nos permite construir estructuras que no se documentan en las lenguas del mundo– y debe ser rechazada. Dentro del sistema construccionista, tal vez sea Borer (2005) quien ha argumentado más contra la visión de que los categorizadores son proyecciones funcionales. En su teoría, hay tres tipos de elementos: raíces, categorías léxicas (N, A, V) y categorías funcionales (Num, D, T, etc.). Las diferencias entre las dos últimas clases marcan su distancia con la morfología distribuida.

Al igual que la morfología distribuida, Borer permite que una raíz –que carece de categoría– pueda adscribirse a una clase léxica tanto mediante un categorizador –por tanto, una categoría léxica– como con una proyección funcional. Borer acepta tanto las estructuras de (20) como las de (21). La diferencia se aplica a (23): las categorías léxicas pueden tomar estructuras de cualquier categoría gramatical, pero las categorías funcionales solo pueden tomar complementos de una categoría determinada, por lo que (23) sería imposible en esta teoría. Las estructuras de (22) son posibles en la propuesta de Borer porque los categorizadores son léxicos, como se representa en (24) para el primer ejemplo. Al ser un categorizador léxico, estos elementos tienen el poder de cambiar la categoría de la base independientemente de la información que contenga su complemento.

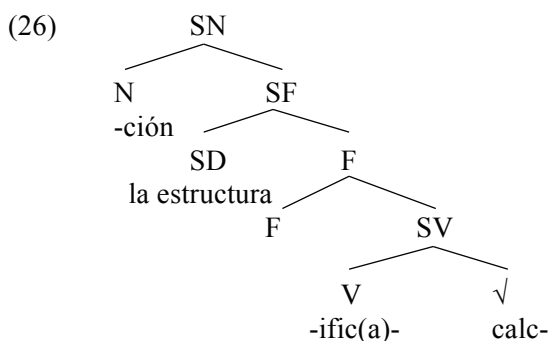


También es posible que una proyección funcional categorice una raíz –ya que esta no tiene ninguna categoría definida–, pero las categorías funcionales deben ser compatibles con la última categoría definida en su complemento. (21) es posible en la teoría de Borer, pero (23) no lo es, porque en ella una proyección funcional asociada al sustantivo (SD) toma como complemento proyecciones funcionales del verbo (ST). La noción de selección categorial, pues, se abandona para las proyecciones léxicas, pero no para las gramaticales.

Borer da una prueba de esta relación. Su demostración tiene dos pasos. En el primero de ellos, muestra que los argumentos de un verbo no están introducidos por la raíz o por SV. La prueba de esto es que un nombre de objeto no puede tomar argumentos verbales, incluso si contiene una raíz y un verbalizador que, en las nominalizaciones eventivas, aparecen dentro de una palabra que tiene estructura argumental. (25a) ilustra las nominalizaciones de objeto y (25b), las de evento.

- (25) a. El paciente tenía unas enormes calc-ific-a-cion-es.  
b. La calc-ific-a-ción de la estructura ósea tiene lugar durante los primeros meses de vida del feto.

Si la raíz *calc-* o el verbalizador *-ific(a)-* fueran responsables de que aparezca la estructura argumental, el contraste en (25) sería inesperado: lo que esperaríamos es que en (25a), donde falta estructura argumental y el sustantivo denota un objeto, faltara el verbalizador *-ific(a)-*, o se usara una raíz distinta. Esto no es así, por lo que Borer propone que la estructura argumental está introducida por un sintagma funcional (SF)  $\emptyset$ , presente solo en (25b).

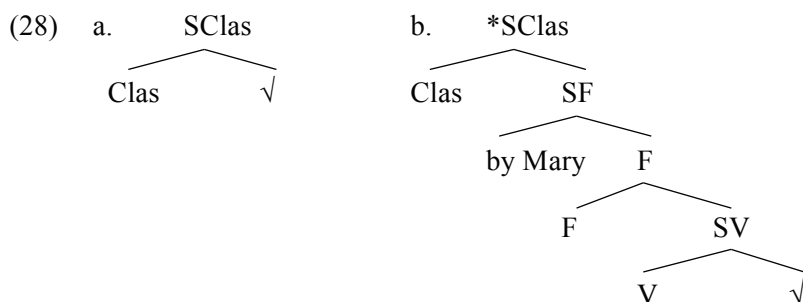


La segunda parte de la demostración parte de la constatación de que en inglés, cuando una nominalización carece de N –es decir, de un nominalizador léxico– no es posible introducir estructura argumental y el sustantivo se comporta sintác-

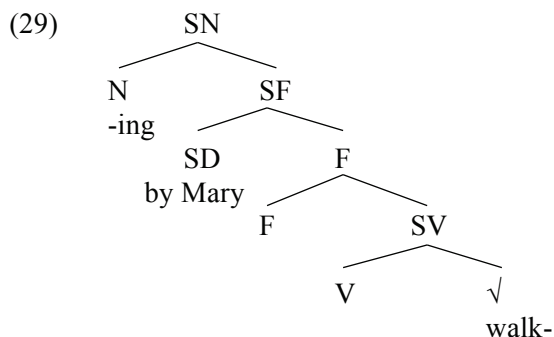
ticamente como un nombre de objeto. El contraste de (26) ilustra esta propiedad: con nominalizador *-ing*, puede haber estructura argumental y aspectual; sin él, no.

- (27) a. the walk of the dog (\*by Mary) (\*during two hours)  
 el paseo de el perro por Mary durante dos horas  
 b. the walk-ing of the dog (by Mary) (during two hours)  
 el pase-ar de el perro por María durante dos horas  
 ‘el pasear al perro de María durante dos horas’

¿A qué se debe este contraste? Borer propone que el problema es que la nominalización de (27a) se obtiene categorizando la raíz con una proyección funcional –que en su teoría se llama sintagma clasificador, y corresponde aproximadamente a lo que hemos estado llamando ‘desinencia’ en este manual–. Esto hace imposible que entre esta proyección nominal y la raíz haya elementos léxicos o funcionales del verbo –como SV o el SF que introduce estructura argumental–. Consecuentemente, *walk* ‘paseo’ tiene la estructura de (28a), donde no hay SF para poder introducir argumentos, no la de (28b).



En cambio, en (27b) hay un categorizador léxico, *-ing*, y la estructura puede incluir SF y SV sin que haya incompatibilidad categorial.



Para que esta propuesta funcione, naturalmente, es necesario hacer una suposición: el inglés carece de un nominalizador léxico  $-\emptyset$ . Si lo tuviera, podríamos suponer que la estructura de *walk* es la misma de (29), con la diferencia de que SN está ocupado por  $-\emptyset$  en lugar de por *-ing*. Pero Borer muestra que hay evidencia de que el inglés carece de este sufijo cero. Si lo tuviera, podríamos derivar como sustantivos –sin nominalizador explícito– verbos que contienen un verbalizador expreso, como *clarify* ‘clarificar’ o *digitalize* ‘digitalizar’, pero, como se ve en (30a), esto es imposible. Solo podemos convertirlos en sustantivos si añadimos un exponente, lo cual sugiere que el inglés carece de morfemas cero nominalizadores.

- (30) a. \*a clarify ‘un clarifica’; \*a digitalize ‘un digitaliza’  
b. a clarification ‘una clarificación’; a digitalization ‘una digitalización’

### 7.3. La derivación con cambio semántico: propiedades y análisis

En este apartado consideraremos los casos de derivación que producen cambios semánticos en la base, sin alterar su categoría gramatical. La inmensa mayoría de la prefijación en las lenguas indoeuropeas cae en este grupo, donde también hay algunos sufijos. La razón es que en las lenguas indoeuropeas –como se adelantó en el capítulo 3– los prefijos tienden a carecer de rasgos categoriales y no suelen proyectar como núcleos de la palabra.

#### A) Nociones semánticas en derivación: ejemplos

Las nociones semánticas que pueden expresarse mediante morfemas en las lenguas del mundo son tan variadas que no podremos aquí sino esbozar algunas de las clases más frecuentemente documentadas.

Son frecuentes los afijos COLECTIVOS –que denotan un grupo formado con la noción expresada en la base–, como *-eda* en *alam-eda* ‘conjunto de álamos’, o *-ado* en *profesor-ado* ‘conjunto de profesores’. También suele darse el caso de que haya morfemas que expresen relaciones de PARENTESCO entre distintos individuos, como ‘ser cría de’ (*ballena ~ ballena-to*, *jabalí ~ jaba-to*). En español quedan restos de afijos nominales que marcaban, en los humanos, ‘ser hijo de’, como *Pér-ez* (‘hijo de Pero, Pedro’), *Gonzál-ez* (‘hijo de Gonzalo’). Tenemos también sufijos que indican un parentesco indirecto, no biológico, como *-astro* (*hij-astro*, *herman-astro*, *padr-astro*). También existen afijos que indican cierta CANTIDAD, medida con la noción expresada por la base, como *puñ-ado* ‘cantidad

que cabe en un puño', *pal-ada* 'cantidad que cabe en una pala' o *cuchar-ada* 'cantidad que cabe en una cuchara', y afijos que indican 'GOLPE dado con algo', como *baston-azo*. Hay muchas otras nociones que el lector no tendrá dificultad en identificar si examina las lenguas del mundo, o más ejemplos del español.

En cuanto a los prefijos, se reconocen habitualmente ocho significados fundamentales –es decir, frecuentes–, pero hay otros muchos más.

Numerosos prefijos tienen un valor TEMPORAL, como *ante-proyecto* –con valor de anterioridad–, *pos(t)-guerra* –de posterioridad– o *inter-regno* –acotado por dos entidades–. Son frecuentes también los prefijos LOCATIVOS, que expresan la localización de un objeto por referencia a otro, como en *ante-brazo*, *contra-portada*, *epi-glottis*, *sub-mundo*, *trans-eúnte*, etc. Hemos dado ejemplos de sustantivos, pero estas dos clases de prefijos pueden combinarse con adjetivos –especialmente, adjetivos relacionales– y verbos: *ante-datar*, *circun-navegar*, *sub-cutáneo*, *pre-palatal*, *extra-terrestre*, etc.

También son abundantes los PREFIJOS CUANTIFICATIVOS, que expresan ciertas medidas y cantidades de la noción expresada por la base, o una próxima a ella. Una persona *pluri-empleada* es una persona que tiene más de un empleo, igual que un objeto *multi-color* es un objeto con numerosos colores, un *poli-glota* es quien habla varios idiomas y un *semi-círculo* es la mitad de un círculo. Muchos prefijos aportan la información que en otros casos se expresa mediante numerales cardinales, como *mono-volumen* ('uno'), *bi-sexual* ('dos'), *tri-logía* ('tres'), etc.

Otros prefijos expresan la NEGACIÓN de lo contenido en la base, sea porque se afirma su carencia –*an-aeróbico*, *sin-fin*–, o porque denota la propiedad contraria –*in-soportable*, *des-leal*, *dis-conforme*–. Con muchos verbos, como vimos en el capítulo 3, el valor negativo a veces adquiere el significado de 'acción contraria a', como en *des-coser*, *des-andar* o *des-integrar*.

También hay prefijos que se emplean para denotar una ACTITUD FAVORABLE o DESFAVORABLE hacia algo, o más en general, la orientación de lo expresado por la base: *anti-* expresa actitud contraria, como en *anti-abortista*; *pro-*, actitud favorable, como *pro-Obama*; *contra-*, la orientación de cierta entidad –generalmente una acción– como respuesta a otra acción previa, de sentido contrario, como en *contra-manifestación* o *contra-ataque*.

Hay también prefijos GRADATIVOS, que intensifican o atenúan un conjunto de propiedades, de manera similar a como lo hacen adverbios del tipo de *muy*, *poco*, *bastante*, *parcialmente*, *un poco*, etc.: *super-caro*, *entre-cerrado*, *extra-suave*, *cuasi-divino*, *semi-frío*, *archi-millonario*...

La séptima clase está formada por ciertos prefijos ADJETIVALES que aportan nociones que, en otros casos, se expresan mediante adjetivos. Esta clase de prefijos adjetivales incluye en español *neo-* 'nuevo', como en *neo-liberal*; *paleo-* 'an-

tiguo' (*paleo-cristiano*); *pseudo-* 'falso' (*pseudo-científico*); *homo-* 'igual' (*homo-orgánico*) o *mini-* 'pequeño' (*mini-falda*).

Hemos dejado para el final, por su importancia, la clase de los prefijos que actúan sobre los verbos alterando de alguna manera su INFORMACIÓN ASPECTUAL. Las lenguas eslavas tienen una buena cantidad de estos elementos, que al unirse a bases verbales aportan distintas nociones relacionadas con la perfectividad –acción completada– o imperfectividad –acción en decurso, no acabada–. En ruso, el prefijo *za-* selecciona el inicio de un evento y por ello es llamado inceptivo (31a); el prefijo *ot-* es completivo, es decir, focaliza el final de la acción (31b); *po-* acota un evento atético dándole límites (31c); *pere-* frecuentemente indica que una acción se repite iterativamente (31d).

- (31) a. *begat* 'correr' ~ *za-begat* 'empezar a correr'  
b. *ot-begat* 'terminar de correr'  
c. *po-begat* 'correr un rato'  
d. *pere-bit* 'vse tarelki'  
iter-romper todos platos 'romper todos los platos, uno tras otro'

Como vemos en las glosas, frecuentemente el español tiene que usar perífrasis verbales para codificar este significado.

### C) Prefijación y estructura argumental

Se ha propuesto que la prefijación puede tener también incidencia en la estructura argumental de los verbos, y esto de tres formas. La forma más clara en la que la prefijación puede influir es la de alterar la realización de los argumentos de un predicado –es decir, alterar el número de argumentos, o forzar a que el mismo argumento reciba una marca gramatical distinta–. Un ejemplo prototípico de esto es el caso del par *decir* y *des-decir*. El primer verbo toma tres argumentos –el agente, la proposición dicha y la persona a la que esta proposición va dirigida–, proyectados, respectivamente, como sujeto, complemento directo y complemento indirecto (32a). El verbo *des-decir*, en cambio, toma solo dos argumentos –no tiene espacio para indicar la persona a la que se dirige la proposición– y, además, el mensaje comunicado no se manifiesta como complemento directo, sino como un complemento preposicional (32b).

- (32) a. Juan le dijo a Pedro que ya era tarde.  
b. Juan se desdijo de lo que había dicho.



En otros casos, la prefijación puede, además, alterar las propiedades de selección del verbo. El par formado por *decir* y *contra-decir* tiene la peculiaridad de que en el primer caso el complemento directo debe ser una proposición –o un sustantivo que consta de información, como *el menú*–, mientras que en el segundo se admiten, además, complementos directos que expresan individuos.

- (33) a. El camarero nos dijo {el menú / que había calamares / \*a Juan}.
- b. El camarero contradijo {el menú / que hubiera calamares/ a Juan}.

En tercer lugar, ciertos prefijos tienen además la propiedad de imponer condiciones a la forma en que los argumentos del verbo se relacionan entre sí. El prefijo *auto-*, cuando se combina con verbos, fuerza una lectura reflexiva, en la que el agente debe ser correferencial con uno de los otros argumentos –el que funciona como complemento directo o aquel que hace de complemento indirecto–. Superficialmente, por ello, parece que *auto-* suprime uno de los argumentos del verbo. *Regalar* tiene tres argumentos, mientras que *auto-regalarse* parece tener dos (34); *destruir* tiene dos argumentos, pero *auto-destruirse* tiene uno (35). Puede que esta supresión argumental no sea tal, ya que el prefijo impone que sea la misma entidad la que haga dos funciones semánticas en ese predicado.

- (34) a. Juan le regaló unas botas a María.
- b. Juan se auto-regaló unas botas \*(a María).
- (35) a. Juan destruyó este documento secreto.
- b. Este documento se auto-destruirá en cinco segundos.

El prefijo *co-* (a veces, *con-*) implica que la acción está realizada colectivamente por dos o más agentes, o que el estado sea compartido por varias personas. Superficialmente, es frecuente que el prefijo *co-* implique añadir un argumento más –la persona con la que el agente hace cierta acción– con respecto a la versión no prefijada. No está claro, sin embargo, el papel sintáctico de este nuevo sintagma preposicional, ya que el colaborador del agente puede expresarse también como un sintagma nominal coordinado con él (36c, 37c).

- (36) a. Juan vive en Madrid.
- b. Juan con-vive con Pedro en Madrid.
- c. Juan y Pedro con-viven en Madrid.
- (37) a. Juan escribió una novela.
- b. Juan co-escribió una novela con su hermano.
- c. Juan y su hermano co-escribieron una novela.

Otro prefijo que impone condiciones a los argumentos de un predicado es *inter-*, que a menudo da un valor recíproco al verbo ('uno al otro'). Por esta razón, este valor de *inter-* solo aparece con verbos que tienen al menos dos argumentos. En (38a) describimos una acción que puede suceder solo en una dirección: Juan manda información a su departamento. En (38b), la acción debe ser necesariamente recíproca, e igualmente que Juan informa a su departamento, el departamento debe enviar de vez en cuando información a Juan.

- (38) a. Juan se comunica con su departamento.  
b. Juan se inter-comunica con su departamento.

Hay otras muchas operaciones sobre la estructura argumental que están asociadas de alguna forma a morfemas derivativos; aquí solo hemos rascado un poco en la superficie. Pasemos ahora, brevemente, a la cuestión de cómo se analizan los prefijos en las lenguas indoeuropeas.

### 7.3.1. *La prefijación: propiedades y análisis*

Antes de comenzar, conviene repetir una advertencia que hemos hecho en otras partes del libro: los prefijos no tienen en todas las lenguas un comportamiento homogéneo y diferente a los sufijos. Son numerosas las lenguas en que la flexión incluye prefijos, que marcan nociones gramaticales como la concordancia o la flexión de tiempo, y no son desconocidos en las lenguas del mundo prefijos nominalizadores o verbalizadores. Las consideraciones que haremos aquí se aplican a las lenguas en las que parece haber una diferencia más o menos estable entre prefijación y sufijación, como es el caso de una buena parte de las lenguas indoeuropeas.

Hemos visto que, si nos restringimos a lenguas como el español, los prefijos no tienen –nunca o casi nunca– la capacidad de alterar la categoría gramatical de la base, aunque sí pueden influir en la estructura aspectual, argumental y el significado. La generalización de que los prefijos no cambian la categoría gramatical de la base sugiere que son morfemas que siempre carecen de información categorial, y esto ha sugerido a algunos autores reglas que relacionen la posición de los afijos con el tipo de información que codifican.

Concretamente, Williams (1981), con su REGLA DEL NÚCLEO A LA DERECHA, propuso que el núcleo categorial de una palabra está siempre a la derecha de la base (39): esperamos, pues, que los afijos que no contienen información categorial se sitúen a la izquierda, es decir, se materialicen como prefijos (40), porque en tales casos el núcleo categorial deberá ser la base.

- (39) construc-ción<sub>N</sub>, especi-al<sub>A</sub>-iza<sub>V</sub>-ción<sub>N</sub>  
 (40) contra-ejemplo<sub>N</sub>, auto-destruir<sub>V</sub>, super-guapo<sub>A</sub>

No muchos morfólogos aceptan esta regla, sin embargo, porque hace predicciones que no se cumplen si miramos fuera de los afijos. En composición –como veremos en el próximo capítulo– el inglés y otras lenguas germánicas, que son las que Williams usaba en su artículo, tiene el núcleo a la derecha –es decir, la categoría de la palabra la determina el segundo miembro (41a)–, pero en español, y en muchas otras lenguas indoeuropeas, el núcleo suele ser el primer miembro (41b). Esto indica que la regla del núcleo a la derecha no es empíricamente adecuada para todas las lenguas indoeuropeas, por lo que debemos buscar otra explicación. Por la misma razón que el español admite que el elemento a la izquierda del compuesto sea el núcleo, podría haber admitido que los prefijos tuvieran suficiente información categorial para definirse como núcleos.

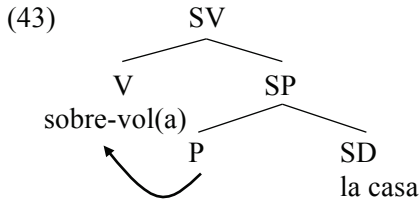
- (41) a. [[navy]<sub>N</sub> [blue]<sub>A</sub>]<sub>A</sub>  
           marina azul ‘azul marino’  
       b. [[azul]<sub>A</sub> [topacio]<sub>N</sub>]<sub>A</sub>

La mayor parte de los morfólogos –especialmente, pero no exclusivamente, los construccionistas– creen en la actualidad que los prefijos son estructuras preposicionales o modificadores adjetivales y adverbiales de la estructura a la que se unen. Comencemos por el primer caso, el que implica tratar algunos prefijos como preposiciones.

Esta alternativa no nos es desconocida; ya vimos algo de ella en § 5.2.3, cuando tratamos la teoría de Hale y Keyser (2002). La idea es que un prefijo puede ser el núcleo de un sintagma preposicional introducido por un verbo, en cuyo caso esperamos que modifique la estructura argumental del verbo añadiendo un argumento. Esta alternativa puede ser ilustrada con el par *volar* ~ *sobrevolar*. El primero, intransitivo, si quiere especificar el lugar sobre el que se vuela, debe hacerlo mediante una preposición (42a); el segundo toma obligatoriamente un complemento directo que expresa este lugar (42b).

- (42) a. El pájaro vuela (sobre la casa).  
       b. El pájaro sobre-vuela \*(la casa).

El análisis podría ser el siguiente: el prefijo es el núcleo de un SP que introduce el lugar como su término. La preposición se reordena con el verbo, y cuando esto sucede, forman parte de un mismo predicado, en el que el término de la preposición pasa a ser el complemento directo del verbo.



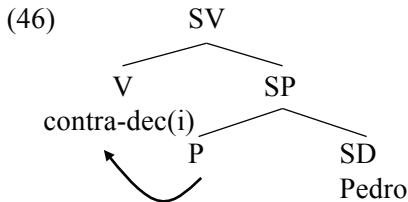
Otros casos empíricos donde parece que podemos clasificar los prefijos como preposiciones son los prefijos de actitud favorable o desfavorable *pro-* y *anti-*. Igual que sucede con las preposiciones (44a), estos prefijos permiten a un sustantivo funcionar como modificador de otro (44b, 44c). Más aún: *anti-* y *pro-*, al igual que otras preposiciones, permiten que su complemento sea más complejo que un solo sustantivo (44d).

- (44)
- a. unas personas \*(de) España
  - b. unas personas anti-aborto
  - c. \*unas personas aborto
  - d. unas personas anti-[aborto legal después de la novena semana]

Otro ejemplo de prefijo que permite a un sustantivo funcionar como modificador nominal es el de los prefijos cuantificadores:

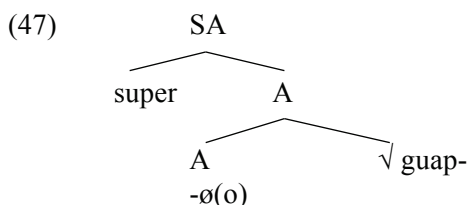
- (45)
- a. unas banderas \*(multi)-color
  - b. un grifo \*(mono)-mando
  - c. una palabra \*(poli)-sílabas

No todos los casos empíricos se acomodan con la misma facilidad. Resulta en parte problemático analizar *contra-decir* como (46), porque no existe una identidad clara entre el comportamiento gramatical de este verbo y la estructura propuesta. No es gramatical \**Juan dijo contra Pedro* –nos falta el complemento directo que indica qué fue lo que Juan dijo–, pero en cambio sí lo es *Juan contradijo a Pedro*, donde no tenemos que representar el contenido proposicional de la contradicción.



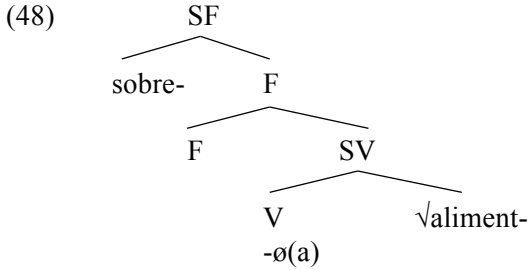
Lo que esto nos indica es que no está claro cómo sería el tratamiento preposicional de los prefijos cuyo efecto es el de suprimir argumentos. Claramente, casos como este requieren más análisis.

La segunda posibilidad para clasificar los prefijos es la de analizar algunos de ellos como modificadores de la base; esto los acercaría a los adverbios, cuando la base es verbal o adjetival, o a los adjetivos, cuando la base es nominal. Ya hemos visto numerosos ejemplos en que los prefijos se comportan como modificadores de grado o adjetivos. Podrían representarse como en (47), para la palabra *super-guapo*.



Algunos gramáticos construccionistas, incluso, propondrían que *super-* es el modificador introducido en un sintagma funcional de grado. La idea crucial, independientemente de cuál sea la proyección que introduce estos elementos, es que el prefijo no proyectaría en estos casos su etiqueta categorial, y se limitaría a especificar propiedades de otra categoría.

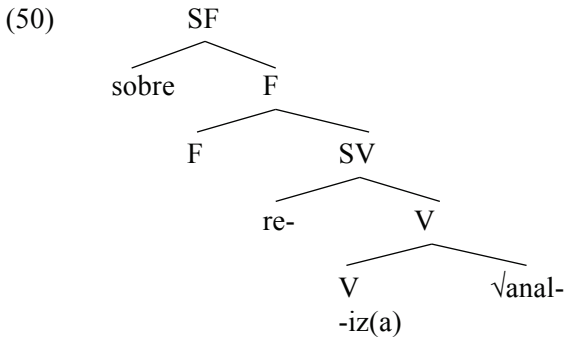
DiSciullo (1997) ha propuesto una distinción entre prefijos ‘preposicionales’ o ‘internos’ –que afectan a la estructura argumental o a la estructura aspectual de la palabra– y los prefijos ‘adverbiales’ o ‘externos’, que modifican a la base sin alterar sus propiedades fundamentales. Su propuesta es que el mismo elemento puede desempeñar los dos papeles, porque la diferencia depende de la posición sintáctica en la que son introducidos: cuando son ‘preposicionales’, se introducen cerca de la base –desde donde pueden manipular su estructura argumental–, mientras que cuando son adverbiales, ocupan una posición más externa, que puede corresponder, incluso, a las proyecciones funcionales asociadas a la categoría léxica. De esta propuesta surgen dos consecuencias: la primera es que el mismo prefijo puede aparecer a veces con comportamiento preposicional, y a veces como adverbial, dependiendo de la posición que ocupa. Ya hemos visto que *sobre-* es preposicional en *sobre-volar*. En otras palabras, como *sobre-alimentar*, *sobre-poblar* o *sobre-dimensionar*, tiene un valor gradativo, y no altera la estructura argumental del verbo. En tales casos, podríamos analizarlos como externos al SV –asociados quizá a una proyección semejante a la que ocupan los complementos circunstanciales de manera– (48).



La otra propiedad que surge es que, dado que los prefijos preposicionales están más bajos que los prefijos adverbiales, se espera que, en una palabra, los prefijos que cambian la estructura argumental de la palabra sean más internos que los adverbiales, y si aparecen ambos, estos últimos antecedan a los otros. Si deseamos hablar de un proceso de reanálisis que va demasiado lejos, podemos formar un verbo como (49a), pero aunque queramos hablar de la repetición del proceso de analizar algo demasiado, no podemos formar (49b).

- (49) a. sobre-re-analizar  
b. \*re-sobre-analizar

En la teoría de DiSciullo (1997) esto se debe a que aquí *sobre-* es un prefijo adverbial, mientras que *re-* es preposicional, porque altera la estructura aspectual de la base. Su estructura sería semejante a la de (50), y en ella es forzosamente necesario que *sobre-* esté más alejado de la base que *re-*.



El lector tal vez haya observado que las distintas propiedades de los prefijos en (50) se asemejan a la diferencia entre flexión y derivación en un modelo constructorista, con los afijos que alteran propiedades de la base en una posición más inter-

na que los que no tienen este poder. De hecho, tal vez sería posible argumentar que F (o un sintagma entre F y SV) define un dominio sintáctico, que integra *re-* y la base en el mismo dominio, e impide que *sobre-* altere en este caso las características de la base. Esta solución es tentadora, en tanto que permitiría –tal vez– un tratamiento unificado de toda la prefijación como modificación de la base en distintos niveles.

## 7.4. La conversión: propiedades y análisis

Se entiende por conversión aquellos casos en que cambia la categoría léxica de un elemento sin que haya ningún categorizador léxico que codifique dicho cambio. En algunas lenguas, la conversión es sumamente productiva. (51) proporciona varios casos del inglés.

- (51) a. dance<sub>V</sub> ‘bailar’ ~ dance<sub>N</sub> ‘baile’  
b. white<sub>A</sub> ‘blanco’ ~ white<sub>N</sub> ‘blanco’  
c. empty<sub>A</sub> ‘vacío’ ~ empty<sub>V</sub> ‘vaciar’

En ninguno de estos casos hay exponente alguno que distinga entre las dos categorías.

El español tiene un caso bastante llamativo de conversión: el que sufre la raíz *baj-*, que puede ser verbo (*baj-ar*), nombre (*Vivo en el baj-o*), adjetivo (*Juan es baj-o*) o preposición (*baj-o el árbol*). Estas palabras toman, como es normal en español, desinencias o vocales temáticas, pero no encontramos ningún exponente que corresponda a un verbalizador, un adjetivizador o un nominalizador. De forma similar, algunos pares de palabras relacionadas por conversión en inglés difieren en la posición del acento (52), pero para algunos morfólogos siguen considerándose casos de conversión porque esta diferencia no viene acompañada de la presencia de categorizadores léxicos expresos.

- (52) a. digest<sub>V</sub> /daɪ'dʒest/ vs. digest<sub>N</sub> /'daɪdʒest/  
digerir                                      digestión  
b. accent<sub>V</sub> /æk'sent/ vs. accent<sub>N</sub> /'æksənt/  
acentuar                                      acento  
c. decrease<sub>V</sub> /dɪ'kri:s/ vs. decrease<sub>N</sub> /'di:kri:s/  
disminuir                                      disminución

¿Por qué tratan los gramáticos la conversión como un proceso especial, en lugar de analizarla como un caso de derivación categorial que incluye un exponente

cero? La razón fundamental es el problema de la DIRECCIONALIDAD, que ya adelantamos en § 2.3.2.c. La derivación suele producir una asimetría nítida entre la base del proceso y la palabra compleja que resulta de él: con nitidez, sabemos que en el par *explica(r) ~ explicación* la primera palabra actúa como la base y la segunda se deriva de ella. Pero ¿qué podemos decir de (51a)? ¿Es *dance* un verbo del que se deriva un sustantivo o un sustantivo del que se deriva un verbo? La estructura morfofonológica no nos ayuda, pero, además, la semántica tampoco. Si nos guiamos por el significado, podríamos decir que ‘baile’ procede del verbo ‘bailar’, como nombre de objeto –lo que se produce al bailar– tanto como que ‘bailar’ procede de ‘baile’ como verbalización –hacer un baile–. Muchos de los ejemplos de conversión parecen simétricos: es concebible tanto que la dirección derivacional sea una como la contraria.

Algunos casos pueden ser resueltos mediante otros parámetros. Hay un número de verbos ingleses, relacionados con sustantivos, que –frente a los casos de (52)– mantienen el acento en la posición típica de los sustantivos –la primera sílaba–. Cuando el verbo *abstract* significa ‘abstraer’, se relaciona con el sustantivo *abstract* ‘resumen’ mediante el cambio acentual característico de (52) (cf. 53a y 53b), pero cuando toma el significado ‘hacer un resumen de algo’, conserva el acento que tiene el sustantivo (53c). Unido a que el significado del verbo en este caso está construido sobre el del sustantivo *abstract*, esto sugiere que en el segundo verbo la relación con el sustantivo es direccional: N > V. Sin embargo, seguimos sin saber cuál es la dirección entre (53a) y (53b).

- (53) a. *abstract* /æb'strækt/ ‘abstraer’
- b. *abstract* /'æbstrækt/ ‘resumen’
- c. *abstract* /'æbstrækt/ ‘hacer un resumen’

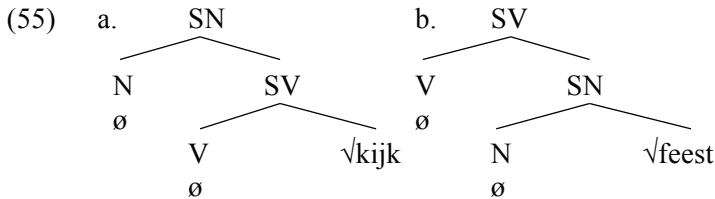
La irregularidad también puede dar pistas. Cuando una palabra es básica y no derivada, esperamos que pueda tener idiosincrasias –ya que la raíz puede contener información idiosincrásica que fuerce a que sea así–. Si una palabra está derivada de otra, no esperamos esto, ya que en la palabra compleja, la raíz estará demasiado profundamente enterrada dentro de la estructura como para condicionar posibles irregularidades. Don (2004) propone esto como criterio para determinar la direccionalidad de ciertos pares de palabras en holandés. Su análisis se basa en la suposición de que por defecto los sustantivos holandeses son de género no neutro y los sustantivos que sean de género neutro deben ser especificados como tal idiosincrásicamente. A partir de aquí, hace la siguiente generalización: podemos tener pares de palabras relacionadas por conversión entre un verbo irregular y un sustantivo no neutro (54a); también podemos tener pares donde el sustantivo es neu-



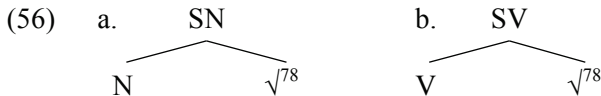
tro y el verbo es regular (54b), pero no existen casos en los que el sustantivo sea neutro y el verbo irregular. En (54), el determinante *de* marca género no neutro, y *het*, género neutro.

- (54) a. *kijk* ‘mirar’ ~ *de kijk* ‘la mirada’  
b. *feest* ‘festejar’ ~ *het fest* ‘la fiesta’

Estos casos se explican si tratamos la conversión como derivación cero. En el par de (54a), el sustantivo se deriva del verbo. El verbo puede ser irregular, porque es la forma básica, pero el sustantivo se deriva de él y debe ser regular –no neutro– (55a). En (54b) tenemos el caso contrario: el sustantivo es neutro porque es la forma básica, y el verbo debe ser necesariamente regular, porque se deriva de él (55b). Tenemos de nuevo la observación de que la estructura más próxima a la raíz es sensible a las idiosincrasias de la base, pero la que es externa a ella debe ser regular, que ya ha aparecido varias veces.



Para tener un par formado por un verbo irregular y un sustantivo neutro necesitaríamos que hubiera dos estructuras igualmente complejas, ambas formadas por una raíz y un categorizador léxico (56), de forma que las idiosincrasias de la base fueran accesibles en ambas categorías. Don toma sus datos como prueba de que la conversión siempre es direccional, y es un caso de derivación cero, al menos en holandés. Si esto es así, nunca se darían casos como (56) en esta lengua, en que la misma raíz (aquí, la raíz 78) puede realizarse como dos o más clases léxicas.



Los datos no están tan claros siempre, y el análisis de Don se enfrenta a problemas en holandés y, de forma más clara, en otras lenguas. En primer lugar, su análisis no da criterios claros para resolver casos en que los pares de palabras son

un verbo regular y un sustantivo no neutro (57). Ya que ninguno de los dos casos implica idiosincrasias léxicas, en principio cualquiera de las dos direcciones puede dar cuenta de la relación, y los ejemplos parecen, de nuevo, simétricos.

(57) tel ‘contar’ ~ de tel ‘la cuenta’

Además, el análisis implica que hay nominalizadores y verbalizadores con exponente cero. Ya hemos visto que en inglés hay pruebas (recuérdese el ejemplo 30 en § 7.2.2) de que este afijo no existe: si lo tuviéramos, podríamos construir sustantivos como *\*a clarify* ‘un clarifica’ mediante un sufijo cero. En español, los datos son iguales al inglés, por lo que el análisis de Don es problemático también para estas lenguas.

Una alternativa lexicalista al tratamiento de la conversión como derivación cero es el de permitir que en el léxico coexistan las dos palabras con distinta categoría, sin que ninguna de ellas esté derivada de la otra. Esto supondría, por ejemplo, admitir que el léxico contenga un verbo *dance* y un sustantivo *dance*, como en (58). Sus entradas léxicas podrían ser muy similares y la diferencia fundamental está en su información categorial. En distintas épocas se ha propuesto esta solución (Lieber, 1981, 1992), que a menudo se conoce como RELISTADO.

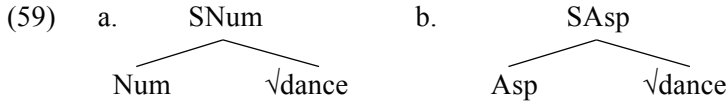
(58)

|                    |
|--------------------|
| dance <sub>V</sub> |
| ↑↓                 |
| dance <sub>N</sub> |

Es decir, la misma palabra es listada dos veces en el léxico, una vez como una categoría, la otra como otra categoría distinta. Ninguna procede de la otra –de ahí la doble flecha en (58)–, y sus rasgos comunes –pronunciación, significado, selección, etc.– pueden estar listados en ambas entradas, y relacionados mediante reglas de redundancia que permitan al hablante aprenderlos una sola vez y emplearlos con las dos formas.

En § 2.3.3 adelantamos una solución intermedia entre la propuesta de Don y la de Lieber: evitar el relistado proponiendo una sola raíz y dar cuenta de la simetría dejando que las dos formas sean igualmente complejas, porque ninguna se construya a partir de otra. Esto implica, contra lo que hace Don, permitir que la misma raíz aparezca realizada en contextos correspondientes a varias categorías léxicas, es decir, aceptar la posibilidad de que existan ejemplos que fundamentalmente tienen la forma de (56). Ya que queremos evitar proponer nominalizadores cero, podemos proponer que las dos palabras *dance*, con distinta

categoría, se obtienen igualmente a partir de la misma raíz, cuando está dominada por proyecciones funcionales diferentes, correspondientes en cada caso a una categoría distinta: por ejemplo, SNúmero cuando actúa de sustantivo y SAspecto cuando es verbo. Podrían proponerse otros nudos funcionales para dar cuenta de esta diferencia.

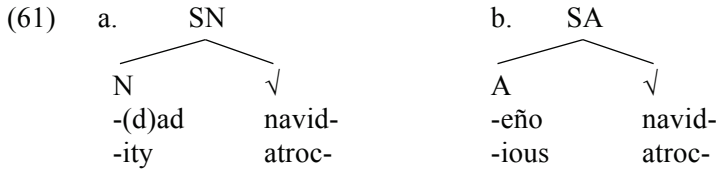


Con independencia de la identidad formal de las proyecciones funcionales involucradas en el cambio de categoría, lo que nos interesa de este análisis es qué suposiciones hace y cómo las emplea para resolver los casos de conversión no direccional. Crucialmente, este análisis supone una visión de las raíces como carentes de categoría léxica, y permite que distintas proyecciones la seleccionen igualmente. El resultado es que las palabras, pese a estar claramente relacionadas entre sí –por compartir la misma raíz– no se derivan una de otra, sino que ambas se construyen independientemente.

Una ventaja de esta propuesta es que permite unificar el tratamiento de la conversión con el de otros casos donde la direccionalidad es dudosa. Consideremos, por ejemplo, los casos de TRUNCAMIENTO. Estos casos pueden ser descritos como situaciones en las que, al derivar una palabra compleja a partir de la base, la terminación de esta base queda cancelada –en contraste con la haplología, el segmento cancelado no tiene que ser idéntico a una parte del afijo–. (60a) da un ejemplo del inglés y (60b), del español.

- (60) a. atroc-ious ~ atroc-ity  
atroz-oso atroc-idad  
b. Navid-ad ~ navid-eño

Estos ejemplos plantean un problema: ¿qué palabra es la base y cuál el derivado? ¿Cómo sabemos en (60a) qué forma se deriva de cuál? Quizá en (60b) queramos suponer que, por su significado, la segunda deriva de la primera, pero esto no es completamente seguro, ya que igualmente se admiten en español adjetivos de los que se derivan sustantivos en *-(i)dad* (como *generosidad*). La propuesta sobre la conversión que hemos esbozado aquí puede dar cuenta también de estos casos, tratados en Marantz (2000). Podemos suponer que no se produce realmente truncamiento –es decir, que ningún afijo se cancela–, sino que ambos elementos del par se derivan de la misma raíz en combinación con distintos categorizadores, como en (61).



A estas alturas, el lector ya habrá observado que es muy raro que una teoría carezca de contraejemplos, o de complicaciones teóricas. Esta última propuesta, por ejemplo, tendría dificultad en explicar por qué en holandés no se dan los pares de palabras [verbo irregular] ~ [sustantivo neutro] que, en cambio, Don puede explicar. Las teorías muy a menudo se consideran superiores no tanto por la ausencia de complicaciones empíricas —que a menudo pueden ser resueltas mediante ajustes técnicos o introduciendo mecanismos adicionales—, sino más bien por la forma en que permiten unificar en un mismo tratamiento fenómenos que a primera vista son diferentes, o aspectos de un fenómeno que pueden parecer contradictorios. Frente a las dos teorías anteriores, esta tercera teoría es capaz de dar cuenta a la vez de las relaciones y diferencias entre la conversión y la derivación, y, además, recoger esas propiedades en una estructura que puede arrojar luz sobre el fenómeno, aparentemente independiente, del truncamiento.

## Ejercicios y problemas

1. En ocasiones, un mismo afijo puede formar palabras de dos o más clases léxicas. Un ejemplo es el inglés *-ly*, que forma adverbios (*clear* ‘claro’ ~ *clear-ly* ‘claramente’) o adjetivos (*love* ‘amor’ ~ *love-ly* ‘encantador’); otro ejemplo es el español *-nte*, que forma adjetivos (*preocupar* ~ *preocupante*) o sustantivos (*tranquilizar* ~ *tranquilizante*). ¿Cómo se puede dar cuenta de esta propiedad en las distintas teorías que hemos revisado, y qué complicaciones crea en cada caso?
2. En una lengua de su elección, escoja un proceso derivativo con cambio categorial y haga una lista lo más completa posible de los afijos que se emplean (nominalizadores, adjetivizadores, etc.). A continuación, considere si es posible adscribir cada afijo con un tipo particular de palabra compleja (p. ej., nominalización de evento, de estado, de objeto, etc.).
3. En una lengua de su elección, busque casos de conversión entre dos categorías. Si considerara la conversión entre verbo y nombre en español, por ejemplo, le interesarían pares como *compra* ~ *comprar*, *ataque* ~ *atacar*, *empaste* ~ *empastar*, etc. Considere si hay criterios para determinar la di-

- reccionalidad en ciertos casos, y si tiene otros donde parece haber simetría. Considere las teorías que hemos expuesto en § 7.4 y evalúelas en relación con estos datos.
4. Escoja tres afijos derivativos relativamente productivos de su lengua y estudie las restricciones que imponen a sus bases. Si elige un caso del español, podría estudiar, por ejemplo, sufijos como *-dizo* (*huidizo*) y *-dura* (*quemadura*) y prefijos como *post-* (*post-colonial*) o *semi-* (*semi-díos*). ¿Encuentra distintos significados en estos afijos? Si es así, ¿la selección de las bases es distinta en cada caso? ¿A qué puede deberse esto?
  5. En una lengua de su elección, escoja dos categorías léxicas (p. ej., nombres y adjetivos) y trate de obtener una lista lo más exhaustiva posible de todos los procesos que permiten pasar de la primera a la segunda. Clasifíquelos en prefijación, sufijación y parasíntesis y estudie los cambios formales y semánticos que cada uno de ellos implica. ¿Hay procesos que compitan entre sí?

## **Lecturas recomendadas**

La cantidad de trabajos que se han ocupado de diseccionar y analizar diversos aspectos de la derivación es en la práctica casi inabarcable, por lo que nos limitaremos a recomendar algunas referencias recientes, y remitimos al lector a las bibliografías de estos trabajos, donde encontrará textos más específicos, dependiendo del fenómeno particular que le interese. Lieber y Štekauer (2005), especialmente los capítulos 4, 6 y 7, son un buen lugar para empezar; los detalles empíricos sobre procesos derivativos se pueden encontrar en los capítulos 14, 15, 16 y 17 de Lieber y Štekauer (2013). Acerca de la conversión, recomendamos los artículos que conforman el volumen editado por Bauer y Valera (2005). Para el debate entre aproximaciones construccionistas y lexicalistas en la formación de palabras, el lector puede leer Embick y Noyer (2007), con la respuesta de Williams (2007) y Ackema y Neeleman (2007) en el mismo volumen.



# 8

## *La composición y su análisis*

En los dos capítulos anteriores hemos presentado distintos aspectos del análisis de las formaciones que contienen una raíz y uno o más afijos. En este capítulo nos ocuparemos de las estructuras en las que conviven dos o más raíces, es decir, los casos que la gramática tradicional ha designado con la etiqueta de composición. Como en los capítulos anteriores, daremos una visión general de las propiedades de estos elementos, y nos concentraremos en algunos aspectos particularmente problemáticos para distintos análisis.

### **8.1. Propiedades de la composición**

Como adelantamos en el capítulo 1, la composición es el nombre que se le da a todos los procesos en los que intervienen dos o más raíces. Una primera cuestión relevante es qué estatuto tienen los miembros internos a un compuesto. Se suelen distinguir dos casos fundamentales: aquellos en los que dentro del compuesto se combinan raíces puras (1a), y aquellos en los que se combinan temas morfológicos –que, como se recordará, es la unión de una raíz con un categorizador– (1b). Como vemos, la misma lengua puede tener ambas estructuras.

- (1)    a. agri-dulce
- b. sordo-mudo

Superficialmente al menos, parece que en el primer compuesto, el elemento *agri-* es una raíz, ya que viene sin desinencia. Al no tener desinencia, esperamos que no esté definida como un adjetivo –ni como cualquier otra categoría–. En

cambio en el segundo compuesto el primer elemento tiene desinencia (*sord-o*), por lo que suponemos que ya está categorizado y es, por tanto, un tema morfológico.

En español y en otras lenguas los compuestos pueden albergar también constituyentes mayores que un tema morfológico. Ya hemos aludido repetidamente a los compuestos verbonominales del español, como (2). En estos se observa que el segundo miembro del compuesto tiene, además de una desinencia, una marca de número, que generalmente se clasifica como información flexiva (*ventan-a-s*).

(2) un limpia-ventanas

La cuestión de cuánta información flexiva puede aparecer en el interior de un compuesto ha sido muy debatida, sobre todo por las teorías lexicalistas –para las que esto es un hecho sorprendente, toda vez que la flexión está próxima a la sintaxis y su presencia es inesperada en el interior de una construcción creada por la morfología–. Booij (1996) propone que solo es posible tener en el interior de un compuesto la llamada FLEXIÓN INHERENTE, que es aquella que una palabra toma opcionalmente dependiendo del significado que quiera expresar; la FLEXIÓN CONTEXTUAL, en cambio, es aquella que la palabra toma obligatoriamente por la construcción sintáctica en la que aparece –por ejemplo, la concordancia obligatoria con otros elementos dentro de su estructura–. Esta segunda es generalmente imposible en el interior de un compuesto.

De esta manera, la presencia de número en el sustantivo *ventanas* en (2) no es inesperada, ya que el número plural en los sustantivos aparece opcionalmente cuando el hablante desea denotar un conjunto de objetos. Lo sorprendente sería que en el interior de un compuesto apareciera concordancia, por ejemplo, que en (1b) el primer miembro concordara con un sustantivo, como en (3). Esto es, como predice Booij, imposible.

(3) \*unas niñas sord-a-s-mud-a-s

También se forman compuestos en los que se combinan temas neoclásicos o grecolatinos (§ 2.1) entre sí (4a), o con raíces y temas morfológicos (4b). Como se comentó anteriormente, el estatuto de los temas neoclásicos es problemático, ya que comparten propiedades con los afijos y con los temas morfológicos.

- (4) a. logo-peda, angl-ó-filo, patr-i-cida  
b. music-ó-logo, catalan-ó-fobo, narco-traficante



A) Los elementos de enlace

El lector atento ha observado que en las segmentaciones anteriores, a veces, hemos segmentado tres elementos: junto al primer y al segundo constituyente del compuesto, tenemos a veces un elemento intermedio. Este morfema se conoce como ELEMENTO DE ENLACE (EE), y aparece frecuentemente en muchas de las lenguas con compuestos.

- (5) a. pel-i-rrojo
- b. hidr-ó-fobo
- c. fratr-i-cida
- d. king-s-man (inglés)  
          rey-EE-hombre ‘cortesano, hombre del rey’
- e. schaap-en-bout (holandés)  
          oveja-EE-pierna ‘pierna de oveja’

Aunque no es fácil predecir qué formas llevan un elemento de enlace, a veces se observan generalizaciones parciales en las lenguas. En español, es frecuente que los compuestos adjetivales formados por un sustantivo y un adjetivo, en los que el núcleo es el adjetivo, lleven el elemento de enlace *-i-*; cuando se forman compuestos con temas neoclásicos de origen griego, suele emplearse el elemento de enlace *-ó-*, sobre el que recae el acento (5b), y cuando se usan temas de origen latino, *-i-* (5c).

A menudo, los elementos de enlace que aparecen entre los sustantivos de un compuesto son homófonos con morfemas que en estadios anteriores de la lengua marcaban el caso genitivo correspondiente al moderno ‘de’. Existen pocas dudas de que el origen histórico de la *-i-* en (5a, 5c) o de *-en-* en (5e) es la marca de genitivo presente en estadios anteriores de estas lenguas. De hecho, la *-s-* de (5d) corresponde aún hoy con el morfema que marca genitivo en inglés, como en *Mary’s clothes* ‘Mary-gen. ropas, la ropa de Mary’. Esto, sin embargo, no resuelve el problema de que en la lengua actual los hablantes holandeses o españoles no identifican automáticamente estas marcas como genitivos. No está claro, pues, cuál es el papel de estos elementos de enlace, aunque diremos algo sobre ellos más adelante.

B) Productividad de los compuestos

Las lenguas no admiten idéntica productividad en los compuestos. Suele repetirse frecuentemente la generalización de que en las lenguas romances o en las

semíticas (árabe, hebreo) la composición está más restringida que en las lenguas germánicas, por ejemplo. Esta restricción suele manifestarse en tres hechos: el primero de ellos es que los compuestos son recursivos con más facilidad en las lenguas germánicas que en las romances. Por RECURSIVIDAD se entiende la propiedad de una operación que permite que vuelva a ser aplicada al resultado que se obtiene de una primera aplicación. Por ejemplo, las lenguas germánicas pueden fácilmente crear compuestos con dos sustantivos, y combinar este resultado con otro sustantivo para formar un compuesto de tres sustantivos, que puede, a su vez, combinarse con un cuarto sustantivo para formar un compuesto mayor. El ejemplo alemán de (6) es muy citado:

- (6) Donau-dampf-schiff-fahrt-s-kapitän-s-witwe  
Danubio-vapor-barco-línea-EE-capitán-EE-viuda  
‘La viuda del capitán de la línea de barcos de vapor del Danubio’

El español admite recursividad solo en unos pocos casos, y esto con severas restricciones. Se admite parcialmente en los compuestos verbonominales (7a) del tipo de *limpia-ventanas*, y a veces en ciertos compuestos de dos sustantivos (7b).

- (7) a. [limpia-[para-brisas]]  
b. [bar-[pizzería-heladería]]

El segundo hecho que manifestaría la distinta productividad de la composición en distintas clases de lenguas sería que unas lenguas pueden combinar un grupo menor de categorías léxicas que otras –hablaremos de esto más adelante en este apartado–. El tercer hecho, que será explicado en § 8.3, es que algunas lenguas admiten menos relaciones semánticas que otras entre los miembros de un compuesto.

### C) *Hiperonimia e hiponimia*

Antes de entrar en la cuestión de qué categorías léxicas suelen aparecer en el interior de un compuesto, hablaremos brevemente de la relación semántica que se establece entre la denotación de un compuesto y el significado de sus miembros. Lo habitual es que el compuesto sea un HIPÓNIMO del miembro que funciona como núcleo. Una palabra es hipónima de otra cuando denota una subclase dentro de la clase mayor que denota la segunda. Por ejemplo, ‘manzana’ es un hipónimo

de ‘fruta’. Examinando los compuestos de (8), cuyos núcleos son respectivamente el sustantivo *pantalón* y el adjetivo *verde*, observamos que denotan una subclase de pantalón y cierta tonalidad del verde.

- (8) a. pantalón campana
- b. verde manzana

No todos los casos son así. Aunque no son habituales en las lenguas con las que estamos más familiarizados, se ha identificado recientemente la clase de los CO-COMPUESTOS (Wälchli 2005). Los co-compuestos denotan HIPERÓNIMOS con respecto a sus miembros –es decir, superclases de la clase denotada por ellos–. En komi –una lengua urálica–, (9) se emplea para indicar la suma de todos los días y las noches, con el significado de ‘futuro’; en coreano, la suma de hermano y hermana se emplea para hablar de los hermanos –sin distinción de género–. El compuesto español de (9c) se ha analizado como un co-compuesto, ya que no indica la suma de una lanza con una espada, sino un objeto que funciona como ambas cosas y en cierta manera es una superclase de ambos.

- (9) a. lun-voj
- día-noche ‘futuro’
- b. o-nwui
- hermano-hermana ‘hermanos’
- c. lanza-espada

### *8.1.1. Composición y categorías léxicas*

Los compuestos pueden clasificarse en función de otros tres criterios, junto a la naturaleza morfológica de sus elementos constituyentes: (i) las categorías gramaticales que se combinan en su interior, (ii) la posición de su núcleo –si es que poseen un núcleo– y (iii) la relación semántica que se establece entre sus constituyentes internos. En este apartado discutiremos el primer criterio, y dejaremos los otros dos para las dos siguientes secciones.

En virtud de la categoría gramatical de sus miembros, las clases mayores de compuestos son las que se forman con las categorías léxicas de sustantivo, adjetivo y verbo.

Hay compuestos formados por dos sustantivos (10) y compuestos formados por dos adjetivos (11).

- (10) a. perro policía, reloj despertador, coche cama  
b. apple pie road house (inglés)  
manzana pastel camino casa  
'pastel de manzana' 'casa de carretera'
- (11) a. roj-i-blanco, azul-grana, sintáctico-semántico  
b. sweet-sour deaf-mute  
dulce-agrio sordo-mudo  
'agridulce' 'sordomudo'

Es frecuente que los compuestos de dos sustantivos funcionen ellos mismos como sustantivos, igual que lo es que los compuestos con dos adjetivos tengan categoría adjetival, pero esto no siempre es así. Ocasionalmente, compuestos formados por dos adjetivos funcionan como sustantivos. En (12) tenemos un ejemplo del español; aunque *clar-o* puede funcionar como sustantivo en significados muy específicos –*un claro en el bosque*–, este no es el valor que toma la palabra en el compuesto, y el segundo elemento, *oscur-o*, no puede funcionar nunca como sustantivo. Estos ejemplos son, pues, problemáticos para las teorías que derivan las propiedades de una palabra a partir de su estructura interna, asumiendo la existencia de un núcleo estructural que define las propiedades gramaticales de la palabra.

- (12) un clar-oscuro

Los compuestos formados por dos verbos, de hecho, casi nunca forman compuestos que funcionen como verbos. A veces, los verbos aparecen flexionados en su interior, y pese a esto es habitual que el compuesto sea nominal (cf. 13a, del inglés, y 13b).

- (13) a. a see-saw  
un ver-vió 'un balancín'  
b. un sub-i-baja

Otras lenguas parecen tener formas léxicas formadas por dos o más verbos que funcionan como verbos; el ejemplo (14a) es del hindi, y el de (14b), del griego moderno.

- (14) a. nikal gaya:  
salir fue 'fue afuera'  
b. anavo-zvino:  
encender-apago 'apago y enciendo'

Algunos autores –incluso lexicalistas– entienden, sin embargo, que estas estructuras no son propiamente compuestos, sino que están más próximas a combinaciones sintácticas de elementos semejantes a las que forman los auxiliares con un verbo auxiliado (*empezó a leer el libro*). De hecho, una de las cuestiones analíticas fundamentales en el estudio de los compuestos es dónde se establecen sus límites con respecto a otras construcciones que implican combinaciones de formas libres, que pueden aparecer independientemente. Dedicaremos § 8.4 a esta cuestión.

Hay compuestos formados por un sustantivo y otra categoría, donde el sustantivo es el núcleo. Tenemos compuestos formados por un verbo y un sustantivo –frecuentes en inglés, pero no en lenguas romance (15)– y compuestos formados por un adjetivo y un sustantivo (16).

- |      |             |                 |                  |
|------|-------------|-----------------|------------------|
| (15) | cry-baby    | swim-suit       | wash-room        |
|      | llorar-bebé | bañar-traje     | lavar-habitación |
|      | ‘llorica’   | ‘traje de baño’ | ‘lavabo’         |

- |      |                 |                 |
|------|-----------------|-----------------|
| (16) | a. media-noche, | agu(a)-ardiente |
|      | b. small-talk   | grand-mother    |
|      | pequeño-charla  | gran-madre      |
|      | ‘charloteo’     | ‘abuela’        |

Son abundantes también los compuestos verbales en los que un verbo se combina con un sustantivo (17) o un adjetivo (18). Los casos no abundan en español y otras lenguas romance –con formaciones casi excepcionales, como *man-i-atar*–, pero pueden documentarse en inglés y muchas otras lenguas germánicas.

- |      |                         |                   |                  |
|------|-------------------------|-------------------|------------------|
| (17) | chain-smoke             | day-dream         | baby-sit         |
|      | cadena-fumar            | día-soñar         | bebé-sentar      |
|      | ‘fumar compulsivamente’ | ‘soñar despierto’ | ‘cuidar un bebé’ |

- |      |                   |
|------|-------------------|
| (18) | dry-clean         |
|      | seco-limpiar      |
|      | ‘limpiar en seco’ |

Se puede observar que el sustantivo tiende a interpretarse como un complemento circunstancial del verbo –manera como ‘en cadena’ o tiempo, como ‘durante el día’– o como un argumento –*baby-sit*, ‘cuidar a un bebé’–, mientras que el adjetivo suele interpretarse como un circunstancial de manera.

Hay compuestos adjetivales que se forman con un sustantivo (19), y, mucho menos frecuentemente, con un verbo. De hecho, los escasos ejemplos que se do-

cumentan tal vez deban ser analizados como casos en los que el verbo funciona como un argumento preposicional encubierto, como sugiere la glosa del ejemplo japonés de (20).

- (19) a. pel-i-rrojo, brac-i-largo, al-i-caído  
       b. paper-thin                      tax-free  
           papel-fino                    impuesto-libre  
           ‘fino como el papel’    ‘libre de impuestos’
- (20) hanashi nikui  
       decir    difícil  
           ‘difícil de decir’

También es frecuente que se documenten estructuras en las que un verbo, sustantivo o adjetivo aparece combinado con una preposición o con un elemento próximo a ellas. (21a) da ejemplos de compuestos nominales, (21b), adjetivales y (21c), verbales, todos ellos tomados del inglés. Generalmente, no se documentan ejemplos del tipo de (21b) si el adjetivo no procede originalmente de un verbo.

- (21) a. in-joke                      over-coat  
       en-broma                  sobre-abrigo  
       ‘broma privada’        ‘sobre-todo’
- b. out-reaching  
           extra-superador  
           ‘que va más allá de lo que exige su trabajo’
- c. by-pass                    over-flow  
           cerca-pasar            sobre-fluir  
           ‘circunvalar’        ‘desbordarse’

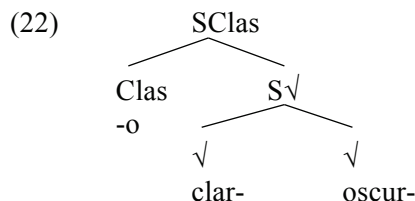
Para muchos autores, esta última clase de compuestos presenta un problema de clasificación. ¿Debemos considerarlos casos de prefijación o de composición? No es fácil responder a esta pregunta, ya que implica determinar si en las palabras de (21) –o en ejemplos como *sobre-volar*, que discutimos en el capítulo anterior– el primer elemento se comporta más como un afijo o como una forma libre. La razón es que las preposiciones, en cualquier caso, son elementos relacionales que solo están legitimados gramaticalmente cuando se combinan –en algún nivel de la estructura– con un elemento nominal (\**Juan vino con*), por lo que no está claro qué clase de pruebas formales podrían indicarnos si son formas libres en estos ejemplos. A esto se suma la cuestión de si cabe tratar la prefijación como un tipo de estructura preposicional o adverbial, que influirá también en cómo se clasifi-

quen estos casos. Algunos gramáticos entienden, sin embargo, que el problema de clasificar unas voces como compuestos o palabras prefijadas no es tan acuciante como, por ejemplo, entender qué contribución semántica hace el primer elemento al conjunto, ya que, de todos modos, los límites entre los distintos tipos de proceso morfológico reconocidos por la tradición son difusos y están establecidos sobre nociones descriptivas vagas –palabra, forma libre, posición relativa entre los elementos...– que podrían no servirnos para desarrollar un análisis completo.

#### A) Combinaciones categoriales y gramática

La segunda cuestión analítica relevante en el estudio de las categorías léxicas que pueden aparecer dentro de un compuesto tiene que ver con la cuestión de si las combinaciones aceptadas se corresponden con el tipo de combinación que tenemos habitualmente en sintaxis. Una teoría construccionista esperaría que esto fuera así, mientras que se reforzaría la visión lexicalista si encontráramos diferencias significativas entre los dos casos.

Mientras que la visión lexicalista no hace predicciones claras –ya que en principio admitiría toda clase de operaciones idiosincrásicas que combinen dos categorías cualesquiera–, los problemas para la visión construccionista vienen de dos fuentes. Por una parte, son problemáticos casos como *claroscuro*, en los que aparentemente combinamos dos elementos de cierta categoría y obtenemos una estructura de otra categoría. Esto nunca sucede en sintaxis, donde la categoría de una estructura debe siempre corresponder a la categoría de uno de sus miembros constituyentes. ¿Cómo pueden resolverse estos casos? Habría que estudiar cada uno por separado, pero una posibilidad imaginable para este caso concreto es la de reanalizar estos aparentes adjetivos como raíces sin categoría –por tanto, sin desinencia– y proponer que el núcleo de la estructura es en realidad un elemento nominal fonológicamente vacío (22). Ya que en el capítulo anterior vimos que el español carece de un nominalizador N  $\emptyset$ , la proyección que categoriza el compuesto como sustantivo debe ser funcional. Aquí proponemos que es SClasificador, la proyección en la que propusimos que se sitúan las desinencias.



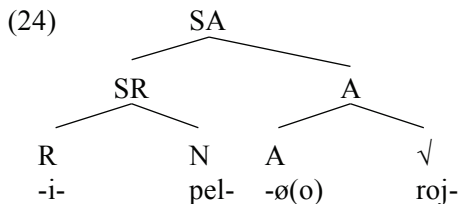
Esta posibilidad equivale, en cierto modo, a decir que en *un claroscuro* hay en algún nivel un sustantivo elidido. Esta visión es coherente con el significado de *claroscuro*: no expresa cualquier objeto que pueda tener espacios claros junto a espacios oscuros –como una habitación en penumbra– sino cierta técnica pictórica. El hecho de que su significado sea tan específico sugiere que los hablantes, al interpretarlo, sobreentienden un componente nominal.

La segunda clase de contraejemplos surge de los casos en que la combinación de categorías léxicas tiene como núcleo un elemento distinto al que hubiera tenido en la sintaxis. Este es el caso de *pelirrojo*. Estos compuestos constan de un sustantivo y de un adjetivo, y se comportan como adjetivos, es decir, el adjetivo parece ser el núcleo. No obstante, en sintaxis, cuando combinamos un sustantivo con un adjetivo obtenemos una estructura que se comporta como un sintagma nominal. La suma de *niño* y *alto* da *niño alto*, que se combina con determinantes –*el niño alto*–, pero no, por ejemplo, con adverbios de grado –*\*muy niño alto*–, por lo que parecería que el núcleo es aquí el sustantivo.

Como en el caso anterior, también en estos es necesario estudiar cada fenómeno independientemente, para identificar propiedades que puedan aclarar las aparentes diferencias con el resultado normal en sintaxis. Una posibilidad es la de tomar el elemento de enlace *-i-* como un núcleo funcional que establece cierta relación formal con el sustantivo y el adjetivo, de tal manera que explique por qué en el conjunto, el adjetivo es núcleo y el sustantivo no. La semejanza entre estos compuestos y construcciones como (23b) podría indicar que *-i-* actúa en (23a) como un elemento que relaciona al adjetivo con el sustantivo, igual que *de* en (23b). El sustantivo se emplearía para restringir el dominio al que se aplica el adjetivo –Juan solo es rojo en lo que toca a su pelo–.

- (23) a. Juan es pel-i-rrojo.  
b. Juan es rojo de pelo.

Una posible estructura para dar cuenta de esto sería la de (24): el adjetivo es modificado por un sintagma que restringe su dominio de aplicación (SRelacional), encabezado por el elemento relacional cuyo exponente es *-i-*.





El análisis supone, pues, que la relación que introduce el elemento de enlace en estos compuestos es similar a la que establece la preposición de en *rojo de pelo*. Es decir, los elementos de enlace no serían marcadores morfológicos, sino constituyentes activos de la estructura sintáctica, cuyo papel es crucial para definir las propiedades de la estructura y la relación entre las clases léxicas. Habría otros muchos casos problemáticos en las lenguas del mundo, pero su análisis siempre seguiría la misma estrategia: (i) identificar otras propiedades de los compuestos que lo hagan especial –en nuestro caso, el elemento de enlace–; (ii) buscar una correlación entre la interacción de las categorías en el compuesto y otras construcciones sintácticas –*rojo de pelo*, en nuestro ejemplo–; (iii) proponer una estructura que permita, con los elementos identificados en (i), alcanzar un resultado estructural que explique las propiedades especiales de la construcción.

## 8.2. El orden de los elementos en un compuesto

Otra forma de clasificación de los compuestos es por la posición que tiene en él el elemento que funciona como núcleo (recuérdese que ya hablamos de la exocentricidad en § 3.3.1). Esto nos permite, en principio, solo dos posibilidades: a la derecha y a la izquierda.

Ciertas lenguas son predominantemente de núcleo a la derecha, mientras que otras suelen tener el núcleo del compuesto a la izquierda. Si comparamos el compuesto inglés de (25a) con su traducción española en (25b), observamos que para mantener el mismo significado, hemos invertido el orden entre los dos miembros.

- (25) a. wolf-man  
      lobo-hombre  
      b. hombre lobo

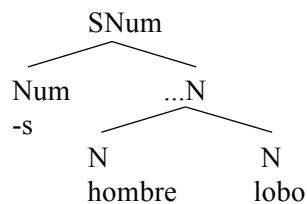
Las lenguas germánicas son característicamente de núcleo a la derecha, mientras que las romance suelen ser de núcleo a la izquierda. No obstante, esto es solo una tendencia, ya que en las lenguas germánicas no son desconocidos los compuestos con núcleo a la izquierda –cf. los ejemplos ingleses de (26)– y también hay compuestos con núcleo a la derecha en las lenguas romance (27).

- (26) a. attorney general  
      fiscal general  
      b. who-ever  
      quien-quiera

- c. passer-by  
 pasador-por  
 ‘viandante’  
 (27) a. radio-aficionado  
 b. drogo-dependiente  
 c. cabra-hígo

A) *Derivación interna y externa*

La interacción de ciertos afijos con el núcleo permite refinar algo la clasificación de los compuestos. Cuando un afijo se combina con el núcleo, se entiende que tiene incidencia gramatical y semántica sobre todo el compuesto. Al añadir la flexión plural al compuesto de (25b), estamos haciendo la forma plural de todo el compuesto. Nótese que, pese a que algunas teorías han citado ejemplos como (28a) como problemáticos para la hipótesis de la integridad léxica porque superficialmente parece que el compuesto contiene flexión interna, la estructura de (28b) muestra que estructuralmente la flexión es externa.

- (28) a. hombres lobo  
 b.
- 
- ```

graph TD
    SNum --> Num
    SNum --> N2["...N"]
    Num --> s["-s"]
    N2 --> N1["N"]
    N2 --> N3["N"]
    N1 --> hombre["hombre"]
    N3 --> lobo["lobo"]
    
```

Se utiliza el término DERIVACIÓN EXTERNA cuando un afijo tradicionalmente clasificado como derivativo modifica a todo el compuesto, como en (29). Tradicionalmente se emplea también el término parasíntesis para designar estos casos, si el núcleo del compuesto está, como en (29a), a la derecha. En este uso, parasíntesis es solo parcialmente similar a la noción que describimos en § 3.3.3: igual que ella, tenemos un caso de una palabra en la que la base tiene tanto un morfema a su derecha como otro a su izquierda. Al contrario de la parasíntesis de § 3.3.3, en estas construcciones el conjunto formado por la base y el primer morfema puede ser una secuencia posible, aunque a veces corresponda a un sintagma.

- (29) a. centro-camp-ista, tercer-mund-ista, quince-añ-ero  
 b. pica-pedr-ero

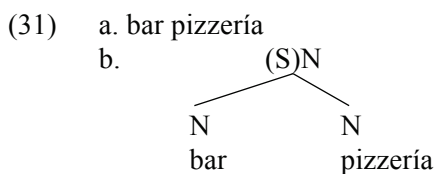
Trivialmente, la DERIVACIÓN INTERNA es el caso en que uno de los miembros del compuesto es una palabra derivada mediante un afijo. El caso de (30) ilustra esta situación:

(30) torpedo > torped-ero > caza-torpedero

La relación entre los compuestos y su núcleo da lugar a dos tipos de preguntas. La primera es si, dentro de una misma lengua y un mismo tipo categorial, hay una correlación entre la posición del núcleo y otras propiedades del compuesto. La segunda es si además de tener núcleos a izquierda o derecha cabe la posibilidad de que ambos miembros del compuesto sean igualmente núcleos. Abordaremos primero esta segunda cuestión, y dejaremos la primera para más tarde.

*B) Puntos de simetría dentro de un compuesto*

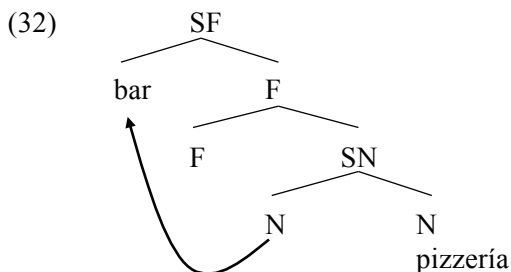
Pensemos por un momento en qué clase de combinación de unidades debemos tener para que sea posible que ambos elementos sean, al mismo tiempo, núcleos. Si pensamos un poco sobre ello, llegaremos a la conclusión de que la única posibilidad lógica es que los dos miembros del compuesto tengan exactamente los mismos rasgos morfosintácticos. Un caso práctico podría ser el de compuestos formados por dos sustantivos, como (31a), donde ambos miembros aportan igualmente semántica al compuesto (un *bar pizzería* es algo que es tanto bar como pizzería). ¿Podrían tener la estructura de (31b), morfológica o sintáctica?



Algunos autores entienden que esta clase de estructuras deberían ser imposibles. Moro (2000) defiende que las lenguas naturales no permiten estructuras como (31b), donde ambos miembros pueden proyectar su etiqueta al conjunto, funcionando como núcleos. La razón es que (31b) sería una estructura simétrica –ambos elementos tienen el mismo estatuto– y esto produciría una ambigüedad que la gramática tendría que resolver arbitrariamente. La asimetría característica

de las estructuras en las que cada miembro tiene rasgos diferentes permite, entre otras cosas, interpretar cuál funciona como modificador o argumento de otra, cuál impone sus rasgos al conjunto formado e incluso –en aproximaciones como Kayne (1994)– determinar qué elemento se pronuncia delante del otro. Si la estructura es simétrica, todas estas cuestiones quedan en el aire, con lo cual nuestro sistema se complica, ya que necesitaríamos reglas arbitrarias para interpretar la estructura y nos alejaríamos del isomorfismo entre forma y significado del que hemos hablado en los capítulos 3, 4 y 5.

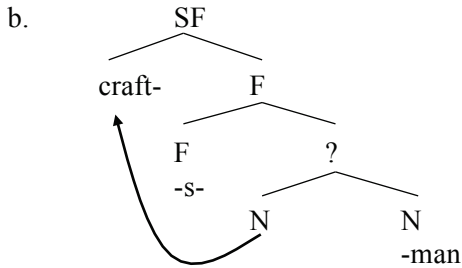
La propuesta de Moro es que la gramática evita las estructuras simétricas, y cuando se forma un PUNTO DE SIMETRÍA –causado porque unimos elementos con las mismas propiedades gramaticales, como en (31b)– la gramática obligatoriamente tiene que introducir un elemento funcional que rompa la simetría al forzar el desplazamiento de uno de los dos elementos idénticos. (32) ilustra esta idea en abstracto; usamos F para marcar ‘proyección funcional’.



(32) ya es una estructura asimétrica; en ella hay un elemento que se queda bajo el SN, y otro que se desplaza al SF, por lo que ya no están en el mismo nivel estructural. El núcleo de la estructura es F, y está definido de manera no ambigua. ¿Cuál es la naturaleza de SF en este ejemplo? Si examinamos la interpretación semántica de *bar pizzería*, observamos que está próxima a la coordinación –‘algo que es X e Y’–, por lo que cabe suponer que F en nuestro ejemplo es –o está próximo a– la proyección funcional usada para la coordinación, que se materializa en otros casos como *y*.

Los elementos de enlace también han sido identificados en algunos trabajos como exponentes de una proyección funcional necesaria para romper la simetría entre dos elementos. Un compuesto formado por dos sustantivos, como (33), también forma un punto de simetría –marcado como ‘?’ en nuestro ejemplo, ya que en él no sabemos cuál es el núcleo–; el elemento de enlace actúa como un núcleo funcional que rompe la simetría permitiendo que uno de los dos elementos se desplace.

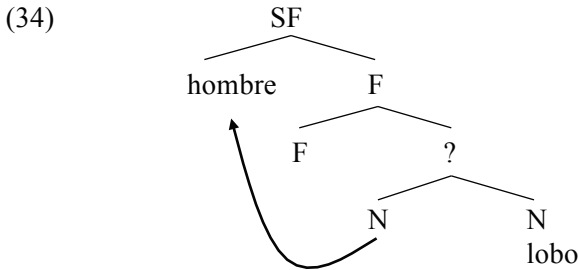
- (33) a. craft-s-man  
oficio-EE-hombre ‘artesano’



Al desplazarse un N, el otro N podría proyectar como núcleo su etiqueta a todo el conjunto, por lo que ‘?’ se convertiría en SN.

En este caso, el valor de F parece próximo al de una preposición; es decir, establece una relación semántica entre los dos sustantivos (algo que relacione a un hombre con un oficio, y que, en virtud de la información enciclopédica, puede ser de un tipo o de otro).

En otros casos, la relación que F establece entre los dos elementos parece ser predicativa –uno de los elementos denota un conjunto de propiedades que se predicán de otro–, como sucede con *hombre lobo* –un hombre que tiene alguna propiedad del lobo–. Podemos representar F en tales casos, tal vez, como un sintagma de predicación, pero su papel sería el mismo: romper el punto de simetría.



En los tres casos que hemos examinado, el núcleo de la construcción es –tal vez de forma contraintuitiva, si nos guiamos por las intuiciones tradicionales– el elemento funcional que rompe el punto de simetría. En cada uno de los tres casos examinados, F tiene una aportación diferente. Por lógica, y siguiendo la noción de núcleo introducida en el capítulo 3, esto indica que en cada uno de los tres casos tenemos un tipo distinto de compuesto. Esto queda confirmado por los datos; en

§ 8.3 examinaremos los tres tipos de compuesto que se reconocen mayoritariamente en la bibliografía y veremos que sus diferencias pueden entenderse como distintas propiedades del F que actúa como núcleo en cada caso.

C) *La posición del núcleo: un caso práctico*

Pasemos ahora al segundo problema empírico que queremos discutir en este apartado: si hay correlación entre la posición del núcleo y otras propiedades del compuesto. Consideremos los compuestos verbonominales, donde se combina un elemento verbal con uno nominal que se interpreta semánticamente como argumento o modificador del verbo. En español tenemos dos tipos: en unos, el elemento verbal aparece a la izquierda (35a); en otros, a la derecha (35b).

- (35) a. friega-suelos, limpia-ventanas, saca-corchos  
b. radio-oye-nte, vaso-dilata-dor, radio-transmis-or

Comencemos por algunas diferencias. Junto a la posición del elemento verbal, los compuestos de (35a), como se comentó en § 3.3.1, son superficialmente exocéntricos, ya que en ellos ninguno de los morfemas cuyos exponentes son visibles puede funcionar como núcleo gramatical o semántico de la construcción. El tema verbal aparece realizado como tal, sin afijos de ninguna clase. En cambio, en (35b) el elemento verbal aparece derivado mediante un sufijo cuya contribución semántica es ‘agente’ o ‘instrumento’ —*nte*, *-dor* o su alomorfo *-or*—, y cabe suponer que el núcleo de la construcción es este elemento. En efecto, este sufijo es nominal —al igual que todo el compuesto— y se asocia al significado con el que se interpreta toda la palabra (*vasodilatador*, ‘objeto que dilata los vasos sanguíneos’).

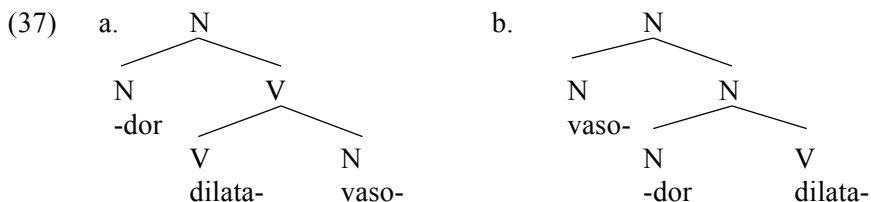
Junto a estas diferencias, hay similitudes claras: en ambas clases, el miembro del compuesto que corresponde a un tema nominal funciona como un argumento del verbo —generalmente, el argumento interno, correspondiente al complemento directo—, o como un modificador correspondiente a un complemento circunstancial. Un *radiotransmisor* no es un objeto que transmite radios, sino que transmite algo por medio de frecuencias de radio. De manera semejante, aunque la mayoría de los compuestos del tipo de (35a) permiten interpretar el tema nominal como un argumento, hay otros donde se interpreta como un circunstancial: *gira-sol* ‘que gira con respecto al sol’, *pasa-calle*, etc.

Los compuestos de (35b) se conocen en la bibliografía como COMPUESTOS SINTÉTICOS. En ellos se encuentran siempre al menos tres exponentes: dos que

corresponden a temas morfológicos y uno más, que es un afijo derivativo. Crucialmente, uno de los temas morfológicos es nominal y funciona como argumento o modificador del segundo, que es verbal. Por lo general –con escasas excepciones–, pese a la relación semántica que se establece entre estos elementos, la unión del tema nominal con el tema verbal no puede funcionar como un compuesto verbal. Pese a la existencia de los compuestos de (35b), no tenemos en español verbos como (36).

(36) \*radio-oír, ??vaso-dilatar, ??radio-transmitir

Es obligatorio que aparezca un afijo, pues, para que estas estructuras estén bien formadas. Esto ha sugerido a algunos morfólogos que la estructura interna de estos compuestos no es una en la que haya derivación externa, como en (37a), donde el afijo deriva a todo el compuesto, ya que entonces estaríamos inclinados a esperar que el complemento tomado por el afijo sea una estructura bien formada. Para algunos morfólogos la estructura ha de ser la de (37b), con derivación interna, en la que primero se une el afijo al elemento verbal y después, el tema nominal se une a la estructura ya formada. Se daría cuenta, así, de la existencia de palabras como *oyente*, *dilatador* o *transmisor*. Representamos la estructura como morfológica –es decir, sin sintagmas–.



Esto no cierra el debate, sin embargo, ya que la estructura de (37b) tiene el problema de que en ella un nombre toma a otro como argumento sin ayuda de preposiciones u otras marcas formales, algo que es, generalmente, imposible (\**dilatador vasos*). La estructura de (37a), en cambio, da cuenta de esta relación argumental de manera habitual: el argumento está combinado con un verbo. La estructura de los compuestos sintéticos es uno de los asuntos que aún hoy siguen discutiéndose en el análisis morfológico; los debates se centran fundamentalmente en decidir entre las dos estructuras de (37) por sus puntos fuertes y débiles.

El inglés también tiene dos clases de compuestos verbonominales que resultan muy semejantes a los españoles. (38a) se asemeja en todas sus propiedades a (35a), y (38b), a (35b).

- |      |                |                  |                |
|------|----------------|------------------|----------------|
| (38) | a. pick-pocket | scare-crow       | turn-key       |
|      | tomar-bolsillo | espantar-cuervos | girar-llave    |
|      | ‘carterista’   | ‘espantapájaros’ | ‘carcelero’    |
|      | b. life-saver  | dish-washer      | shoe-maker     |
|      | vida-salvador  | plato-lavador    | zapato-hacedor |
|      | ‘socorrista’   | ‘lavaplatos’     | ‘zapatero’     |

La existencia de las dos clases tanto en español como en inglés nos sugiere cierto tipo de análisis. O bien el inglés y el español se han influido directamente –y las construcciones de una han pasado a la otra como extranjerismos que luego se han integrado en el léxico–, o la relación entre estos compuestos debe explicarse mediante reglas gramaticales generales, no restringidas a propiedades específicas de una sola lengua. No parece probable que el inglés sea responsable de la existencia de compuestos como (35b) en español; en primer lugar, porque se documentan casos con esta estructura en estadios históricos donde el inglés no influía en el español (cf. *terra-teniente*); en segundo lugar, porque lo que sabemos de las lenguas del mundo nos hace pensar que es muy infrecuente, salvo en comunidades bilingües perfectas, que una lengua transplante directamente una construcción gramatical a otra. Las lenguas se prestan frecuentemente elementos léxicos, pero rara vez estructuras. El árabe, tras muchos siglos de contacto, nos dejó muchísimos lexemas, como *almohada*, *azúcar*, *fulano*, *ojalá*, *naranja* o *cero*, pero tantos siglos no fueron suficientes para que nos trasplantara sus propiedades gramaticales, como la ausencia de verbo copulativo en construcciones de predicado nominal, la sensibilidad de la concordancia verbal a la posición del sujeto o el uso de prefijos en la flexión verbal.

Ackema y Neeleman (2004) proponen una explicación para la correlación entre la posición del núcleo y la aparente exocentricidad. Su propuesta parte de la observación de que si el núcleo de un compuesto está a la izquierda, introducir un exponente que funcione como afijo de todo el compuesto forzaría a que este se materializara en el interior del compuesto, rompiendo la adyacencia lineal que se establece entre los dos miembros.

Partamos de la forma *limpia-ventanas*. Supongamos, como hipótesis, que este compuesto toma un afijo que modifica la categoría gramatical del compuesto. Ackema y Neeleman (2004) defienden la estructura de (37a).

- (39) [ [ [pick]<sub>V</sub> [pocket]<sub>N</sub> ]<sub>V</sub> Sufijo]<sub>N</sub>

El núcleo del compuesto es el verbo *pick*. Esto bloquea que el sufijo se materialice en *pocket*, ya que no es el núcleo de la construcción; sin embargo, materializarlo en *pick* implica que el sufijo aparecerá entre *pick* y *pocket*, rompiendo la



adyacencia en el interior del compuesto. ¿Cómo se pueden resolver estos dos principios que entran en conflicto? Para estos autores, la mejor solución es la de no materializar el sufijo, y dejarlo como un afijo cero que no se realiza. Llegamos así, pues, a un análisis semejante al que propuso Varela (1989) para el español y que ya discutimos en el capítulo 3, aunque con una estructura diferente.

$$(40) \quad [ [ [\text{pick}]_V [\text{pocket}]_N ]_V \emptyset ]_N$$

Nótese que Ackema y Neeleman no dicen que exista un sufijo nominalizador  $\emptyset$  productivo en inglés: la materialización del nominalizador como  $\emptyset$  depende de la interacción con otros principios morfológicos y fonológicos que no están activos en la inmensa mayoría de los casos. En una nominalización normal el nominalizador no podría manifestarse como cero.

Cuando el núcleo está a la derecha, el sufijo puede materializarse en el núcleo sin romper la adyacencia entre los miembros del compuesto.

$$(41) \quad [ [ [\text{radio}]_N [\text{transmis}]_V ]_V \text{or} ]_N$$

De la propuesta de Ackema y Neeleman parece derivar cierta noción sobre la posición del núcleo: que en principio puede materializarse libremente tanto a izquierda como a derecha, sin cambio de propiedades gramaticales, aunque una vez tomada la decisión del lugar que ocupa, las propiedades morfofonológicas quedan condicionadas por ella. La propuesta de Ackema y Neeleman es consistente con ciertas ideas que se han ido desarrollando en sintaxis en los últimos años. La idea es que un árbol sintáctico no define una relación lineal –izquierda y derecha– sino una relación jerárquica –arriba y abajo– que, en la fonología, puede en principio corresponder a distintos órdenes –sin alteración de las propiedades gramaticales–, que dependen de distintos principios fonológicos a los que las lenguas dan mayor o menor importancia. Esta visión en la que la estructura no determina completamente el orden lineal ha sido estudiada desde distintas perspectivas por la llamada TEORÍA DE LA OPTIMIDAD –que comentaremos brevemente en el siguiente capítulo– y por algunas aproximaciones minimalistas que consideran que el desplazamiento de constituyente y el orden lineal son efectos de principios fonológicos más que sintácticos –Richards (2010)–.

### **8.3. Clases de compuestos por la relación semántica entre sus miembros**

En el apartado anterior ya adelantábamos la existencia de tres clases fundamentales en los compuestos formados por dos sustantivos, y achacábamos su variedad a

distintas clases de núcleos funcionales para romper el punto de simetría. En este apartado diremos algo más de las clases y justificaremos su relevancia gramatical.

### 8.3.1. *Compuestos coordinativos*

Se entienden como compuestos coordinativos aquellas construcciones que se interpretan semánticamente como la coordinación sintáctica, ‘X e Y’, y cuyo significado se alcanza añadiendo el significado separado de los dos miembros.

- (42) a. sordo-mudo  
b. agri-dulce  
c. va-i-vén

En (42c), pese a su aparente exocentricidad categorial –dos verbos conjugados dan un sustantivo–, observamos que el significado puede obtenerse por adición (‘movimiento brusco en un sentido y luego en el contrario’), y que de hecho aparece entre ambos elementos una vocal de enlace *-i-* que es homófona con la conjunción copulativa *y*. Este elemento aparece en otros casos, como *sop-i-caldo* o *aj-i-sal*, dando así evidencia de la existencia de un elemento funcional interno al compuesto, con valor copulativo.

Una de las propiedades distintivas de los compuestos coordinativos es que admiten cierta recursividad incluso en las lenguas, como el español, donde los compuestos no suelen ser recursivos. Podemos formar las palabras de (43), con límites marcados por el conocimiento del mundo y la fonología.

- (43) a. bar pizzería  
b. bar restaurante pizzería  
c. bar restaurante pizzería discoteca  
d. café bar restaurante pizzería discoteca

Ya hablamos de las complicaciones que surgen al identificar el núcleo de estos compuestos. Notemos aquí que, cuando el compuesto coordinativo se refiere a seres humanos, hay tendencia a que los rasgos flexivos coincidan. Por ejemplo, el femenino, como en (44a), o el plural, que se flexiona en los dos elementos (44b).

- (44) a. reina filósofa ~ rey filósofo  
b. poeta pintor ~ poetas pintores

Si la coordinación implica dos constituyentes que están marcados por afijos con significado igual, es frecuente que se elimine el exponente del afijo del primer elemento. Si unimos *cantante* y *autor*, ambos con sufijos agentivos, obtenemos (45).

(45) canta-(a)utor.

### 8.3.2. Compuestos subordinativos

Los compuestos subordinativos son aquellos en que uno de los miembros funciona como modificador o complemento del otro. La clase de *limpia-ventanas* ilustra claramente esta clase, así como los compuestos del tipo de *pel-i-rrojo* y muchos compuestos nominales, como *tel(a)-araña*.

En las lenguas germánicas, son muchas las relaciones argumentales y de modificación que pueden darse entre los miembros de un compuesto subordinativo. En el pasado, se propuso la existencia de restricciones que –entendían muchos autores– tenían una base estructural: las relaciones de adjunto y de sujeto no podían ser expresadas por los miembros de un compuesto subordinativo. Un compuesto como (46a) fuerza la interpretación del primer miembro como argumento interno –objeto directo– del verbo, y la interpretación de sujeto es imposible (cf. 46b). Un compuesto como (46c) es posible porque, presumiblemente, el agente –*expert*– corresponde al complemento agente de una pasiva, no al sujeto de una activa.

- (46) a. checkers playing  
damas jugar ‘juego de damas’  
b. #professional players playing  
profesionales jugadores jugar  
(no puede ser ‘juego por parte de jugadores profesionales’)  
c. expert tested  
experto probado ‘probado por expertos’

Hay, no obstante, casos de estructuras que aparentemente están formadas por un verbo y su sujeto. Algunos casos no son problemáticos, ya que podemos suponer que los verbos son intransitivos de la clase llamada inacusativa, donde el sujeto gramatical es, semánticamente, un paciente –y por ello en cierto nivel de análisis es el argumento interno– (47a), pero hay unos pocos donde parece que tenemos un sujeto agente, como (47b), que es un topónimo de la

provincia de Huesca. Aunque el significado no sea composicional –ya que es un nombre propio– surge el problema de cómo se formó estructuralmente esta palabra en estadios iniciales del idioma, si los sujetos no pueden ser parte del compuesto.

- (47) a. rompe-olas  
b. canta-lobos

Los compuestos de dos sustantivos fueron estudiados por Downing (1977), que ya observó que había una enorme variedad de significados que podían expresar. (48) puede referirse a la chica que compró una bicicleta, a la chica que la llevaba, a la chica que está al lado de la bicicleta, a la que vendió una bicicleta, a la que pertenece a un equipo de ciclismo, a la que conocimos mientras estábamos en una bicicleta, etc. Casi cualquier relación puede ser expresada –con la posible excepción de la relación de carencia ‘la chica que no tiene bicicleta’–, lo cual hizo pensar a Downing que estos compuestos se relacionan de forma vaga, mediante una relación R muy subespecificada, que tiene que ser completada pragmáticamente en un contexto comunicativo. Sería interesante emplear la teoría de los qualia de Pustejovsky (cf. § 5.2.2) para estudiar la forma concreta en que esta relación R es concretada también por la semántica léxica de los miembros componentes.

- (48) bike girl  
bicicleta chica ‘la chica de la bicicleta’

### 8.3.3. *Compuestos atributivos*

Por último, son compuestos atributivos aquellos en que uno de los miembros denota propiedades o características del otro, en la misma manera en que un predicado da propiedades de un sujeto. Los compuestos de (49) muestran esta relación: el segundo elemento funciona como un predicado, y con ellos decimos que el primer elemento tiene alguna propiedad característica del objeto denotado por el segundo –su forma, su tamaño, su color, etc.–.

- (49) a. corbata mariposa  
b. pájaro mosca  
c. pez espada  
d. amarillo limón

En las lenguas romance, la interpretación de los compuestos formados por dos sustantivos es casi siempre atributiva –frente a las germánicas, donde se admite generalmente la subordinativa–. En la medida en que podemos traducir literalmente el compuesto de (48) al español, denotará una chica que, de alguna manera, tiene una propiedad de las bicicletas, pero nunca expresaremos ninguna relación argumental con ella –para eso, debemos usar preposiciones, como se ve en la glosa de (48)–.

(50)    chica bicicleta

Estos compuestos nunca son recursivos en las lenguas romance, lo cual los diferencia de la clase de los coordinativos (*bar pizzería discoteca*) y de los subordinativos (*limpia-para-brisas*). Podemos hablar de un hombre que tiene alguna propiedad del pájaro, y usar (51a) para referirnos a él, pero, aunque existe (49b), no podemos hablar de un hombre que tiene alguna propiedad de los pájaros que tienen alguna propiedad de las moscas.

(51)    a. hombre pájaro  
          b. \*hombre pájaro mosca

## 8.4. Relaciones entre compuestos y sintagmas

Llegamos al último apartado del capítulo, en la que hablaremos de la relación entre sintaxis y composición y aprovecharemos para recapitular alguna de las cuestiones que han surgido repetidamente en los capítulos anteriores.

Se ha hablado a menudo de que la gramática de los compuestos se asemeja mucho a una PROTOSINTAXIS, es decir, una versión simplificada de la sintaxis en la que faltan elementos funcionales pero se combinan elementos léxicos en relaciones muy semejantes a las operaciones básicas que dictan la combinación de las palabras (coordinación, subordinación, predicación). De hecho acabamos de ver que las tres clases de compuestos tienen correlaciones en las estructuras de sintagma, y ahora tendremos ocasión de mostrar que muchas estructuras comparten propiedades tanto de la composición como de los sintagmas.

### 8.4.1. Compuestos sintagmáticos

Un primer caso que es difícil de clasificar es el de los llamados COMPUESTOS SINTAGMÁTICOS. Estos compuestos mantienen elementos funcionales pertene-

cientes a su estructura interna –es decir, no impuestos por las relaciones que todo el compuesto establece con otros elementos en la sintaxis–. Pueden ser preposiciones –que a menudo se clasifican como elementos funcionales, requeridos formalmente por la gramática– (52a), concordancia (52b) o flexión de número en ambos elementos (52c), entre otras cosas.

- (52) a. piedra de toque, diente de leche, telón de acero
- b. medi-a-noche, alt-a-voz
- c. a march-a-s forzad-a-s

Ortográficamente, los compuestos están más cerca de los sintagmas cuando se tiende a escribirlos con espacios o guiones entre sus miembros, como en *hispano-soviético*, *nacional-socialista* o *caja fuerte*. Esto no es un mero capricho, ya que refleja el hecho más importante –y relevante para la gramática– de que los miembros tienden a mantener su independencia fonológica y no se integran en una sola forma. El sustantivo *telaraña* se pronuncia como una sola palabra, con un solo acento –el de /téla/ se pierde–, pero no sucede lo mismo en *hispano-portugués* (/ispáno/ conserva su acento) o en *salón comedor*. De hecho, la independencia fonológica de los miembros de un compuesto es visible en dos fenómenos. Primero, sabemos que se emplea el determinante *el* ante sustantivos femeninos si empiezan por vocal /a/ acentuada. En el compuesto de (53a) seguimos empleando *el*, aunque sea femenino, lo cual sugiere que *agua* /águ(a)/ conserva en él su acento. Segundo, las palabras tienden a rechazar secuencias en las que dos sílabas contiguas llevan acento, pero en un compuesto como (53b), la sílaba final del *senil* –acentuada– es adyacente a la inicial de *-mente*, sin que se rechace esta construcción.

- (53) a. el agua-nieve espesa
- b. senil-mente

Los compuestos sintagmáticos a veces permiten operaciones en que la sintaxis parece acceder al interior de sus miembros. No se permite con facilidad –al contrario de los sintagmas– la intercalación de modificadores (54a), pero no son desconocidos casos en los que uno de los elementos es modificado en ausencia del otro (54b), que, como se recordará, está prohibido por la hipótesis de la integridad léxica.

- (54) a. \*silla bonita de ruedas
- b. silla de [ruedas giratorias]

Algunos también admiten la coordinación sintáctica de sus miembros (55a) o legitiman la elipsis (55b), operaciones que deberían estar prohibidas por la misma hipótesis de la integridad léxica.

- (55) a. un bautismo de fuego y de sangre
- b. un bautismo de fuego y uno de sangre

Todos estos fenómenos situarían a los compuestos sintagmáticos en un espacio poco definido entre palabras y sintagmas si adoptamos una visión lexicalista. Recuérdese, sin embargo, que son muchas las palabras que permiten de un modo u otro operaciones inesperadas para la hipótesis de la integridad léxica. ¿Cabría tratar también como compuestos sintagmáticos el tipo de *limpia-ventanas*, dada la existencia de (56)?

- (56) un [guarda-[figuritas de porcelana]] metálico

Para los sistemas construccionistas, la respuesta es que no: todos los compuestos, igual que todas las palabras, son sintagmas, y el hecho de que los límites entre palabras y sintagmas sean tan difusos es una prueba de que están formados por las mismas reglas. Esto no resuelve todos los problemas, aunque desplaza la atención hacia otros datos, que son ahora los conflictivos: si todos los compuestos son sintagmas, ¿cómo explicamos la dificultad de introducir modificadores internos, como en (54a), y todos los casos de aparente fosilización que superficialmente diferencian las palabras de los sintagmas? Volveremos sobre esto en § 8.4.3, pero antes consideraremos otra familia de construcciones intermedias, ahora más próximas a la sintaxis que a la morfología.

#### *8.4.2. Compuestos y expresiones idiomáticas*

Una de las razones por las que la tradición clasifica como compuestos las estructuras del apartado anterior es que en ellas el significado no se obtiene composicionalmente. Ya vimos en los capítulos 1 y 3 que esto, sin embargo, no es una condición ni necesaria ni suficiente para ser una estructura morfológica; solo indica que las estructuras no composicionales están recogidas en el léxico. No obstante, la situación no es tan simple. Comparemos las expresiones idiomáticas de (57).

- (57) a. hacer de tripas corazón
- b. echar una canita al aire

Estas construcciones no son composicionales –pierden su valor si sustituimos por sinónimos, como en *#convertir las tripas en corazón* o *#echar un pelo blanco al aire*–, pero no muestran el mismo grado de flexibilidad. Específicamente, la construcción de (57b) permite que desplazemos sus elementos –como otros sintagmas–, pero la de (57a) no funciona igual. En efecto, (58a) pierde el significado idiomático, pero (58b) no, cuando relativizamos su complemento directo.

- (58) a. *#el corazón que María hizo de (sus) tripas tras el accidente*  
b. *la canita que Luis echó al aire durante el viaje*

Podríamos hacer otros muchos pares mínimos en los que distintos tipos de expresiones idiomáticas muestran distintos grados de flexibilidad sintáctica. A veces, constan de elementos libres y otros semilibres. Un ejemplo es (59); el complemento indirecto es libre (58b), y en cuanto al directo, admite una larga serie de determinantes distintos sin perder su valor idiomático (59c).

- (59) a. *sacarle a alguien las castañas del fuego*  
b. *{me / te / le / nos / os} sacó las castañas del fuego*  
c. *sacarle a alguien {muchas / algunas / varias / todas las} castañas del fuego*

La cuestión que plantean estas construcciones es doble: para las teorías construccionistas, debe proponerse alguna razón que explique la falta de flexibilidad de (58a); para las lexicalistas, el problema es si (58a) es una palabra en algún nivel, y, de ser así, por qué contiene proyecciones funcionales, preposiciones y miembros que generalmente son constitutivos de los sintagmas.

Otro caso donde se observan propiedades mixtas entre morfología y sintaxis es el de las CONSTRUCCIONES CON VERBO DE APOYO. Estas construcciones constan de un verbo que, aunque generalmente tiene un significado bien definido, en estos casos presenta una semántica abstracta o general –casi como un auxiliar– y viene acompañado de un complemento obligatorio que determina el significado conceptual del predicado (60).

- (60) a. *{coger / agarrar} un catarro*  
b. *correr riesgos*  
c. *dar un susto a alguien*  
d. *pegar un salto*  
e. *hacer bulto*



Al igual que las expresiones idiomáticas, se observa que el valor no es composicional y la sustitución por sinónimos hace perder el significado especial que tiene el predicado (61). En algunos casos, de hecho, el tipo de complemento que el verbo lleva en la construcción de verbo de apoyo es imposible en contextos sintácticos normales (cf. 60b, con un complemento que el verbo *correr* rechaza).

- (61) a. #tomar un catarro  
b. \*caminar deprisa riesgos  
c. #entregar un susto a alguien  
d. #adherir un salto  
e. #realizar bulto

Su flexibilidad también es variable. La mayoría permite la relativización del complemento directo, pero hay excepciones. El lector seguramente admita *El catarro que has {agarrado / cogido} es enorme*, y estructuras semejantes con los demás ejemplos, salvo el último (*\*el bulto que hicimos en la fiesta*).

Los verbos de apoyo plantean un problema para el análisis sintáctico que las locuciones no causan de forma clara. Existen ciertas generalizaciones parciales acerca del verbo que se emplea en estos predicados: la naturaleza del complemento es, en buena medida, decisiva para determinar si se emplea *hacer*, *dar*, *pegar* u otra forma. Los sustantivos que expresan estados y procesos con un componente psicológico parecen preferir *dar* (*dar un susto*, *dar asco*, *dar arcadas*, *dar náuseas*, *dar miedo*, *dar hambre*, *dar pena*, *dar alegría*, *dar sueño*...), por ejemplo.

Esto plantea la cuestión de en qué nivel de la gramática se produce esta selección. Podría pensarse que esto sucede en un nivel sintáctico-semántico, y que el verbo *dar* se selecciona porque tiene la peculiaridad, frente a sus competidores, de que permite introducir un complemento indirecto además del directo. Tal vez podríamos pensar que los estados psicológicos deben construirse con un complemento indirecto porque se entiende que deben ser siempre experimentados –recibidos– por alguien. Esto no nos aclararía por qué se usa *dar* en lugar de *entregar*, que tiene la misma estructura argumental, o por qué se emplea *dar* también con los sustantivos que expresan movimientos rápidos y bien acotados temporalmente (*dar un salto*, *dar un bote*, *dar un respingo*...), aunque no parezcan capaces de llevar un complemento indirecto (*\*darle un salto a alguien*). Muchos autores piensan que la selección se hace, pues, en un nivel léxico, de manera parecida a como ciertos verbos toman *-ción* y otros *-miento* para hacer sus nominalizaciones, lo cual sería otra relación de los verbos de apoyo con la

morfología. Esta selección léxica acercaría a estas construcciones, más que a las frases hechas, a las COLOCACIONES, que son solidaridades léxicas por las que una palabra típicamente aparece combinada con otra. Si pedimos al lector que nos diga un sustantivo que le sugiera el adjetivo *garrafal*, casi con completa seguridad escogerá *error*; si le damos el adverbio *efusivamente* y le pedimos un verbo, probablemente nos dé *saludar*, tal vez *besar* o *abrazar*. Esta solidaridad léxica se extiende a los verbos de apoyo: si le proponemos la secuencia *un puñetazo sobre la mesa*, elegirá *dar*; si es *un papel*, dirá *desempeñar* o –aunque la gramática normativa lo rechace– *jugar*.

Como vemos, son muchas las construcciones en las que los límites entre sintaxis y morfología no están definidos con la nitidez que uno esperaría si tuviéramos dos niveles gramaticales independientes uno de otro. Aunque no está carente de problemas, la aproximación construcccionista tiene la ventaja de que nos ofrece un marco en el que se espera precisamente que la diferencia entre sintagmas y compuestos sea arbitraria. El próximo apartado se ocupará precisamente de la posibilidad de analizar todos los objetos que parecen ‘palabras’ como sintagmas en los que la falta de flexibilidad deriva de otros principios.

#### 8.4.3. Problemas del análisis construcccionista

Estamos llegando casi al final del libro y llega la hora de recapitular algunos de los temas que han aparecido de forma recurrente. A lo largo de este manual hemos mencionado repetidamente que las teorías construcccionistas niegan la existencia de palabras y las tratan como sintagmas. Esto hace necesario explicar por qué una palabra es un sintagma fosilizado al que no se le pueden aplicar distintas operaciones (cf. § 1.3.1 y § 2.3.1, hipótesis de la integridad léxica). Aunque algunas de las operaciones que se creía no se podían aplicar a las palabras sí son aplicables, quedan aún contrastes empíricos que deben recibir un análisis si aceptamos que la sintaxis construye también las palabras.

En relación a esto, ya se vio en § 4.3 que existe la propuesta de que los exponentes que llamamos morfemas se comportan como clíticos: tienen una posición fija con respecto a una base y no pueden desplazarse independientemente. Ya se indicó allí que esto haría posible explicar, por ejemplo, por qué no podemos desplazar *-dor* en (62a), cuando sí se puede desplazar el agente en (62b). En el primer caso, pero no en el segundo, tenemos una pieza morfofonológica que debe quedar necesariamente a la derecha de un verbo. El contraste de (62) sería, pues, semejante al de (63), donde el clítico no puede desplazarse a primera posición sin el verbo.

- (62) a. Juan es corre-dor vs. \*-dor es Juan corre-  
b. Juan es atacado por María vs. Por María es Juan atacado.
- (63) a. Ayer Pedro la vio vs. \*La ayer vio Pedro.  
b. Ayer Pedro vio a María vs. A María ayer vio Pedro.

El lector atento ya habrá entendido que esta solución no sirve para el caso de los compuestos, ya que –morfofonológicamente– contienen miembros que no funcionan como clíticos, y pese a eso el movimiento es imposible. Contrástese (64) con (62a): tenemos una restricción semejante, aunque esperaríamos, por la morfofonología del elemento desplazado, algo parecido a (63b).

- (64) Juan es limpia-botas vs. \*-botas es Juan limpia-

¿Qué nos indica esto? Con cierta claridad, parece negar la posibilidad de que la falta de flexibilidad dentro de una palabra sea debida exclusivamente a la naturaleza morfofonológica de los afijos. O bien hay que ser más precisos acerca de qué propiedad de los clíticos tienen los morfemas, y dar pruebas independientes de ello, o debemos buscar en otro lugar la causa de la inmovilidad, pero la cuestión sigue estando abierta y, hasta donde alcanza el conocimiento del autor de este libro, aún no ha sido sentenciada. Quienes siguen postulados lexicalistas aún deben buscar una definición de palabra –y de compuesto, morfema, flexión, derivación o estructura morfológica– que dé cuenta de forma clara de los casos intermedios más problemáticos; la vida no es más fácil para quienes estén íntimamente convencidos de que las teorías construccionistas son las correctas, ya que deberán explicar los fenómenos en que las palabras se comportan de forma distinta a los sintagmas.

El lector, llegado a este punto, tal vez tenga la tentación de sentirse decepcionado al observar que ninguna de las teorías con las que venimos jugando desde el principio tiene la respuesta última a una pregunta tan básica como si la morfología sirve para construir palabras o no, que tal vez creyera resuelta antes de abrir este manual. Si es así, pedimos al lector que haga un esfuerzo para evitar este sentimiento, porque esta indefinición quiere decir que la lingüística está viva y progresando. Las ciencias, y la lingüística es una de ellas, se definen más por sus preguntas que por sus respuestas, y su éxito se mide por el establecimiento de hipótesis que son contrastadas con los datos, por la unificación de fenómenos que parecían diferentes bajo una misma explicación y por la búsqueda de soluciones que permitan explicaciones cada vez más simples de una variedad de datos cada vez más complejos; si creyéramos haber obtenido la respuesta a todos nuestros

problemas solo habría una ocasión más en la que los lingüistas se reunieran para hablar entre ellos, y sería una ocasión triste, ya que se recordaría como el funeral de la lingüística. Si la disciplina está viva, aparecerán nuevas hipótesis y nuevas propuestas –lexicalistas y construccionistas– para explicar la relación entre palabras y sintagmas y todos los problemas que hemos ido mencionando. La mejor garantía de que la lingüística estará viva mucho tiempo sería que el lector estuviera disconforme con todas las soluciones presentadas en el libro y defendiera cuidadosamente, poco a poco, las suyas propias.

## **Ejercicios y problemas**

1. En una lengua de su elección, saque una lista de compuestos y explore si pueden formarse con (i) raíces; (ii) temas morfológicos o temas neoclásicos; (iii) estructuras más complejas que incluyan algún tipo de flexión. Concéntrese en el tercer caso y haga una lista de los rasgos flexivos que encuentra. ¿Corresponden siempre a lo que hemos llamado flexión inherente?
2. Explore, en una lengua de su elección, las categorías gramaticales que pueden combinarse en el interior del compuesto. Organícelas en una tabla en la que recoja, también, la categoría del compuesto completo. A continuación, clasifique esas combinaciones en (i) compuestos coordinativos; (ii) compuestos subordinativos; (iii) compuestos atributivos. ¿Qué casillas quedan vacías? ¿Hay alguna correlación entre las categorías combinadas y la categoría del compuesto? ¿Encuentra correlaciones entre las categorías combinadas y el tipo de compuesto que obtiene? ¿Hay correlatos sintácticos para esas combinaciones o encuentra combinaciones que la sintaxis de esa lengua no admite?
3. Tome una serie de compuestos sintagmáticos en una lengua de su elección y analice las marcas funcionales que pueden tener en su interior. A continuación aplique a esas clases los procesos que manipulan sintagmas –coordinación, movimiento, elipsis, etc.– y determine si cumplen la hipótesis de la integridad léxica o no, y en caso de que pasen solo algunas de las pruebas, liste aquellas que no cumplen. ¿Encuentra alguna generalización?
4. Concéntrese en un caso de compuesto exocéntrico en una lengua de su elección y trate de considerar las posibilidades que hay para tratarlo como endocéntrico.

## **Lecturas recomendadas**

Como en los capítulos anteriores, en esta ocasión la bibliografía sobre el tema es sumamente abundante, pero afortunadamente existen compendios recientes donde el lector puede encontrar estados de la cuestión generales y sistematizados sobre distintos aspectos. Recomendamos al lector la lectura de los capítulos de Lieber y Štekauer (2009), especialmente 1, 3, 4, 7, 9, 13, 14 y 17, junto a los trabajos citados en esos trabajos. También recomendamos Scalise y Vogel (2010), especialmente los capítulos 2, 3, 4, 5, 7, 9, 11, 12 y 18, junto a la bibliografía citada.



# 9

## *Restricciones de la morfología*

En este capítulo final nos concentraremos en algunas cuestiones que han ido apareciendo en el trasfondo de nuestra discusión y que se refieren a los límites que otros componentes lingüísticos y cognitivos imponen a la formación de palabras. Comenzaremos exponiendo las restricciones que la fonología y la semántica conceptual usan para filtrar estructuras que, formalmente, son en principio posibles, y después consideraremos, dadas estas limitaciones, qué quiere decir que un proceso morfológico es productivo. Después hablaremos del concepto de competición, que en morfología aparece en dos formas: como competición entre procesos morfológicos –o afijos– y como competición con la sintaxis. Tocaremos, por último, dos cuestiones muy generales y a la vez muy básicas: si podemos hablar de universales morfológicos o la morfología –como se ha dicho a veces– está sometida a una variación prácticamente ilimitada en las lenguas del mundo, y –en relación con esta pregunta– si existen procesos de formación de palabras que ignoren las reglas gramaticales.

### **9.1. Restricciones fonológicas y semánticas a los procesos morfológicos**

En un sistema como el que hemos supuesto como marco en este libro, la fonología y la semántica conceptual no pueden intervenir directamente en la forma en que se construyen las estructuras, ya que se aplican una vez que se ha completado la sintaxis y, eventualmente, la morfología. Sin embargo, estos sistemas –externos a la gramática en sentido estrecho– pueden actuar como filtros que condenen, por motivos independientes de sus propiedades estructurales, ciertas combinaciones de elementos. Así, la fonología y la semántica conceptual actúan como restricto-

res de las formas que pueden generarse en el sistema combinatorio. En esta sección revisaremos algunas de estas restricciones.

### 9.1.1. Restricciones fonológicas

El papel de la fonología como filtro de estructuras morfológicas se observa en cinco aspectos: (a) la imposición de condiciones a la naturaleza de los segmentos que expresan ciertos morfemas; (b) la selección de distintos alomorfos del mismo morfema; (c) la imposición de condiciones estrictas a la forma fonológica de los exponentes que intervienen en un proceso; (d) restricciones a la posición que, dadas las condiciones fonológicas, puede ocupar un morfema y (e) aplicación de operaciones fonológicas semiproductivas que solo suceden entre morfemas.

Comenzando por la primera, se observa que en ocasiones los exponentes que expresan ciertos rasgos forman una clase natural por sus propiedades fonológicas. En español, los marcadores de categoría gramatical son siempre segmentos vocálicos, cuando tienen información fonológica: *-a*, *-o*, *-e* como desinencias y *-a*, *-e*, *-i* como vocales temáticas –de hecho, por eso podemos usar en español el nombre ‘vocal temática’ en lugar de ‘morfema temático’–.

A veces la imposición es más específica. En árabe y otras lenguas semíticas, las raíces tienden a constar de tres consonantes –como *ktb* para ‘escrib-’–. Se permite cierta divergencia de este patrón: hay excepcionalmente raíces que constan de cuatro consonantes, como *trjm* ‘traduc(i)’, y algunas de las voces más antiguas parecen constar de dos consonantes solamente, como *yd*, de *yad* ‘mano’. Los gramáticos debaten –y en la tradición árabe, han debatido durante muchos siglos– qué hacer con estas raíces biconsonánticas, que a veces se encuentran etimológicamente en el origen de las raíces triconsonánticas, pero, aun con estas complicaciones, la tendencia es muy llamativa.

Nombrábamos en el capítulo 2 la existencia de efectos templáticos que imponen cierta forma fonológica a distintos tipos morfológicos de palabras. La tendencia del árabe a que las raíces ocupen un espacio de tres consonantes es uno de estos efectos, y como dijimos entonces, las lenguas semíticas se caracterizan porque en ellas esta clase de fenómenos son generales. Pero también es posible encontrar estos efectos en lenguas tipológicamente más próximas a las nuestras.

Scheer (2003) propone que estos efectos existen en checo, y que se emplean para determinar cuál de todos los exponentes que pueden materializar un mismo morfema se emplea con cada base. Si observamos los datos de (1), vemos que hay dos formas de expresar el diminutivo en checo: *-ek*, con vocal breve, o *-i:k*, con vocal larga. Cuando se emplea la vocal larga, si la base tenía otra vocal larga, esta



se acorta; cuando se emplea la vocal breve, si la base tenía una vocal breve, se alarga.

- (1) a. mly:n ‘molino’ > mly:n-ek ‘molinito’  
b. vlak ‘tren’ > vla:č-ek ‘trenecito’  
c. muž ‘hombre’ > muž-i:k ‘hombrecito’  
d. ky:bl ‘cubo’ > kybl-i:k ‘cubito’

Scheer explica esta serie de cambios y selecciones como un efecto templático: una palabra en diminutivo tiene que llenar tres posiciones vocálicas, ni dos ni cuatro. Suponiendo que una vocal larga equivale a dos posiciones vocálicas y una corta solo a una, la selección de los alomorfos y eventualmente los cambios que se producen en la base dan como resultado tres posiciones vocálicas exactamente en todas las palabras con diminutivo (el lector puede hacer la suma). Añadiremos para quienes estén familiarizados con la terminología fonológica que esta ‘posición vocálica’ es lo que se conoce como MORA en fonología. Una vocal corta equivale a una mora, una vocal larga, a dos moras.

Los procesos morfológicos también pueden ser filtrados en función de la estructura fonológica de sus exponentes. Esto quiere decir que puede haber estructuras perfectamente posibles que, cuando se introducen sus exponentes, no están bien formadas por su fonología. Consideremos los compuestos de (2), que corresponden al patrón adjetival N-A con vocal de enlace.

- (2) a. car-i-ancho  
b. nar-i-largo  
c. \*espald-i-ancho  
d. \*pi(e)-i-ancho

Todos ellos se forman estructuralmente igual y constan de sustantivos y adjetivos muy parecidos si atendemos a sus propiedades semánticas: todos los sustantivos designan partes del cuerpo, y todos los adjetivos, propiedades físicas relacionadas con la longitud y la anchura. Observamos que (2c) y (2d) son imposibles, mientras que en (2b) el morfema *nariz* tiene el alomorfo *nar-*. ¿Qué explica estas propiedades? Fábregas (2004) argumenta que estos compuestos tienen la restricción fonológica de que el primer miembro debe formar, junto a la vocal de enlace, un constituyente fonológico de dos sílabas exactamente. La raíz *car-* no necesita ningún cambio, porque satisface directamente el requisito; la raíz *nariz-* daría tres sílabas (*naric-i*), pero el léxico contiene un alomorfo *nar-*, que es el que debe usarse aquí por imposición de la fonología. En cambio, *espald-* carece

de alomorfo en el léxico, por lo que (2c) es filtrado por la fonología, y *pi(e)* daría una sola sílaba, por lo que también queda filtrado.

La cuarta manera en que la fonología condiciona la estructura de los exponentes es determinando parcialmente la posición que ocupan con respecto a los demás exponentes. El caso de los infijos es uno que, generalmente, se expresa mediante reglas relacionadas con la estructura de los sonidos –ya que en ellos el afijo se realiza dentro de la base, interrumpiendo la adyacencia entre sus segmentos–. Los ejemplos de (3) para el diminutivo español son una buena ilustración: estos son analizables como casos en que el segmento *-it-* se infija en el interior de la raíz.

- (3) a. azúcar > azuqu-it-ar
- b. Víctor > Vict-it-or
- c. Carlos > Carl-it-os

Estos casos han sido estudiados por Bermúdez Otero (2007), que explica su posición mediante una sencilla regla fonológica: *-it-* se sitúa a la izquierda de la vocal átona que está más cerca del margen derecho de la palabra. Las bases de (3) tienen la peculiaridad de que terminan en una sílaba átona acabada en consonante –es decir, sin ninguna vocal que actúe como desinencia–, por lo que la mejor solución para la fonología es la de infijar el diminutivo. En cambio, en (4a), el diminutivo se comporta como un sufijo, porque en esos casos la vocal átona más cerca del final de la palabra es la desinencia; en (4b), ya que la última vocal de la palabra es tónica, la infijación tampoco es una buena solución, y se introduce una desinencia.

- (4) a. cas-a > cas-it-a
- b. reloj > reloj-it-o

Otro caso muy conocido es el que estudian McCarthy y Prince (1993) en tagalo, una lengua austronesia hablada en Filipinas. El afijo de infinitivo *-um-* se comporta a veces como un prefijo (5a) y a veces como un infijo (5b,c).

- (5) a. aral ‘enseña-’ > um-aral ‘enseña-r’
- b. sulat ‘escribi-’ > s-um-ulat ‘escribi-r’
- c. gradwet ‘gradua-’ > gr-um-adwet ‘gradua-r(se)’

McCarthy y Prince argumentan que la posición del afijo está dictada por condiciones fonológicas: el afijo se sitúa en la posición en la que produce una

estructura silábica más próxima al esquema CV-CV, es decir, sílabas abiertas con una consonante en el ataque. Como el afijo empieza con una vocal, si la base comienza por consonante, se sitúa tras ella. Esto es lo que sucede en (5b). En (5c), la posición del afijo es tras ambas consonantes, porque, si se hubiera infijado entre la primera y la segunda, habría dado la forma \**g-um-radwet*, donde se formaría una sílaba CVC (*gum.ra.dwet*). En (5a), funcionar como infijo no impediría que la palabra tuviera al menos una sílaba que comenzara por vocal (V, VV o VVC), como en \**a-um-ral*, \**ar-um-al* o \**ara-um-l*. Ya que infijar el morfema no produce ningún beneficio fonológico en este caso, y sí causa el perjuicio de romper la adyacencia entre los segmentos de la base, el afijo se manifiesta como prefijo.

La última forma en la que la fonología restringe los elementos morfológicos es dando lugar a cambios no productivos que no se producen fuera de las combinaciones de morfemas. Estos cambios son un tipo de REGLAS DE REAJUSTE, es decir, reglas en las que los exponentes ya seleccionados experimentan cambios idiosincrásicos para obtener un mejor resultado fonológico. Un ejemplo es la DISIMILACIÓN. Consideremos el morfema *-ar*, que forma adjetivos a partir de sustantivos.

- (6) a. invern-al
- b. hormon-al
- c. later-al
- d. circul-ar
- e. globul-ar
- f. sol-ar

La regla es que se emplea la variante *-ar* o *-al* dependiendo de si la base contiene el segmento /l/ –para el primer caso– o /r/ –para el segundo–. Cuando la base contiene ambos segmentos, el afijo toma la consonante contraria a aquella que esté más próxima a él: en (6c), la base tiene /r/ y /l/, pero /r/ está más cerca del afijo, por lo que se emplea *-al*; en (6d), /l/ está más cerca que /r/, por lo que se usa *-ar*.

El lector tal vez se pregunte por qué no tratamos estos casos, donde compiten *-ar* y *-al*, como alomorfos. La razón es que la proximidad fonológica entre ambas formas es tal que no parece necesario explicar la alternancia como distintas formas léxicas, ya que puede derivarse a partir de una operación puramente fonológica. Las consonantes /r/ y /l/ son muy próximas: ambas son líquidas y alveolares –es decir, pronunciadas apoyándose sobre la parte en la que los dientes superiores entran en la encía– y solo contrastan en que la segunda deja escapar el aire por los

lados de la lengua, mientras que la segunda se pronuncia con la punta de la lengua. La disimilación altera la manera en que el aire escapa de la cavidad oral, pero nada más.

A) *Una breve nota sobre la teoría de la optimidad*

El lector que esté familiarizado con las reglas fonológicas entendidas tradicionalmente habrá observado que la explicación de McCarthy y Prince para la infijación es difícil de codificar en un formato de reglas. La razón es que para elegir la forma que obtenemos en cada caso, tenemos que considerar simultáneamente diversos factores: la estructura silábica que se forma –en todas las sílabas de la palabra– y el perjuicio que causamos a la adyacencia entre los segmentos de un afijo. Igualmente, la propuesta de Bermúdez Otero para el diminutivo tiene la característica de requerir que consideremos simultáneamente varios factores que a menudo nos imponen requisitos encontrados: si consideráramos solo la estructura acentual de la base, esperaríamos que *reloj* nos diera *\*r-it-eløj*, pues la /e/ de la primera sílaba es, en sentido estricto, la primera vocal átona de la base. Que en estos casos introduzcamos una desinencia para satisfacer ese requisito –*reloj-it-o*–, pero no en casos como *Carl-it-os* (*\*Carlos-it-o*), nos indica que, junto a la estructura silábica, hay otros principios que tomamos en consideración, como una tendencia a evitar añadir desinencias que no estén en la base.

Los análisis de estos autores se incardinan en la llamada TEORÍA DE LA OPTIMIDAD (TO), que fue formulada originalmente por Alan Prince y Paul Smolensky en 1993. No sería razonable pretender cubrir esta teoría, sobre la que se apoya buena parte de la fonología moderna, en unas pocas líneas; diremos tan solo lo suficiente para entender su contribución al análisis morfológico, ya que está dando lugar a algunos debates dentro de nuestra disciplina.

Su diferencia fundamental con respecto a los sistemas fonológicos tradicionales es que en estos se aplican reglas a secuencias de segmentos para formar otras secuencias. El resultado de esa regla puede, a su vez, ser el objeto de una segunda regla, y las secuencias de reglas determinan la forma final de una estructura. Estos análisis siguen la forma de (7), y el lector los reconocerá porque es el formato que hemos empleado para codificar la alomorfía en el capítulo 2.


- (7)      Regla A: Secuencia 1 ----> Secuencia 2 / En contexto X  
          Regla B: Secuencia 2 ----> Secuencia 3 / En contexto Y  
          ...

En la TO, en cambio, la forma de un elemento se decide evaluando simultáneamente un conjunto de restricciones que favorecen procesos que dan lugar a resultados distintos y, a menudo, opuestos. El término ‘optimidad’ refleja la propuesta de que la forma final no cumple perfectamente todas las restricciones fonológicas –porque estas pueden pedir propiedades contrarias–, pero es la solución mejor de entre el conjunto de posibilidades lógicas. Cuál de todas es la solución mejor es algo que se decide en función de dos criterios: con cuánta exactitud corresponde al resultado pedido por las restricciones que cada lengua considera más importantes y, cuando el resultado difiere de lo que pide una restricción, cómo de amplia es esa divergencia.

Ilustrémoslo. McCarthy y Prince (1993) proponen que el resultado *s-um-ulat* ‘escribi-r’ es preferido a las alternativas (*sul-um-at*, *um-sulat*, etc.) porque es la mejor forma de respetar tanto como sea posible dos restricciones distintas: una que condena las sílabas cerradas por consonante (NOCODA) y una que favorece que los afijos aparezcan en un margen de la palabra, no en su interior (POSICIÓN AL MARGEN). Estas restricciones están ordenadas, y el tagalo da más peso a la primera que a la segunda. Esto quiere decir que la segunda restricción puede violarse si es para obtener un resultado mejor con respecto a la primera.

La evaluación de los candidatos se codifica en forma de tabla: en las columnas se codifican las restricciones, y en las filas se ponen los candidatos junto a las violaciones que producen con respecto a cada restricción. (8) da el resultado en tagalo de la combinación del verbo *sulat* con el infinitivo *um*. Marcamos con una flecha la forma vencedora.

(8)

um+sulat	NoCoda	Posición al margen
<b>um</b> .su.lat	**!	ø
 <b>su</b> .mu.lat	*	s
su. <b>um</b> .lat	**!	su
su. <b>lu</b> .mat	*	sul
su.la. <b>umt</b>	*	sula

Como se ve, dos formas quedan eliminadas por infringir la primera restricción dos veces (*um.su.lat* y *su.um.lat*). De las tres restantes, la que menos infringe la segunda restricción es *su.mu.lat*. Nótese que este es globalmente el mejor resultado, pero no es perfecto ni para la primera (una sílaba tiene coda) ni para la segunda (no aparece en el extremo izquierdo de la palabra, porque sigue a un segmento).

La importancia actual de esta teoría es enorme dentro del estudio de las operaciones fonológicas que se aplican sobre los morfemas. No podemos cubrir todos los aspectos, por lo que nos concentraremos en dos.

Como se ve, en la tabla de (8), se ha elegido una materialización particular de los afijos considerando la palabra completa, no cada morfema por separado. Esta forma de evaluación se conoce como GLOBALISMO. Se opone al LOCALISMO, que se prefiere en las teorías donde la estructura morfológica o sintáctica juega un papel central. En el localismo, la materialización de cada afijo, si depende del contexto, la determina otro afijo, aquel que esté más próximo a él. En el globalismo, la proximidad entre los afijos no desempeña ningún papel, ya que se escoge la forma que, en el conjunto de toda la palabra, da un resultado mejor.

Superficialmente, las lenguas nos ofrecen procesos de selección de exponentes que parecen comportarse de ambas formas. Embick (2010) propone varios casos en que la selección entre variantes de un mismo morfema está condicionada exclusivamente por el afijo más próximo. (9) ilustra uno de estos casos.

(9)	a. Perfecto		b. Pluscuamperfecto	
	1sg.	am-a-v- <u>i</u>	am-a-ve-ra- <b>m</b>	
	2sg.	am-a-v- <u>isti</u>	am-a-ve-ra- <b>s</b>	
	3sg.	am-a-vi-t	am-a-ve-ra-t	
	1pl.	am-a-vi-mus	am-a-ve-ra-mus	
	2pl.	am-a-v- <u>istis</u>	am-a-ve-ra- <b>tis</b>	
	3pl.	am-a-v- <u>erunt</u>	am-a-ve-ra- <b>nt</b>	
	c. Perf. subjuntivo		d. Pluscuam. subjuntivo	
	1sg.	am-a-ve-ri- <b>m</b>	am-a-vi-s-se- <b>m</b>	
	2sg.	am-a-ve-ri- <b>s</b>	am-a-vi-s-se- <b>s</b>	
	3sg.	am-a-ve-ri-t	am-a-vi-s-se-t	
	1pl.	am-a-ve-ri-mus	am-a-vi-s-se-mus	
	2pl.	am-a-ve-ri- <b>tis</b>	am-a-vi-s-se- <b>tis</b>	
	3pl.	am-a-ve-ri- <b>nt</b>	am-a-vi-s-se- <b>nt</b>	

En este ejemplo del latín, crucialmente, observamos que hay una forma regular de expresar la primera persona singular, la tercera plural y las dos segundas personas, resaltada en negrita. Al tiempo, en un caso se emplean formas irregulares, subrayadas: en el perfecto. Embick considera que la generalización es que las formas irregulares están impuestas idiosincrásicamente por el afijo -v-, pero este solo puede seleccionar cuando es inmediatamente adyacente a los exponentes de concordancia. Si otro afijo aparece entre ambos, la selección no es posible y solo se pueden emplear las formas regulares, que no dependen de ningún otro afijo.

Sin embargo, otros casos indican que la decisión sobre la forma de un morfema debe hacerse de forma global. Se ha dicho que la selección de alomorfos para varios morfemas verbales en sami –una lengua urálica del norte de Escandinavia– se determina considerando globalmente el número de sílabas que tendrá la palabra completa. Hay dos series de formas (10), las primeras empleadas si la base tiene un número par de sílabas; la segunda, si es un número impar. Al unirse, el resultado siempre es una palabra con un número par de sílabas –y, por tanto, analizable exhaustivamente como una serie de pies métricos binarios– (Hargus, 1993).

(10)	a.	Sílabas pares	b.	Sílabas impares
	1dual	-ø		-tne
	2dual	-beahtti		-hppi
	2pl	-behtet		-hpet
	Pasivo	-juvvo		-vvo

Así, cuando la base tiene dos o cuatro sílabas, se emplea *-juvvo* para hacer la pasiva *-je:-r.ro.-juv-vo* ‘pregunta-pasv., ser preguntado’, mientras que si tiene una o tres, se emplea *-vvo* –como en *veah.ke.hu-v.vo* ‘ayudar-pas, ser ayudado’. El resultado es siempre una forma con un número par de sílabas.

Otro aspecto en el que la TO ha contribuido al análisis morfológico ha sido en la observación de que los procesos de cambio fonológico tienden a actuar más sobre cierta clase de morfemas que sobre otros. Esta propuesta se conoce como FIDELIDAD POSICIONAL, y se debe a Beckman (1998): ciertos segmentos tienden a conservar su forma –y rechazan cambios fonológicos– en virtud de la posición que ocupan.

La fidelidad posicional se observa en dos casos dentro de la morfología. El primero es la generalización de que los segmentos iniciales de una palabra tienden a mantenerse inalterados –porque la posición inicial es la más saliente y relevante para la identificación de una palabra en el discurso–. Este factor diferencia los prefijos de los sufijos. El segundo distingue las raíces de los afijos: las raíces, al traer consigo una buena cantidad de semántica léxica, tienden a rechazar cambios fonológicos, mientras que los afijos los admiten con más facilidad.

Ilustremos brevemente los efectos de la fidelidad posicional. Es habitual que los sufijos se resilabifiquen con el material de la base a la que se unen –cf. (11a)–, pero, en cambio, los prefijos muy frecuentemente forman su propia sílaba. Aunque en español podemos tener sílabas que comienzan por la secuencia *bl-* (*blanco*), la /b/ final de *sub-* se mantiene dentro de la sílaba que forma el prefijo, incluso si esto fuerza a que sea cerrada (11b). Recuérdese también el caso de *en-s-*

*anch-a(r)*, presentado en § 4.1.1, donde la presencia de *-s-* tiene la ventaja de que impide resilabificar el prefijo con la base.

- (11) a. ra.tón > ra.to.n-e.ra (no \*ra.ton.-e.ra)  
b. lu.nar > sub-.lu.nar (no \*su.b-lu.nar)

Cuando una raíz y un afijo forman una secuencia fonológica que no se acepta en la lengua, es el afijo el que se modifica. En *ibibio*, una lengua del sur de Nigeria, se rechazan las secuencias de dos consonantes distintas –es decir, cuando hay dos consonantes en contacto, una debe siempre asimilarse a la otra–. El morfema negativo se puede identificar como *-ké*, dado el ejemplo de (12a). La cuestión es qué sucede si la base verbal termina en consonante. Podríamos esperar que la consonante del afijo forzara un cambio en la consonante de la raíz, pero lo que sucede es al revés, como se ve en (12b) y (12c) –este, además, con armonía vocálica–. Esto indica que la raíz toma preferencia e impone el cambio que le permite mantener su forma.

- (12) a. dáppá-ké  
durmiendo-neg ‘no durmiendo’  
b. dép-pé  
comprando-neg ‘no comprando’  
c. nám-má  
haciendo-neg ‘no haciendo’

La contribución de la TO a la morfología actual no se agota aquí, ni mucho menos. La TO también ha discutido aspectos de la noción de paradigma –como la tendencia a que las formas de un mismo paradigma se mantengan fonológicamente similares–, la jerarquización de los alomorfos de un morfema o los dominios morfológicos relevantes para la aplicación de ciertas operaciones fonológicas. Remitimos al lector a las lecturas recomendadas para obtener más información.

### 9.1.2. Restricciones conceptuales

La semántica conceptual también actúa como un filtro que elimina algunas formas estructuralmente posibles. Recuérdesse que nos restringimos aquí a la semántica conceptual porque hemos adoptado la hipótesis de que la semántica estructural ya está codificada en la propia construcción y, por ello, puede eliminar formas directamente.



Este filtrado se observa en cuatro casos: (i) el establecimiento de restricciones al tipo de concepto que debe expresar un morfema dentro de una estructura; (ii) la eliminación de formas por expresar nociones incompatibles con nuestro conocimiento del mundo; (iii) la eliminación de formas por no aportar suficiente información conceptual y (iv) la determinación del significado específico de un morfema en casos donde la estructura lo define de manera amplia.

El primer papel podemos ilustrarlo con los compuestos N-A del tipo de *pel-i-rrojo*, a los que nos hemos referido varias veces. Se ha observado repetidamente que no cualquier combinación de adjetivo y sustantivo se admite en esta clase. Los sustantivos deben denotar partes del cuerpo, y los adjetivos, propiedades físicas de esas partes del cuerpo. Esto excluye las formaciones de (13).

- (13) a. \*coch-i-nuevo
- b. \*nov(i)-i-guapo
- c. \*guant-i-blanco

La razón es que estos sustantivos expresan nociones que pueden establecer una relación estrecha con alguien, pero no son partes de su cuerpo: coches, novios y novias, guantes, etc. No parece, sin embargo, que la noción ‘parte del cuerpo’ sea el tipo de información que queremos representar por medio de un rasgo morfosintáctico relevante para la formación de estructuras. Los sustantivos que designan partes del cuerpo se comportan gramaticalmente como otros con respecto a procesos formales como la concordancia, el movimiento o la asignación de caso (compárese *Vi su coche* con *Vi su mano*). Conceptualmente y para nuestro conocimiento del mundo, en cambio, ser parte del cuerpo es una noción claramente distinta a otras, más importante y más significativa que tener coche, novia o guantes. Obviamente, nadie consideraría igual de grave perder los guantes o perder a su novio que perder las manos o perder una pierna. Esta distinción es relevante para nuestro conocimiento del mundo, pero no para la gramática.

Otras combinaciones están excluidas porque indicarían conceptos que no pueden existir en nuestro mundo, tal y como son sus reglas naturales. Podemos ilustrar esta restricción con el caso de la prefijación con *re-*. Compárense los verbos de (14).

- (14) a. re-escribir
- b. re-vender
- c. re-encontrar
- d. re-caer
- e. re-matar
- f. \*re-morir

En principio, *re-* se une a verbos que denotan acciones para indicar iteración (*re-escribir*, ‘escribir de nuevo’), o intensificación (*re-peinar*, ‘peinar más de lo normal’). Este significado a veces se matiza por el significado conceptual de la base. En *re-matar*, el prefijo aporta a la base el significado de que la acción, que había sido iniciada anteriormente, culmina (*Lo remató con un tiro de gracia*), pero el verbo próximo *morir* no lo permite. ¿Por qué? No puede deberse a la estructura argumental del verbo, ya que *caer* tiene la misma –un paciente involuntario– y lo acepta, ni tampoco a sus propiedades aspectuales, ya que el verbo *encontrar* también indica un cambio instantáneo y lo acepta. En la base de este rechazo podemos encontrar razones conceptuales. En nuestro conocimiento del mundo, un mismo ser vivo no puede morir varias veces, y el cambio marcado por la muerte no es gradual, por lo que la lectura intensificativa también está excluida –no podemos ‘morirnos demasiado’–.

Algunas teorías, como Borer (2005), dan una gran importancia a este aspecto de la interacción con la semántica conceptual. Borer considera, incluso, que la asociación entre las raíces y los aspectos que se entienden como parte de la semántica estructural, como la estructura argumental, en realidad está determinada por nuestro conocimiento del mundo. Para ella, un verbo como *dar* no selecciona directamente sus tres argumentos, sino que solo es compatible con ellos porque los hablantes sabemos que la acción que conceptualizamos con *dar* es un proceso en el que alguien dirige algo hacia alguien. *Pensar* sería compatible con esos mismos argumentos si lo conceptualizáramos en un universo en que la telepatía es posible (*Luis pensó la respuesta a Marta*). No hay unanimidad acerca de si esta extensión del papel de la semántica conceptual es beneficiosa para el estudio de la gramática.

Consideremos ahora la forma en que algunas combinaciones son filtradas por ser poco informativas. En tales casos, aunque la combinación es posible estructuralmente, el concepto que expresa no nos da más información de la que ya dábamos por presupuesta dado nuestro conocimiento del mundo. Podemos ilustrar esta situación con el caso de los adjetivos denominales que formamos con el sufijo participial *-ado*, para expresar posesión de aquello que denota un sustantivo.

- (15) a. un político des-cerebr-ado  
b. \*un político cerebr-ado  
c. una sierra dent-ada  
d. \*un hombre dent-ado  
e. un hombre des-dent-ado

Dos propiedades nos llaman la atención: una es que la misma forma (p. ej., *dentado*) puede ser aceptable o no dependiendo del sustantivo al que modifique. Otra es que una forma más simple puede ser rechazada, mientras que se acepta una más compleja (cf. *cerebrado* ~ *descerebrado*). La causa de esta diferencia está en la informatividad de la palabra. Nuestro conocimiento del mundo nos dice que lo normal es que las personas tengan dientes, por lo que predicar de alguien la propiedad de *ser dentado* no nos da ninguna información que no tuviéramos. Si lo que predicamos es lo contrario, carecer de dientes (15e), la cosa cambia, porque ahora nos da información inesperada. Si el filo cortante de la sierra tiene forma de dentadura o no es una información que no damos por supuesta, ya que hay varios diseños posibles, por lo que (15c) se acepta. De forma semejante, damos por hecho que todos los seres humanos tienen cerebro, lo cual hace (15b) extraña, pero (15a) es admitida en la lectura metafórica de que se comporta como si no tuviera cerebro o este no le funcionara.

La cuarta manera en que la semántica conceptual influye sobre la morfología es restringiendo las interpretaciones posibles de un morfema. Consideremos los ejemplos de (16).

- (16) a. pensa-dor  
b. broncea-dor  
c. limpia-dor  
d. come-dor

El sufijo *-dor* tiene tres interpretaciones fundamentales: agente, instrumento y locativo. Emplear la semántica conceptual como forma de elegir entre estas lecturas nos permitiría simplificar su entrada léxica y la información que aparece recogida en su estructura. La interpretación natural de (16a) es de agente, en correlación con nuestro conocimiento de la realidad, que nos dice que solo los seres animados pueden controlar procesos mentales; (16b) se lee como un instrumento, porque sabemos que los seres humanos no pueden, por sí solos, broncear nada. (16c) admite igualmente las dos lecturas, porque sabemos que tanto las personas como los objetos contribuyen a la acción de limpiar. (16d) es, quizá, el caso más interesante. Se interpreta como locativo por defecto, y cabe pensar que esto se deba a que sabemos que todo ser vivo come, por lo que una lectura de agente es poco informativa, y que esta acción la puede desempeñar todo ser vivo sin auxilio de instrumentos (al contrario que *broncear*), por lo que la lectura de instrumento tampoco es preferida. El resultado es que la lectura más informativa de las tres con este verbo es la de lugar, ‘lugar donde se come’.

## 9.2. La productividad

Aunque en este manual hemos usado alguna vez la noción intuitiva de ‘productividad’ para señalar lo general que es cierto proceso morfológico, una definición precisa del término resulta sumamente complicada. Hay varios factores que intervienen para complicarla.

El primero es que la productividad siempre es relativa, tanto en morfología como en otras disciplinas. Es prácticamente imposible encontrar un proceso que se aplique sin excepciones a todos los elementos de una lengua –¿tal vez la posibilidad de unirse a otro elemento para formar una estructura mayor?–. Como mínimo, la productividad se encuentra restringida por las propiedades de la clase de elementos a los que se aplica (nombres contables, verbos transitivos, adjetivos relacionales, etc.).

Esto nos lleva a una segunda complicación: la forma en que decidimos restringir el subconjunto de elementos con los que esperamos que sea compatible una operación. Un proceso parecerá muy productivo si decimos que se aplica al 100% de las formas que cumplen ciertos requisitos, pero tal vez estos requisitos sean tan específicos que definen solamente un conjunto muy pequeño de palabras de la lengua, y si escogiéramos otros, la productividad quedaría disminuida.

Consideremos el caso de *-avo*, que forma adjetivos partitivos combinándose con ciertos cuantificadores. Si imponemos previamente las restricciones adecuadas, podremos decir que la operación que forma partitivos con *-avo* en español es productiva. Considerando solo los numerales cardinales, no cabe duda de que su productividad es notable: *octavo*, *onceavo*, *doceavo*, *treceavo*, *catorceavo*, *quinceavo*, *veinteavo*, *veintisieteavo*, *sesenta y ochoavo*, *centavo*, etc. La productividad no es total, sin embargo: *\*uno-avo*, *\*dos-avo*, *\*cinco-avo*, etc.

En cambio, si consideramos, en general, todos los cuantificadores de la lengua, sin restringirnos a los numerales cardinales, el proceso es muy poco productivo (*\*poc-avo*, *\*much-avo*, *\*bastant-avo*...). Uno de los problemas es determinar de antemano qué restricciones son las que podemos imponer al conjunto de bases potenciales para juzgar la productividad de un morfema: ¿consideramos solo los cuantificadores, solo los numerales o solo los numerales por encima de siete?

Hay otro problema: *-avo* solo se aplica a numerales, y sabemos que, aunque la lista que forman estos es virtualmente ilimitada, se construyen mediante la combinación de unos pocos exponentes que se repiten una y otra vez. ¿Mediremos la productividad de *-avo* contando el número de formas complejas *–treinta y ocho*, *cuarenta y ocho*, *sesenta y ocho*..., o teniendo en cuenta solo los exponentes a los que se une el afijo *–ocho*–, cuyo número es mucho menor? No hay una respuesta simple a esta pregunta.

Una consecuencia directa de esto es que pierden su sentido afirmaciones como que la sintaxis es máximamente productiva, mientras que los procesos morfológicos no lo son, que a veces se leen en algunos textos. Correctamente delimitados a una clase particular, todos los procesos son altamente productivos, o, si consideramos un conjunto lo bastante amplio, ningún proceso es máximamente productivo. La pasiva perifrástica (*ser* + *participio*) es máximamente productiva solo si no tenemos en cuenta ninguno de los verbos intransitivos (como *correr*), ni tampoco muchos de los transitivos que expresan estados (como *tener*, *significar*). En contraste, la operación que se manifiesta como la flexión verbal en tercera persona plural es máximamente productiva para los verbos, y tal vez solo deja de aplicarse en el caso de la forma impersonal *hay*.

Como vemos, medir la productividad de un proceso por el número de formas que producen o por la clase de elementos a los que se aplica causa problemas.

En la práctica, la productividad de un proceso muy a menudo se entiende informalmente como el número de restricciones que impone a sus bases: cuantas más tiene, menos productivo es, y viceversa. Esta forma de diagnóstico tampoco carece de complicaciones. Ya hemos visto que una cantidad no desdeñable de restricciones dependen de factores fonológicos y conceptuales que no influyen directamente en la estructura y no siempre están representados en el léxico, porque funcionan como filtros que imponen la estructura de los sonidos y nuestro conocimiento del mundo. Desde la perspectiva de la estructura, estas restricciones no existen. ¿Debemos, pues, tenerlas en cuenta para determinar la productividad estructural de un proceso de formación de palabras o no? ¿Estamos midiendo la capacidad combinatoria del morfema en su estructura morfosintáctica o el número de exponentes concretos que pueden materializar esa estructura?

Si nos concentramos en el primer aspecto, en puridad debemos ignorar esas restricciones, por lo que no nos sirven como criterio para hablar de productividad. Si nos concentramos en el segundo, las deberemos tener en cuenta, pero con esta decisión aparecen nuevas complicaciones. La razón es que ciertas clases conceptuales o fonológicas de exponentes están más representadas en una lengua que en otras. En español, el número de palabras esdrújulas, por ejemplo, es menor que el de las llanas o agudas, y a su vez, las llanas terminadas en vocal son más frecuentes que las que terminan en consonante. Igualmente, los verbos que conceptualmente expresan acciones son más numerosos que los que expresan estados. Un proceso que está restringido a palabras esdrújulas o a verbos de acción siempre estará representado por más voces diferentes que uno que se concentre en palabras llanas o verbos de estado, sencillamente porque estas últimas voces son más escasas.

Pese a todo, hay cierto sentido en el que debemos tener alguna noción de productividad, aunque de forma más laxa, en el sentido de que un proceso es produc-

tivo si es el que los hablantes escogen de manera natural, por defecto, para formar cierto tipo de construcción cuando desconocen su comportamiento gramatical o valor conceptual. Si le damos al lector una serie de raíces inventadas, como *prif-*, *canchut-* y *terrem-*, y le decimos que forme verbos sobre ellas, casi con completa seguridad construirá verbos de la primera conjugación (*prifar*, *canchutar* y *terremar*). Si le pedimos ahora que forme nominalizaciones de acción sobre esos verbos, es sumamente probable que emplee las formas *prifación*, *canchutación* y *terremación*. Sería inusitado que formara verbos como *prifir*, *canchuter* y *terremir*, o nominalizaciones como *prifaje*, *canchute* o *terremumbre*. Lo que esto nos indica es que la manera no marcada de construir verbos en español es la de añadir la vocal temática de la primera conjugación, y la de hacer nominalizaciones de evento, la de emplear el sufijo *-ción*. En relación con esto, nótese que si examinamos los verbos españoles formados sobre préstamos del inglés, todos ellos pertenecen a la primera conjugación:

- (17) a. to format > format-e-ar
- b. to check > chequ-e-ar
- c. to blog > blogu-e-ar
- d. to reset > reset-e-ar

La noción de productividad, como vemos, parece ser relevante en algún sentido si queremos caracterizar la manera en que los hablantes dan distinto peso a distintos afijos o procesos dentro de su lengua, pero al mismo tiempo resulta sumamente difícil caracterizarla de manera precisa. Este tema merecería un libro completo, y de hecho existen tales publicaciones, en las que se especializan algunos morfólogos que emplean métodos estadísticos para sus análisis, como Harald Baayen (cf. Baayen, 1993 y Baayen y Plag, 2009). El lector interesado puede consultar la reciente monografía de Bauer (2001) sobre este complejo problema.

### 9.3. Bloqueo y competición morfológica

La segunda manera en la que muchos manuales señalan que se restringen los procesos morfológicos es mediante el llamado BLOQUEO. Este fenómeno describe los casos en los que supuestamente una forma compleja no resulta aceptable porque existe otra construcción más simple que comparte con ella su función, sus propiedades gramaticales y su significado. El bloqueo también actúa como un filtro, pero en este caso sería un filtro impuesto por el léxico y no por la fonología o la semántica conceptual.

Demos un ejemplo muy citado. En español, sabemos que podemos formar sustantivos de cualidad con *-idad* sobre adjetivos calificativos en *-oso*: *gener-os-idad*, *visc-os-idad*, *esponj-os-idad*, *lumin-os-idad*, etc. Sin embargo, la inmensa mayoría de los hablantes rechazan una forma como *\*fam-os-idad*, *\*ansi-os-idad* o *calur-os-idad*. ¿Por qué? Un análisis que base esta carencia en el bloqueo argumentaría que esto se debe a la combinación de dos factores que expresan cierta relación entre la base y la palabra compleja. Por un lado, los sustantivos en *-os-idad* se emplearían para expresar el sustantivo asociado a cierta cualidad abstracta. Por otro lado, esos sustantivos están formados, a su vez, sobre bases sustantivas, porque el sufijo *-oso* se combina con sustantivos. Las palabras en *-os-idad* que se aceptan se forman sobre bases que o bien no son sustantivos por sí mismos o, siendo sustantivos, no expresan cualidades.

(18) género(o), visc-, esponj(a), lumin- [luz]

Las que se rechazan, se forman sobre sustantivos que pueden expresar por sí mismos una cualidad.

(19) fam(a), ansi(a), calur [calor]

Las formas *fam-os-idad*, *ansi-os-idad* y *calur-os-idad* se rechazarían, pues, porque el léxico de la lengua ya contiene formas más simples, que no requieren la aplicación de reglas de construcción, que desempeñan el mismo papel que esas hipotéticas formas derivadas. Detrás de esta limitación tal vez podamos encontrar un principio de mínimo esfuerzo: ¿para qué molestarse en combinar morfemas si el léxico ya contiene una forma simple que sirve para lo mismo?

Nótese que la explicación supone una morfología cercana a los postulados de las teorías paradigmáticas, donde en el léxico se almacenan palabras completas en lugar de los morfemas que las componen. Para que una palabra bloquee a otra es necesario que una de ellas esté recogida en una lista, y que la morfología compare periódicamente el resultado de la aplicación de ciertos procesos con los elementos almacenados en el léxico.

La predicción de esta propuesta es que una forma simple bloquee a una forma más compleja si ambas son equivalentes en propiedades gramaticales y significado. Consecuentemente, el bloqueo deja de suceder si entre las dos formas hay diferencias suficientes de información conceptual. Es decir: si los hablantes asociaran a *calur-os-idad* un significado distinto del que otorgan a *calor*, el bloqueo no sucedería. Igualmente, si entendiéramos que *famosidad* se emplea para hablar de un tipo distinto de cualidad que el que designa *fama*, aceptaríamos ambas for-

mas. Si el lector hace una consulta en cualquier buscador de internet verá que la forma *famosidad* aparece en español, aunque aún no sea una palabra de uso general. Si examina los textos en los que aparece, comprobará por sí mismo que se emplea para hablar específicamente de un tipo de fama trivial y pasajera que algo obtiene debido a una atención mediática desproporcionada e injustificada, relacionada con programas y revistas del corazón. Esto es justo lo que espera un análisis basado en el bloqueo: ambas formas se aceptan si se emplean de distinta forma.

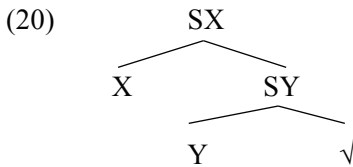
Esta misma situación es la que se encuentra tras el fenómeno que a veces se conoce como PENTASILABISMO: se forma una palabra de una categoría X sobre una de categoría Y que, a su vez, se había construido sobre una base de categoría X. El resultado es una palabra de extensión silábica inusual en español, incluso cinco sílabas –de ahí el nombre–. La palabra *calurosidad* sería un ejemplo, pero hay otros muchos, de cinco, cuatro o tres sílabas. Si consideramos solo palabras en que X es verbo e Y, sustantivo, tenemos, entre otras muchas, *revolver* > *revolución* > *revolucionar*, *influir* > *influencia* > *influnciar*, *obstruir* > *obstrucción* > *obstruccionar*, *explotar* > *explosión* > *explosionar*, *ofrecer* > *oferta* > *ofertar* o *abrir* > *apertura* > *aperturar*. Si examinamos los textos en que se usan los dos verbos de cada serie, no será difícil encontrar diferencias en el dominio conceptual en que se aplica cada uno. Podemos emplear *abrir* para hablar de procesos físicos en que se libera una obstrucción (*abrir una compuerta*) o para procesos abstractos en que se da inicio a algo (*abrir una investigación*), pero *aperturar* es, invariablemente, usado para procesos abstractos, y especialmente los que se refieren al establecimiento de una cuenta bancaria o la inauguración de un acto.

Una potencial complicación de las teorías basadas en el bloqueo es en qué sentido se entiende que una forma es más simple que otra. ¿Estamos hablando de simplicidad en el sentido de tener menos rasgos morfosintácticos o en el de estar compuesta de menos exponentes? Ciertos casos indican que el segundo sentido es el relevante. Aronoff y Anshen (1998) comentan el caso de *brothers* y *brethren*, ambos plurales del sustantivo *brother* ‘hermano’. Observan que entre estas dos palabras no se produce bloqueo porque los hablantes dan un sentido semántico especial al segundo plural: lo restringen a los hermanos entendidos no en un sentido biológico, sino dentro de una comunidad religiosa. Salvo argumentos en contra, parece que ambas voces deben ser igual de complejas por su composición morfosintáctica: un sustantivo con rasgos de plural. Su diferencia está en el número de exponentes empleados en cada caso: en el primero, el plural se expresa analíticamente, mediante dos –*brother* + *s*–, mientras que en el segundo se emplea un solo exponente irregular para materializar sintéticamente ambos –*brethren*–.



Esto nos pone sobre la pista de cuál es la explicación técnica del bloqueo: en igualdad de rasgos morfosintácticos y valor conceptual, el uso de un solo exponente es preferible al uso de dos o más. Para una teoría lexicalista, en la que el léxico precede a la sintaxis, la explicación de esta restricción es simple: si el léxico contiene una forma que contiene todos los rasgos morfosintácticos, no se aplican reglas morfológicas para combinar esos mismos rasgos, contenidos en distintas piezas del léxico.

Una teoría con inserción tardía tampoco tendría dificultades en implementar técnicamente esta cuestión. La idea sería la siguiente: en una primera fase, la sintaxis organiza los rasgos morfosintácticos en una estructura, por ejemplo, la de (20).



A continuación, se accede al repertorio léxico. En él se encuentra un exponente X que ya equivale a todos los rasgos de la estructura, en el mismo orden jerárquico. El principio de economía morfofonológica que favorece la materialización mediante un solo exponente sería uno en que la lengua intenta primero realizar los rasgos con una sola operación de inserción léxica, siempre que esto fuera posible. Esto haría que se empleara la forma simple. La excepción serían aquellos casos en que ese exponente único tuviera asociado un significado conceptual especial que no equivaliera al que se obtiene lexicalizando la estructura mediante exponentes separados. En tales casos, la necesidad de expresar cierto valor conceptual y no otro pesaría más que el principio de economía que favorece introducir solo una pieza léxica. El bloqueo es, pues, implementable en estas teorías, pero, como veremos ahora, no todas lo aceptan.

### *9.3.1. Otros tipos de bloqueo: bloqueo de Poser. Críticas al bloqueo*

Varias teorías construccionistas han criticado la noción de bloqueo por tres de las condiciones que presuponen en su explicación. El bloqueo supone que al léxico se accede al mismo tiempo que se está contruyendo una estructura –de lo contrario, una forma almacenada no podría impedir que la estructura se forme–, pero las teorías construccionistas son exoesqueléticas y acceden al léxico después de for-

mar la estructura. El bloqueo implica, también, que la gramática compara palabras completas, globalmente, y ya hemos visto que las teorías construccionistas tratan de ser locales y condicionar la presencia de un exponente a su contexto más inmediato –idealmente, al núcleo más próximo–. Por último, el bloqueo supone un sistema paradigmático en el que el léxico almacena palabras completas, lo cual entra en contradicción con la idea de que los morfemas son las unidades mínimas para formar palabras.

Esto ha hecho que los autores que se incardinan en las teorías construccionistas hayan tratado de eliminar el bloqueo de entre los procesos que restringen la formación de palabras. La propuesta que revisaremos ahora se debe a Embick y Marantz (2008).

Estos autores comienzan con la observación de que una teoría con bloqueo debe atender, junto a los casos discutidos ya, a otras dos situaciones: las ocasiones en que aparentemente una palabra simple bloquea a otra, compleja, sin compartir la misma raíz, y los casos en que la morfología parece bloquear a la sintaxis.

El primer caso podemos ilustrarlo con el par *thief* ‘ladrón’ y *steal-er* ‘roba-dor’. Los defensores del bloqueo han defendido que la segunda no se forma porque existe la primera, que, según ellos, tendría el mismo uso y significado. El segundo caso es el llamado BLOQUEO DE POSER (por Poser, 1992), y son casos en que la existencia de una construcción morfológica, como *smart-er* ‘listo-comp, más listo’, bloquea una construcción sintáctica, como *\*more smart* ‘más listo’.

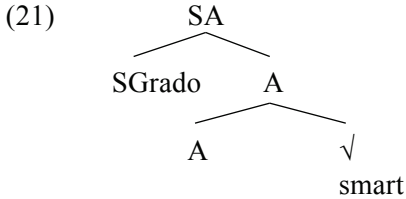
Al integrar estos ejemplos en una teoría sobre el bloqueo, se puede observar que las suposiciones teóricas sobre las que se basa este análisis son aún más problemáticas: sería necesario permitir que la morfología comparara formas listadas con formas construidas en virtud no ya de sus elementos componentes, sino de su significado conceptual, lo cual es mucho más costoso, y obliga a desdibujar la barrera entre conocimiento del mundo y gramática –un paso que no todas las teorías están dispuestas a dar–. El bloqueo de Poser, por su parte, requiere que la sintaxis deba comparar también sus resultados con lo que está almacenado en el léxico; esto va en contra, incluso, de algunos postulados lexicalistas, ya que implicaría que la sintaxis se puede relacionar directamente con el léxico, sin intermediación necesaria de la morfología.

La alternativa de Embick y Marantz es la de explicar las formas que son imposibles mediante uno de estos dos criterios: (a) o bien hay algo en la morfosintaxis de la palabra que no aparece que impide que sea construida (b) o bien la combinación de exponentes de la forma bloqueada es imposible, dada la selección morfofonológica de la base.

El contraste entre *thief* ‘ladrón’ y *steal-er* ‘roba-dor’ ilustraría el primer caso. La propuesta es que *steal* ‘robar’ es un verbo en el que resulta difícil eliminar el

complemento directo. Las formaciones agentivas, generalmente, no expresan estructuralmente ese complemento directo en la combinación entre elementos, pero pueden hacerlo, y cuando este complemento está incluido en la estructura, *steal-er* es posible y se documenta: *scene-steal-er* ‘escena-roba-dor, ladrón de escenas’. De igual manera –podemos añadir– en español, la forma *robador* no se acepta si aparece sola, pero, con un complemento preposicional que suple al complemento directo, se documenta con facilidad: *robador de contraseñas*, *robador de wifi*, etc. Es decir: no se trata de que la forma exista o sea imposible de forma absoluta, sino que su legitimidad depende de otras propiedades de la estructura que las forma.

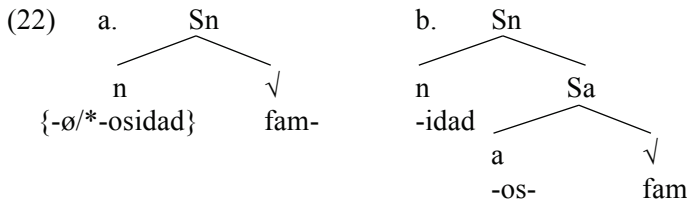
El segundo caso puede ilustrarse con el bloqueo de Poser. La idea sería que no se trata de que *smart-er* bloquee a *more smart*. En una propuesta construccionista, ambas formas tienen la misma estructura, la de (21) –seguimos aquí el análisis que proponen Embick y Marantz–.



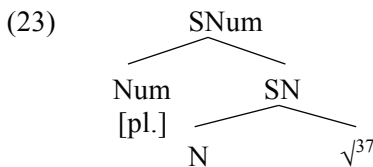
La idea es que cuando llega el momento de introducir los exponentes para materializar cada núcleo, la raíz *smart-* está asociada a una regla morfofonológica que dicta que, en ese contexto, Grado se materialice como *-er*. Materializarlo como *more*, por lo tanto, implicaría ignorar esta regla del inglés, lo cual ya es una violación suficiente para descartar la forma *more smart* sin necesidad de complicar la relación entre léxico y gramática.

Para *\*famosidad*, el análisis de Embick y Marantz tiene un aspecto problemático. Su propuesta es que *-osidad* debe analizarse como un solo exponente, un nominalizador que algunas raíces seleccionan idiosincrásicamente (como *gener-osidad* o *visc-osidad*). Si aceptamos esta segmentación, su ausencia no es más que otro caso de selección de exponentes por parte de la raíz. La raíz *gener-* selecciona *-osidad* para formar un nombre de cualidad, mientras que *fam-* selecciona *-ø* (22a). En otra estructura diferente, donde la interpretación conceptual de la raíz no sea la que tiene en *fam(a)*, este requisito seleccional no existiría; esto pueden ser los casos en que sobre la raíz se forma un adjetivo y, sobre ese adjetivo, un sustantivo (22b). Así se daría lugar en español a la misma secuencia *-os-idad*, pero esta vez, segmentable en dos exponentes. El problema de este análisis es

que, de manera poco justificada, se proponen dos análisis distintos para la misma secuencia de elementos, con un resultado gramatical sumamente próximo.



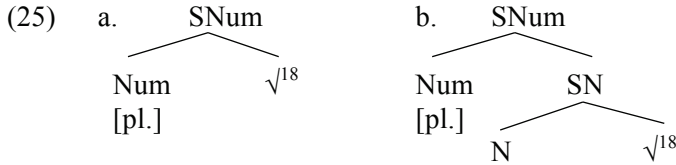
Conviene notar, antes de finalizar este subapartado, que para algunos sistemas construccionistas no es problemático que la sintaxis acceda directamente al léxico y se den situaciones en las que el léxico contiene formas que corresponden a un sintagma completo. La nanosintaxis es una de estas teorías. Como se recordará, en ella los exponentes morfofonológicos pueden corresponder a estructuras sintagmáticas, al contrario de la morfología distribuida, donde solo pueden introducirse en los núcleos. Combinado con la propuesta de que no existe la morfología, esto da lugar a un sistema en el que, literalmente, en cada nudo sintagmático es posible acceder al léxico y determinar la forma usada. Esto explica, por ejemplo, que –si no intervienen diferencias conceptuales– el plural *teeth* ‘dientes’ bloquee a *tooth-s*. La idea sería que dada la estructura de (23) para el plural, la gramática del inglés tendría una entrada conceptual como (24a), junto a las de (24b) y (24c). Cuando la sintaxis construye el SNum, en el modelo nanosintáctico, comprueba si el léxico contiene algún exponente que corresponda a la configuración que ha obtenido. Esto es así, de manera que se produce inserción en ese nudo sintagmático, en lugar de inserciones separadas en los dos subconstituyentes de ese nudo.



- (24) a. teeth <---> [ Num-Pl. [N [√³⁷]]]  
 b. tooth <---> [N [√³⁷]]  
 c. -s <---> [Num-Pl]

Cuando conviven dos formas con diferencia de significado, la nanosintaxis esperaría que hubiera diferencias estructurales entre las estructuras que subyacen

a cada materialización. En el par *brother-s ~ brethren*, dado que el segundo tiene una interpretación especializada, podríamos pensar que corresponde a la estructura de (25a), en la que la raíz se combina directamente con el número. (25b) sería la interpretación composicional, en la que el morfema de número no se une directamente a la raíz.



El léxico del inglés no tendría ningún exponente para [Num-Pl [N [√¹⁸]]], pero sí para [N [√¹⁸]] y [Num-Pl [√¹⁸]]. Consecuentemente, en (25a) se introduce el exponente (26a), mientras que en (25b) se deben emplear (26b) y (26c), materializando por separado los dos constituyentes del nudo más alto.

- (26) a. brethren <---> [Num-pl [√¹⁸]]  
 b. brother <---> [N [√¹⁸]]  
 c. -s <---> [Num-pl]

### 9.3.2. Rivalidad entre exponentes

Concluiremos este apartado revisando las restricciones que se imponen a los exponentes debido a la existencia de otros que, en principio, pueden utilizarse para materializar los mismos rasgos. Esta situación, conocida como RIVALIDAD ENTRE EXPONENTES, ya la hemos visto implícitamente cuando mencionamos la productividad. Un nominalizador como *-ción* es el que, en ausencia de otras restricciones, se emplea generalmente para formar sustantivos que designan acciones. Una forma de explicar que, en cambio, *-je* (*port-a-je*) o *-do* (*lav-a-do*) no se emplean de forma tan general es la de proponer que los exponentes compiten entre sí por la inserción en un contexto determinado.

La cuestión es cómo se representa esta diferencia y, en un sentido más general, a qué se debe. Nótese, de todos modos, que este problema solo surge en una teoría donde el léxico almacena morfemas y no palabras completas: en el segundo caso, no cabría hablar de productividad de morfemas individuales. Sencillamente sucedería que el número de palabras que contienen un segmento es mayor que el de las que no lo contienen.

Si nos concentramos, pues, en las teorías con morfemas, una manera inicial de dar cuenta de la competición entre los afijos es la de introducir requisitos de selección morfofonológica de exponentes. Esta solución pasa por dividir los exponentes de una lengua en sublistas léxicas, e introducir en la entrada léxica de cada afijo no productivo la condición de que solo se combinan con exponentes de una de esas listas. Ilustremos esto con el contraste entre el español *-je* y *-ción*. La lista de nominalizaciones de eventualidad que llevan *-je* no es larga:

(27) rod-a-je, arbitr-a-je, mont-a-je, dobl-a-je, hosped-a-je, tatu-a-je...

Podría suponerse que *-je* tiene una entrada en la que se especifica que solo materializa n (o N) cuando está en el contexto de una raíz de cierta lista.

(28) -je <--> N / Lista 3 V-\_\_\_\_\_

La lista incluiría raíces como *rod-*, *tatu-*, *arbitr-*, etc., es decir, nuestro léxico contendría la siguiente información en cada una de estas raíces:

(29) tatu- <--->  $\sqrt{1532}$ , Lista 3

En cambio, *-ción* sería la forma empleada en el resto de casos, es decir, no tendría restricciones adicionales.

(30) -ción <---> N

La condición de Panini, a la que nos referimos en § 6.3.3, implicaría que *-ción* se use con las bases que no están asociadas a ninguna lista, y en todos los casos en que no hay condiciones más específicas que dicten la inserción de otra pieza.

Esta solución podría extenderse a otros afijos, incluso cuando su productividad parece intermedia entre *-je* y *-ción*, es decir, cuando aparecen representadas en un número abundante de formas, pero no son usados por defecto. Cabría asociar *-miento* a una lista 1 y *-do* a una lista 2.

(31) a. -miento <---> N / Lista 1 V-\_\_\_\_\_  
b. -do <---> N / Lista 2 V-\_\_\_\_\_

Una raíz como *mov-* (*mov-i-miento*) estaría asociada a la lista 1, y una como *pint-* (*pint-a-do*) a la lista 2.

En estos casos intermedios, a veces se ensaya una alternativa. Se recordará que una propiedad distintiva de las teorías construccionistas es que se intenta minimizar la información listada en el léxico a favor de explicaciones basadas en la estructura. La solución de (31) implica listado léxico, por lo que algunos autores tratan de hallar explicaciones estructurales.

Como de costumbre, hay que analizar cada caso en concreto. Específicamente para el caso de la competición entre *-miento* y *-do*, podríamos argumentar que su competición se resuelve mediante condiciones estructurales de la base verbal, concretamente el tipo de complemento directo que cada clase de verbo toma. Los complementos directos de los verbos que toman *-do* parecen ser TEMAS INCREMENTALES, es decir, argumentos que miden la duración del evento estableciendo una correlación entre un proceso y las distintas partes del objeto que son afectadas por él. Un verbo como *lavar* se comporta como télico y tiene una terminación natural si le ponemos un complemento directo determinado que exprese un objeto con límites (32a). Esto se debe a que la acción de *lavar* queda acotada por este objeto: cuando todo él está lavado, la acción termina. En cambio, con un objeto no contable y sin límites naturales, el verbo se comporta como atélico, sin terminación natural. Esto se debe a que siempre es posible entender que hay una porción más del objeto sobre la que se puede aplicar la acción de lavar.

- (32) a. Juan lava el calcetín en cinco minutos.
- b. Juan lava ropa (\*en cinco minutos).

En cambio, otros verbos llevan complementos directos que no sirven para medir el proceso, por lo que tienen siempre el mismo tipo aspectual con independencia de si ponemos un objeto acotado o no. *Desplazar* es uno de estos ejemplos. Véase Ramchand (2008) para otras diferencias entre los dos tipos de complementos directos.

- (33) a. Los operarios desplazaron la estatua a otro edificio en dos horas.
- b. Los operarios desplazaron oro a otro edificio en dos horas.

En correlación con esto, se observa que los verbos que tienen un complemento directo que funciona como tema incremental tienden a usar *-do* (o *-da*) para su nominalización: *comida*, *lavado*, *peinado*, *marcado*, *pelado*, *barnizado*, *secado*, *cortado*, *recogida*, etc. Los verbos que llevan la otra clase de complementos directos, los que no influyen en el aspecto verbal, tienden a usar *-miento*: *desplazamiento*, *movimiento*, *alargamiento*, *envejecimiento*, *aletargamiento*, etc. De esta forma se explica, por ejemplo, que el mismo verbo pueda aparecer con los dos

afijos en distintas lecturas, una propiedad que sería sorprendente en el análisis que depende de la existencia de listas léxicas:

- (34) a. la recogida de firmas
- b. el recogimiento de los monjes

En el primer caso, el verbo se emplea en su acepción de ‘reunir algo’, donde la duración del evento depende de si el complemento recogido es delimitado o no; en el segundo, se emplea en su significado de proceso psicológico, en el que no hay complemento que delimite al proceso.

Como hemos señalado otras veces en este libro, una propuesta donde las propiedades se recojan en el léxico está (casi) siempre disponible, aunque tiene el problema de que incrementa la cantidad de información que el hablante debe memorizar, frente a la que deriva a partir de reglas generales. Las explicaciones en las que la competición se basa en propiedades no listadas siempre son más complicadas de enunciar, y se enfrentan casi siempre a contraejemplos que requieren mayores puntualizaciones y revisiones de las propuestas anteriores. Sin embargo, también resultan más interesantes, ya que nos llevan a reconsiderar la clase de propiedades que los hablantes consideran relevantes para establecer reglas y generalizaciones, y conectar la gramática con el léxico. Desde un punto de vista metodológico, serán pocos los morfólogos que no estén de acuerdo en que una solución donde las restricciones se listen en el léxico nunca puede ser la hipótesis de partida: es más bien la solución que adoptamos cuando consideramos que el resto de hipótesis basadas en reglas han fracasado al intentar dar cuenta de los datos.

#### **9.4. Universales morfológicos y parámetros morfológicos**

Nos aproximamos al final de este manual, y tal vez sea un buen momento para enfocar desde una perspectiva ligeramente distinta la pregunta de cuál es la naturaleza del componente morfológico. ¿Podemos hablar de universales morfológicos y de reglas estrictas que delimitan las posibles estructuras que las lenguas pueden emplear para formar palabras, junto a las propiedades que pueden expresar? Si nos hiciéramos esta pregunta sobre la sintaxis, la respuesta sería casi automática. Existe un acuerdo casi total en que las sintaxis posibles para las lenguas naturales están restringidas por principios muy generales y abstractos. Todas las lenguas, por ejemplo, distinguen entre sustantivos y verbos de alguna manera, asignándoles distintas funciones y distintas condiciones estructurales, y



en los últimos cuarenta años se han hecho grandes avances descriptivos que han ido confirmando poco a poco la hipótesis de que la sintaxis de las lenguas naturales comparte muchas propiedades, con independencia de la filiación histórica y tipológica de cada familia concreta. La discusión actual se centra en cuál es la causa de estas propiedades universales, pero son pocos los lingüistas que niegan que existan.

En cambio, en morfología la situación es menos clara, y a menudo se han podido escuchar afirmaciones que niegan que sea posible enunciar propiedades universales que las morfologías de todas las lenguas sigan. Jespersen (1924) señalaba que es concebible enunciar reglas universales para la sintaxis, pero que nadie soñaría con tener reglas similares para la morfología. Para algunos morfólogos, la morfología es un dominio sumamente arbitrario, en el que las lenguas definen independientemente patrones o tendencias que pueden guiarse por cualquier criterio, y donde las generalizaciones absolutas no existen. Ciertamente, un examen, siquiera superficial, de la variedad de nociones que las lenguas expresan mediante morfemas y sus restricciones, propiedades combinatorias y rasgos definitorios es suficiente para disuadir a muchos investigadores de correr el riesgo de enunciar ningún principio morfológico de validez universal. Por esta razón, teorías construccionistas como la morfología distribuida aceptan la existencia de un nivel idiosincrásico donde se definen arbitrariamente propiedades de los afijos, las raíces y su combinación en formas complejas. Una de las complicaciones a las que se enfrenta el análisis morfológico es que la morfología establece una estrecha relación con el léxico, donde sabemos que pueden listarse numerosas propiedades arbitrarias, sin que aparentemente haya límites preestablecidos a cuáles deben ser.

El caos aparente en el que se encuentran muchos procesos morfológicos contrasta con la tendencia, compartida por lexicalistas y construccionistas, a tratar de encontrar reglas generales lo más simples posible que den cuenta de la formación de palabras en una lengua. Esta tendencia a generalizar y encontrar explicaciones es una necesidad en cualquier sistema científico. Nadie quiere que su sistema morfológico se limite a dar una lista de palabras o morfemas, con reglas arbitrarias de combinación; si alguna vez se propone algo así, es porque los datos son aparentemente tan variados y complejos que no se ve otra alternativa, pero tras esta decisión se encuentra siempre una insatisfacción que lleva a la búsqueda de otras soluciones más explicativas.

Esto ha hecho que muchos morfólogos vuelvan su mirada a la existencia de posibles universales morfológicos. Algunos investigadores han propuesto que estas condiciones universales existen, al menos, como UNIVERSALES IMPLICATIVOS. Los universales implicativos no dictan propiedades absolutas que todas las lenguas cumplen, sino que indican que, cuando se dan ciertas condiciones,

hay otras propiedades que necesariamente acompañan a estas. Joseph Greenberg propuso una serie de universales implicativos para las lenguas del mundo, hallados a partir de un conjunto relativamente amplio de lenguas de distintas familias tipológicas. Véase Greenberg (1963) para la lista completa.

Podemos encontrar en Greenberg tres tipos de universales implicativos morfológicos. Algunos se refieren al orden de los morfemas, como los de (35). Otros aluden a la relación que se establece entre los rasgos morfosintácticos, de modo que la presencia de un contraste entre valores supone la presencia de otro contraste (36); por último, otros se refieren a la materialización de los exponentes (37). El número que precede a cada propiedad es el número que Greenberg asignó a ese universal en su artículo original.

- (35) a. [28] Si tanto flexión como derivación siguen a la raíz, o preceden a la raíz, la derivación siempre aparece entre la raíz y la flexión.  
b. [27] Si una lengua solo tiene sufijos, es posposicional (nombre + P); si solo tiene prefijos, es preposicional (P + nombre).
- (36) a. [36] Si una lengua tiene la categoría de género, también tiene la de número.  
b. [34] Ninguna lengua tiene trial –tres exactamente– si no tiene dual. Ninguna lengua tiene dual si no tiene plural.
- (37) a. [35] Ninguna lengua carece de un alomorfo plural que no sea  $\emptyset$ , pero en muchas lenguas el singular se expresa mediante  $\emptyset$ .  
b. [43] Una lengua que distinga el género en el sustantivo también lo distingue en el pronombre.

Se han propuesto contraejemplos a estas afirmaciones. El lector puede comprobar por sí mismo qué estatuto tienen estos problemas, ya que, afortunadamente, existen recursos electrónicos gratuitos sobre la tipología de las lenguas naturales, con secciones específicas de morfología: el *World Atlas of Language Structures* (WALS), accesible gratuitamente en <http://wals.info/>. La mayoría de los gramáticos entienden que estos contraejemplos no deben llevarnos inmediatamente a descartar estas afirmaciones y rendirnos ante la evidencia de que la morfología es caótica; más bien deben llevarnos a estudiar más detalladamente la gramática de las lenguas que parecen no seguir estos principios para tratar de identificar qué más sucede en ellas y por qué desdibujan la generalización.

La existencia de estos universales marca una serie de parámetros mínimos que el análisis morfológico debe respetar. Las propiedades que sean capaces de expli-

carlos pueden ser condiciones generales impuestas por la gramática a la forma en que se combinan los morfemas de una lengua, los rasgos morfosintácticos que expresan y las relaciones que se establecen entre ellos y los exponentes. Las propiedades recogidas por universales como los de (36) han dado lugar a las geometrías de rasgos que presentamos en la figura 6.2, con rasgos que se subordinan a otros y cuya activación presupone la activación de los segundos. Las propiedades de (37) tratan de capturar en cualquier teoría sobre el sincretismo, y delimitan las posibilidades lógicas acerca de cómo se relaciona un exponente con esas jerarquías de rasgos, y así sucesivamente.

Las explicaciones pueden ser, sin embargo, variadas. La constatación de que la flexión es externa a la derivación –universal 28– tiene varias interpretaciones, como hemos ido viendo en este manual. Las teorías lexicalistas lo ven como una prueba de que la palabra forma un átomo sintáctico impenetrable para la sintaxis, lo cual obliga a que la flexión, que es relevante para la sintaxis, sea lo más externa posible. Las teorías construccionistas consideran que este orden es un producto de la constatación de que lo que llamamos flexión son operaciones que suceden en un dominio externo a la raíz, y por ello no modifican sus propiedades. Aún hay otras propuestas compatibles con los datos: Bybee (1985) la explica mediante la semántica, proponiendo que los morfemas que aportan propiedades relevantes para el significado léxico de una raíz deben estar más próximos a esta que los que aportan información relevante para otros componentes, como la sintaxis. Podríamos seguir dando ejemplos. Lo esencial que queremos transmitir al lector es que toda teoría científica trata de identificar universales y acomodarlos en su teoría de la forma más clara y simple posible, cada cual conforme a sus propias creencias teóricas.

En la lingüística de los últimos treinta años, la noción de universal viene unida al concepto de PARÁMETRO GRAMATICAL. Si los universales dictan condiciones generales, un parámetro instancia ese universal escogiendo un valor de entre las posibilidades lógicas que permite el universal. El universal sintáctico que dicta que toda oración debe contener un sujeto se instancia de distintas maneras en distintas lenguas, entre otras dependiendo del parámetro que determina si esa lengua debe materializar siempre el sujeto –como el inglés, donde *\*Eats* ‘come’ es imposible– o puede dejarlo implícito –como el español, donde *Come* es posible–.

Uno de los parámetros morfológicos que se han propuesto recientemente es el PARÁMETRO DE LA COMPOSICIÓN (Snyder, 1995). La idea es que, universalmente, las lenguas permiten que dos raíces se unan en la misma estructura, pero distintas familias de lenguas permiten esa unión con mayor o menor libertad. Ya vimos en el capítulo 8 que las lenguas germánicas permiten compuestos con más productividad que las romance, tanto por su recursividad como por la variedad de inter-

pretaciones que permiten en cada caso. Esto, para Snyder, depende de un parámetro del que dependen no solamente las construcciones morfológicas que tradicionalmente llamamos compuestos, sino otras muchas propiedades que, en principio, deben entrar en correlación con la productividad de los compuestos. Las lenguas en las que el parámetro de la composición tiene un valor positivo y la productividad es alta permiten otras construcciones en las que se unen dos predicados entre sí. Esto estaría tras el fenómeno de la separación preposicional (PREPOSITION STRANDING), que supondría que la preposición y el verbo se unan en un predicado complejo (38a), la existencia de predicativos de valor resultativo, en los que el adjetivo pasa a denotar el estado que resulta al cumplirse la acción del verbo (38b), y la combinación de un verbo de manera de movimiento con una estructura direccional (38c), que estaría permitida porque es posible combinar una estructura de dirección con un verbo de manera en un predicado de mayor complejidad semántica.

- (38) a. Who did John [eat with]?  
          quién DO John comió con  
          ‘¿Con quién comió John?’  
      b. They shot him dead.  
          ellos dispararon lo muerto  
          ‘Le dispararon, y como consecuencia está muerto’  
      c. Mary danced in-to her room.  
          Mary bailó en-a su habitación  
          ‘Mary fue bailando a su habitación’

Snyder propone que las lenguas con una productividad baja en los compuestos rechazan estas construcciones. (39b) no puede interpretarse como que el estado ‘muerto’ se alcanza como consecuencia del disparo, aunque podemos darle el significado de que le dispararon cuando ya estaba muerto.

- (39) a. \*¿Quién comió Juan con?  
      b. #Le dispararon muerto.  
      c. \*Bailó a su habitación.

La propuesta de Snyder es sugerente, y la posibilidad de que existan parámetros en la manera en que la morfología organiza sus morfemas y las operaciones que permiten estos tendría ventajas teóricas: permitiría relacionar de forma más estrecha las condiciones universales y particulares de la morfología de las lenguas con la situación que se ha identificado en las combinaciones de palabras y sin-

tagmas. Sin embargo, no está exenta de problemas. Uno de los más graves es que no siempre se da la correlación de propiedades predicha por la teoría. Véase Son y Svenonius (2008) para una crítica basada en este factor.

### **9.5. ¿Existe la formación de palabras sin restricciones gramaticales?**

Si la morfología es caótica, como han propuesto algunos, esperamos que pueda dejar de seguir reglas gramaticales y, literalmente, permitir cualquier cosa. Esta propuesta se ha hecho. Wolfgang Dressler, dentro de la llamada morfología natural, ha desarrollado la propuesta de que la morfología debe desarrollarse en el niño mediante el aprendizaje de reglas gramaticales, por lo que al estado que se conforma más o menos a las reglas de una lengua precede uno llamado PRE-MORFOLÓGICO en el que no existen más restricciones que las que marcan las capacidades cognitivas básicas (Dressler, 1997). Durante esa fase, los niños emplearían procedimientos de formación icónicos, en los que la forma representa de manera muy directa el significado; por ejemplo, para marcar el plural podrían emplear la REDUPLICACIÓN —es decir, la repetición de una forma—: *niños* podría decirse *niño-niño*, y con la repetición formal se transmitiría la idea de que hay más de un miembro de esa clase.

Esta afirmación se considera, en general, muy extrema, pero en ocasiones se ha afirmado que existen procedimientos de formación de palabras que es difícil codificar estructuralmente, y en los que intervienen solo condiciones fonológicas, conceptuales o incluso culturales que parecen recibir más peso que las reglas combinatorias que atienden a la categoría léxica de los morfemas u otros requisitos estructurales de la gramática.

Daremos tres ejemplos brevemente. La operación conocida como ACORTAMIENTO opera exclusivamente en la fonología de una voz, que se reduce en número de segmentos, y suele emplearse en los estilos más coloquiales de la lengua. Nos referimos a procesos como *profesor* > *profe*, *universidad* > *uni* o *instituto* > *insti*. La generalización que dicta cómo se produce el acortamiento es meramente fonológica: la nueva voz consta de dos sílabas con acento sobre la primera, independientemente de si el segmento que se elimina corresponde a un morfema o no. Este resultado es óptimo para la fonología, ya que se considera que la unión de dos sílabas corresponde con una unidad mínima llamada PIE MÉTRICO.

La semántica conceptual pesa, junto a la fonología, en la formación de los llamados CRUCES LÉXICOS. Un cruce léxico es una nueva voz que, a partir de otra existente, sustituye un segmento de esta por una raíz fonológicamente pró-

xima a él, para denotar un significado que, de manera creativa y a menudo literaria, combina el significado de la voz original con el de la voz que se ha añadido. Un buen ejemplo es *analfabeto* > *analfabestia*, donde el segmento *-beto*, que no es un morfema del español, es reemplazado por *bestia*, semejante a él. El significado es la combinación de *analfabeto*, que sugiere poca cultura, con *bestia*, que sugiere además poca inteligencia. Otros ejemplos son *burocracia* > *burrocracia*, *manifestación* > *mani-fiesta-acción* o el inglés *explicit* ‘*explícito*’ > *sex-plicit* ‘*sex-plicito*’. El peso de los factores conceptuales es visible también cuando el segmento sustituido es reinterpretado como un morfema de la lengua, y se reemplaza por el morfema que denota un concepto contrario (*dictadura* > *dicta-blanda*) o similar (*pretendiente* > *preten-muela*); ahora no se buscan elementos con parecido fonológico, sino con alguna relación conceptual. Como en el caso anterior, en la formación de cruces léxicos los factores gramaticales se soslayan y adquieren mayor peso condiciones externas relacionadas con el conocimiento del mundo, junto a una innegable voluntad creativa, a menudo artística.

La habilidad de leer y escribir no se considera propiamente parte de la gramática de una lengua, aunque la presuponga. Las lenguas que carecen de tradición escrita o de un sistema de representación gráfico se consideran gramaticalmente tan complejas como las que lo poseen; la existencia de estos sistemas es un accidente histórico. Por ello, los procesos de formación de palabras que se apoyan crucialmente sobre esta capacidad aprendida también están en los límites de la gramática. Las FORMACIONES SIGLARES, en las que se combinan los primeros grafemas de una secuencia, es otra forma de crear voces nuevas: *OTAN*, *ONU*, *COI*, etc. La prueba de que estas voces se apoyan en la capacidad de escribir y leer está en que a menudo estas formaciones se deletrean, como *UGT* (u-ge-te), *PP* (pe-pe), *PNV* (pe-ene-uve); la prueba de que se integran como voces en el léxico es que se pueden emplear posteriormente en procesos de derivación *-pep-ero*, *uget-ario*, *peneuv-ista*–.

Terminamos este manual, pues, con un recordatorio de que el estudio de la morfología requiere la consideración de factores muy variados, que van desde la fonología hasta el conocimiento del mundo, pasando por la sintaxis, la semántica, la pragmática e incluso la habilidad de leer y escribir. Muy a menudo, es difícil definir los límites entre las palabras y los sintagmas, o entre lo que una palabra debe al léxico y lo que debe a la estructura. A veces, uno de los dos factores pesa más; a veces, ambos parecen tener igual peso. Aquí radica la dificultad, y la belleza, del análisis de las palabras.

## **Ejercicios y problemas**

1. Escoja tres procesos derivativos en una lengua de su elección, realizados por morfemas que puedan tener varios significados, y trate de establecer generalizaciones basadas en el conocimiento del mundo y el significado conceptual que ayuden a delimitar en qué casos se emplea cada significado dentro de las palabras complejas y por qué algunas voces no son posibles.
2. Si la flexión es más productiva que la derivación, debe ser, junto a otras cosas, porque la fonología de los afijos flexivos es suficientemente adaptable para que las posibles restricciones fonológicas no filtren el resultado de unirlos a las bases. Tome una lengua de su elección que tenga un sistema flexivo rico y haga una lista de los afijos flexivos; después, clasifíquelos en términos fonológicos –clase de sílabas, clase de vocales, clase de consonantes, posición del acento, etc.–. ¿Son estos segmentos fonológicos particularmente simples y dan lugar a combinaciones generalmente aceptables en la lengua que estudia? ¿Identifica casos problemáticos donde sea necesario hacer adaptaciones fonológicas?
3. Estudie los cruces léxicos, las formaciones siglares o los acortamientos en una lengua de su elección. Estudie su fonología –la pronunciación que reciben, en relación con la voz original–, su significado, y el tipo de textos en el que aparecen frecuentemente.

## **Lecturas recomendadas**

El lector interesado puede explorar distintos aspectos del papel de la Teoría de la Optimidad en morfología en McCarthy (2006) y Ackema y Neeleman (2005). Para los interesados en profundizar en las restricciones de conocimiento del mundo recomendamos que den un vistazo a las llamadas teorías onomasiológicas. Štekauer (2005) y (2006) es un buen lugar para empezar. La productividad, junto al texto de Bauer (2001), puede ser examinada en Plag (2006). Quienes estén interesados en los universales morfológicos pueden examinar Iacobini (2006) y los capítulos sobre tipología morfológica de WALS.





# Bibliografía

- Ackema, P. y Neeleman, A. (2004): *Beyond Morphology: Interface Conditions on Word Formation*. Oxford University Press, Oxford.
- Ackema, P. y Neeleman, A. (2005): “Word formation in Optimality Theory”, en Lieber, R. y Štekauer, P. (eds.), *The Handbook of Word-Formation*. Springer, Dordrecht. 285-313.
- Ackema, P. y Neeleman, A. (2007): “Morphology  $\neq$  Syntax”, en Ramchand, G. y Reiss, C. (eds.), *The Oxford Handbook of Linguistic Interfaces*. Oxford University Press, Oxford. 325-352.
- Anderson, S. (1992): *Amorphous morphology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Arad, M. (2003): “Locality constraints on the interpretation of roots: the case of Hebrew denominal verbs”. *Natural Language and Linguistic Theory* 21: 737-778.
- Aronoff, M. (1976): *Word Formation in Generative Grammar*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Aronoff, M. (1994): *Morphology by Itself: Stems and Inflectional Classes*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Aronoff, M. y Anshen, F. (1998): “Morphology and the Lexicon: Lexicalization and Productivity”, en Spencer, A. y Zwicky, A. M. (eds.), *The Handbook of Morphology*. Blackwell, Oxford. 237-247.
- Arregi, K. y Nevins, A. (2012): *Morphotactics: Basque Auxiliaries and the Structure of Spellout*. Springer, Dordrecht.
- Baayen, H. (1993): “On frequency, transparency and productivity”, en Booij, G. y Van Marle, J. (eds.), *Yearbook of Morphology 1992*. Kluwer, Dordrecht/Boston/Londres. 181-208.
- Baayen, H. y Plag, I. (2009): “Suffix ordering and morphological processing”. *Language* 85: 106-149.
- Baker, M. (1988): *Incorporation: A Theory of Grammatical Function Changing*. University of Chicago Press, Chicago.
- Baker, M. (2002): *Lexical categories. Verbs, nouns and adjectives*. Cambridge University Press, Cambridge.

- Baker, M. (2008): *The Syntax of Agreement and Concord*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bauer, L. (2001): *Morphological Productivity*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Bauer, L. (2008): "Exocentric compounds". *Morphology* 18: 51-74.
- Bauer, L. y Valera, S. (2005): *Approaches to Conversion / Zero-Derivation*. Waxmann Verlag, Münster.
- Beard, R. (1991): "Decompositional composition: the semantics of scope ambiguities and bracketing paradoxes". *Natural Language and Linguistic Theory* 9: 195-229.
- Beard, R. (1995): *Lexeme-Morpheme Base Morphology: A General Theory of Inflection and Word Formation*. Nueva York: SUNY.
- Beckman, J. (1998): *Positional Faithfulness*. Tesis doctoral. Ohio State University.
- Bermúdez-Otero, R. (2007): "Spanish pseudoplurals: phonological cues in the acquisition of a syntax-morphology mismatch", en Baerman, M., Corbett, G., Brown, D. y Hippisley, A. (eds), *Deponency and Morphological Mismatches*. Oxford University Press, Oxford. 231-269.
- Bermúdez-Otero, R. (2012): "The architecture of grammar and the division of labour in exponence", en Trommer, J., *The morphology and phonology of exponence*. Oxford University Press, Oxford. 8-83.
- Bernstein, J. (1993): "The syntactic role of word markers in null nominal constructions". *Probus* 5: 5-38.
- Bobaljik, J. D. (1994): "What does adjacency do?", en Harley, H. y Phillips, C., *MIT Working Papers in Linguistics* 22. MIT Press, Cambridge (Mass.). 1-32.
- Bobaljik, J. D. (2008a): "Where's Phi? Agreement as a post-syntactic operation", en Harbour, D., Adger, D. y Béjar, S. (eds.), *Phi theory: Phi features across interfaces and modules*. Oxford University Press, Oxford. 295-328.
- Bobaljik, J. D. (2008b): "Paradigms (optimal and otherwise): A case for skepticism", en Bachrach, A. y Nevins, A. (eds.), *Inflectional Identity*. Oxford University Press, Oxford. 29-54.
- Bobaljik, J. D. (2012): *Universals in comparative morphology: Suppletion, Superlatives, and the Structure of Words*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Bonet, E. (1991): *Morphology after Syntax*. Tesis doctoral. MIT, Cambridge (Mass.).
- Booij, G. (2010): *Construction Morphology*. Oxford University Press, Oxford.
- Booij, G. (1996): "Inherent vs. contextual inflection and the split morphology hypothesis", en Booij, G. y van Marle, J. (eds.), *Yearbook of Morphology 1995*. Kluwer, Dordrecht. 1-16.
- Booij, G. (2007): *The Grammar of Words. An Introduction to Morphology*. Oxford University Press, Oxford.
- Borer, H. (2005): *In Name Only, Volume 1 from the 'Exoskeletal Trilogy'*. Oxford University Press, Oxford.
- Borer, H. (2003): "Exo-skeletal vs. Endo-skeletal Explanations: Syntactic Projections and the Lexicon", en Moore, J. y Polinsky, M., *The Nature of Explanation in Linguistic Theory*. CSLI Publications, Chicago. 31-67.

- Bosque, I. (2006): "Coordinated adjectives and the interpretation of number features", en L. Brugè (ed.), *Studies in Spanish Syntax*. Libreria editrice Cafoscarina, Venecia. 47-60.
- Botha, R. (1983): *Morphological Mechanisms*. Pergamon Press, Oxford.
- Bybee, J. (1985): *Morphology: A Study of the Relation between Meaning and Form*. John Benjamins, Amsterdam.
- Caha, P. (2009): *The nanosyntax of Case*. Tesis doctoral. Universitet i Tromsø.
- Chomsky, N. (1981): *Lectures on government and binding. The Pisa lectures*. Foris, Dordrecht.
- Chomsky, N. (1991): "Some notes on economy of derivation and representation", en Freidin, R. (ed.), *Principles and Parameters in Comparative Grammar*. MIT Press, Cambridge (Mass.). 417-454.
- Chomsky, N. (1995): *The Minimalist Program*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Chomsky, N. (2004): 'Beyond explanatory adequacy', en Belletti, A. (ed.), *Structure and Beyond. The Cartography of Syntactic Structures*, vol. 3. Oxford University Press, Oxford. 104-131.
- Corbett, G. (2006): *Agreement*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Corbin, D. (1987): *Morphologie Dérivationelle et Structuration du Lexique*. Niemeyer, Tübingen.
- DiSciullo, A.-M. (1997): "Prefixed verbs and adjunct identification", en A.-M. Di Sciullo (ed.), *Projections and Interface Conditions*. Oxford University Press, Oxford. 52-73.
- DiSciullo, A.-M. (2005): *Asymmetry in Morphology*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- DiSciullo, A.-M., y Williams, E. (1987): *On the Definition of Word*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Don, J. (2004): "Categories in the lexicon". *Linguistics* 42: 931-956.
- Downing, P. (1977): "On the creation and use of English nominal compounds". *Language* 55: 810-842.
- Dressler, W. (1997): *Studies in Pre- and Protomorphology*. Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena.
- Dubinsky, S. y Simango, R. (1996): "Passive and stative in Chichewa: Evidence for modular distinctions in grammar". *Language* 72: 749-781.
- Embick, D. (2000): "Features, syntax and categories in the Latin perfect". *Linguistic Inquiry* 31: 185-230.
- Embick, D. (2010): *Localism vs. globalism in morphology and phonology*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Embick, D. y Marantz, A. (2008): "Architecture and blocking". *Linguistic Inquiry* 39: 1-53.
- Embick, D. y Noyer, R. (2007): "Distributed morphology and the syntax / morphology interface", en Ramchand, G. y Reiss, C. (eds.), *The Oxford Handbook of Linguistic Interfaces*. Oxford University Press, Oxford. 289-325.
- Fábregas, A. (2004): "Prosodic constraints and the difference between root and word compounding". *Lingue e Linguaggio* 2: 303-339.
- Fábregas, A. (2012): "Evidence for multidominance in Spanish agentive nominalizations", en Uribe-Etxebarria, M. y Valmala, V. (eds.). *Ways of structure building*. Oxford University Press, Oxford. 66-93.

- Fodor, J. A. y Lepore, E. (1998): "The emptiness of the lexicon: critical reflections on James Pustejovsky's *The Generative Lexicon*". *Linguistic Inquiry* 29: 269-288.
- Fodor, J. A. y Lepore, E. (1999): "Impossible Words?". *Linguistic Inquiry* 30: 445-453.
- Giegerich, H. (1999): *Lexical Strata in English: Morphological Causes, Phonological Effects*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Goldberg, A. (2006): *Constructions at work: The nature of generalization in language*. Oxford University Press, Oxford.
- Greenberg, J. (1963): *Universals of language*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Hale, K. y Keyser, S. J. (1999): "A Response to Fodor and Lepore, 'Impossible Words'". *Linguistic Inquiry* 30: 453-466.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (2002): *Prolegomenon to a Theory of Argument Structure*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Halle, M. (1973): "Prolegomena to a theory of word formation". *Linguistic Inquiry* 4.1: 3-16.
- Halle, M. (1997): "Impoverishment and fission". *PF: Papers at the Interface. MIT Working Papers in Linguistics* 30: 425-450.
- Halle, M. y Marantz, A. (1993): "Distributed Morphology and the pieces of inflection", en Hale, K. y Keyser, S. J., *The View from Building 20*. MIT Press, Cambridge (Mass.). 111-176.
- Halle, M. y Mohanan, K. P. (1985): "Segmental phonology of modern English". *Linguistic Inquiry* 16: 57-116.
- Hargus, S. (1993): "Modelling the phonology-morphology interface", en Hargus, S. y Kaise, E. (eds.), *Phonetics and Phonology. Studies in Lexical Phonology*. Academic Press, San Diego. 45-74.
- Harley, H. y Ritter, E. (2002): "Person and number in pronouns: a feature geometric analysis". *Language* 78: 482-526.
- Haspelmath, M. (1996): "Word-class-changing inflection and morphological theory", en Booij, G. y Van Marle, J. (eds.), *Yearbook of Morphology 1995*. Kluwer, Dordrecht. 43-66.
- Iacobini, C. (2006): "Morphological Typology", en Brown, K. (ed.), *Encyclopedia of Language and Linguistics*. Elsevier, Oxford. 278-282.
- Jackendoff, R. (1990): *Semantic Structures*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Jackendoff, R. (2002): *Foundations of Language: Brain, Meaning, Grammar, Evolution*. Oxford University Press, Oxford.
- Jackendoff, R. y Culicover, P. (2005): *Simpler syntax*. Oxford University Press, Oxford.
- Janda, L. (2011): "Metonymy in word formation". *Cognitive Linguistics* 22: 359-392.
- Jespersen, O. (1924): *The philosophy of grammar*. Allen & Unwin, Londres.
- Katz, J. J. y Postal, P. E. (1964): *An Integrated Theory of Linguistic Descriptions*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Kayne, R. S. (1994): *The antisymmetry of syntax*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Kiparsky, P. (1982): "Lexical phonology and morphology", en Yang, I.-S., *Linguistics in the Morning Calm: Selected Papers from SICOL-1981*. Hanshin, Seúl. 3-91.
- Kratzer, A. (1996): "Severing the external argument from its verb", en Rooryck, J. y Zaring, L. *Phrase structure and the lexicon*. Kluwer, Dordrecht. 109-137.

- Lieber, R. (1981): *On the Organization of the Lexicon*. Tesis doctoral. University of New Hampshire.
- Lieber, R. (1992): *Deconstructing Morphology*. Chicago University Press, Chicago.
- Lieber, R. (2004): *Morphology and Lexical Semantics*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lieber, R. y Štekauer, P. (2005): *The Handbook of Word-Formation*. Springer, Dordrecht.
- Lieber, R. y Štekauer, P. (2009): *The Oxford Handbook of Compounding*. Oxford University Press, Oxford.
- Lieber, R. y Štekauer, P. (2013): *The Oxford Handbook of Derivation*. Oxford University Press, Oxford.
- Maiden, M. (1992): "Irregularity as a determinant of morphological change". *Journal of Linguistics* 28: 285-312.
- Marantz, A. (1991): "Case and licensing". *ESCOL* 91: 234-253.
- Marantz, A. (1997): "No escape from syntax: don't try morphological analysis in the privacy of your own lexicon", en Dimitriadis, A., Siegel, L. *et al.*, *UPenn Working Papers in Linguistics* 4. University of Pennsylvania, Pennsylvania. 201-225.
- Marantz, A. (2000): *Words*. Manuscrito inédito. MIT, Cambridge (Mass.)
- Mateu, J. (2002): *Argument Structure. Relational Construal at the Syntax-Semantics Interface*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- McCarthy, J. J. (2006): "Morphology: Optimality Theory", en Brown, K. (ed.), *Encyclopedia of Language and Linguistics*. Elsevier, Oxford. 182-190.
- McCarthy, J. J. y Prince, A. (1993): *Prosodic Morphology I: Constraint interaction and satisfaction*. Manuscrito, University of Massachusetts Amherst y Rutgers University.
- Morimoto, Y. (2001): *Los verbos de movimiento*. Visor, Madrid.
- Moro, A. (2000): *Dynamic antisymmetry*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Neeleman, A. y Szendroi, K. (2007): "Radical pro drop and the morphology of pronouns". *Linguistic Inquiry*, 38: 671-714.
- Oltra-Massuet, I. (1999): *On the Notion of Theme Vowel: A New Approach to Catalan Verbal Morphology*. MIT, Cambridge (Mass.).
- Packard, J. L. (2000): *The Morphology of Chinese: A Linguistic and Cognitive Approach*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Pena, J. (1999): "Partes de la morfología. Las unidades de análisis morfológico", en Bosque, I. y Demonte, V., *Gramática descriptiva de la lengua española*. Espasa, Madrid. 4305-4367.
- Plag, I. (2006): "Productivity", en Aarts, B. y McMahon, A. (eds.), *The Handbook of English Linguistics*. Blackwell, Oxford. 537-557.
- Poser, W. (1992): "Blocking of phrasal constructions by lexical items", en Sag, I. y Szabolcsi, A. (eds.), *Lexical matters*. Center for the Study of Language and Information, Stanford. 111-130.
- Prince, A. y Smolensky, P. (2004): *Optimality Theory: Constraint interaction in Generative Grammar*, Wiley-Blackwell, Londres.
- Pustejovsky, J. (1995): *The Generative Lexicon*. MIT Press, Cambridge (Mass.).

- Pustejovsky, J. (1998): "Generativity and explanation in semantics: A reply to Fodor and Lepore". *Linguistic Inquiry* 29: 289-311.
- Ramchand, G. (2008): *Verb meaning and the lexicon: a first-phase syntax*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Richards, N. (2010): *Uttering trees*. MIT Press, Cambridge (Mass.).
- Scalise, S. y Vogel, I. (2010): *Cross-Disciplinary Issues in Compounding*. John Benjamins, Amsterdam.
- Scalise, S. (1984): *Generative Morphology*. Foris, Dordrecht.
- Scheer, T. (2003): "The key to Czech vowel length: Templates", en Kosta, P. et al. (eds.), *Investigations into Formal Slavic Linguistics*. Lang, Frankfurt am Main. 97-118.
- Snyder, W. (1995): *Language acquisition and language variation: The role of morphology*. Tesis doctoral. MIT.
- Son, M. y Svenonius, P. (2008): "Microparameters of cross-linguistic variation: Directed motion and resultatives", en Abner, N. y Bishop, J. (eds.), *Proceedings of the 27<sup>th</sup> West Coast Conference on Formal Linguistics*. Cascadilla, Somerville (Mass.). 388-396.
- Štekauer, P. (2005): "Onomasiological approach to word formation", en Lieber, R. y Štekauer, P. (eds.), *The Handbook of Word-Formation*. Springer, Dordrecht. 207-233.
- Štekauer, P. (2006): "On The Meaning Predictability of Novel Context-Free Converted Naming Units". *Linguistics* 44: 489-539.
- Stump, G. (2001): *Inflectional Morphology: A Theory of Paradigm Structure*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Svenonius, P., Ramchand, G., Starke, M. y Taraldsen, T. (2009). *Nordlyd 36.1: Special issue on Nanosyntax*. Septentrio Press / Universidad de Tromsø, Tromsø.
- Trommer, J. (2012): *The morphology and phonology of exponence*. Oxford University Press, Oxford.
- Varela, S. (1989): "Spanish Endocentric Compounds and the Atom Condition", en Kirschner, C. y DeCesaris, J., *Studies in Romance Languages*. John Benjamins, Amsterdam. 397-411.
- Wälchli, B. (2005): *Co-Compounds and Natural Coordination*. Oxford University Press, Oxford.
- Weerman, F. y Evers-Vermeul, J. (2002): "Pronouns and Case". *Lingua* 112: 301-338.
- Williams, E. (1981): "On the notions 'lexically related' and 'head of a word'". *Linguistic Inquiry* 12: 245-274.
- Williams, E. (2007): "Dumping lexicalism", en Ramchand, G. y Reiss, C. (eds.), *The Oxford Handbook of Linguistic Interfaces*. Oxford University Press, Oxford. 353-382.
- Zwicky, A. (1985): "Heads". *Journal of Linguistics* 21: 1-29.